

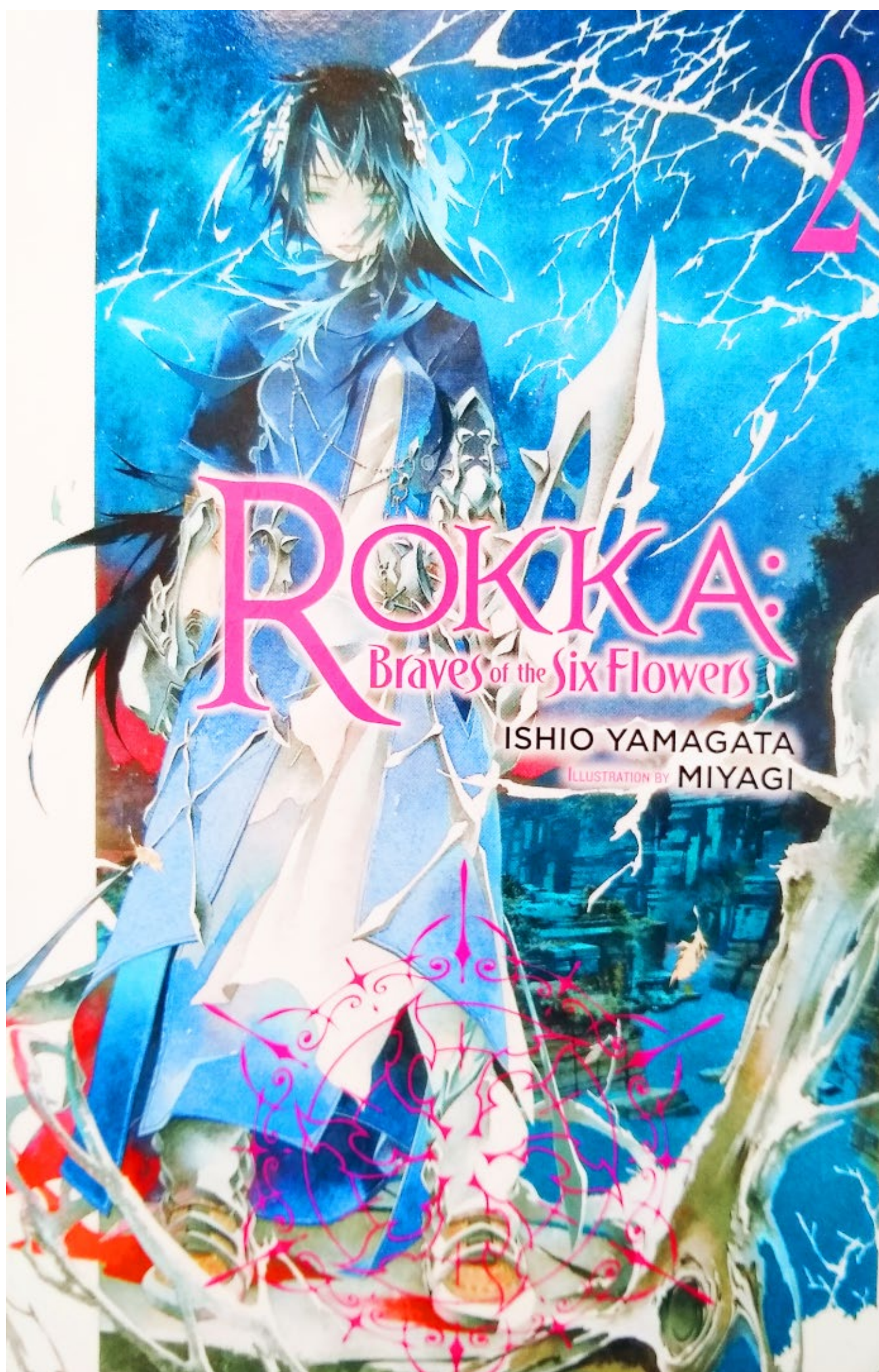
2

# ROKKA:

Braves of the Six Flowers

ISHIO YAMAGATA

ILLUSTRATION BY MIYAGI





# ROKKA: Braves of the Six Flowers

# 2

Illustration / MIYAGI



*Rolonia*







*Dozzu*

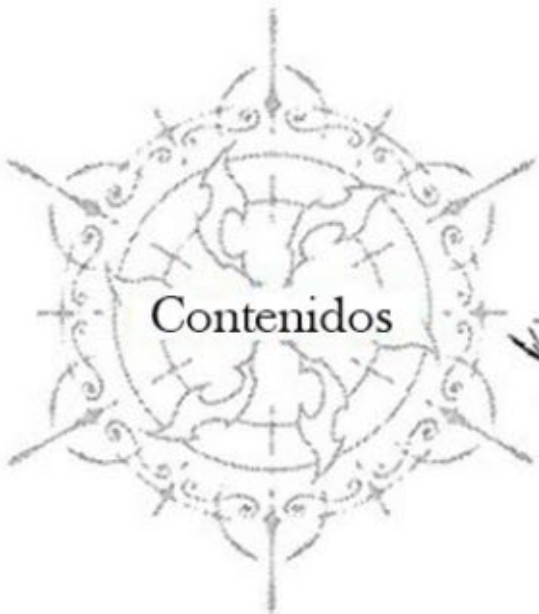
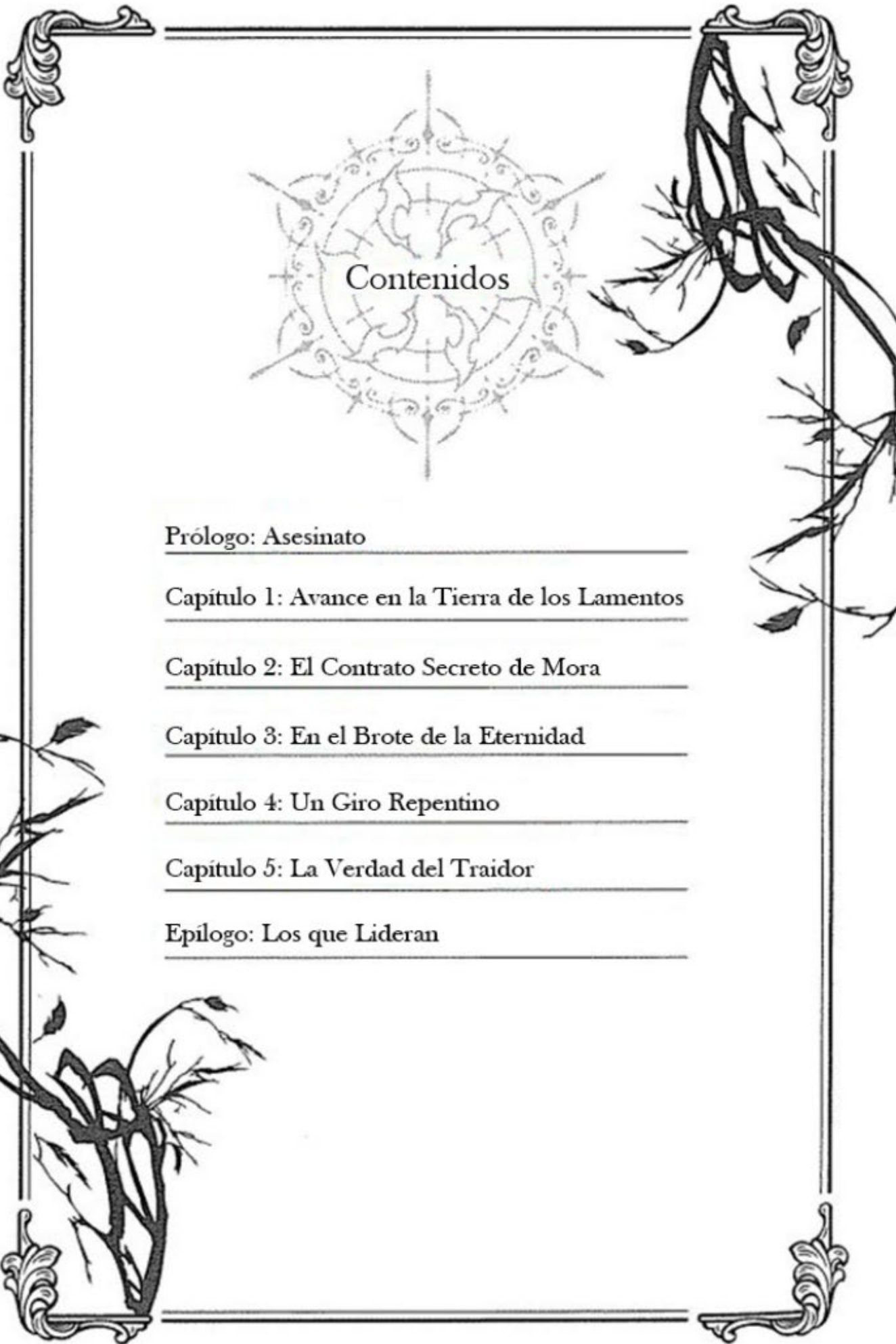


*Cargikk*



*Igurucu*





# Contenidos

Prólogo: Asesinato

Capítulo 1: Avance en la Tierra de los Lamentos

Capítulo 2: El Contrato Secreto de Mora

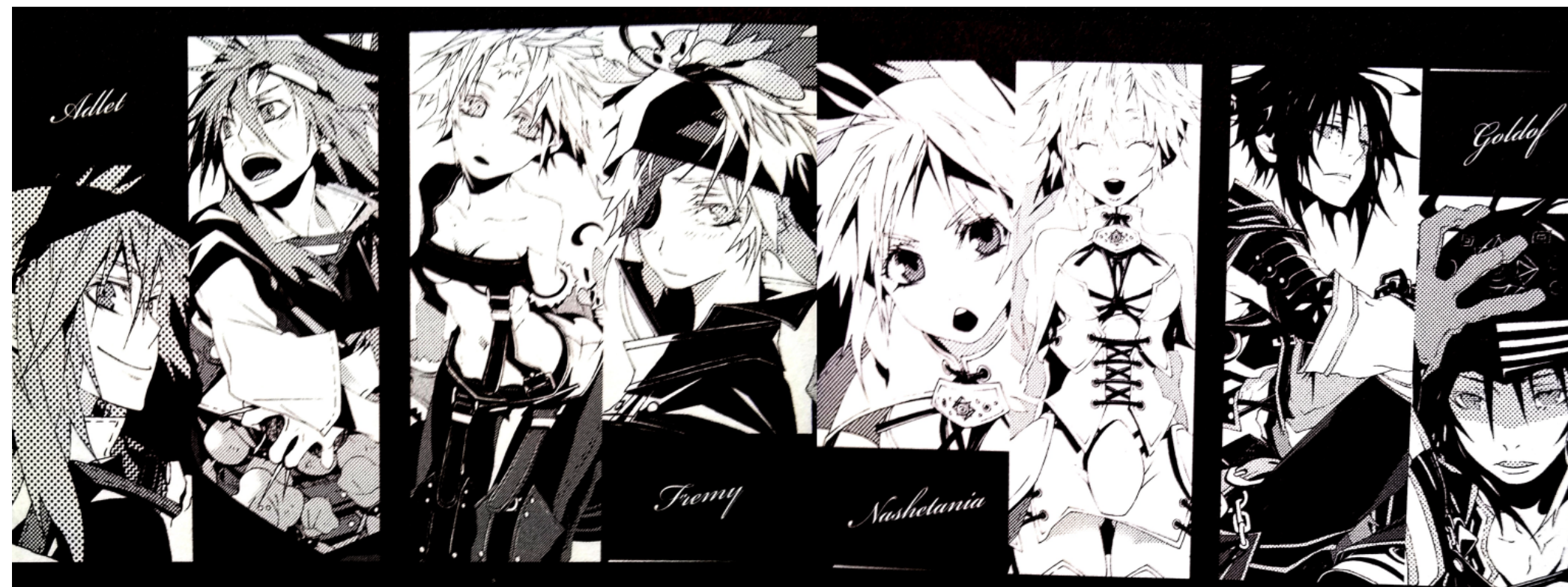
Capítulo 3: En el Brote de la Eternidad

Capítulo 4: Un Giro Repentino

Capítulo 5: La Verdad del Traidor

Epílogo: Los que Lideran





# LOS EVENTOS HASTA AHORA

Cuando el Majin despertó de las profundidades de la oscuridad, el Espíritu del Destino eligió a seis Héroes y les confió el poder de salvar a la humanidad. El autoproclamado "hombre más fuerte del mundo," un chico llamado Adlet, fue elegido como uno de estos Héroes de las Seis Flores y se dirigió a la batalla para prevenir la resurrección del Majin.

Pero cuando los Héroes se reunieron en el lugar designado, encontraron que, por alguna razón, había siete de ellos. Los Héroes, al darse cuenta de que uno de ellos era el enemigo, cayeron en la sospecha y la paranoia. Sin embargo, gracias al ingenio de Adlet, lograron descubrir que el séptimo era Nashetania. Hasta que una chica llamada Rolonia apareció...





Prólogo  
Asesinato





Adlet corrió tan rápido como pudo sobre la tierra reseca, que estaba cubierta de rocas angulares, aplanando la hierba escasa y marchita bajo sus pies. Estaba en el Barranco de la Sangre Escupida, en el extremo este de la Tierra de los Lamentos, la península que sobresalía del borde occidental del continente y donde residían el Majin y sus Kyomas. Era de noche. Corría bajo la luna con solo una luminosa joya colocada en su pecho para iluminar su camino.

“¡Aprisa!” Gritó a las tres luces detrás de él: Fremy, Chamo y Goldof.

El chico respiraba pesadamente. Su corazón latía con fuerza, sus labios temblaban, y sus pies no se movían como él los quería, y no por agotamiento. Era debido a la pesadilla que se desarrollaba ante él.

“¡Hans! ¡Rolonia! ¿¡Dónde están!?” él gritó.

No hubo respuesta desde la oscuridad.

“¿¡Están muertos!? ¡Hans! ¡Rolonia! ¡Contéstenme!” Saltó sobre la roca frente a él, metió las manos y los pies en las diminutas grietas de la pared, y trepó por el acantilado en un instante.

Mientras ascendía, miró inadvertidamente la palma de su mano. Allí, la Cresta de las Seis Flores—la prueba de que era uno de los Héroes destinados a salvar el mundo—brillaba débilmente.

Faltaba uno de los seis pétalos de la flor. Uno de los Héroes había muerto.

“¡Hans!” Adlet pateó el acantilado y saltó para aterrizar en la cima del precipicio, desenvainando su espada y adoptando una postura defensiva. Lo que vio a continuación, iluminado por la luz de su joya, lo dejó sin palabras.

Hans Humpty—el extraño asesino que luchaba como un gato, que llevaba la Cresta de las Seis Flores—yacía boca arriba en el suelo. La arteria carótida en su cuello estaba cortada, su sangre estaba salpicada en la tierra seca en una constelación grotesca. Todo el color había desaparecido de su rostro.

“Hans...” La espada comenzó a deslizarse de las manos de Adlet. No podía creer lo que estaba viendo. La confianza de Adlet en las asombrosas habilidades físicas de Hans y la agudeza de su ingenio había sido absoluta.

“Llegas demasiado tarde, Adlet.” El comentario vino de una mujer que estaba alejada un poco de Hans. De espaldas, Mora Chester habló en voz baja.

“Hans... no puede ser...” susurró Adlet.

Fremy y Goldof treparon por el acantilado detrás de su camarada. Los tres apuntaron sus armas a Mora.

“No hay necesidad de explicar la situación, estoy seguro. Acabo de matar a Hans,” dijo Mora, girándose. Su rostro, su pecho y sus manos en guantes de hierro estaban empapadas en sangre. Su armadura estaba rota en varios lugares. Un humano común ya habría muerto con tales heridas.



“Mora... tú...” comenzó Adlet.

“Exactamente. Soy el séptimo.” Desanimada y agotada, levantó ambas manos en el aire y luego se dejó caer de rodillas, colgando débilmente la cabeza. Nadie dijo nada después de eso, y solo reinó el silencio.



Mora estaba de rodillas. Adlet se quedó en silencio con Fremy, Chamo y Goldof detrás de él. La última persona entre ellos que llevaba la Cresta de las Seis Flores, estaba sentada junto a Hans.

“... Rolonia.”

Adlet la llamó—Rolonia Manchetta, la Santa de la Sangre Derramada. Su poder era manipular la sangre, y también fue la octava persona en aparecer con la Cresta de las Seis Flores. Tenía una cara redonda y llevaba gafas. Su expresión era tímida, su cuerpo pequeño, y su apariencia no sugería que fuera una guerrera poderosa. Si ella no hubiera estado usando un conjunto completo de armadura pesada y un largo látigo en la cintura, podría haberse confundido con una chica de pueblo.

Las palmas de Rolonia, presionadas contra el pecho y la garganta de Hans, brillaban levemente.

“¿Por qué Hans perdió?” Preguntó Adlet.

La chica no respondió. Su atención estaba enfocada solo en Hans.

“¡Respóndeme, Rolonia! ¿Por qué ha muerto Hans? ¿¡Qué pasó!?”

Adlet se dio cuenta de que Rolonia estaba murmurando para sí misma. Se inclinó para escuchar el flujo de palabras que caían de sus labios con cada respiración. “No te dejaré morir... no te dejaré morir... **te...** salvaré...”

Como la Santa de la Sangre Derramada, Rolonia podía controlar la sangre para tratar heridas. Adlet decidió no interrumpir y en cambio tocó la muñeca de Hans. No sintió el pulso bajo la piel fría. **No sirve de nada, Rolonia**, él pensó. Apenas quedaba sangre en el cuerpo del hombre. Su corazón se había detenido. Ya estaba muerto.

“¿Qué significa esto, Rolonia? Hans está muerto y ni siquiera estás arañada,” acusó Adlet. ¿Por qué no había peleado Rolonia con Mora, el séptimo? Y la pregunta aún mayor era por qué la traidora no había atacado a Rolonia mientras estaba indefensa.

Rolonia estaba desesperadamente decidida a intentar salvar a Hans—ciega a lo que sucedía a su alrededor.

“Estabas con él. ¿Qué estabas haciendo?” Fremy le preguntó.



Pero la curandera tampoco la escuchaba. “Te salvaré... te salvaré. Si no...” Sólo sus murmullos llegaron a los oídos de Adlet.

Chamo se dirigió hacia Mora a su ritmo perezoso, aparentemente apática, con una sonrisa despreocupada, como si no le preocupara lo más mínimo que Hans se hubiera ido. “Oh, ¿entonces el gato está muerto? Eso es muy malo.” Chamo miró hacia donde Mora estaba arrodillada y dijo, “A Chamo realmente le gustaba. Era lindo, fuerte y hablaba de forma divertida. Al principio, Chamo lo odiaba después de que él hubiera ganado esa pelea. Sin embargo, viajar con él se convirtió en algo divertido.” Chamo apretó un puño y golpeó a Mora en la cara. La cabeza de Mora se sacudió solo ligeramente en respuesta al pequeño golpe. “No te saldrás con la tuya. Vas a morir. ¡Y no será lindo!”

Mora apartó sus ojos de la enfurecida Chamo. “No me importa si me matas. Estoy preparada.”

“¿Ohh? Así que estás lista, ¿eh, tía? Eso es una gran decepción.”

“Pero primero,” dijo Mora, “dame tiempo para decirles la verdad.”

Chamo levantó el puño una vez más, pero Fremy la tomó de la mano. “Habla, Mora. Y hazlo lo más breve posible. Una vez que hayas terminado, morirás.” Los ojos de Fremy también irradiaban una tranquila cólera.

Todavía agachando la cabeza, Mora comenzó. “Este no era mi deseo. No quería matar a Hans. Ni a él, ni a nadie.”

“¿Qué dijiste?”

“No había nada más que matarlo. Todos los caminos, aparte de su asesinato, estaban cerrados para mí.” Una sola lágrima cayó desde su ojo. “Quería proteger al mundo. Quería derrotar a los Kyomas junto a ustedes, para detener la resurrección del Majin.”

“¿Quién podría creer eso?” escupió chamo.

Adlet no estaba de acuerdo. Mora no estaba mintiendo. Él estaba convencido de que ella era sincera.

“Hasta solo ayer—no, hasta hace una hora—tenía toda la intención de hacer eso.”





Capítulo 1

Avance en  
la Tierra de los  
Lamentos



Mora Chester era la Santa de las Montañas y la actual Mayor del venerable Templo de Todos los Cielos, impecablemente capacitada y bien considerada por las Santas. Tenía una reputación de ser imparcial y estricta en su gobierno, con un gran talento para educar a las Santas más jóvenes. La gente decía que, en este momento—en la víspera del resurgimiento del Majin, era increíblemente afortunado que la humanidad tuviera una Mayor del Templo como ella.

Entonces, ¿por qué Mora mató a Hans Humpty? Parte de la respuesta estaba en la vida que había llevado.



Mora había sido afortunada en la vida. Nacida en la Tierra de las Cimas Plateadas, la hija más joven de un rico comerciante de madera, ella había crecido muy querida por sus padres, su hermano mayor y sus empleados. El padre de Mora tenía conexiones profundas con el Templo de las Montañas, ya que el Espíritu de las Montañas era el protector de la industria de su familia, y fue a través de esas conexiones que Mora se había iniciado en ese templo como acólita a los trece años.

La vida en el templo había sido ocupada y estricta, pero esto no preocupaba a Mora. Tenía una personalidad seria, sobresalía en sus estudios y poseía una autodisciplina superior en comparación con otras chicas de su edad. Cuando tenía diecinueve años, la anterior Santa de las Montañas se retiró, y Mora fue elegida entre los acólitos para ser la próxima Santa, ya que era la más excepcional de todas, y todas coincidieron en que ella era la elección correcta.

Tras su selección, la aptitud poco común de Mora floreció. En solo tres años, se convirtió en uno de los luchadores más poderosos entre las Santas. También se impuso a sí misma el ser muy capaz cuando se trataba de administrar el territorio del templo y otras tareas. A la edad de veintiséis años, asumió el cargo de Mayor del Templo de Todos los Cielos. Cuando aceptó la designación de la anterior Mayor, Leura, tres cuartas partes de las ochenta santas la respaldaron.

Mora tenía casi todo lo que una persona podría desear: favor, renombre, estatus, poder, riqueza y el talento para manejar todos esos recursos de manera apropiada. Pero para Mora, nada de eso importaba. Ella había aceptado su posición como la Mayor del Templo de Todos los Cielos simplemente por el hecho de que nadie más había sido calificado adecuadamente. Su popularidad y reputación no eran importantes. En cuanto a la riqueza, arreglárselas sin luchar era suficiente para ella. Incluso su gran poder como la Santa de las Montañas era algo que ella podría dejar de lado fácilmente una vez que ya no fuera necesario.

Algo más era mucho más importante para ella.



Aproximadamente tres años antes del despertar del Majin, Mora había asistido al Torneo Ante el Espíritu en Piena, el lugar donde Adlet más tarde causaría un alboroto.

“¡Princesa!” reprendió Mora. “¿¡Cuántas veces debo decir esto para que lo entiendas!? ¡Puedes manifestar tantas espadas como quieras, pero no tiene sentido si ninguna de ellas golpea!”



Ella acompañaba a tres jóvenes santas que aspiraban a ser Héroe3s de las Seis Flores y a quienes ella había sido llamada para instruir las. En ese momento, Mora lo consideraba su deber más importante.

“¡Entonces, qué tal esto!” dijo Nashetania, Santa de las Espadas, convocando sus armas distintivas desde el suelo en rápida sucesión y lanzándolas sin restricciones a Mora. Por impresionante que hubiera parecido la hazaña, era lenta y le faltaba precisión.

Mora repelió casualmente las espadas con sus guanteletes y se deslizó bajo la guardia de Nashetania para darle un buen golpe fuerte. “¡Tienes un poder en tal exceso, pero fallas en controlarlo! Puedes derrotar a los débiles así, pero nunca a enemigos más poderosos. ¡Siguiente!”

“¡Entendido, jefa! ¡Hoy es el día en que finalmente voy a darte una paliza!” La siguiente en desafiar a Mora era la Santa de la Sal, Willone. Su poder convertía cualquier cosa que golpeaba en un trozo de sal. Pero incluso un golpe instantáneo mortal no tenía sentido si no se conectaba. Mora esquivó sus monótonos swings solo con la parte superior de su cuerpo y barrió las piernas de la chica desde debajo de ella a la primera señal de una abertura. Willone se tambaleó y Mora la golpeó hacia atrás con una patada.

“¡Tus ataques son lentos y repetitivos! ¡Y si no aprendes como luchar a distancia, nunca crecerás! ¡Siguiente!”

“¡**Wahhh**, noooo! ¡Eres demasiado fuerte, Lady Mora!” Liennril, Santa del Fuego, lanzó llamas a su mentora.

Pero con un simple movimiento de sus manos, Mora dispersó las llamas y las desvió hacia Liennril. “¿Ese es tu poder total? ¡Rézale al Espíritu de Fuego y fortalécete!” Mora estaba a punto de decir **¡Siguiente!** cuando recordó que solo tenía tres estudiantes, y Nashetania de las Espadas, Willone de la Sal y Liennril del Fuego habían sido derrotadas. “Todoa ustedes carecen de disciplina. ¡Todas ustedes, vengan a mí juntas!”

Las tres lucharon por ponerse de pie y la atacaron. Su entrenamiento continuó hasta que cada una de ellas fue incapaz de mover otro músculo.



Esa noche, después de que terminó el entrenamiento, Mora caminaba por el pasillo del coliseo que albergaría el Torneo Ante el Espíritu. Las tres chicas salieron del coliseo a la habitación de la curandera.

***El potencial de Nashetania es aterrador. Ella probablemente me superará dentro de tres años. Willone también tiene espacio para crecer—pero Liennril puede haber alcanzado una cima. ¿Debería ordenarle que se retire y educar a una nueva Santa de Fuego, o sería mejor esperar hasta que Liennril madure un poco? ¿Cómo puedo criar guerreros con talento y nutrir su crecimiento hasta el punto donde sean lo suficientemente fuertes como para derrotar al Majin?*** Éstas estaban entre las muchas reflexiones que giraban en la mente de Mora mientras caminaba.



Pero cuando abandonó el coliseo y continuó por los lujosos pasillos del palacio real de Piena, gradualmente, los pensamientos de batalla se desvanecieron de su mente, y ella habló de la inminente confrontación con el Majin.

“Estoy en casa, Shenira. ¿Has sido una buena chica hoy?” Mora abrió la puerta de la habitación de invitados en la esquina del palacio, y una muchacha tambaleante saltó a sus brazos. En ese momento, Mora cambió de una guerrera cargada con la protección del mundo a una simple madre. “¿Qué tipo de juegos jugaste hoy, Shenira?”

“Jugué serpientes y escaleras con Papá,” respondió su hija.

“Serpientes y escaleras, ¿hmm? También me encantaría jugar contigo. Oh, pequeña y linda cosa.” Mora recogió a su amada única hija. ***Ella se ha vuelto bastante pesada.*** El rostro de la madre se relajó en una sonrisa. “¡Up aquí vamos!” gritó ella, levantando a la chica en el aire.

“Eres una niña mimada, Shenira,” se oyó una voz, y mientras Mora jugaba con su hija, un hombre mayor con mechones blancos en su cabello apareció fuera de la habitación de invitados. “Dios mío, Mora, te conviertes en una persona completamente diferente cuando ella está cerca.” Ganna Chester era el esposo de Mora y veinte años mayor que ella.

Las Santas no estaban obligadas a ser solteras. Casi la mitad de las setenta y ocho tenían familias, y muchas de las candidatas a Santas tenían amantes o esposos. Mora se había casado con Ganna antes de heredar el poder de la Santa de las Montañas.

“Shenira, tu madre está cansada. Ven.” Ganna recogió a la niña.

“No me importa en absoluto, no algo como esto. Ven Shenira, juega con mamá,” dijo Mora, robando a su hija de los brazos de Ganna.

Mientras la chica disfrutaba de su viaje en subida y bajada, Ganna observaba y se encogía de hombros. “Qué dolor. Es tu culpa que Shenira se esté volviendo malcriada.”

“¿De qué estás hablando? ¿Qué está mal con un poco de mimos? ¡Vamos, Shenira, es hora de hacer el swing!” Mora se inclinó y la agitó suavemente de lado a lado. Se sentía mal por su marido, pero en ese momento, quería estar con su hija. Solo Shenira podría hacerle olvidar el peso de su papel como Mayor del templo.

Mora y Ganna habían estado casados por más de diez años. Pensaron que tal vez no podrían tener hijos, pero justo cuando estaban a punto de dejar de intentarlo, habían sido bendecidos con un tesoro. Shenira había crecido profundamente, sin enfermedades ni problemas. La hija de Mora estaba bien. Los que no tienen hijos seguramente serían incapaces de imaginar cuánto aliento y resolución le dio ese hecho a la Santa.

Ganna era un buen marido. No tenía habilidades especiales, y su conocimiento y valor eran normales. Pero era fiel y tiernamente cariñoso. Él, en lugar de Mora, administraba la casa, asistiendo ocasionalmente a Mora en su papel de Mayor del templo. Sin él, lo más probable es que ella no hubiera podido soportar un trabajo tan agotador.

“¡Mami, dame más swing! ¡Hazlo más!”



Mora agitó a su hija, y Shenira chilló de alegría. La batalla inminente con el Majin había desaparecido por completo de la mente de Mora.

Solo una cosa era insustituible para la Santa de las Montañas, y no era el estatus o el poder: era su amada hija y esposo. Eran todo lo que era importante para ella.

Ese día había sido tres años antes, cuando el mundo aún estaba en paz.



Adlet Mayer estaba de pie frente al santuario ruinoso que controlaba la barrera fantasmal, sin palabras. Tal como él, los demás estaban todos en silencio. Miraban a la chica, Rolonia Manchetta, delante de ellos.

“Um, ¿por qué somos siete?” Rolonia no sabía lo que estaba pasando, y se mostraba claramente en su rostro.

“No puede ser. No esperaba esto,” murmuró Fremy.

“Esto es imposible. ¿Cuál es el significado de esto? ¿Por qué hay otro?” Mora puso su cabeza en sus manos.

“U-um... ¿otro qué?” Rolonia miró a Mora y Adlet tímidamente. Finalmente, notó que Adlet estaba herido. “Addy, ¿cómo conseguiste esas lesiones? ¿Hubo una pelea? Espera, te curaré.” Rolonia trató de poner sus manos sobre el joven, pero él la detuvo. Este no era el momento.

Adlet escaneó al grupo. Algunos se sorprendieron en silencio, mientras que otros miraban a Rolonia con exasperación—no había dos reacciones iguales. Sin embargo, ninguna expresión delató a uno como el séptimo. “Entonces, todos, ¿qué les parece?” preguntó.

Fremy parecía molesta. “¿Qué pienso? Estamos de vuelta a donde empezamos, eso es.”

Mora habló a continuación. “¿Otra demora más? ¿Cuándo podremos abandonar este bosque?”

Rolonia, incapaz de comprender lo que estaba pasando, estaba simplemente desconcertada. Su cabeza giró entre Adlet y Mora, y luego de repente se inclinó.

“U-um... ¡Lo-lo siento!”

“Rolonia, ¿por qué te disculpas?” preguntó Mora.

“¡Um... creo que les he causado problemas a todos... porque llegué tarde... lo siento, realmente lo siento!” Ella bajó la cabeza una y otra vez.

***Lo mismo de siempre***, pensó Adlet. “No es tu culpa. Probablemente. Levanta la cabeza.”

Rolonia, todavía encogida, escaneó al grupo.



“Entonces, ¿quién es esta dama, *meow*?” preguntó Hans.

Mora habló en lugar de Rolonia. “Es tal como ella misma dijo. Esta es Rolonia Manchetta, Santa de la Sangre Derramada. Durante los últimos dos años y medio, ella ha vivido conmigo en el Templo de Todos los Cielos. Puede parecer indefensa, pero le aseguro que es capaz.”

“Mu-muchas gracias.” Rolonia a conciencia mostró su gratitud por el cumplido.

“Sin embargo, ella se ve bastante débil.” Hans se rascó la cabeza.

“¿*Capaz*? De ninguna manera. Todos saben que Rolonia es una tonta inútil,” anunció Chamo, y Rolonia se encogió.

“Su fuerza o falta de ella es irrelevante. El problema es si es amiga o enemiga.” Fremy ya tenía su dedo en el gatillo de su arma, y ella llevaba la mirada penetrante de un guerrero que se enfrentaba a un nuevo enemigo.

“Um... Lo-lo siento. ¡Esto fue mi culpa, y me arrepiento de mis acciones, así que p-perdónenme por favor!” Rolonia hizo una profunda reverencia.

Adlet suspiró. “De todos modos, todos deben presentarse,” dijo a sus camaradas sedientos de sangre.

Cada Héroe le dijo a Rolonia su nombre y mostró su cresta. Rolonia ya conocía a Adlet, Mora y Chamo. Ella no había conocido a Goldof antes, pero habían oído hablar del otro. Fremy no mencionó que ella era la hija de un Kyoma, o que ella era la Asesina de Héroes, dando solo su nombre y estatus como la Santa de la Pólvora. Cuando Hans se presentó como un asesino, la chica tímida reaccionó con sorpresa.

Una vez que Rolonia escuchó sus nombres y vio sus crestas, ella finalmente entendió lo que estaba pasando. “¿H-hay siete Héroes? ¿Qué está pasando aquí?”

Molesto, Fremy se quejó, “¿Debemos explicar?”

“Lo siento...”

“Uno reunido aquí es un impostor. Creo que tienes que ser tú”. El aura sedienta de sangre que emitía Fremy hizo que Rolonia chirriara como un ratón, y ella se alejó.

Adlet se interpuso entre las dos. “Espera, Fremy. Aún no lo sabemos.”

“Tienes razón, no lo sabemos,” respondió Fremy. “Pero no puedo imaginar ninguna otra respuesta. Si ella no es el séptimo, ¿quién crees que es?”

Adlet no sabía qué decir. Aún protegiendo a Rolonia, recordó la lucha del grupo con Nashetania. El séptimo no podía ser Fremy. Sin su ayuda, Adlet habría muerto. Lo mismo sucedió con Hans y Chamo. En última instancia, habían fijado a Nashetania. Mora había incitado a los demás a matar a Adlet, pero estaba seguro de que Nashetania simplemente la había engañado. Goldof había sido el vasallo de Nashetania. Tal vez eso era motivo de sospecha, pero por lo que Adlet podía decir, él también había sido engañado.



“Nadie más podría ser el séptimo,” afirmó Fremy con firmeza. Hans y Chamo parecían estar de acuerdo.

“Espera,” dijo Adlet. “Algo no encaja. Si Rolonia es el séptimo, ¿por qué no llegó con Nashetania? ¿Cuál sería el punto de dejar a Nashetania sola?”

“¿Nashetania? No puede ser—¿le pasó algo a la princesa?” preguntó Rolonia. Desafortunadamente, no había tiempo para explicar.

“Por lo tanto, el plan era que vinieran juntas,” sugirió Hans, “pero luego sucedió algo y no pudieron encontrarse.”

“¿Algo pasó? ¿Cómo qué?” preguntó Adlet.

“Diablos, si supiera lo que piensa el enemigo.” Sonriendo, Hans se encogió de hombros.

“Adlet, muévete. Estás en peligro.” Fremy apuntó con su rifle a Rolonia, pero Adlet aún protegía a la recién llegada.

“Fremy, guarda tu arma. Rolonia no es el séptimo,” dijo Mora. La mirada de Fremy se volvió hacia ella. “Como dije anteriormente—pasé un tiempo considerable con ella en el Templo de Todos los Cielos. Ella es incapaz de engañar.”

“Eso es lo que pensaste sobre Nashetania también,” respondió Fremy.

“Rolonia no hizo nada sospechoso. Tampoco pudo haber estado en contacto con algún Kyoma o sus peones.” Mora entró en la línea de fuego de Fremy. Era como si ella la desafiara a disparar.

“Hey, Mora, ¿entiendes tu posición aquí? Eres la siguiente persona sospechosa aquí después de Rolonia,” señaló Hans.

Mora frunció el ceño. “Sus sospechas están justificadas. Pero estoy bastante segura de que Rolonia es un héroe en verdad.”

Todavía protegiendo a Rolonia, Adlet apretó los dientes. “Solo detente. Esto es lo mismo otra vez.”

“Alguien aquí es el enemigo. No llegaremos a ningún lado a menos que resolvamos esto,” espetó Fremy, dirigiendo una mirada feroz hacia Adlet.

Entonces algo cercano llamó la atención de Chamo. “Alguien está aquí,” dijo ella. El ritmo de los cascos de los caballos que se aproximaban desde la dirección del continente anunciaba la llegada de una unidad de caballería vestida con una magnífica armadura negra.

“¿Son enemigos?” Fremy les apuntó con el cañón de su rifle.

“**Meow**, no. Ese es el rey de Gwenvaella,” dijo Hans. Gwenvaella era el país vecino a la Tierra de los Lamentos.



“¡Buenas Rolonia! ¡Graves noticias! ¿Están presentes todos los Héroes de las Seis Flores?” El grito vino del hombre de mediana edad que cabalgaba a la cabeza del grupo—tenía que ser el rey de Gwenvaella. También fue el que organizó la creación de la barrera fantasmal. El rey y su grupo de caballeros se acercaron al templo, desmontaron de inmediato, se quitaron los cascos y dieron sus respetuosos saludos. “Al escuchar las anomalías en la barrera fantasmal, yo, Daultom Tercero, rey de Gwenvaella, me dirigí a este templo con mi guardia real, y haré todo lo posible para ayudar a su grupo en sus esfuerzos.” Su actitud era majestuosa, manteniendo su majestuosidad sin abandonar la cortesía.

***Sin duda un gran gobernante***, pensó Adlet.

“Soy Mora Chester, Héroe de las Seis Flores y Santa de las Montañas. Estamos muy agradecidos de recibir su ayuda. ¿Cuál es este asunto urgente del que habla Su Majestad?” Mora se dirigió al rey como representante del grupo.

“Recibimos el informe de que Kyomas dispersos por nuestra nación están dirigiéndose a este bosque. Creemos que dentro de unas horas atacarán esta área.” Una emoción de tensión recorrió todo el grupo en el informe del rey. El número de Kyomas en el continente era desconocido, pero probablemente eran dos mil por lo menos. Si todos atacaran a la vez, todos los Héroes podrían caer.

***Fuimos descuidados***, pensó Adlet, rechinando los dientes. El propósito original de la barrera fantasmal había sido contener a los Kyomas en el continente. Ahora que la barrera había sido eliminada, sus enemigos volverían a la Tierra de los Lamentos.

“Tal vez deberíamos retirarnos por el momento,” sugirió Fremy.

“Aww, huir es muy malo. Chamo no tiene miedo del séptimo.”

“P-pero... todavía no sabemos quién es nuestro enemigo. No podemos luchar contra Kyomas así...” dijo Rolonia.

“Es tal como dice Chamo, Rolonia. No hay nada que ganar con la retirada.” Mora reprendió a la asustada Rolonia.

“Me divertiría mucho si siguiéramos,” dijo Hans.

“¿Qué quieres decir con, 'más divertido'?” preguntó Mora.

***Meow*** el peligro significa mi diversión, ¿verdad?” Hans sonrió.

El rey de Gwenvaella y sus sirvientes quedaron desconcertados por las opiniones en conflicto del grupo, y el hecho de que había siete solo agravó su confusión.

“Ir más lejos sería peligroso,” dijo Fremy. “Apuesto que el séptimo está preparando su próxima trampa para nosotros.” Los Héroes continuaron su debate, ignorando al rey y su grupo.

“¿Quién lo puede decir, ***meow***? Podría ser incluso más riesgoso retroceder.”



“¿Qué quieres decir?”

“**Meow** Tal vez Rolonia supuso que íbamos a retirarnos y nos colocó una trampa, ¿sabes? Bueno, eso sería más divertido.”

Mora interrumpió la disputa de Hans y Fremy. “Como dije antes, Rolonia **no** es nuestro enemigo.”

“Cállate, Mora,” dijo Fremy. “Lo siento, pero realmente no puedo confiar en ti tampoco.”

“Espera. ¿Quién podría confiar en **ti**? Tal como eres un Kyoma,” señaló Chamo, y Fremy dejó que su ira se mostrara, aunque fuera un poco.

Adlet levantó su voz para contenerlos. “¡Basta! ¡Hablar de esto no tiene sentido!” Todos los ojos se volvieron hacia él. “No podemos confiar el uno en el otro. Como están las cosas ahora, nada se resolverá, no importa cuánto hablemos.”

“Entonces, ¿qué sugieres que hagamos, Adlet?” preguntó Mora.

“Yo lo decidiré todo. Todos ustedes, solo hagan lo que yo digo, y sin quejas.” En circunstancias normales, esta sugerencia escandalosa habría invitado a la oposición, pero Adlet pensó en este punto, que no tenían otra opción. “Justo ahora, solo hay uno entre nosotros que podemos decir con seguridad que no es el séptimo: yo. Entonces, la elección más racional sería seguirme, ¿verdad?”

Hans, Chamo y Fremy claramente no estaban encantados con la idea. “**Meow** Tal vez esa es la mejor opción, pero todavía me siento incómodo.”

“¿Lo has olvidado?” preguntó Adlet. “Soy el hombre más fuerte del mundo. ¿No confías en mi juicio?”

“No, yo no.”

“No”.

Fremy y Chamo respondieron juntas.

“Creo que, tal como están las cosas, no tenemos otras opciones. Adlet tiene razón. A este ritmo, no decidiremos nada,” dijo Mora. Rolonia no dio su opinión, pero ella no pareció oponerse.

“Bueno, ¿qué puedes hacer, entonces? Es un idiota, pero no es un idiota sin esperanza,” murmuró Hans.

“Puedes confiar en mí un poco más que eso. Soy el hombre más fuerte del mundo.”

“**Meow**, sí, sí,” respondió Hans con brusquedad.

A pesar de la reticencia, la decisión era ahora de Adlet. ¿Avanzar, o retirarse? “Mora, primero quiero preguntarte algo. ¿Hay una Santa con una habilidad que pueda descubrir al séptimo?”



La que respondió no fue Mora, sino Fremy. “Escuché el nombre **Marmanna, Santa de las Palabras**. Dicen que tiene el poder de detectar mentiras y hacer que la gente diga la verdad.” Tal habilidad de hecho les permitiría arrancar al Séptimo.

Pero Mora negó con la cabeza. “No, Marmanna está en el Templo de Todos los Cielos. Incluso con la mayor prisa, sería un viaje de siete días.”

Eso no funcionaría, entonces. Si gastaran catorce días en el viaje de ida y vuelta, no tendrían el tiempo necesario para derrotar al Majin. Tampoco había ninguna garantía de que esta Santa estuviera aún a salvo. No tenían más remedio que aceptar su destino. Adlet se dirigió al rey de Gwenvaella y le dijo: “Soy Adlet Mayer, el hombre más fuerte del mundo. Su Majestad, es posible que no entienda lo que está sucediendo en este momento, pero no discuta y haga lo que le digo. Si sale ahora mismo, ¿cuánto tiempo le llevará reactivar la barrera fantasmal?”

“Ya hemos preparado el agua y las raciones necesarias para una barricada. Se puede hacer de inmediato.”

“Bien,” dijo Adlet, “entonces, en media hora, active la barrera. Queremos que siga protegiéndola hasta que derrotemos al Majin. ¿Puede hacer eso?”

“La barrera está hecha de tal manera que se disipará automáticamente una vez que el Majin haya caído. Hasta entonces, no la desactivaremos, no importa lo que venga,” respondió el rey.

Adlet asintió y luego miró a sus compañeros. “Nos dirigimos a la Tierra de los Lamentos. ¿De acuerdo?”

Fremy no parecía feliz por eso, pero ella no protestó. Tampoco Rolonia.

“El enemigo puede haber concentrado sus fuerzas cerca de la frontera de la Tierra de los Lamentos,” continuó. “No bajen la guardia. ¡Vamos!” Por orden de Adlet, los siete corrieron.

Rolonia corrió hacia su lado. “Addy, agárrate de mi hombro.”

“Estoy bien. Puedo manejarlo,” insistió.

Ella apoyó la mano en su hombro, y brilló ligeramente cuando el cuerpo de Adlet se calentó. “Te trataré mientras corremos. Soy la santa de la Sangre Derramada. Soy buena curando heridas,”

“Muy bien, gracias.”

“Addy, ¿qué diablos está pasando? No entiendo esto en absoluto.”

**Yo tampoco**, pensó Adlet.

El grupo atravesó el bosque y salió por el otro lado para seguir la costa, finalmente pisando el suelo de olor ligeramente nocivo de la Tierra de los Lamentos. Después de un tiempo, una gigantesca bola de niebla se manifestó detrás de ellos. Ahora no había vuelta atrás, y serían incapaces de abandonar la Tierra de los Lamentos hasta que derrotaran al Majin. Pero Adlet



estaba bien con eso. No podían permitirse perder esta batalla. Era mejor cortar cualquier camino de retorno.



La Tierra de los Lamentos era una península que se extendía hacia el noroeste, con su borde este adyacente al continente. Al ritmo de un ser humano normal, llevaría aproximadamente cinco días recorrer su longitud. La topografía de la península era extremadamente compleja, y los detalles completos eran un misterio. Todo lo que sabían sobre el interior se basaba en los registros dejados por la Santa de la Flor Única y los mapas incompletos dibujados por los Héroes del pasado. Se decía que no era posible atracar un barco en las orillas de la Tierra de los Lamentos, porque la vasta costa estaba completamente rodeada por una compleja serie de aguas poco profundas y acantilados salpicados de espadas de roca. Durante un largo período de tiempo, los Kyomas habían convertido a toda la península en una enorme fortaleza accesible solo por tierra o aire.

El destino de los Seis Héroes era la punta noroeste de la Tierra de los Lamentos, donde dormía el Majin. La Santa de la Flor Única había llamado a esa tierra el Corazón Sollozante. Pasarían unos treinta días desde el despertar del Majin para que se reviviera por completo. Si los Héroes de las Seis Flores no alcanzaran el Corazón Sollozante para entonces, el mundo terminaría.



Medio día había pasado desde que se habían embarcado en la Tierra de los Lamentos. Adlet se apoyaba en el hombro de Rolonia para ponerse de pie. Podía sentir la sangre saliendo de su estómago—la herida de puñalada que había recibido de Nashetania había comenzado a doler de nuevo.

“Addy, trataré tu estómago. Deja que tus músculos se relajen.” Rolonia le tocó el estómago. Su poder para controlar la sangre amplificó su habilidad natural para recuperarse. En poco tiempo, la hemorragia se detuvo.

El grupo de Adlet estaba en un barranco en el lado este de la Tierra de los Lamentos, conocido como el Barranco de la Sangre Escupida. Apparently, se llamaba así porque una vez, cuando la Santa de la Flor Única había luchado contra el Majin, estaba tan exhausta que vomitó sangre en este lugar.

El grupo había llegado al barranco sin ninguna lucha. Al no encontrar ninguna de las emboscadas que los siete habían esperado en la costa, habían llegado en muy poco tiempo. Procedieron con cautela a través de la intrincada red de los barrancos, alerta por el peligro, y mientras se preparaban para los ataques desde el exterior, se investigaban entre sí para detectar posibles signos de traición o engaño. El progreso era lento, y el paisaje estaba inquietantemente tranquilo. Fremy atacó a algunos Kyomas vigilantes, pero después de eso, no vieron señales de sus enemigos.

Fremy y Mora estaban actualmente por delante del grupo, explorando. Los otros cinco esperaban su regreso.



“¿Estás bien, Rolonia?” preguntó Adlet. “Eres blanca como una sábana.”

“Estoy... b-bien...” tartamudeó Rolonia.

Anteriormente, a medida que avanzaban hacia la Tierra de los Lamentos, Adlet la había puesto al día en su batalla con Nashetania. Al principio, Rolonia no había creído la historia de la traición de la princesa.

También le había informado que Fremy era la hija de un Kyoma y el Asesino de Héroes. Con el rostro pálido, Rolonia había respondido que uno de los candidatos a héroe que Fremy había matado—Athlay, Santa del Hielo—había sido una conocida suya.

“Sé que tienes sentimientos encontrados acerca de asociarte con Fremy,” dijo Adlet, “Pero deja eso a un lado por ahora. No tiene sentido en ninguna lucha interna adicional.”

“S-sí...”

“Adlet.” Fremy había regresado desde su reconocimiento.

“Eeep!” Rolonia chilló.

Fremy, quien había estado a punto de dar su informe, se sorprendió aún más. “¿Qué ocurre, Rolonia?”

“¡Nada! Nada en absoluto. Estoy bien.” Rolonia le tenía miedo—y no solo a ella. Ella también estaba aterrorizada por el asesino, Hans; el violento chamo; y Goldof, quien había sido el guardián de Nashetania. Los únicos con los que la chica podía mantener una conversación adecuada eran aquellos que había conocido durante mucho tiempo: Adlet y Mora. El chico entendía el terror de un traidor en medio de ellos, pero Rolonia al tener demasiado miedo causaría problemas.

“No pude ver a ningún Kyoma. Por el momento deberíamos estar bien. Mora siguió adelante. Vamos a ponernos al día con ella y reagruparnos.” Fremy se puso al día, luego se alejó de Adlet. El grupo aceleró el paso tras ella.

De repente, escucharon un grito desde lo alto del barranco, y Rolonia se estremeció con todo su cuerpo. Cuando Adlet levantó la cabeza, vio un ciervo cruzando el valle.

La fauna en la Tierra de los Lamentos era sorprendentemente populosa. La toxina producida por el Majin no tenía efecto en otras criaturas que no fueran los humanos. También se decía que los Kyomas solo atacaban a los animales por comida.

“¡Oh, un ciervo! Tan lindo. Sin embargo, las mascotas de Chamo son más lindas.” Chamo sonrió.

Rolonia era la única entre ellas que se había sobresaltado. Verla saltar sobre un ciervo hizo que Adlet se sintiera incómodo. Se preguntó si ella podría manejar lo que estaba delante de ellos.



“Hey, chica vaca. Si eres tan débil, ¿cómo puedes ser un Héroe?” Chamo exigió, agitando su cola de zorro de un lado a otro.

“¿Eh? Um...” Rolonia se calló.

“Chamo lo sabe todo sobre ti. Eres una Santa fracasada. El Espíritu que te eligió fue solo un error. Nadie creería que alguien como **tú** podría ser uno de los Héroes de las Seis Flores.”

“Um...” Rolonia simplemente agachó la cabeza. “Creo... tal vez... en realidad podría... no ser.”

**¿De qué está hablando?** se preguntó Adlet.

“Esto se está poniendo **realmente** molesto,” se quejó Chamo. “Si eres el séptimo, ven y confiesa. Si pides disculpas ahora, no te lastimarás.”

“Hey. Basta,” ordenó Adlet.

“Cuando apareció la cresta, simplemente no podía creer que fuera uno de los Héroes de las Seis Flores... pensé, que tal vez... de alguna manera fui elegido por error.”

“Bueno, ahí lo tienes entonces,” dijo Chamo.

Justo cuando Adlet se preparaba para reprenderla, una voz gritó delante de ellos. “Creo que Rolonia es fuerte.”

Era Fremy.

“Escuché que Mora estaba tan encantada con su talento que le dio su entrenamiento especial de uno contra uno. La razón por la que no fui tras Mora fue porque Rolonia estaba en el Templo de Todos los Cielos.”

Chamo resopló. “**Hmph**. Entonces tal vez ella es algo fuerte.”

“Muchas gracias, Fremy,” tartamudeó Rolonia.

“No tienes que agradecerme. Todavía sospecho de ti.”

“... **Ulp**.” Rolonia se estremeció.

“Pero aparte de eso, quiero saber más de ti. Todo lo que sé de ti es que eres la Santa de la Sangre Derramada y que se supone que eres bastante poderosa.”

“Oh sí, Rolonia. Deberías decírselo,” dijo Adlet.

“Me convertí en una Santa hace dos años y medio,” comenzó Rolonia. “Antes de eso, era una sirvienta. Se suponía que debía renunciar de inmediato, pero Lady Mora me ordenó entrenar para ser uno de los Héroes de las Seis Flores. En el Templo de Todos los Cielos, Lady Mora y Willone, Santa de la Sal, me enseñaron a luchar.”



“Describe lo que sucedió entre el despertar del Majin y cuando viniste a nosotros,” exigió Fremy.

“O-okay. Um, cuando el Majin despertó y recibí la Cresta de las Seis Flores, estaba en el Templo de Fuego, en la Tierra de la Fruta Dorada. Estaba entrenando con Liennril y... oh, Liennril es la Santa de Fuego.”

“¿Y entonces?”

“Se suponía que debía haber llegado antes, pero en el camino, conocí a algunas personas que habían sido atacadas por Kyomas. Se lesionaron y me pidieron que les ayudara a tratarlas... y pensé, '¿Pero qué pasa si llego tarde?' Pero no pude decir que no... y luego llegué tarde. Lo siento.”

“¿Y cuándo llegaste a la barrera fantasmal?” Preguntó Adlet.

“Llegué al bosque a última hora de la noche anterior. La barrera ya había sido activada para entonces. El rey de Gwenvaella estaba en el fuerte, y él me contó acerca de la barrera. Según Su Majestad, algunos soldados rebeldes se habían apoderado del fuerte y la barrera fue activada por alguna razón. No tenían idea de lo que estaba pasando.”

“Y luego en la mañana, la barrera se levantó y nos encontramos,” terminó Adlet.

Rolonia asintió.

“¿Alguno de ustedes piensa que hay algo sospechoso en su historia?”

Preguntó Adlet.

Hans fue el que respondió. “¿Estaba ella *realmente* en el Templo de Fuego?”

“Revisemos eso con Mora más tarde. No creo que haya otra parte de su historia que sea particularmente sospechosa,” dijo Adlet.

“Cierto, *meow*.”

Entonces Chamo, quien había estado escuchando en silencio, intervino. “Hey, Adlet, ¿cómo la conoces?”

Rolonia miró a Adlet, y sus ojos se encontraron. Él asintió con una expresión que decía que ella podía decirles. “Conocí a Addy hace dos años,” dijo. “¿Conoces a Atreau Spiker?”

Mientras Adlet escuchaba su historia, recordaba el pasado. En ese momento, nunca hubiera soñado que la volvería a ver. Cuando se conocieron por primera vez, Rolonia crecería hasta convertirse en uno de los Héroes de las Seis Flores, parecía inconcebible.





Cuando Adlet tenía diez años, se había convertido en aprendiz de Atreau Spiker, un guerrero ermitaño que vivía en las montañas. En el transcurso de ocho años, había absorbido todas las técnicas y conocimientos de lucha de su maestro, así como las habilidades para hacer cada uno de los inventos de Atreau.

Adlet no había sido el único alumno de Atreau Spiker. Atreau había tomado una serie de aspirantes que aspiraban a ser Héroes de las Seis Flores. Todos y cada uno de ellos, incapaces de manejar sus métodos excéntricos, finalmente habían abandonado la montaña—todos excepto Adlet. Pero aparte de esos estudiantes, el maestro también había recibido solicitudes para enseñar habilidades de combate a mercenarios de élite y famosos, Santos y otros. Aparecerían con cartas de presentación de ministros o capitanes mercenarios y se convertirían en aprendices a corto plazo para adquirir conocimientos y nuevas técnicas de combate. Atreau había vivido como un ermitaño, pero no había cortado todo contacto con el mundo.

Apenas dos años antes, Rolonia Manchetta se había acercado a Atreau con una carta de presentación en la mano. En ese momento, ella había sido tan cobarde y tímida como lo era ahora... no, más aún.

“Adlet.”

Adlet había estado lanzando agujas en las montañas día y noche, cuando de repente, su maestro vino a hablar con él. El chico ignoró a su maestro, continuando su práctica mientras el hombre estaba de pie junto a él. Las ampollas en sus dedos se habían roto para exponer la carne cruda y sangrante, pero aun así seguía lanzando agujas.

“Esta es Rolonia Manchetta. Ella es la Santa de la Sangre Derramada. Durante los próximos dos meses más o menos, la instruiré sobre la ecología de los Kyomas y cómo manejarla. No interfieras,” explicó Atreau, indicando a la chica que estaba a su lado.

Adlet no la saludó ni contestó. En ese entonces, había sido diferente—más oscuro y más hambriento. Maldecía todo en el mundo, sobre todo su propia debilidad.

“Dile tu nombre por lo menos,” incitó Atreau. Rolonia se escondió a la sombra de Atreau, mirando a Adlet con ojos asustados.

“Adlet Mayer,” le dijo a Rolonia. “Eventualmente, seré el hombre más fuerte del mundo. Pero todavía no. No me hables.”

“O-okay. Lo siento,” respondió ella.

“Vamos, Rolonia,” dijo Atreau, y en el momento en que lo hizo, Adlet hizo su movimiento. Arrojó una aguja a su maestro, y simultáneamente sacó un cuchillo y le dio un golpe.

“Eeek!” Rolonia gritó y se hundió en el suelo junto a Atreau. Atreau apartó la aguja con un dedo y agarró a Adlet por la muñeca antes de arrojarlo lejos. El chico no se detuvo por un instante, rozando los tobillos de Atreau. Justo antes de que se conectara, el guerrero esquivó y pateó a Adlet en la cara. La sangre brotó de su nariz.

“¿Estás bien, Adlet?” preguntó Rolonia.



“Te dije que no me hablaras.” Intentó pararse, pero sus pies se enredaron, y no podía moverse.

“No te preocupes por él, Santa de la Sangre Derramada,” dijo Atreau. “Ese chico se habrá ido pronto de aquí.”

“Um... er...” tartamudeó Rolonia:

“Le ordené que lo hiciera. También puede usar cualquier medio que desee. Y si no logra derrotarme antes de cumplir dieciséis años, será expulsado de esta montaña. Queda un mes hasta que deba irse.”

“*Ugh...*” Adlet gimió.

El guerrero pisó la cara de Adlet. “Sonríe.”

Adlet intentó mover sus labios pero ya no era capaz de sonreír.

El hambre y la impotencia le habían robado eso.

Atreau escupió a su alumno donde yacía en el suelo. “Basura.” Lo dejó allí y se alejó, llevándose a Rolonia con él. Adlet golpeó el suelo y gritó.



Rolonia vivía en una casa de huéspedes que Atreau había construido. Era el único lugar en esa montaña apto para el vivir humano. Atreau y Adlet vivían en una cueva, como animales. Atreau estaba constantemente al lado de Rolonia, enseñándole sobre los Kyomas y atendiendo sus comidas y necesidades. Durante ese tiempo, ignoró a Adlet.

Todos los días, Adlet desafiaba a Atreau, y todos los días perdía. Herido, alumbrando el dolor de sus heridas por la fuerza de solo su voluntad, se levantó una y otra vez. Adlet sabía que su maestro no era un hombre indulgente. Si no lograba derrotarlo en el próximo mes, realmente se iría para siempre. Y todavía no había aprendido todos los trucos de Atreau. Si lo echaban, perdería su único medio de convertirse en uno de los Héroes de las Seis Flores.

Un cierto Kyoma acechaba constantemente en el fondo de la mente de Adlet. Un Kyoma que caminaba sobre dos piernas, tres alas que crecían desde su espalda, con la cara estrecha de un lagarto sonriendo cálidamente a modo de saludo. El monstruo que había destruido su aldea y le había quitado a su hermana y mejor amigo. No podía olvidar a esa criatura, ni siquiera por un instante. Solo el odio reinaba en el corazón de Adlet. No podía vivir hasta que derribara a la bestia, hasta que viera morir a su enemigo. Ningún rincón de su corazón tenía espacio para Rolonia.

Una noche, habiendo perdido contra Atreau como de costumbre, Adlet se derrumbó en su cueva y durmió como los muertos. Sintió que algo le tocaba la espalda y se alejó de un salto. Rolonia estaba sentada a su lado, sosteniendo una lámpara. “¿Por qué estás aquí?” él gritó.



La chica saltó de nuevo a un rincón de la cueva y comenzó a temblar violentamente. “M-M-Maestro Atreau me dijo que tratara tus heridas...”

“¿Él lo hizo?”

“Soy, um, la Santa de la Sangre Derramada... puedo curar heridas.”

“... Por favor.” Adlet se postró en el suelo.

Rolonia oró al Espíritu de Sangre Derramada, tomando prestado su poder.

Cuando ella puso sus manos sobre él, sus heridas se cerraron ante sus ojos. “La sangre humana contiene naturalmente el poder de curar,” explicó. “Al amplificar eso, también puedo curar heridas.”

“El poder de las Santas realmente es algo,” remarcó Adlet. Adulada, Rolonia se sonrojó ligeramente. “¿Estás entrenando para ser un Héroe?” preguntó.

“¿Eh?”

“Supongo que no tuve que preguntar. Eso es lo que todo guerrero quiere.”

Rolonia negó con la cabeza. “Um, podrías pensar que soy extraña al decir algo como esto, pero...”

“¿Qué?”

“Estoy pensando en dejar esta montaña.”

“¿Pasó algo con Atreau?”

“No... um, creo que voy a dejar de intentar ser un héroe. Creo que también debería renunciar a ser una Santa.”

Adlet se sorprendió. Vivía por el bien de convertirse en un guerrero. Había tirado todo por el poder. Para él, soltar esa nueva fuerza era impensable.

“Di-digo,” continuó, “no hay manera de que pueda... convertirme en uno de los Héroes de las Seis Flores. Y luego, si fuera elegida por algún accidente, sería una carga para todos. Así que eso es por qué creo que tal vez debería renunciar como la Santa de la Sangre Derramada...”

“¿Por qué estás aquí? ¿No quieres ser más fuerte?”

“Yo...”

“Explica.” La ira de Adlet era audible.

Vacilante, Rolonia relató su historia. Ella nunca había estudiado para convertirse en una Santa. Ella había sido sirvienta en el Templo de la Sangre Derramada—lavaba la ropa de los acólitos y demás. Unos cinco meses antes, la anterior Santa de la Sangre Derramada se había retirado,



y habían celebrado la ceremonia para seleccionar un sucesor. La elección no había sido uno de los acólitos que participaron en la ceremonia, sino Rolonia, quien había estado colgando ropa afuera.

“¿Es eso posible?” Adlet se maravilló.

“El Espíritu elige a la Santa... Nadie sabe lo que están pensando.” Rolonia había intentado inmediatamente renunciar. La Santa anterior y los acólitos creían que esa era la respuesta obvia. Pero luego vino la orden de la Mayor del Templo, que gobernaba a todas las Santas. Rolonia debía continuar como la Santa de la Sangre Derramada. Además, debía estudiar combate y entrenarse para ser una Héroe de las Seis Flores. También se le ordenó mudarse al Templo de Todos los Cielos para someterse a una educación intensiva necesaria para sobresalir como Santa.

“La Mayor del Templo dice que seré una Santa muy poderosa,” dijo Rolonia, “pero eso nunca va a suceder. He estado entrenando durante años, pero todavía estoy muy débil. Sólo soy una carga...”

Mientras Adlet la escuchaba hablar, el odio hervía en su pecho. “Ojalá fuera una chica,” se quejó. “Si hubiera nacido chica, podría haberme convertido en santa.”

“Eh?”

“Si fuera una santa, podría fortalecerme. Podría obtener el poder para derrotar a esa cosa. Pero nací siendo un chico.” Adlet golpeó sus puños en el suelo. “¡Esto es una tontería! ¿Por qué alguien como tú recibió ese regalo? ¿Por qué tú y no yo?” Agarró a Rolonia por el cuello y la sacudió. “Quiero poder. ¡Quiero poder! ¡Quiero el poder para derrotar a ese monstruo! ¡Daré cualquier cosa por ello—solo quiero ser lo suficientemente fuerte!” Todos los días, cortando sangre y bilis lo había hecho visceralmente consciente de la realidad de que no tenía talento. Cada noche, él maldecía su propia impotencia mientras caía en un sueño muerto, repitiendo en su cabeza: “**Quiero poder, quiero poder.**” Y lo que Adlet anhelaba tanto, Rolonia estaba a punto de lanzarlo. Se resintió profundamente resentido con ella por eso. “Dámelos. Dame tus poderes a mí.”

“N-no... no puedo hacer eso,” dijo. “Transferirlo a otra persona es una técnica increíblemente difícil—”

“¡Cállate! ¡Solo dámelo! ¡Dame tus poderes!”

“No puedo hacer eso. La Mayor del Templo—incluso Lady Leura—no pueden... Alguien como yo posiblemente no podría—”

“¿Por qué no!? ¡Dámelo! ¡Alguien, dame poder! ¡Quiero ser más fuerte!” Adlet la soltó, se desplomó en el suelo y sollozó.

“Lo-lo siento, no quise...” Sentada a su lado mientras lloraba, Rolonia también comenzó a llorar.

Dentro de esa cueva, una chica a la que inadvertidamente se le había otorgado el poder y un chico que no pudo tomarlo lloraban.



Alrededor del amanecer, Adlet se disculpó con Rolonia. No era el único en el mundo que lo había tenido duro—lo cual era obvio, pero lo había olvidado por mucho tiempo. Ella también se disculpó con Adlet otra vez, por haber hablado de forma desagradable sin tener en cuenta sus sentimientos. Después de eso, los dos se hicieron amigos. La conexión duró sólo unos breves dos meses. Era el tipo de relación que se desvanecería con el paso del tiempo. Pero aun así, ella era una de las pocas amigas que Adlet había hecho.



“... Y así es como nos conocimos,” terminó Rolonia. Ella había abreviado el pasado de Adlet sustancialmente. En privado, Adlet estaba agradecido. Recordar cómo había estado en aquel entonces era embarazoso y deprimente.

“Así que fue Mora quien te hizo estudiar con Atreau. No sabía que ella lo conocía,” reflexionó Adlet.

“No creo que ella lo conociera personalmente. Pero él es famoso,” dijo Rolonia.

***De una forma extraña, ya estábamos conectados,*** pensó Adlet.

“***Meow-jee-jee-jee,***” se rió Hans. “De seguro que se hicieron realmente cercanos en solo dos meses. Actúas como un tonto, pero en realidad tienes un juego, ¿no?”

“Cállate,” Adlet cortó, disparando a Hans. Fremy miró el intercambio con ojos fríos.

Fue entonces cuando Mora regresó. “¿Cómo te fue, Mora?” preguntó Adlet.

“No hay Kyomas que encontrar. El barranco está completamente desierto.”

Adlet no sospechaba lo más mínimo de ella. Y de hecho, no se encontraron Kyomas en el barranco. Pero no se dio cuenta de lo que ocultaban esas palabras.



Unos diez minutos antes, Mora había estado caminando sola a través del barranco, alerta a sus alrededores. El complejo terreno del barranco no podía ocultar un gran contingente de Kyomas, pero era el lugar perfecto para una pequeña emboscada. Ella empujó hacia adelante, un ojo hacia fuera para los ataques por detrás y por encima.

“!” Fue entonces cuando sucedió. Se dio cuenta de un Kyoma en lo alto del acantilado, uno bastante pequeño que parecía un mono. Cuando Mora apretó los puños y adoptó una postura de lucha, el Kyoma saltó para aterrizar directamente delante de ella, luego inclinó la cabeza en señal de sumisión, arrastrándose a cuatro patas.

“¿Qué?” Mora murmuró cuando vio su espalda y el mensaje escrito en tinta negra.

***Una advertencia para ti, Mora: No tienes tiempo.***



Por un momento, ella miró al Kyoma sumiso. Entonces ella pisó su espalda tan fuerte como pudo. Fue asesinado en un solo golpe, al igual que cualquier otro Kyoma sin valor y de bajo nivel.

“...” Ella bajó el pie una y otra vez hasta que la escritura ya no era visible. “¿No tengo tiempo? Eso... no puede ser...” murmuró ella. Luego, abandonando el cuerpo del Kyoma, se fue.



“¿Entonces no te topaste con ningún Kyoma? Eso es aún más aterrador,” dijo Adlet.

“El séptimo tampoco ha hecho nada. Esto se siente como una decepción,” se quejó Chamo.

Lo era realmente. Adlet había esperado encontrar otra trampa en el momento en que entraron a la Tierra de los Lamentos—o quizás el séptimo atacaría a la primera oportunidad. Pero las cosas estaban demasiado tranquilas.

“**Meow** tal vez no es que no estén haciendo nada—es que no pueden hacer nada,” especuló Hans.

“¿Qué quieres decir?” preguntó Adlet.

“Desde que pusimos un pie en la Tierra de los Lamentos, Fremy está ansiosa por matar algo. Si alguno de nosotros se sale de la línea, ella los matará allí mismo.” Adlet miró a Fremy. Ella no lo negó. “Me he estado sintiendo nerviosa desde que llegamos aquí,” continuó Hans. “Ella es una dama aterradora.” Sonrió como si la estuviera pasando bien.

“Mora, ¿qué hay por delante?” preguntó Adlet.

“Unos quince minutos más adelante, vi una colina,” respondió Mora. “Y más allá de eso, una montaña. Estoy seguro de que esa es la montaña donde se encuentra el Brote de la Eternidad.”

Adlet comparó el informe de Mora con su mapa mental. Sonaba como si estuvieran avanzando por la ruta que habían planeado y no se habían perdido. Si su sentido de navegación era correcto, esa montaña era donde la Santa de la Flor Única había dejado una reliquia. Era una barrera conocida como el Brote de la Eternidad, una importante zona segura. Adlet planeaba pasar la tarde descansando en el Brote de la Eternidad antes de seguir adelante.

“Tengo una propuesta. La próxima área abierta a la que lleguemos, deberíamos tomar un descanso,” dijo Fremy.

“No necesitamos hacerlo todavía. Quiero llegar a las montañas de inmediato, y luego al Brote de la Eternidad,” insistió Adlet.

Fremy negó con la cabeza. “Hay algo de lo que quiero hablar con ustedes lo antes posible. Tomará un tiempo, y es importante, así que me gustaría sentarme y tomarme mi tiempo.”

“¿De qué quieres hablar?”



“La política interna de los Kyomas,” dijo Fremy, y la tensión recorrió el grupo.

“Parece que lo recuerdo de antes, dijiste que los Kyomas tenían tres comandantes,” recordó Mora. Adlet se había olvidado de eso, con la repentina llegada de Nashetania y Rolonia. Pero Fremy tenía razón. Esto era muy importante.

“¿Por qué no discutirlo en el Brote de la Eternidad?” aconsejó Mora. “No está lejos de la colina.”

“Si yo fuera el enemigo,” respondió Fremy, “desplegaría fuerzas cerca del Brote de la Eternidad. Dudo que podamos hablar por mucho tiempo allí.”

“Puede ser así,” estuvo de acuerdo Mora. “Y no debemos preocuparnos por los ataques sorpresa en un espacio tan abierto. Hablemos una vez que lleguemos a esa colina, entonces.”

“Ahora que eso está arreglado, vamos,” dijo Adlet.

Hans partió primero, y Chamo y Mora lo siguieron. Goldof los siguió detrás de ellos con un paso lento. Justo cuando Adlet se preparaba para salir, Fremy tiró de su manga. “¿Qué ocurre?” preguntó.

“¿Puedes sentirlo?”

“¿Sentir que?”

“Alguien está aquí,” dijo Fremy, mirando hacia el cielo.

Por un momento, la sombra del Kyoma que Adlet nunca olvidaría cruzó su mente. Una sonrisa siniestra en su rostro mientras calmaba a los aldeanos con palabras amables, había destruido su hogar. Le había quitado a su hermana, a su amigo, **todo** de él.

“.....”

El corazón de Adlet latía con fuerza. Los escalofríos de euforia le recorrieron la espalda. No había sentido a nadie tratando de matarlos o se había dado cuenta de cualquier peligro. Pero el sudor todavía le goteaba la frente. Algo indescriptible e irracional lo puso nervioso.

“Siento algo,” dijo Fremy. “No sé dónde, pero está aquí. Nunca podría olvidar esa presencia. Se siente como si se estuviera enrollando lentamente alrededor de mi piel.”

Adlet recordó lo que había sucedido dos noches antes. Fremy le había contado sobre el Kyoma que había ordenado su nacimiento y sobre cómo era uno de los tres comandantes. Ella había dicho que ese Kyoma era el mismo que había destruido la casa de Adlet. Su alma le estaba diciendo que estaba cerca.

“Vamos. Como dije antes, esta charla tomará algún tiempo,” dijo Fremy.

“¿Puedo pedir una cosa?” Adlet se detuvo. “¿Cuál es su nombre?”

Fremy miró hacia el cielo y respondió en voz baja: “..... Tgurneu.”





“Hey, ¿cuál crees que es la fuerza más poderosa en el mundo?” Cuando Adlet estaba aprendiendo el nombre de Tgurneu, una criatura en particular murmuraba, “Si lo piensas bien, si **realmente** lo piensas, hasta el final, sabes que debe ser el amor.”

En cierto lugar, había un Kyoma. Un Kyoma con dos piernas y dos brazos que medían poco más de dos metros de altura. Hablando relativamente, probablemente sería considerado pequeño. Las escamas verdes y tostadas formaban un patrón moteado en su torso, y las plumas blancas crecían de sus extremidades. Pero la piel de sus palmas estaba húmeda, como la de un anfibio. En su parte posterior había grandes alas de pájaros negros, y extrañamente, entre ellas brotaba una única ala de cisne. Su pecho presentaba una gran boca de anfibio. La extraña criatura parecía una mezcla confusa de varios animales diferentes. Su cara era increíblemente larga y delgada, como la de un lagarto. Estaba sentado en una pequeña silla de madera.

“No lo entiendo,” dijo el otro presente.

“¿No?” El Kyoma sostenía un libro en sus manos. Llano, tomillo encuadernado en tela, una colección de obras de un famoso dramaturgo, estaba decorado con hilos de oro. La criatura pasó una página con un dedo. **“¡Oh, príncipe Wiesel, maldícelos! ¡Maldice esos hermosos ojos azules! ¡Maldice a la madre y al padre que se los dieron a ustedes, y todo de mí, tal como me veo reflejado en ellos!”** En el guión, un espía se había infiltrado en el palacio para envenenar al rey de una nación hostil, solo para enamorarse del príncipe.

“¿Me pregunto por qué el protagonista grita eso?” el Kyoma reflexionó. “Solo momentos antes, ella había estado hablando de amor. Esto no es nada más que una serie de letras, sin embargo, plantea misterios sin fin para mí. El poder del amor es realmente temible.”

“Con el debido respeto, quizás este no sea el momento para tales pasatiempos. Los Héroes de las Seis Flores se acercan.”

**“Heh-heh-heh,** justo. Me separaré de esta fantástica historia de amor por ahora y me dirigiré a enfrentar al **verdadero** amor.” El Kyoma dejó el libro y arrancó un higo grande de la mesa. “Una vez, el Majin perdió debido al amor de la Santa de la Flor Única.” La criatura mordió el higo, masticó y tragó. “Fuimos derrotados dos veces por los Héroes de las Seis Flores, por el poder del amor que los apoyó. Pero para esta tercera batalla, creo que las cosas serán diferentes. Oh, tercera generación de los Héroes, el amor será su ruina.”

Levantándose de la mesa, el Kyoma—Tgurneu—levantó la vista y sonrió en silencio.



Quince minutos después, el grupo de Adlet llegó a la cima de la colina. Tal como Mora había dicho, desde este punto, no tendrían que preocuparse por un ataque sorpresa. Incluso si los enemigos aparecieran, el grupo podría preparar una contraofensiva mientras sus atacantes estaban ocupados subiendo la colina. Actualmente, no había señales de Kyomas en el valle que los rodeaba o en el cielo de arriba.



Adlet dejó escapar un suspiro de alivio, bajó la caja de hierro de su espalda, se quitó la armadura de cuero y comprobó sus heridas. Entre la medicina de Mora y el tratamiento de Rolonia, la mayoría de las heridas estaban cerradas. Al caer la noche, probablemente estaría completamente recuperado.

“Ya sabes, ni siquiera hemos hecho nada, pero todavía estoy vencido,” dijo Hans.

Adlet sentía lo mismo. No era solo la anticipación de un ataque lo que lo puso nervioso. Varias ansiedades pesaban sobre él.

Los Kyomas aún no se habían mostrado, y el séptimo no estaba revelando su identidad, pero era más que eso. Fremy estaba emitiendo un aura peligrosamente sangrienta, Chamo podía salirse de control en cualquier momento, Rolonia estaba infinitamente confundida y asustada—sus propios aliados le daban bastante de qué preocuparse. Y sobre todo, Adlet estaba preocupado por un miembro particular del grupo.

“¿Estás bien, Goldof?” le preguntó al otro hombre. Goldof no respondió. Se quedó allí sentado, con los ojos vacíos, los labios apretados en una línea delgada, con expresión rígida. El caballero no había dicho una sola palabra, tampoco cuando Rolonia había aparecido, ni mientras se abrían camino a través de la Tierra de los Lamentos, todo lo que hizo era mirar el cielo como si su mente estuviera en otro lugar.

Era comprensible. La princesa que él amaba lo había traicionado—no solo ridiculizándolo, sino que lo había descartado. No era difícil conjeturar cómo se había sentido. Y ni siquiera había pasado un día desde la revelación de su traición, por lo que no sería razonable simplemente decirle que lo superara. Aunque Goldof era un caballero alabado y dotado, aún tenía dieciséis años.

“Goldof, tal vez no tenga sentido decirte esto, pero vamos, sal de ahí,” dijo Adlet. Por supuesto que Goldof no respondió. Era como si ni siquiera hubiera oído.

“Sigue adelante y olvida sobre ella,” dijo Hans. “Solo piensa en cómo será una vez que regresemos. Puedes sentarte en tu hermoso trasero de sangre azul y las damas se reunirán contigo.”

Goldof ni siquiera reaccionó.

“¿Estabas tan enamorado de Nashetania?”

“Probablemente porque ella tenía una cara linda, dejando su personalidad de lado. Y por el destello que tengo, su pecho también es bastante *meeow*, también.”

“... No creo que ese sea el problema aquí.” Adlet suspiró, luego sacó silenciosamente una aguja de una bolsa en su cintura. Sin emitir ningún sonido, la arrojó a la cara de Goldof.

“!” Goldof agarró el proyectil entre dos dedos y lo arrojó hacia Adlet. Todavía mirando al suelo, ni siquiera había mirado hacia arriba.



“Parece que incluso con un corazón roto, él no ha perdido la fuerza para pelear. Es un hombre bastante bueno.” Adlet sonrió, pero Goldof seguía sin expresión.

Entonces Mora hizo una seña a Adlet. Se acercó para escuchar lo que ella tenía que decir. “Adlet,” ella comenzó, “el séptimo es probablemente Goldof. ¿No deberíamos hacer algo?”

“Sospecho de él, pero no lo sabemos con seguridad.”

“En este punto, no puedo imaginar que pueda ser cualquiera, pero no soy yo, ni Rolonia, ni tú. Hans y Chamo derrotaron a Nashetania, por lo que no podrían ser ellos. Si Fremy fuera el séptimo, no habría ninguna razón para que ella te hubiera salvado.” No hay otra posibilidad que no sea Goldof.”

“Mora, basta,” insistió Adlet en voz baja, pero con firmeza. “En este momento, lo que más me asusta no es el séptimo. Es acusar falsamente a un aliado inocente. No hagas estas acusaciones cuando solo estás adivinando.”

“Pe—”

“¿Puedo? Me gustaría hablar.” Fremy interrumpió el intercambio.

“No te preocupes. Encontraré al séptimo. Solo relájate y espéralo. Soy el hombre más fuerte del mundo,” le aseguró Adlet con una sonrisa.

“Estoy preocupado, pero... está bien. Decidí confiar en ti.” Mora accedió.

“Bien. Solo mantén la boca cerrada y sígueme.”

El grupo rodeó a Fremy y se sentó. Todos estaban listos para un ataque sorpresa, con armas en sus manos. Tal vez por primera vez en la historia, los humanos escuchaban sobre los asuntos internos de los Kyomas. Habían sido incapaces de investigar durante mucho tiempo, y mucho menos de adquirir información. Fremy podría convertirse en la mayor ventaja de los Héroes. Saber de su enemigo impactaría significativamente las mareas de la batalla.

“Como he dicho algunas veces, los Kyomas operan bajo tres comandantes. Sus nombres son Cargikk, Tgurneu y Dozzu,” comenzó Fremy en voz baja. Su actitud era un asunto de hecho. “Alrededor del setenta por ciento de todos los Kyomas son formas de vida inferiores, su intelecto está a la par con los animales.” La mayor parte del otro treinta por ciento tiene cierto grado de inteligencia, pero no sentimientos complejos, y todo lo que pueden pensar es en matar humanos. Pero estos tres son diferentes. Poseen voluntad, sentimientos, ideología y sentido estético. También son lo suficientemente fuertes como para controlar a todos los demás Kyomas. Cada uno de ellos, aparte de mí, ha jurado lealtad absoluta a uno de estos tres. Leales de que si uno de estos comandantes lo ordenara, no dudarían en dar su propia vida.”

“¿Qué tan fuertes son?” preguntó Adlet.

“No puedo estar segura. Pero no creas que tendrías una oportunidad contra cualquiera de ellos uno contra uno.” La posibilidad de tres enemigos que nunca podrían vencer solos. Los Seis Héroes ahora tenían una buena idea de cuán desfavorecidos estaban. “Pero si podemos derrotar a estos tres, básicamente ganamos. No hay otros capaces de liderar a los Kyomas. Sin



su estructura de mando, se convertirían en un grupo desordenado. Podríamos derrotarlos uno por uno hasta que desaparezcan, o podríamos ignorarlos a todos y dirigirnos hacia el Corazón Sollozante. Lo que queramos.”

“Ya veo.”

“Pero la parte más importante es esto—los tres no cooperan. De hecho, incluso me atrevería a decir que son intensamente antagónicos entre ellos.” Esta información sobre los asuntos de los Kyomas fue sorprendente. Antes de que Adlet pudiera hacer un sonido de reconocimiento, Fremy continuó. “Supuestamente, el más poderoso es Cargikk. Se parece a un león y manipula llamas de veneno—puede asar fácilmente a un humano, y el humo de sus llamas contiene una poderosa toxina. Es un oponente al que se le debe temer.”

“¿Quién es más fuerte, Chamo o Cargikk?” Chamo sondó

“No lo sé. No tengo ninguna posibilidad con ninguno de ustedes,” respondió Fremy. “Cargikk manda alrededor del sesenta por ciento de todos los Kyomas. La mayoría se concentra alrededor del Corazón Sollozante, donde duerme el Majin, en posición de contraataque. Dudo que Cargikk se mueva de esa posición. Creo que planea enfocarse en la defensa.”

“Ese es el tipo que nos causará más problemas,” observó Adlet. Era una táctica simple, pero la más efectiva. Dado que los Héroes de las Seis Flores eran muy superados en número, querrían dispersar el bloqueo de alguna manera.

“Siguiente... Tgurneu. Es un poco difícil hablar de él.” Fremy, quien hasta ahora había estado hablando desapasionadamente, vaciló de repente. La mención del nombre hizo que el corazón de Adlet latiera con fuerza. “Hasta hace seis meses, Tgurneu era lo más importante del mundo para mí.”

“¿Y ahora?” Preguntó Mora.

“... Lo que más odio. Déjame continuar. Tgurneu manda alrededor del cuarenta por ciento de los Kyomas. Él es el responsable de mi creación y el que me ordenó matar a los posibles Héroes.” Había algo que molestaba a Adlet, pero él guardó silencio y dejó que Fremy hablara. “Tgurneu es un Kyoma de tipo mixto. Obtuvo sus poderes al fusionarse con numerosos Kyomas diferentes. Su estilo de combate es simple—aplasta a sus enemigos con una fuerza física, velocidad y resistencia abrumadoras. Es seguro asumir que no hay nada que no pueda romper con sus puños. Pero lo que es aún más aterrador acerca de él es su ingenio.”

“¿Qué quieres decir?” presionó Adlet.

“Mi existencia era solo una pequeña parte de su plan. Hablando francamente, ni siquiera puedo adivinar el alcance de sus maquinaciones. Estoy segura de que Tgurneu fue quien envió a Nashetinia y a nuestro actual séptimo Héroe.”

“Así que la princesa de una nación cayó en las garras de los Kyomas... todavía no puedo creerlo,” murmuró Mora.

“Es absolutamente probable,” dijo Fremy. “Tgurneu ha tenido influencia en el mundo humano desde que nació. Los Kyomas que reúnen inteligencia y cumplen sus órdenes tienen habilidades



relacionadas con el cambio de forma, el espionaje y la hipnosis. No sé hasta dónde puede llegar. El mundo humano se extiende, pero él determinó fácilmente cosas que no podría haber sabido a menos que haya penetrado hasta el centro de una nación.”

“...”

Tgurneu fue quien me hizo y me crió. Por sus órdenes, gané mis poderes y maté a los candidatos a Héroes. Lo respetaba profundamente, pero al mismo tiempo, también lo temía. Parecía cálido, pero a veces frío. Nunca pude ver profundamente en él, nunca lo entendí.” Entonces Fremy pareció darse cuenta de las frases que había estado usando. “No... nunca pude entenderlo,” se corrigió rápidamente.



“Dios mío,” murmuró Tgurneu desde un lugar determinado, tal como explicó Fremy. “¿Así que eso fue lo que pensaste de mí, Fremy? ¿No me entiendes? Es una forma bastante triste de decirlo. Incluso después de que te corrompiera.” El Kyoma se rió entre dientes.



La medio Kyoma continuó. “Cargikk y Tgurneu son hostiles entre sí. Y al igual que sus maestros están divididos, los que están bajo su mando también están divididos. Cuando los subordinados de Tgurneu y Cargikk se encuentran, no hablan. Su rivalidad es tan intensa que incluso Kyomas más bajos incapaces de hablar de diferentes facciones se mostrarán unos a otros y harán demostraciones amenazadoras.”

“¿Por qué, *meow*?” preguntó Hans.

“Un numero de razones. Tgurneu es un estratega, mientras que Cargikk prefiere pelear cara a cara. Así que sus filosofías siempre han estado en conflicto. Pero la mayor división entre ellos es su acercamiento a los humanos. Según la ideología de Tgurneu, los humanos deben ser utilizados. Pero Cargikk siente un intenso odio y un profundo desprecio por ellos. Se cree que cualquier implicación con los humanos es impuro. Escuché que cuando Tgurneu ideó el plan para organizar mi nacimiento, estuvieron a un paso de matarse el uno con el otro. Al parecer, Cargikk dijo que no permitiría la mezcla de sangre humana con la orgullosa sangre de los Kyomas.”

“Espera un segundo, por favor.” Rolonia, quien había estado escuchando en silencio, levantó la mano. “Um, entonces estos comandantes que lideran a los Kyomas... ¿no eran tres?”

Eso era lo que había estado molestando a Adlet. Fremy no había mencionado al otro Kyoma en absoluto. Ella había dicho que Cargikk lideraba al sesenta por ciento de todos los Kyomas y que el cuarenta por ciento estaba bajo el mando de Tgurneu. Entonces, ¿qué hacía el tercero?

“El tercero...” comenzó Fremy. “No sé mucho sobre Dozzu. Solo escuché que existe un Kyoma así.”

“¿Quién es este Dozzu?” preguntó Adlet.



“Un traidor. Dicen que sus poderes están a la par con los de Tgurneu y Cargikk. Por lo que he oído, hace doscientos años, Dozzu traicionó al Majin y desapareció de la Tierra de los Lamentos. No tengo idea de dónde está o lo que está haciendo. Tal vez Tgurneu lo sabe, pero no me dijo nada.”

“¿Amigo o enemigo?” preguntó Mora.

“Tampoco lo sé. En cualquier caso, Tgurneu y Cargikk ven a Dozzu y sus seguidores como enemigos. Y dicen que algunas de las facciones de Tgurneu y Cargikk han jurado lealtad a Dozzu. Personalmente, conozco dos Kyomas que eran sospechosos de pertenecer a la facción de Dozzu y fueron purgados por ello.”

“*Mya-meow*. ¡Facciones y purgas! Esto es algo bastante desagradable,” se quejó Hans.

“Fremy, ¿puedes decir si los ves qué Kyomas son de Cargikk y cuáles son de Tgurneu?” preguntó Adlet.

“Hasta cierto punto. Como los Kyomas con los que me encontré en el pueblo donde te conocí—probablemente aquellos eran de Cargikk. El que te engañó en la barrera fantasmal y el que se comió a Leura, la Santa del Sol—eran de Tgurneu,” explicó.

“Así que la princesa está siendo controlada por Tgurneu después de todo,” reflexionó Mora.

“Es muy probable.”

Fremy habiendo terminado la mayor parte de su explicación, la conversación se detuvo por un momento.

“Entonces nuestra preocupación es cómo conquistarlos. Deberíamos ver a Tgurneu en particular como lo más peligroso,” dijo Mora, comenzando de nuevo la discusión.

“Creo que Cargikk estará a la defensiva, pero Tgurneu nos atacará. Sin embargo, no sé qué tipo de asalto esperar,” dijo Fremy.

“Creo que es poco probable que Tgurneu venga a atacar en persona,” dijo Adlet.

“Estoy de acuerdo. Si su general cayera, el cuarenta por ciento de los Kyomas tendría su estructura de comando colapsada. Creo que algunos de ellos se someterían a Cargikk, pero no muchos. Sería un golpe masivo. Dudo que Tgurneu se arriesgara a eso.

“Tengo una pregunta,” dijo Mora. “Dijiste que su estructura de comando colapsaría—¿pero qué ocurriría si su comandante muriera?”

“Los Kyomas y sus amos están conectados por vínculos invisibles. Si Tgurneu muere, todos sus Kyomas lo sabrán en un momento. Habría una confusión masiva inmediata. Creo que sería un pánico total.”

“¿Sabrías también, si Tgurneu cayó?”

“... Probablemente,” admitió Fremy, con los ojos bajos.



“Ya veo... Hmm. Tgurneu...” Mora se calló.

Adlet notó que Mora parecía extrañamente preocupada por Tgurneu—aunque a diferencia de Fremy, ella no tenía ninguna conexión personal con el Kyoma.

“Apuesto a que usará al séptimo para crear una trampa para nosotros, *meow*,” dijo Hans. Cambió el tema tan rápido que Adlet olvidó sus dudas.

“Probablemente. La pregunta es, ¿qué van a hacer?”

Chamo levantó la mano. “¡Ohh, ohh! ¡Chamo tiene una idea! ¿Qué tal esto?”

“Nada bueno, estoy segura,” predijo Fremy con frialdad.

Pero Chamo la ignoró. “Los humanos no pueden respirar en la Tierra de los Lamentos a menos que tengan la Cresta de las Seis Flores, ¿verdad?” La Cresta anula la toxina de la Tierra de los Lamentos. Esto era de conocimiento común. “Hay seis humanos aquí, y todos podemos respirar adecuadamente, ¿verdad? En otras palabras, tal vez eso signifique que los seis humanos aquí tienen crestas reales. Eso significa que el séptimo es Fremy, ya que ella es un Kyoma.”

“Lo sabía. Nada bueno. Fremy suspiró. “Es posible que los humanos sin cresta sobrevivan dentro de la Tierra de los Lamentos. Algunos Kyomas de la facción de Tgurneu pueden engendrar un parásito especial. Si entra en un cuerpo humano, anulará la toxina de la Tierra de los Lamentos.”

“¿Puedes probar eso?” Chamo exigió.

“En la región central de la Tierra de los Lamentos, hay un lugar llamado Llanuras de las Orejas Cortadas. Allí viven esclavos humanos.” Dicho esto, Fremy miró a Adlet. “Tgurneu los ha recolectado. Sin embargo, no sé con qué fin. Adlet, la gente de tu aldea probablemente esté allí.”

Sin siquiera pensarlo, Adlet se puso de pie. Recordó su ciudad natal desaparecida y todas las personas que se habían llevado. “Esos esclavos... ¿qué pasa con ellos?”

“No lo sé. Nunca he estado allí.”

“¿No escuchaste nada? ¿Algo en absoluto?” Adlet presionó.

Pero Mora solo lo reprendió. “Esas personas son una preocupación, pero deberíamos concentrarnos en derrotar al Majin. No podemos salvarlos ni devolverlos al mundo humano a menos que realicemos nuestra misión.”

***Ella tiene razón***, Adlet pensó. Pero entonces, repentinamente, cada cabello de su cuerpo se puso de punta.



Chamo inclinó la cabeza. “¿Qué ocurre, Adlet?” En el tiempo que le tomó preguntar, Adlet empujó a Chamo hacia atrás, Fremy giró hacia atrás en posición erguida, sacando su rifle, y Hans colocó sus manos y pies en el suelo, arqueando la espalda como un gato.

La tierra donde Chamo había estado solo un momento antes se hinchó y explotó, y un Kyoma surgió desde la nube de polvo. “Hola.” Su voz era extraña—aguda, pero ronca. Cuando Adlet lo oyó, su corazón, que se había calmado por un momento, comenzó a latir de nuevo. “Esto no va a servir,” declaró el Kyoma. “¿De qué estás hablando? ¿A quién le importan algunos esclavos, de todos modos?”

“¡Tgurneu!” Adlet gritó. Su sangre hirvió, y su corazón se llenó de rabia negra. Esa forma persistente perpetuamente en su mente, esa forma apareciendo una y otra vez en sus pesadillas—Tgurneu estaba, en este momento, justo frente a él.

“Deberías estar más preocupado por mí.” Tgurneu se giró hacia Adlet y extendió ambos brazos. Era como si el Kyoma estuviera diciendo. ***Ven a por mí.***

Con las manos moviéndose más rápido de lo que el ojo podía seguir, Adlet lanzó sus agujas. Dirigió el dolor a los ojos de Tgurneu y la parálisis en sus rodillas, dirigiéndose hacia la bestia. ***Voy a terminar esto al instante, pensó. Ocho años de pesadillas en un solo momento.***

Pero las cuatro agujas fueron ineficaces contra Tgurneu. El Kyoma extendió sus brazos muchas veces su longitud original para golpear a Adlet, y el chico no tenía forma de esquivar el salto medio. Apenas bloqueó el puñetazo con su espada, pero todavía lo golpeó en su espalda.

“¡Cuidado!” Mora lanzó un puñetazo desde el lado. Al mismo tiempo, Hans correteó a cuatro patas por el suelo, tratando de obtener una porción de los pies de Tgurneu mientras Fremy disparaba a su cabeza. Desde atrás, Goldof apoyó su lanza contra su costado y cargó en un intento de ensartarla.

“¡Ahora te tengo!”

Desde donde Adlet yacía en el suelo, él observó a Tgurneu abrazar su antebrazo cerca de su cuerpo para bloquear el guante de Mora. Levantó una pierna para evitar las espadas de Hans, y sin darle tiempo para reaccionar, retrocedió. Luego detuvo la carga de Goldof con un puñetazo en el pecho por cortesía de su brazo libre mientras atrapaba la bala de Fremy en sus dientes.

“Eso estuvo muy cerca,” observó Tgurneu.

El grupo se retiró de inmediato. ***No puede ser,*** pensó Adlet. Tgurneu había bloqueado cuatro ataques simultáneos.

“¿Estaban tratando de predecir qué métodos usaría para matarlos a todos? ¿Cómo asesinarles usando al séptimo, o si el séptimo les llevaría a una trampa? Bueno, estoy seguro de que eso es todo lo que lograron.” Tgurneu extendió ambos brazos pero no reveló aberturas. Adlet se levantó, pero solo se quedó con su espada levantada, sin moverse.



“Entonces, ¿qué tal esto? Los enfrentaré de frente, sin trucos ni planes, y los mataré a todos.”  
Tgurneu sonrió y luego corrió hacia Adlet.





Capítulo 2

El Contrato  
Secreto  
de Mora



Un cierto día, tres años antes, ocurrió un incidente en el Templo de Todos los Cielos que llevaría a Mora a matar a Hans.



En un pequeño anexo en una esquina del Templo de Todos los Cielos estaba la morada cálida y humilde donde vivían Mora, su esposo y su hija Shenira. El interior del edificio, desgastado por el tiempo, todavía contenía los muebles antiguos que una vez habían pertenecido a la anterior Mayor del Templo. La casa modestamente construida era apropiada para un sirviente de los espíritus.

Mora estaba sentada en el sofá de la sala, cubriéndose la cara con manos temblorosas. Había pasado un mes desde que ella había comenzado a entrenar a Nashetania y las otras chicas.

“Lady Mora... ¿estás escuchando?”

Había tres personas en el salón—Mora; su marido, Ganna; y la que había hablado, una mujer de mediana edad con un sencillo vestido blanco. Su nombre era Torleau Maynus, la Santa de la Medicina. Sus poderes eran solo para curar heridas y enfermedades—ella esencialmente no tenía capacidades ofensivas. Yendo indiscriminadamente a todos los que le pedían ayuda, la gran Santa viajaba por todo el mundo con los médicos bajo su mando. Ella era una de las personas que Mora más respetaba.

“Lady Mora... por favor, aguanta,” dijo Torleau a la temblorosa Mora. La Mayor del Templo fue incapaz de responder. Le dolía respirar, y su visión vacilaba. Era todo lo que podía hacer para sentarse derecha.

“Me disculpo, Santa Torleau. Mi esposa no está en condiciones de discutir. Hablaré con usted en su lugar.” Ganna tiró de la mano de Mora y trató de escoltarla fuera de la habitación.

Pero ella le soltó la mano y volvió a sentarse en el sofá. “Lo siento. Di eso una vez más.”

“Sí. La enfermedad de Shenira... está más allá de mi capacidad de tratar.”

Dos semanas antes, Shenira se había quejado de un dolor intenso en el pecho, y una marca extraña con forma de ciempiés apareció en su lado izquierdo. Esta condición nunca había sido vista antes. Su dolor había empeorado día a día, y finalmente, se había vuelto tan intenso que la había hecho gritar y llorar. Su agonía no disminuyó ni un poco, y diez días después de que comenzó su enfermedad, se había arrancado las uñas al arañar tanto su pecho.

Mora había hecho todo lo que estaba en su poder. Había traído a los médicos estacionados en el templo para ver a Shenira, había convocado a los médicos más famosos de la nación y había intentado curar a Shenira con la energía de las montañas. Finalmente, ella le había escrito una carta a Torleau, en una tierra lejana, solicitando que viniera rápidamente a caballo al Templo de Todos los Cielos.

“Dime, Torleau. Por favor, dime qué le está pasando.”



Pero tres días antes, en el momento en que Torleau había llegado al templo de Todos los Cielos, el dolor de Shenira se había detenido de repente. La marca con forma de ciempiés se había mantenido, junto con las cicatrices en el pecho y los dedos, pero por lo demás, ella parecía completamente bien. Aunque desconcertada, Torleau había examinado a Shenira, no obstante. Mora había esperado que ya que el dolor había desaparecido, Shenira estaría bien—pero esas esperanzas se vieron frustradas.

“Un insecto parásito está anidando en su corazón,” dijo Torleau. “Nunca he visto ni escuchado de esto antes. He probado todos los medicamentos que puedo pensar, y no tengo idea de por qué no están funcionando. Incluso le perforé el pecho con una aguja para verter una solución directamente sobre el insecto.”

“¿Qué... qué le pasará a ella ahora?” preguntó Mora.

“No lo sé.”

“Por favor. Solo dime que no es verdad.”

La Santa de la Medicina negó con la cabeza, luego se cubrió la cara con las manos y dijo. “Esto es horrible, Mora. Lo siento. Por favor perdóname.”

Culpar a Torleau nunca se le había ocurrido a Mora. La Santa de la Medicina había hecho todo lo que podía. Si su hija no podía curarse, incluso después de que Torleau lo hubiera intentado todo, entonces...

Un golpe sonó en la puerta de la sala. “Mamá, papá...” podían escuchar a Shenira al otro lado.

“Ganna, por favor,” rogó Mora. “No se lo digas.”

“No lo haré. Está bien.” Su esposo también debía haber estado sufriendo, de hecho, esto debía haber sido un shock aún mayor para él. Solo su sentido del deber de apoyar a Mora le permitía mantener un tenue control sobre su compostura. Fue a hablar con su hija al otro lado de la puerta. “Shenira, tu madre tiene que hablar sobre algo muy importante. Esta es una conversación de las Santas, por lo que no puedes escuchar.”

“Papá, ¿no voy a mejorar?” Preguntó Shenira, sonando ansiosa.

“¿De qué estás hablando?” Ganna respondió. “Ya no duele, ¿verdad? La tía Torleau dice que vas a estar bien.”

“¿Estoy mejor? Pero mi pecho es de un color divertido.”

“Esa marca desaparecerá con el tiempo. Mejoró porque resististe. Eres una buena chica, Shenira.” Padre e hija caminaban por el pasillo. Dejada atrás, Mora sollozó silenciosamente mientras Torleau la vigilaba.





Torleau dejó algo de medicina con Mora y luego abandonó el Templo de Todos los Cielos. Mora trató de hacerla quedarse, pero Ganna la detuvo. Incluso si la Santa de la Medicina se quedara con ellos, todavía no podría ayudar, y tenía la responsabilidad de salvar a todos los que padecían enfermedades en todo el mundo.

Después de eso, Mora dejó sus deberes como Mayor del templo a su esposo y se encerró en su habitación. Shenira estaba ansiosa, preocupada de que ahora su madre era la que estaba enferma. Pero tres días después, Mora recibió una carta de Torleau, a pesar de que se suponía que ella ya se había ido.

Escrito en el frente del sobre estaba la palabra ***Urgente***, junto con una nota que indicaba que el contenido del interior no podía ser visto por nadie más que Mora.

Sola en su habitación privada, leyó la carta. Su expresión se volvió temerosa, y luego enojada.



“¿De qué diablos va esto, Mora?”

Cinco días habían pasado desde que recibió la carta de Torleau. Tarde en la noche, otra Santa estaba parada ante ella. Las dos no estaban en el salón del Templo de Todos los Cielos, sino en una antigua fortaleza en un viaje apresurado en autobús de dos días. No había señales de otras personas dentro de la antigua fortaleza o sus alrededores. Incluso el cochero había sido expulsado. El bastión era frío y absolutamente silencioso.

“***Agh***, esta es una tarea tan grande. Quiero una bebida. Si tienes algo que decir, hazlo de una vez,” dijo la Santa, echándose hacia atrás el pelo rojo teñido. Su maquillaje decadente no era adecuado para una Santa, y su vestido era lujoso. El olor a borracho de su resaca llegaba hasta la nariz de Mora. Esta era una belleza con el aire de pereza. Su nombre era Marmanna Keynes, y ella era la Santa de las Palabras.

“Lamento haberte convocado aquí en tan poco tiempo. Me disculpo por mi mala educación.” Mora inclinó la cabeza.

“Hay algo que he querido preguntarte por un tiempo,” dijo Marmanna. “Si no te importa.”

“¿Qué ocurre?”

“¿Por qué nunca envejeces? ¿Cómo te mantienes tan joven?”

“Me como mis verduras y no me despierto tarde.”

“Eso no es muy útil para mí.”

***No me interesa***, pensó Mora.

Marmanna había recibido el poder del Espíritu de las Palabras. Entre las setenta y ocho Santas, el suyo podría llamarse herético. Ella no tenía capacidades ofensivas, pero sus habilidades eran extremadamente útiles. El poder de la Santa de las Palabras podría prohibir



las mentiras y obligar a las personas a mantener su juramento. Romper cualquier voto hecho a Marmanna nunca se perdonaría—si **rompes** uno, te encontrarás pagando el precio apropiado e inevitable. Esto se mantendría incluso después de la muerte de Marmanna. Ninguna Santa o Kyoma podía anular sus habilidades. Las Santas de las Palabras anteriores habían usado su poder para actuar como testigos de transacciones entre reyes, nobles y poderosos comerciantes.

“Bueno, si esta convocatoria es para negocios, no puede ser nada bueno,” dijo Marmanna, “¿Quieres que sea testigo de algún acuerdo detrás de escenas? ¿O asegurarte de que algún amante tuyo se quede callado?”

“Supongo que es un trato detrás de escenas. Quiero pedirte que me ayudes a garantizar que se respetará cierto acuerdo. Me causaría dificultades si la otra parte renunciara a su palabra más tarde.”

Marmanna se rió. “Oh, un intercambio silencioso detrás de escenas. ¡Y por la irreprochable moralista Lady Mora! Me muero por saber qué tipo de acuerdo es este.”

“Han secuestrado a mi hija. Estoy a punto de negociar con su secuestrador.” La carta a Mora bajo el nombre de Torleau había sido, de hecho, de quien había implantado el parásito dentro del cuerpo de Shenira. El culpable había designado una fecha y hora para que Mora viniera a esta antigua fortaleza. Si Mora se negaba, su hija moriría.

“Oh vaya, ¿Shenira ha sido secuestrada? ¡**Ah-ja-ja!**” Marmanna se rió cruelmente. Mora la fulminó con la mirada, pero la Santa de las Palabras no se perturbó. La Mayor hizo una seña y se adentraron en la antigua fortaleza. Dentro estaba el tipo con el que estaría negociando.

“Los niños simplemente no valen la pena,” dijo Marmanna. “¿Qué tiene de bueno?”

“Lo entenderías si tuvieras uno. Si no lo tienes, nunca lo entenderás.”

“Sin embargo, muchos padres nunca entienden incluso cuando los tienen.”

Mora no respondió a eso. “También llamé a Willone,” dijo en su lugar, “pero no pudo llegar a tiempo.”

“¿Willone? ¿Por qué llamaste a esa idiota?”

Willone, la Santa de la Sal, había sido una de las estudiantes de Mora aproximadamente un mes antes. Era experta en el combate a corta distancia, ejerciendo un poder purificador que podía expulsar el veneno y las presencias malignas.

“Puedo confiar en sus habilidades en la batalla, y también puedo confiar en ella como persona.”

“Hey... ¿vas a tratar con alguien peligroso aquí?” La expresión de Marmanna se tensó.

El par se acercó al lugar de la cita de Mora. Marmanna no podía sentir nada, pero Mora sintió una presencia por delante, la de un enemigo fuerte.



Llegaron a la parte más profunda de la fortaleza, un lugar que se parecía a los aposentos del rey. Un curioso sonido hizo eco desde dentro. El sonido de masticar. Un masticar no humano—el tipo de sonido que una bestia o algo aún más temible haría. Algo estaba disfrutando de una comida, con violencia y avidez.

Sobre las ruinas del trono había una gran sombra. La basura estaba esparcida—las alas y los pies de los pájaros cantores, un higo a medio comer, trigo crudo y patas de rana. Un kyoma hundía sus dientes en la cabeza de un jabalí crudo. Mientras Mora y Marmanna observaban, toda la cabeza se hundió en la boca de la criatura en un abrir y cerrar de ojos, huesos y todo. El ser tenía la cara de un lagarto y el cuerpo de una bestia, y en su espalda, tres alas. Los instintos de Mora le dijeron que este era el que había escrito la carta—Tgurneu.

“Hola,” dijo el Kyoma.

“Tgurneu, ¿verdad? Eres una criatura bastante vulgar,” informó Mora, mirando al Kyoma mientras se lamía la palma de la mano.

“Perdóname. Soy un comedor horriblemente voraz. Si me perdiera una comida, estaría muerto de hambre antes de que te dieras cuenta. Voy a limpiar. Espera.”

¿Eran buenos o malos los modales de esta criatura? De cualquier manera, Tgurneu reunió los restos caídos en una bolsa antes de acercarse a las Santas. “Es un placer conocerte, Mora. Mi nombre es Tgurneu. Soy el principal sirviente del gran Majin.” El Kyoma puso su mano en su pecho y se inclinó respetuosamente. Su lenguaje corporal era tan humano, pero su forma no lo era. Se veía como una vista insoportablemente espeluznante.

“**¡Ah-ja, ah-ja-ja!** ¡Esto realmente no es lo que esperaba, Mora!” La voz de Marmanna temblaba.

“Perdóname,” dijo Tgurneu, “¿quién es la hermosa dama aquí?”

“Esta es Marmanna, Santa de las palabras,” dijo Mora. “Le pedí que fuera testigo de nuestras negociaciones.”

“Pensé que te dije que vinieras sola.”

“Nunca dije que lo haría”.

Tgurneu se encogió de hombros y luego se inclinó ante Marmanna tal como lo había hecho con Mora. “Bueno, lo que sea. Nunca puedes tener demasiadas oportunidades para conocer a una dama encantadora.”

“**¡Ah-ja!** Recibí un cumplido de un Kyoma.” Marmanna se rió, y Tgurneu se le acercó con la mano extendida. Preguntándose qué podría estar pensando la criatura, ella tomó su mano y le hizo una reverencia adecuada.

“Ahora vamos a negociar,” declaró Mora. “Marmanna, debo hacer que me jures una cosa: No hables de lo que vamos a discutir hoy aquí a nadie.”



“Por supuesto. Si esta historia saliera a la luz, causaría un alboroto,” dijo Marmanna. Ella usó su poder como la Santa de las Palabras, manifestando una pequeña bola de luz desde la punta de su dedo índice, y le habló. “Lo juro por el Espíritu de las Palabras: no hablaré con nadie de lo que suceda hoy en este lugar. Puedo morir si rompo esta promesa. La bola de luz saltó al pecho de Marmanna. Ahora el juramento estaba completo. Ni siquiera Marmanna podía liberarse de este contrato.

“Tgurneu, tú también jurarás,” instruyó Mora. “No hables de esto a ningún humano, Kyoma o al Majin. Supongo que no te importará. Si lo que está a punto de ocurrir en este lugar se revelara al mundo, la vida de Mora se acabaría. Ella lo más probable es que sea desterrada del Templo de Todos los Cielos y pierda sus calificaciones como la Santa de las Montañas. Su marido y su hija también podrían ser atacados, como la familia de la malvada que ha hecho un contrato con un Kyoma.

“Claro,” sorprendentemente, Tgurneu estuvo de acuerdo. “Dudo que hagas un trato conmigo si no lo hiciera. Entonces habría venido aquí por nada.”

Marmanna creó una bola de luz, y Tgurneu lo juró. La bola de luz se hundió en su pecho, y el contrato se completó. El poder de la Santa de las palabras también funcionaba en Kyomas. Unos doscientos años antes; los experimentos con cautivos lo habían confirmado como un hecho.

“Vaya, vaya, Mora. ¿No vas a jurar?” preguntó la criatura.

“¿Es necesario?”

“... Bueno, como sea, entonces.” Tgurneu se encogió de hombros. “Ahora, comencemos las negociaciones. Tal como sabes, uno de mis subordinados ha creado un parásito, y ahora mismo se anida en el corazón de tu hija. La única forma de eliminarlo es mi orden personal para que se destruya a sí mismo. Con un chasquido de mis dedos, podría hacer que tu hija sufriera una agonía infernal y muriera. Ya has probado cómo podría ser esa angustia.” La pesadilla de diez días que Shenira había soportado—había sido un espanto para Mora. Una rabia tan intensa que la hizo sentir mareada dentro de ella.

“Pero no te preocupes, Mora. No deseo la muerte de tu adorable y pequeña Shenira. Si escuchas mi petición, la salvaré. Si le ordeno a ese parásito que se destruya a sí mismo, desaparecerá en un instante.”

“¿Cuál es tu demanda?”

“¿Realmente necesitas preguntar? Tengo un solo deseo.” Con los brazos extendidos, Tgurneu gesticuló como un mal actor. “La resurrección del Majin está cerca—nuestro tercer encuentro, con la vida o la muerte de la humanidad y los Kyomas colgando en la balanza—la batalla final está a la mano.”

“Dime tu demanda,” repitió Mora.

“Mora, quiero que mates a los Héroes de las Seis Flores.”

Ella respondió sin dudarlo. “Me niego.”



Tgurneu la miró por un momento. "... ¿Oh?"

"Si los Héroes de las Seis Flores son derrotados, entonces el mundo terminará. Si el Majin es completamente revivido, mi hija y mi esposo morirán. Eso haría cualquier cosa discutible."

Marmanna miró a Mora con los ojos muy abiertos. "Espera, ¿hablas en serio? ¿No has venido aquí para salvar a Shenira?"

La Mayor no respondió. Ella se cruzó de brazos para ocultar sus temblorosas manos. Lo que realmente quería hacer era lanzarse a los pies de Tgurneu y suplicar piedad. Quería gritar que haría cualquier cosa para preservar la vida de su hija. Pero eso no salvaría a Shenira. Ella no podría mantener a su hija amada a salvo si no protegía al mundo también.

\*(Se me olvidó decir que Mayor en estos párrafos se refiere al título de Mora, la Mayor del Templo de Todos los Cielos)

Tgurneu reflexionó en silencio, y luego por alguna razón, repentinamente estalló en aplausos. "Esa es una buena respuesta, Mora. Pensé que podrías decir eso." Las manos del Kyoma se detuvieron y continuó con una sonrisa. "Ahora, continuemos con nuestra negociación. La noche sigue siendo larga. Tenemos mucho tiempo para discutir." Tgurneu llevó sobre dos sillas que habían estado al lado del trono y se las ofreció a Mora y Marmanna, luego se sentó sobre los escombros. "Entiendo, Mora. Has venido aquí para salvar a tu hija. Has venido aquí para hacer un trato. Tenemos que hablar."

Mora dudó por un momento, luego se sentó en una de las sillas. Aunque confundida, Marmanna se sentó también. "Si tienes otras demandas, las cumpliré," dijo Mora. "Si lo que quieres es mi vida, te la puedo ofrecer en este instante. Pero bajo ninguna circunstancia me llevaré la vida de los Héroes."

"¿Es así? Pero no quiero tu vida." Tgurneu sonrió con una extraña sonrisa. "Puedo decir esto con certeza, Mora: te haré matar a los Héroes de las Seis Flores."



Con Tgurneu corriendo hacia él, Adlet se dio cuenta de que ni siquiera se le había ocurrido que esto podría suceder. El ataque desde el subsuelo los había tomado a todos por sorpresa. Pero lo más sorprendente de todo fue que ni siquiera había imaginado que un enemigo los emboscaría solo.

"Vaya, lo olvidé." Tgurneu se detuvo de repente.

Después de que escapó del ataque de su equipo, los aliados de Adlet rodearon al Kyoma, preparando sus armas. No perturbado en lo más mínimo, Tgurneu sonrió y dijo: "Vamos, no sean tan impacientes, Héroes. Hay algo que se debe hacer antes de que luchemos ahora, ¿no?"

"¿Qué dijiste?"



“Debemos saludarnos unos a otros. Cuando te encuentras con alguien, dices **hola**. Cuando te vas, dices **adiós**. Los saludos son el primer paso para vivir una vida brillante, ¿no?”

Adlet no entendía de qué estaba hablando Tgurneu. Entendió lo que significaban las palabras, pero no pudo captar las intenciones detrás de ellas.

A su lado, Hans inclinó la cabeza en una reverencia. “Hola, **meow**.”

“Eso es, Hans. Hola a ti también. Muy bien, entonces, comencemos esta pelea”. Tgurneu abrió su boca y levantó su rostro hacia los cielos. Adlet no podía escuchar el sonido, pero estaba gritando algo. Había enviado un mensaje con una frecuencia especial que solo los Kyomas podían escuchar.

“Está pidiendo refuerzos,” dijo Fremy. Desde un poco más allá de la colina hacia el noroeste sonaban las voces débiles de los Kyomas. Un pequeño temblor se extendió por el suelo hacia ellos. Adlet ahora se dio cuenta de que la razón por la que no había habido señales de ningún Kyoma en el Barranco de la Sangre Escupida era que habían estado reuniendo sus fuerzas para este ataque sorpresa.

“Esto es malo, Adlet. ¿Qué hacemos?” Fremy le preguntó.

“¿¡Necesitas preguntar!? ¡Destruiremos a este monstruo aquí y ahora! ¡Ataquen todos a la vez!” Mora gritó y cargó contra Tgurneu, quien se quedó allí con una evidente falta de preocupación. Pero ninguno de los otros la siguieron. “¿Por qué vacilan?” En pánico, se detuvo y dio un salto hacia atrás.

“Ven aquí, Adlet. ¿Qué pasa? Vamos a disfrutar de una buena batalla a muerte.” Con una amplia sonrisa, Tgurneu dio un paso hacia él.

El chico vaciló. La colina pronto estaría rodeada, y Tgurneu podría haber planeado una trampa. Además, no tenían idea de lo que podría hacer el séptimo. Normalmente, no dudaría en huir de este tipo de situaciones. No puedes pelear en el campo de juego del enemigo, Atreau le había enseñado eso.

Pero en este punto, Adlet no estaba pensando con calma. “¡Chamo! ¡Hans! ¡Goldof! ¡Retrasen a los refuerzos que vienen desde el noroeste!” Gritó, agarrando su espada con la mano derecha. “¡Apóyanos desde la distancia, Fremy! ¡Mora y Rolonia, quédense conmigo!” Sacó una bomba de humo del cinturón en su cintura y la arrojó a los pies del comandante, lanzándose hacia el humo mientras lo hacía. “¡Vamos a derribar a Tgurneu!”

Todos se movieron simultáneamente. Chamo se metió la cola de zorro en la garganta y vomitó de su estómago a los monstruos conocidos como Kyomas esclavos. Hans y Goldof corrieron juntos con ellos, dirigiéndose hacia el noroeste.

Fremy saltó hacia atrás, levantó su arma y apuntó a Tgurneu. Su papel era mantener al Kyoma quieto y cubrir a los demás. Mora rodeó por detrás y cargó, uniéndose a Adlet en un ataque de pinza.

“Eso es,” dijo Tgurneu. “Pensé que podrías hacer eso.” Desde el humo, un solo brazo se extendió hacia el pelirrojo, quien se agachó para evitarlo. Aunque Adlet había bloqueado el



contraataque con su espada antes, El impacto había adormecido sus brazos. Tgurneu era mucho más fuerte y mucho más rápido. La bomba de humo tampoco había funcionado.

Mora giró su guantelete de hierro hacia el hombro de su enemigo, pero lo esquivó sin mover la parte inferior de su cuerpo. Los movimientos flexibles y eficientes del Kyoma indicaban claramente que había estudiado artes marciales. Derecha, izquierda, derecha, izquierda— Mora dio golpe tras golpe, pero ni siquiera rozó a Tgurneu. “¡Atrás, Adlet! ¡No puedes igualar su poder!” ella gritó.

Pero Adlet ya lo sabía. No podía esperar enfrentar a Tgurneu en una pelea de frente, sin importar cuánto luchara, pero había llegado tan lejos con la intención de luchar contra enemigos tan poderosos. Tomó el segundo golpe con su hombrera, asegurándose de disminuir la fuerza del impacto. Le quitó el viento y sus huesos gimieron, pero en ese momento tomó la herramienta secreta escondida en su mano izquierda y la golpeó en el brazo de Tgurneu.

Era una maza atada a una larga cadena. Tal como la punta, equipada en la pieza de metal en el extremo de la cadena, mordió la carne del Kyoma, un cable robusto se envolvió instantáneamente alrededor del brazo de Tgurneu.

“Hmm.” La voz de Tgurneu pareció retumbar.

Adlet envainó su espada y agarró la cadena con ambas manos, tirando del brazo izquierdo del Kyoma tan fuerte como pudo. Cuando perdió el equilibrio, Mora lo golpeó en la cara.

“Ya veo. Así que intentas mantenerme inmóvil,” observó Tgurneu, sacudiendo la cadena con una fuerza tremenda. Adlet consideró que no podría mantenerse firme y rápidamente saltó hacia adelante. Cuando Tgurneu levantó el brazo, el muchacho fue arrojado al aire como un pez en una línea.

“¡Cuidado!” Gritó Fremy. El Kyoma le devolvió el golpe a su oponente aerotransportado, y Adlet apenas logró bloquear el ataque con una placa de hierro en el talón de su bota. La agonía le atravesó el tobillo con un sonido silencioso y desagradable. Pero no lo soltó.

Aunque la cadena estaba firmemente sujeta, no obstaculizaba mucho al Kyoma. Aun así, Tgurneu era un poco más lento. Mora y Fremy aprovecharon esta oportunidad con sus puños y balas. Distraído por el tira y afloja con Adlet, Tgurneu tardó en esquivarlo. El puño de Mora rozó su rostro y la bala de Fremy le atravesó el hombro.

“¡No lo sueltes, Adlet!” Fremy gritó mientras cargaba otra bala.

“¡Me centraré en contener a Tgurneu! ¡Ustedes acábenlo!”

“¡Bien, Adlet! ¡Contenlo!” Dijo Mora mientras bloqueaba el puño de Tgurneu con sus guanteletes de hierro. Estaba a punto de contraatacar cuando un grito inhumano y estridente resonó en el campo de batalla.

“¡Cállate, basura de gusano, eres más bajo que el montón de basura de un Kyoma podrido y no vas a ir a ninguna parte!”



Mientras Adlet tiraba de la cadena, escaneó el área. *¿Es este un nuevo enemigo?* se preguntó preparándose. Vio a Fremy apuntando reflexivamente su arma en dirección a la voz. Incluso los ojos de Tgurneu se abrieron de par en par.

“¡Te arrancaré los órganos, Kyoma apestoso, te haré pedazos, muéstrame tus entrañas!” La violenta y sanguinaria cadena de abusos, que se gritaba a una increíble velocidad, provenía de Rolonia quien había estado observando la pelea desde la distancia. Tomando el látigo de su cintura, lo alzó y lo levantó con ambas manos, ondeando la cuerda de hierro de treinta metros de largo, como si estuviera viva. La punta era apenas visible a simple vista.

Tgurneu se inclinó para evitar el látigo, pero la punta apenas raspó su pecho. Inmediatamente, grandes cantidades de sangre, del mismo color rojo que la de un humano, brotaron desde la herida. “*¡Ngh!*” Gruñó, exhibiendo su primer indicio de dolor.

Adlet sabía sobre el poder de Rolonia. El núcleo del látigo había sido empapado en la propia sangre de la Santa, que ella manipulaba dentro del látigo para moverlo de manera anormal. Además, podría extraer sangre de los cuerpos de los enemigos al contacto. “Eso es bastante intenso,” murmuró Adlet. Rolonia había crecido— y de una manera muy diferente a lo que Adlet había esperado.

“Tu sangre no es suficiente para mí, quiero tus entrañas, te cortaré, muéstrame tus entrañas.” Rolonia seguía agitando el látigo con una expresión en su rostro que inspiraría a uno a escapar rápidamente si ella no fuera su aliada.

Adlet enfocó todo en restringir a Tgurneu. El Kyoma era mucho más fuerte que él—el chico no se podía comparar. Pero aun así, al sincronizar las cosas perfectamente, mantuvo al Kyoma en su lugar. Cuando su cautivo tirara de la cadena, Adlet se detendría, y cuando se relajara, tiraría de él. Este método de restricción de cadena era una de las técnicas que había aprendido a través de las instrucciones de Atreau.

Tgurneu intentó quitar la punta de metal que se clavaba en su brazo izquierdo, pero Fremy lo detuvo con un disparo de su arma. Mientras estaba distraído, Mora lo golpeó hacia atrás con una serie de golpes.

“*¡Ngh!*” El látigo de Rolonia rozó la oreja de Adlet. Pero no podía soltar la cadena. A pesar de que Tgurneu la hizo girar y la arrojó al suelo, continuó luchando con la cadena, rezando para que Rolonia conservara lo suficiente de sus sentidos para evitar el fuego amigo. La sangre brotó del cuerpo de la criatura, tiñendo la tierra roja. Pero entonces, justo cuando Adlet pensó: ***Tal vez podamos matarlo ahora***, un solo disparo resonó en el campo de batalla, y el látigo de Rolonia se detuvo.

“¡” Fremy acababa de dispararle a Rolonia. La bala no había conectado—simplemente se había deslizado hacia delante frente a la nariz de la chica.

“¿¡Qué estás haciendo, Fremy!?” Adlet gritó sin pensar.

Fremy recargó. “Estabas en peligro.”



Rolonia apretó su látigo con ambas manos, mirando a Fremy. Por un segundo, Adlet pensó que podría estallar una pelea entre sus aliados, pero Rolonia inmediatamente dirigió su mirada sedienta de sangre a Tgurneu.

“¿Vaya, vaya, una pelea? Qué inquietante. ¿Qué demonios está pasando aquí?” el Kyoma dijo inocentemente, aprovechando la oportunidad para intentar eliminar las restricciones antes de que Fremy disparara una bala a través de su brazo derecho.

“No bajes la guardia, Adlet. Cualquiera podría ser el enemigo,” dijo, preparando su arma. Adlet comprendió que aunque el cañón estaba dirigido a Tgurneu, ella también tenía un ojo en Rolonia y Mora.

“Soy el hombre más fuerte del mundo, así que no tienes que protegerme. Concéntrate en Tgurneu.”

“Tiene razón, Fremy. Abstente de hacer algo irreflexivo,” aconsejó Mora. Pero ella también podía decir que el hombre armado estaba en guardia.

Adlet apretó los dientes. La paranoia de Fremy sobre sus propios aliados estaba arrastrando a todo el grupo hacia abajo, pero si no tenían cuidado, el séptimo podría hacer algo. Todavía no sabían quién era su enemigo. Una vez más, Adlet sintió profundamente cuán precaria era su situación.

Por un breve momento, la batalla se detuvo, convirtiéndose en una competencia de miradas mientras todos intentaban descubrir las debilidades del otro. Adlet sujetó a Tgurneu desde el frente, mientras Mora y Rolonia esperaban a la izquierda y la derecha. Fremy observó desde atrás.

“¡Te mataré, te mataré, te mataré, te mataré, te mataré!” Rolonia lentamente presionó más cerca de su objetivo.

De repente, Tgurneu dijo: “Me atraparon. Hice un desastre en esto. No debería haber intentado pillarlos por sorpresa.” Ninguno de ellos mostró ninguna reacción. “Pensé que todos se sorprenderían cuando saliera del suelo, pero no pensé que luego se harían un grupo.” El Kyoma se rió. “¿Y? ¿Fue gracioso ese chiste?”

“Fue terrible,” dijo Mora.

“Ya veo. Fue un mal intento. Las bromas humanas son muy difíciles.” Tgurneu se llevó una mano a la barbilla, e inmediatamente Rolonia agitó su látigo con un grito, mientras que la bala de Fremy perforó la espalda de la criatura. Las tres Santas atacaron a la vez, y Adlet se aferró a la cadena para mantener a Tgurneu en su lugar, sin pensar en su propia vida. La batalla parecía estar a su favor, pero su enemigo todavía parecía despreocupado.

Adlet dirigió sus ojos hacia el área al noroeste de la colina. Los Kyomas esclavos de Chamo habían tomado posición, enfrentándose al asalto de los Kyomas. Uno se acercó desde el aire, pero Hans arrojó una espada para derribarlo. Goldof se había lanzado directamente hacia el centro de una multitud de enemigos, cortando a todos los que lo atacaron. No había ninguna señal de que se rompieran sus defensas.



Tgurneu esquivó el látigo de Rolonia y dijo: “Eso no servirá, Rolonia. Las palabras vulgares degradan la nobleza del corazón.” Tirando de la cadena, el Kyoma se dirigió a Adlet a continuación. “Esta moderación está bastante bien hecha. Ya que te tomaste tantas molestias para colocármelo, ¿me lo darás?”

Grandes volúmenes de sangre fluían desde las heridas que cubrían el cuerpo de Tgurneu. Pero sus alegres comentarios no se detuvieron. Adlet no podía entender, ¿cuál era el objetivo de este monstruo? A este ritmo, parecía que Tgurneu simplemente había venido a matarse.

Luego Fremy se acercó a Adlet por detrás y dijo en voz baja: “Si la lucha continúa así, no podremos ganar.” Con los ojos fijos en Tgurneu, el chico pelirrojo no respondió. “Necesitamos golpear a Tgurneu con al menos cinco veces más potencia de fuego si queremos matarlo.”

Adlet se sorprendió. Había pensado que estaban en ventaja, pero de hecho, las probabilidades a su favor no eran mayores que cincuenta y cincuenta.

“Si podemos continuar la lucha de esta manera, podríamos ganar,” continuó. “Pero el séptimo atacará antes de que eso suceda. Te tomarán por sorpresa y te matarán, o podrían atacarte mientras pretende que fue un accidente.” Fremy miró hacia el noroeste. “O podría ir por Chamo o Hans.” Mora y Rolonia se estaban acercando gradualmente a Tgurneu, pero la sonrisa del Kyoma no vaciló mientras se preparaba para sus ataques.

“Eso no es problema. Nos apegaremos a esta lucha,” dijo Adlet.

“...”

“Relájate. He descubierto una manera de ganar.” Adlet tenía un plan secreto—oculto no solo de Tgurneu, sino también de Fremy, Mora y Rolonia. Tenía un arma mortal escondida dentro de su hombrera izquierda, la herramienta final que su maestro le había pasado seis meses antes. Atreau por sí mismo había llamado a esta arma, que podría matar a un Kyoma de un solo golpe, su mejor obra maestra.

La dedicación de Adlet para restringir a Tgurneu era simplemente la primera etapa de ese plan. Dirigiría la atención de Tgurneu a los demás, y luego, cuando surgiera la oportunidad, desataría su ataque mortal. Planeaba aprovechar el momento en que Tgurneu comenzara a disminuir la velocidad, cuando su enfoque estuviera en otra parte. Esperó desesperadamente esa oportunidad.

Mora y Rolonia se acercaban cada vez más. Aún agarrando la cadena, Adlet buscó la oportunidad de golpear—pero luego Tgurneu comentó, “Déjame decirte algo.” Sobresaltados, los tres atacantes se congelaron instintivamente. “Sé lo que estás pensando, Adlet. Luchar contigo por mi cuenta de esta manera tiene que ser una especie de trampa. Pero no lo es. Vine aquí para derrotarlos de frente.”

“No escuches lo que dice,” advirtió Fremy.

“Es hora de que me ponga serio,” dijo Tgurneu. “Supongo que usaré mi carta de triunfo ahora.”



*¿Qué está tratando de hacer Tgurneu?* se preguntó Adlet. Si el Kyoma realmente intentara usar su carta de triunfo, no habría necesidad de anunciar el hecho verbalmente. ¿Había algún propósito en eso, o Tgurneu era tan despreocupado?

Un extraño cambio ocurrió en el pecho del Kyoma. La carne se retorció como una vena palpitante, formando algo que parecía una gran boca de anfibios. Tgurneu hundió su mano derecha en el nuevo orificio.

El grupo de Adlet reaccionó de inmediato. Rolonia barrió su látigo en un costado cuando Fremy disparó la boca en el pecho de Tgurneu. Pero incluso con la cadena aún sujeta a su brazo izquierdo, esquivó los ataques como si bailara. “¡He aquí mi carta de triunfo!” La criatura sacó su mano libre de la abertura. En ella había un gran higo. Tgurneu dio un mordisco y dijo: “Whoops, mal.”

Fremy le disparó a Tgurneu en la cabeza. Todavía sosteniendo el higo, la parte superior del cuerpo de su objetivo saltó hacia atrás. Mora descendió desde la izquierda, balanceando sus puños en el flanco del Kyoma. Rolonia azotó su hombro, y la sangre brotó desde la herida.

Tgurneu sonrió mientras se defendía. “Espera, espera ahí. Déjame usar mi carta de triunfo.”

Mientras Adlet seguía tratando de sostener a Tgurneu con la cadena, un extraño presentimiento se apoderó de él. No podían permitir que el Kyoma obtuviera una ventaja segura. Si no lo mataran antes, las cosas se pondrían mal. Adlet trató de encontrar el momento adecuado para desatar la herramienta secreta oculta en su hombrera izquierda.

“¡”

Pero su propio nerviosismo lo había distraído. Tgurneu fingió relajar su brazo, luego tiró tan fuerte como le fue posible. Cuando el chico se tambaleó, Tgurneu mordió la cadena con mucha más fuerza de la que había demostrado hasta ahora. Entonces, su enemigo no había estado jugando en serio antes.

“¡Maldición!”

Tgurneu saltó sobre los cuatro que lo rodeaban y corrió hacia sus refuerzos en el noroeste. Poseía una velocidad aterradora, tan rápida como Hans, o más rápida. Adlet lanzó un cuchillo en un intento de detenerlo, pero Tgurneu no se detuvo ni por un momento.

“Está bien, **ahora** puedo usar esto,” dijo Tgurneu, y Adlet lo vio empujar una mano en su pecho de nuevo. Retiró un puñado de bombas del tamaño de una uva, y aun corriendo, las arrojó al cielo.”

En el borde de la colina, Hans, Goldof y Chamo mantuvieron los refuerzos bajo control. No había tantos—alrededor de trescientos, ni siquiera un treinta por ciento del ejército enemigo. La pelea era igualada. Unos setenta Kyomas esclavos retenían a la masa enemiga como si no fuera nada. Sin embargo, si Tgurneu se uniera a la refriega, la balanza colapsaría instantáneamente.

“¡Hans! ¡Goldof! ¡Vayan por Tgurneu!” gritó Adlet.



Entonces las bombas explotaron sobre sus cabezas. Polvo de plata espumoso mezclado con el humo y lloviendo sobre los Kyomas esclavos. Inmediatamente, oyeron un chisporroteo y un humo blanco comenzó a salir de los cuerpos de los sirvientes de Chamo.

“¿Eh?” Chamo murmuró. Sus Kyomas esclavos gritaron y cayeron al suelo, retorciéndose.

“¿Qué es esto *meow*? ¡Caliente, caliente!” Hans cubrió sus ojos.

El polvo plateado cubrió a los Kyomas, los esclavos y Hans, pero solo el enemigo parecía ileso.

“¿¡Qué demonios!? ¡Chicos! ¿¡Qué pasó!? ¡Juntémonos!” gritó Chamo. Ella lo perdió completamente, aferrándose a un Kyoma esclavo cercano. El ejército enemigo descendió sobre ella al unísono, y Tgurneu estaba a punto de unirse a ellos.

“¡Hans! ¡Goldof! ¡Protejan a Chamo!” gritó Adlet. Los dos inmediatamente corrieron a su lado para interceptar a los Kyomas a punto de atacarla. Una bala perforó la pierna de Tgurneu desde atrás, deteniendo su carga. Una vez que alcanzaron, Mora y Rolonia atacaron a Tgurneu para proteger a Chamo.

De repente, la batalla se convirtió en un tumulto caótico. Ahora que los Kyomas esclavos de Chamo ya no podían encender la luz, el asalto comenzó por todos lados. Adlet y sus aliados esquivaron frenéticamente los ataques y también defendieron a Tgurneu. Solo Chamo se quedó paralizada mientras observaba a sus Kyomas esclavos retorcerse de dolor.

“¡Chamo! ¡Sal de ahí!” Adlet gritó mientras protegía a la niña de las criaturas que avanzaban.

Pero Chamo no podía oírlo, sin sentido por todo lo que sucedía a su alrededor. Se aferró a una babosa gigante que trataba de limpiar el polvo de plata pegado a su cuerpo. “¿¡Qué diablos es esto!? ¡Está caliente! ¡Realmente caliente!” humo se levantó desde las manos de Chamo mientras cepillaba el cuerpo del monstruo.

Al instante, Adlet entendió. Ese polvo de plata estaba emitiendo calor. Atreau le había enseñado acerca de cierto tipo de metal que irradiaba un calor intenso cuando entraba en contacto con el agua. El polvo de las bombas de Tgurneu era lo más probable ese metal. Los Kyomas esclavos de Chamo eran todos acuáticos, y el calor era fatal para ellos. El arma secreta del comandante de los Kyomas podría inutilizar al luchador más poderoso de su grupo.

Adlet exploró el área. Rolonia estaba bajo un fuego intenso, rodeada por Tgurneu y su horda, mientras que Mora y Fremy de alguna manera lograban protegerla.

“¡Chamo! ¡Haz que luchen tus Kyomas esclavos! ¡A este ritmo, todos moriremos!” él gritó.

“¡No! ¡Todos están heridos! ¡Si no reciben tratamiento ahora, morirán!” Gritándole como una niña, abrió la boca y gritó: “*¡Nnngh!* ¡Chicos! ¡Vuelvan! ¡Vuelvan!”

Todas las criaturas del pantano, todavía cubiertas de polvo plateado, desaparecieron en la boca de Chamo una tras otra. Cuando las tragó, gimió de dolor y luego vomitó moco blanco hirviendo. Dentro del lodo en su estómago, ella estaba lavando el metal. “¡Vuelvan, muchachos! ¡A este ritmo, todos serán despedazados!” Uno por uno, los Kyomas esclavos desaparecieron del campo de batalla.



Sin pensarlo, Adlet gritó: “¡Chamo! ¡No les devuelvas!”

“¡Cállate!” Chamo aspiró un poco más y luego vomitó otra ronda de moco.

“¡Piensa en nuestra situación! ¡Nos van a matar!”

“¡Cállate, cállate, cállate! ¡No me importa!” Chamo pisoteó y gritó, y el batallón atacante se inundó hacia ella. Adlet hizo todo lo que pudo para contenerlos. “¡Las mascotas de Chamo están heridas!” ella gritó. “Todos esos muchachitos lindos están gritando, '¡Duele, duele!' ¿¡A quién le importas!? ¡Están adoloridos!” Cuando el último de los Kyomas esclavos desapareció del campo de batalla, trescientos Kyomas asaltaron a los Héroes de las Seis Flores.

El grupo había perdido completamente el control. Tomó todo lo que tenían para mantenerse firme contra los Kyomas que los rodeaban. Tgurneu dejó de luchar y se retiró de la multitud para observar la batalla. “Hiciste una torpeza, Adlet,” dijo. “Deberías haber corrido. Debiste saber que no estabas listo para pelear.”

“¡Maldición!” Adlet cortó a un Kyoma que lo estaba atacando y luego apuntó su espada a Tgurneu.

“¡No, Adlet! ¡Morirás!” Gritó fremy Con sus manos llenas luchando contra Kyomas, ella no podía respaldarlo.

“¡Para! ¡No puedes esperar igualar a un enemigo así!” Mora gritó. Pero Adlet no bajó su espada.

Tgurneu sonrió. “No deberías ser tan imprudente. Te recomiendo que huyas.”

“¡GAAAAHH!” Adlet aulló y corrió hacia Tgurneu. Para cualquier espectador, seguramente parecería que había perdido su compostura y estaba cargando de cabeza. No importaba cómo luchara Adlet, no podía esperar enfrentarse a uno de los tres comandantes. Sin embargo, el antiguo aprendiz de Atreau tenía un plan. Su carga aparentemente imprudente era un acto para hacer que el Kyoma bajara la guardia. Tgurneu de seguro que se descuidaría. Cuanto mayor era su ventaja, menos atención prestaría a lo que estaba sucediendo, y si pensaba que su oponente había perdido la cabeza, entonces lo haría aun más.

“Estoy decepcionado,” dijo Tgurneu mientras se estiraba para golpear con un cuchillo. Fácilmente bloqueó la carga de Adlet, enviándolo a rodar al suelo. El chico se levantó de un salto y se lanzó de nuevo.

“¡**Meow**! ¿¡Qué demonios estás haciendo!?” Hans se lanzó intentando protegerlo.

Adlet le lanzó una mirada. Sus ojos se encontraron por un instante. Hans debería ser capaz de averiguarlo—Adlet distraería a Tgurneu actuando como cebo. Hans entendería y haría lo que Adlet necesitaba que hiciera.

Tgurneu empujó a Adlet hacia atrás y lo tiró al suelo. Tres Kyomas se acercaron por detrás, mientras que dos Kyomas más a su izquierda y derecha bloquearon su escape. Adlet se quedó en su lugar, ignorando a los Kyomas que lo rodeaban, y apuntó su espada a Tgurneu.



“¡Mira meowt!” Gritó Hans, saltando al círculo de Kyomas. Cualquiera pensaría que Adlet había perdido la cabeza y que su compañero estaba tratando de salvarlo. Pero Adlet lo atrapó a medio salto, y Hans usó los hombros del Héroe como un trampolín para lanzarse hacia Tgurneu.

“¡”

El Kyoma fue tomado por sorpresa. Tomó una postura defensiva en un intento de bloquear la espada de Hans—pero Hans no estaba tratando de atacar.

“Te lo creíste, *meow*”. En realidad apuntó a la masa clavada en el brazo izquierdo de Tgurneu y en el extremo desgarrado de la cadena que colgaba. En el aire, Hans enfundó su espada, agarró la cadena y la tiró con todo su poder, conteniendo el brazo izquierdo de Tgurneu. Al mismo tiempo, Adlet arrojó una bomba de humo a sus pies. Los Kyomas que lo rodeaban se congelaron, y en unos momentos Adlet escapó del círculo.

Tgurneu trató de separar a Hans con su mano libre, pero Mora se lanzó y lo contuvo para proteger a Hans. Ahora que ambos brazos de Tgurneu estaban sujetos, Adlet corrió directamente hacia el Kyoma, sacando la herramienta secreta escondida dentro de su hombrera izquierda—una espiga de unos veinte centímetros de largo. Parecía un clavo grande, nada irregular. Pero en la punta de esa punta estaba la sangre de cierta Santa.

Era de conocimiento general que la sangre de las santas era veneno para los Kyomas, pero hasta este momento, excepto la Santa de la Sangre Derramada, había utilizado su sangre como arma. Para matar a un Kyoma de alto rango como Tgurneu, tendría que servir una taza de sangre completa. Pero Atreau había extraído con éxito el elemento venenoso de la sangre de las Santas y lo había concentrado. Esa toxina cubría la punta de cristal de esta espiga, y si Adlet empalara a un Kyoma con esto, el veneno se propagaría instantáneamente por todo su cuerpo. Sería absolutamente imposible contrarrestar o expulsar del cuerpo. Atreau había llamado a esta arma la Espiga de la Santa—su mejor obra maestra.

“¡” Tgurneu sintió el peligro inminente y trató de interceptar a Adlet con una patada. Se agachó para evitarlo, y tal como lo hizo, dio un paso adelante. Apretando la Espiga de la Santa en sus manos, llegó a una distancia sorprendente del Kyoma.

Hace ocho años, este monstruo había robado la casa de Adlet. Había matado a su hermana, le había robado a su amigo y le había robado su vida de paz. Él lo mataría. Solo por ese motivo, Adlet se había convertido en un guerrero. Durante ocho años, había anhelado este momento.

Adlet hundió la Espiga de la Santa en el estómago de Tgurneu.

“¡Lo hiciste!” Gritó Mora.

“¡Justo a lo que estábamos apuntando, Adlet!” Hans aplaudió, saltando lejos de Tgurneu junto con la Mayor del Templo.

Con un latido de dolor audible, el cuerpo de Tgurneu se convulsionó violentamente, evidencia de que el veneno había comenzado su circulación.



Los síntomas iniciales de esta toxina eran locura y dolor intenso en todo el cuerpo. A continuación, el Kyoma perdería completamente su sentido del equilibrio. Después de eso aparecerían alucinaciones visuales y auditivas, y luego su memoria comenzaría a deteriorarse. Finalmente, estaría en agonía durante cinco a diez días, con la muerte inevitable esperando al final.

Adlet se quedó allí, solo mirando a Tgurneu mientras se estremecía. Se sintió increíblemente tranquilo y silencioso. **Oh. Eso es anticlimático**, pensó. Pero en el momento en que lo hizo, algo pasó.”

“¡Esquiva!” Mora gritó, y en ese momento, un impacto violento golpeó a Adlet en la cara. Ni siquiera tuvo tiempo para pensar, **¿Qué fue eso?** Fue instantáneamente eliminado.

“Hey, Adlet, ¿de verdad te estás tomando esto en serio?” Lo último que vio el chico cuando su visión se oscureció fue a su enemigo mortal, con la Espiga de la Santa todavía en su estómago, agitando el puño con calma.



Mora había pensado que habían terminado la batalla—que cuando Adlet hubiera clavado ese objeto parecido a un clavo en el estómago de Tgurneu, la victoria sería suya. Como Tgurneu había tenido un espasmo salvaje, Adlet se había detenido, mirándolo con lástima, como si estuviera seguro de que habían ganado. Pero entonces Tgurneu había lanzado un golpe como si nada hubiera pasado, tirándolo hacia atrás.

“¡Esquiva!” Ella había gritado, pero ya era demasiado tarde. El cuerpo del Héroe voló por el aire, rodó unos veinte metros y luego dejó de moverse.

“¡Adlet!” Gritó Fremy.

“¿Eh? ¿Addy?” Rolonia había estado vomitando profanidades y esparciendo Kyomas, pero ahora sus ojos se ensancharon. En un instante, como si hubiera sido reemplazada por otra persona, había vuelto a su antiguo y tímido ser.

Los Kyomas se lanzaron hacia el Adlet caído para acabar con él. Mora se acercó a él y lo arrojó sobre su hombro. Ella le tocó el cuello—no estaba roto. Él estaba respirando.

“Oh vaya, ¿todavía está vivo?” La criatura parecida a un lagarto se acercó pausadamente, la espiga aún sobresalía de su estómago. Los Kyomas se agruparon alrededor de Tgurneu, protegiendo a su líder.

Esta batalla era ahora una causa perdida. Chamo ya no podía pelear, y también habían perdido a Adlet. Lejos de matar a Tgurneu, todo el grupo podría ser aniquilado. Todavía sosteniendo a su compañero, Mora pensó, **debo usar mi arma secreta**.

“¿Todavía tienes la intención de pelear, Mora? Bueno, eso no es una sorpresa.”



Mora miró al Kyoma y se endureció. Ella no podía retroceder ahora. No podía dejar que esta oportunidad de matar a Tgurneu se deslizara entre sus dedos. Había una razón por la que tenía que hacer esto.

Pero en el momento en que estuvo lista, una sombra bloqueó su camino. Hans le arrebató el cuerpo inconsciente de Adlet. “Tenemos que correr, Mora. No lo uses todavía.” No había manera de que Hans pudiera haber sabido de su último recurso. Simplemente había leído su expresión y había comprendido que estaba a punto de hacer algo. El arma secreta de Mora era explotar y llevarse a Tgurneu con ella.

“¡Retrasa a Tgurneu, Mora! ¡Goldof, lleva todo nuestro equipaje! ¡El resto de ustedes—corran!” Hans gritó, y atravesó la estampida de Kyomas. Encontró a Chamo donde ella yacía acurrucada, escupiendo moco, la recogió y se la llevó a ella y a Adlet a una velocidad cegadora.

“¡Déjame ir, estúpido! ¡Tonto, tonto tonto! ¡Chamo todavía puede luchar!” Chamo golpeó la espalda de Hans, pero él la ignoró.

“¿Crees que te dejaré ir?” Tgurneu trató de seguirlo, pero Mora se dio cuenta de lo que estaba tratando de hacer y golpeó al Kyoma desde el costado. Las palabras de Hans la habían puesto en razón. Esta no sería necesariamente su única oportunidad de matar a Tgurneu. Por ahora, lo mejor sería escapar y reagruparse.

“Te cubriré, Mora.” Fremy lanzó una bomba, dispersando a las tropas que protegían a su líder.

“¿Correr... correr? ¿Cómo debería...?” Rolonia se defendió de los Kyomas mientras miraba nerviosamente alrededor del área.

“¡Rolonia! ¡Tú también ve! ¡Sigue a Hans!” Mora le gritó, y el nuevo miembro del grupo finalmente llegó a sus sentidos y salió corriendo tras Hans. La colina estaba completamente rodeada. Rolonia chasqueó su látigo mientras Hans se defendió con patadas, pero no pudieron asegurar una salida.

“¡Todos ustedes, agachense!” Fremy arrojó sus bombas indiscriminadamente en todas direcciones. Varios Kyomas fueron destrozados, y la explosión también afectó a Hans y Rolonia. Pero aun así, ella abrió la más delgada de las rutas de escape. “¡Mora! ¡Tú también corre!” Ella disparó una bala a Tgurneu, y Mora aprovechó la oportunidad para darle la espalda al enemigo y escapar.

“¡Dirígete a la montaña! ¡Huye al Brote de la Eternidad!”, Gritó Mora. Todo el grupo salió del cerco y corrió cuesta abajo hacia Goldof, quien llevaba sus equipajes. Con el grupo reunido, se dirigieron hacia la montaña que se alzaba en la distancia.”

“Somos la retaguardia, Fremy,” declaró Mora mientras huían. Tgurneu los perseguía con una velocidad increíble. El trabajo de Mora y Fremy sería mantener al Kyoma bajo control.

“No te preocupes. Soy buena luchando en retirada,” dijo Fremy, apretando su arma.





El grupo continuó su retiro, alejándose de la colina y pasando por el barranco. Su objetivo no era el este, donde yacía el continente. Se dirigían hacia el oeste, adentrándose en la Tierra de los Lamentos. Su retiro se convirtió en una batalla aún más feroz que el combate regular. El que tuvo el papel más difícil de todos fue Mora, quien estaba en la cola del grupo, debiendo correr mientras simultáneamente defendía al grupo de los ataques de Tgurneu.

**“¡Ungh!”** Mora gruñó. Tgurneu los alcanzó de nuevo, y Mora esquivó a un lado para evitar su puño. El siguiente golpe lo bloqueó con sus guanteletes.

Fremy se unió a la refriega para ayudarla, disparando a Tgurneu desde detrás de Mora, con la bala rozando la cara de la otra mujer. Cuando Tgurneu se apartó para evitarla, Mora arrojó al Kyoma con una patada en el estómago y corrió. Fremy arrojó una bomba a su perseguidor para frenarla. Su afirmación de que ella era una luchadora hábil mientras se retiraba no había sido un engaño, y su fuego de apoyo preciso permitía a Mora manejar su escape, aunque de manera limitada.

La vanguardia tampoco lo tenía fácil. Aunque Hans, Goldof y Rolonia se encontraron con repetidas emboscadas y Kyomas que habían dado un rodeo por delante, fue la Santa entre ellos quien de alguna manera logró defender al grupo.

Una vez que emergieron del barranco, apareció una pequeña montaña. Los tres al frente ya estaban subiendo la pendiente hasta el Brote de la Eternidad. Si pudieran alcanzarlo, estarían a salvo por el momento. Sus perseguidores fueron disminuyendo lentamente en número. El comandante seguía pisándole los talones, pero uno por uno se estaban sacudiendo al resto de los Kyomas.

**“¡Cuidado!”** gritó Fremy.

Fue entonces cuando sucedió—Tgurneu se adelantó para lidiar con Mora. Agarró las muñecas de Tgurneu, sujetando al Kyoma con ambas manos, y los dos lucharon uno contra el otro. Tgurneu era mucho más fuerte—incluso tomando prestado el poder del Espíritu de las Montañas, todo lo que Mora podía hacer era mantenerlo durante unos segundos.

**“¡Mora!”** Fremy acudió en su ayuda con una bomba en la espalda de Tgurneu. La explosión causó que Tgurneu se tambaleara, y durante esa breve ventana, Mora envió al Kyoma volando con un puñetazo y escapó de su alcance. Tgurneu se puso de pie, y por un momento, hizo una mueca. En lugar de permanecer firme, se tambaleó un poco. Tras una inspección más cercana, fue herido después de tantos golpes de Mora, Fremy y Rolonia. La maza de púas de Adlet todavía estaba empalada en su estómago—aunque no parecía que tuviera algún efecto.

**“Creo que ahora es un buen momento para renunciar, Tgurneu,”** dijo Fremy, apuntando con su arma a la criatura. El Brote de la Eternidad estaba probablemente a solo unos minutos. Los otros Kyomas se habían retirado, y la mayoría de sus perseguidores se habían ido.

Tgurneu sonrió débilmente y retiró un gran paso. **“Parece que has crecido mucho desde que te fuiste hace seis meses. Me alegro.”** Ella no respondió. **“Es tan solitario, Fremy. Hay tanto de lo que tenemos que hablar ahora. Hey, ¿por qué no vuelves? Te traicionamos, pero eso no se pudo evitar, e incluso ahora, todavía—”**



Fremy interrumpió a Tgurneu con una bala en la cara. El Kyoma la atrapó en sus dientes, la escupió y se encogió de hombros. “Piérdete,” se burló ella.

“Entiendo cómo te sientes, Fremy. Tienes miedo de que tu corazón vacile. Crees que si esta conversación continúa, me permitirás convencerte. Adorable como siempre.”

La mandíbula de Fremy se apretó mientras apretaba los dientes. Mora la observó en silencio. La posición de la Santa de la pólvora era complicada, y sus sentimientos por Tgurneu también tenían que ser complicados.

Mientras Mora miraba a los dos mirándose, recordó lo que había pasado hace una hora, cuando antes de que Tgurneu los tomara por sorpresa, se había encontrado con ese extraño Kyoma en el Barranco de la Sangre Escupida. El mensaje escrito en su parte posterior, que ella no tenía tiempo, ciertamente había sido de Tgurneu.

“ ... ”

Mora quiso preguntar qué significaba no tener tiempo. Pero ella no podía discutir eso con Fremy presente. No podía permitir que sus aliados supieran sobre el acuerdo secreto que había hecho con Tgurneu tres años antes. Ella no podía dejar que ellos siquiera sospecharan de ella.

“Vamos, Mora. Estoy preocupada por Adlet,” dijo Fremy, y ella retrocedió lentamente. Parecía que Tgurneu no tenía la intención de darles caza. Se quedó allí sin hacer nada, sin dar señales de que se movería.

“¿Realmente deberías estar terminando la batalla ahora?” se burló Tgurneu. Fremy lo ignoró, pero Mora se congeló. “Esta podría ser tu última oportunidad de derrotarme—podría ser tu única oportunidad. No tienes tiempo.”

“¿Qué quieres decir?” Mora preguntó sin pensarlo.

“Te quedan dos días. Si no logras derrotarme antes de que se acabe el tiempo, las cosas serán malas para ti. Muy malas para ti.”

“¿Dos días más?”

Fremy tiró del hombro de Mora. “No escuches. Es un engaño. Si realmente sucediera algo en dos días, Tgurneu no te lo advertirá.”

“Pero...” Mora vaciló, mientras que Fremy la urgió a ir.

Mirando a las dos, saludó y sonrió. “Tal como Fremy aconseja, te dejaré por hoy. Adiós, Héroes de las Seis Flores. Nos veremos otra vez.” El Kyoma se dio la vuelta y se fue. Mora no pudo seguirlo—Tgurneu era demasiado rápido.

No había ninguna señal de enemigos—aparentemente la luz ya había terminado. Respirando con dificultad, Mora miró a Tgurneu. “Qué idiota. ¿Ese es un comandante de los Kyomas?”



“Tgurneu siempre ha sido así. Es tan idiota que me da ganas de vomitar,” dijo Fremy, pero esta vez su arma estaba fija en su camarada.

Mora no estaba realmente sorprendida. No creía que Fremy fuera el séptimo—si lo fuera, entonces habría atacado mientras Tgurneu estaba presente. “¿Qué estás haciendo, Fremy?”

“Quiero preguntarte una cosa, Mora.” La mirada en los ojos de Fremy no era asesina, sino más bien sospechosa. Fremy sospechaba que Mora era el séptimo. “¿Pasó algo contigo y Tgurneu?”

“¿Qué te hace pensar eso?”

“Cuando Tgurneu dijo, **No tienes tiempo**, estabas actuando extraña.”

El corazón de Mora martilleaba, aunque ella trató desesperadamente de mantener la calma. Fingió confusión, como si las sospechas que Fremy acababa de expresar fueran totalmente infundadas. “¿'Actuando extraño'? Si un arma me apuntara cada vez que actuaba de forma extraña, habría muerto muchas veces.”

“No esquivas la pregunta. Dame una respuesta directa.”

“No pasó nada. ¿Eso te satisface?” Mora se acercó a Fremy, agarró la punta de su arma y la obligó a bajarla. “Fremy, eres libre de intentar deducir quién podría ser el séptimo. Pero no actúes tan ansiosa por matar.”

Fremy no respondió, sus ojos se encontraron con los de Mora.

“Solo atraerás sospechas. Serás acusada de usar la búsqueda del séptimo como un pretexto para crear la oportunidad de matar a uno de nosotros. Si le digo a los demás, **¡El séptimo es Fremy—ella me acusó de ser el séptimo y trató de matarme!** ¿Qué harías entonces?”

“Bien.” Fremy enfundó su arma y se dirigió al Brote de la Eternidad.

Mora la siguió. De alguna manera, ella había logrado cambiar el tema. **Me pregunto si la engañé**, pensó. Mora nunca había sido buena mintiendo, y rara vez escondía cosas. La honestidad había sido su principio durante toda la vida. Siempre había creído que vivir una vida honesta, sin duplicidad, era el verdadero camino hacia la felicidad.

“Creo que Tgurneu estaba mintiendo,” dijo Fremy, “pero me molesta que haya mencionado una fecha específica. ¿Qué significó por **quedan dos días**?”

“No lo sé.” Mora no creía que Tgurneu hubiera estado engañando. De hecho, estaba segura de que su amenaza había sido genuina—porque Tgurneu nunca podría mentirle a Mora.

Mora recordó lo que había sucedido tres años antes y el acuerdo secreto e imperdonable que había hecho con el comandante Kyoma.





Dentro de la antigua fortaleza vacía, Mora y Tgurneu se miraron el uno al otro. Tgurneu descansaba sobre una montaña de escombros, mientras Marmanna estaba sentada junto a Mora, observándola ansiosamente.

Mora vaciló. Tenía que salvar la vida de Shenira, lo que fuera necesario. Shenira era su propósito—su todo. Pero ella no mataría a los Héroes de las Seis Flores. Eso sería una traición a todo ser humano vivo. *¿Cómo puedo salvar a mi hija?* ella agonizaba

Entonces Tgurneu le hizo una oferta. “Me comprometo. Puedes matar, a uno—sólo uno de los seis. ¿Podrías aceptarlo?” Mora no respondió. “Oh, querida. ¿Ni siquiera tomarás eso? Una madre tan cruel,” dijo Tgurneu.

Mora tembló de rabia. “Incluso si cumpliera esa promesa, es dudoso que realmente liberes a mi hija.”

“Ya veo.”

“Estoy seguro de que no pensarías en romper un juramento a un humano. Sin ninguna garantía de que serás fiel a tu palabra, no se pueden hacer negociaciones,” dijo Mora.

Tgurneu sonrió. “Estás en lo cierto.”

“¿Qué dijiste?”

“Tienes razón. No tengo ningún problema con mentir para ganar. No recuerdo haberle cumplido nunca una promesa a un humano.”

¿Eso significaba que Tgurneu no tenía intenciones de liberar a su hija?

“Pero esta situación en este momento es diferente,” continuó el Kyoma. “Necesito que confíes en que cumpliré mi promesa. El secuestro es un delito de confianza. No puedes hacerlo sin buena fe entre el agresor y la víctima.”

“Buena fe, ¿hmm?”

Tgurneu miró a Marmanna, quien estaba sentada junto a Mora. “Es bueno que hayas traído a la Santa de las Palabras. En caso de que lleguemos a un acuerdo, ¿por qué no te hago un juramento? Puedo jurar que si te rompo la promesa, te ofreceré mi vida a cambio.

El corazón de Mora vaciló. Después de unos momentos de reflexión, ella respondió: “Imposible.”

“¿Por qué?”

“Los Kyomas no ven nada de tirar sus vidas por el bien de la victoria. Tu vida por sí sola no garantizaría nada.”

“Ya veo. Con que así es como vas a ser.” Tgurneu cerró los ojos y pensó por un momento. “Lo que señalas es totalmente cierto. Pero no soy un Kyoma común. Entre los innumerables Kyomas, *yo* soy de la élite, la piedra angular, un comandante a cargo del cuarenta por ciento



de todo el ejército. Si yo muriera, la cadena de mando colapsaría. Sería un golpe masivo del que nunca se recuperarían. Me necesitan para derrotar a los Héroes de las Seis Flores.”

“Un comandante de los Kyomas, ¿eh?” Mora podía confiar en eso. Solo sentada cara a cara con este ser, podía decir que poseía un poder temible. También sintió que lo que había dicho sobre comandar el cuarenta por ciento del ejército podría ser cierto.

“Esta es la vida que te ofrezco como garantía. Creo que esta propuesta debería inspirar confianza.”

“Marmanna, dime si dice la verdad o miente,” Mora se le dirigió.

Usando el poder del Espíritu de las Palabras, Marmanna manifestó una pequeña esfera de luz que saltó a la boca de Tgurneu. “Repite lo que acabas de decir,” dijo ella.

“Soy un líder entre los Kyomas. Yo mando el cuarenta por ciento de todo el ejército. Si muero, la cadena de mando colapsará, y ese golpe sería catastrófico para ellos. Los Kyomas probablemente no podrían vencer a los Héroes de las Seis Flores sin mí. “Si estuviera mintiendo, el orbe sería expulsado de su boca y regresaría a Marmanna. La luz se mantuvo en su lugar.

“Tgurneu está diciendo la verdad,” dijo Marmanna. Pero aun así, Mora no podía creerle al Kyoma.

“¿Aún no puedes confiar en mí? Entonces hagamos esto: le juro a la Santa de las Palabras que nunca te mentaré. Si miento, entonces este núcleo puede ser destruido. Por cierto, prometo que también liberaré a tu hija,” dijo Tgurneu, indicando el lugar donde estaría el corazón si fuera un humano.

El núcleo de un Kyoma era como su cerebro. Aunque los Kyomas se jactaban de una vitalidad poderosa, siempre morirían si se les rompía el núcleo. Cada Kyoma tenía un núcleo—una esfera brillante y metálica. Los más grandes serían de unos cinco centímetros de diámetro, y en el lado más pequeño, podrían ser más pequeños que la punta de un dedo meñique.

“Incluso te mostraré.” Tgurneu puso una mano en su pecho. La carne se agrietó, revelando sus órganos. Gracias a la construcción del Kyoma, fuera lo que fuera, ni una gota de sangre goteó. Y allí mismo, en el lugar indicado por Tgurneu, estaba su núcleo. “Ahora bien, ¿confiarás en mí?”

“... Juro por la Santa de las Palabras. Entonces confiaré en ti.”

Marmanna asintió y tomó prestado el poder del Espíritu de las Palabras. La pequeña esfera apareció y desapareció en el cuerpo de Tgurneu.

“Esto lo juro: no le mentaré a Mora. Si lo hago, entonces el núcleo en mi pecho puede romperse en pedazos, mientras que al mismo tiempo, mato al parásito en el pecho de Shenira.” El cuerpo de Tgurneu brilló. El pacto fue hecho “¿Es eso suficiente para ti? Qué dolor. Ahora por fin podemos empezar a negociar,” dijo el Kyoma, encogiéndose de hombros. “Ahora bien, voy a hacer mi demanda una vez más. Quiero que mates a uno de los Héroes de las Seis Flores.”



“No aceptaré esa demanda. En cambio, ofrezco mi vida. Deberías estar satisfecho con eso,” dijo Mora con decisión.

Pero Tgurneu negó con la cabeza. “Me niego. Si mueres, alguien más simplemente sería elegido como un Héroe.”

“Te ofreceré la vida de una Santa que eventualmente será elegida como un Héroe, además de la mía: Athlay, Willone o Nashetania. ¿Qué hay sobre eso?”

“¿¡Qué!?” Marmanna, quien había estado escuchando a su lado, gritó: “¿¡Qué estás pensando!?! ¿¡Quieres ser una asesina!?”

“¿No lo dejé claro?” dijo Mora. “Sí, lo hiciste.”

“No estás en tu sano juicio.”

**Tienes toda la razón**, pensó Mora. Una madre cuya hija había sido tomada como rehén nunca podría estar en su sano juicio.

“Eso no funcionará. La única vida que quiero es la de un Héroe de las Seis Flores. No importa cuántos candidatos mates, no liberaré a tu hija. Mi demanda es que mates a un Héroe. Eso es todo.” Tgurneu rechazó su oferta.

Al no tener otra opción, Mora hizo otra concesión. “Yo seré elegida como un Héroe. Cuando reciba la cresta, me mataré entonces. ¿Qué te parece?”

“No.”

“¿¡Qué!?”

“Si no eres elegida, entonces tomar un rehén como lo he hecho, habría sido completamente un desperdicio. Y además, ¿crees que el Espíritu del Destino elegiría a alguien que pretende suicidarse como uno de los Héroes? Mi demanda no cambió. Mata a uno de los Héroes de las Seis Flores. Eso es todo.” Durante mucho tiempo, Mora y Tgurneu se miraron el uno al otro. No había ninguna señal de que Tgurneu se rendiría. “¿Comprendes que si no conseguimos negociar un acuerdo, entonces no hay razón para que deje que viva tu hija?”

“...”

“Oh, bueno,” dijo Tgurneu, comenzando a ponerse de pie.

“Espera. Tengo una condición,” Si las negociaciones se rompían, Shenira moriría. Mora no tenía más remedio que satisfacer las demandas de Tgurneu. “Si mueres, debes liberar a mi hija de inmediato, incluso si no he matado a un Héroe.”

“Lo siento, pero no puedo aceptar esa condición. Si la aceptara, solo usarías todo tu poder para intentar matarme.” Tgurneu negó con la cabeza.



“Entonces vamos a establecer un límite de tiempo. Prometo matar a un Héroe de las Seis Flores antes de una fecha límite determinada, pero si mueres antes de esa fecha, esa promesa será anulada. Bajo ninguna circunstancia retiraré esta condición.”

“Ya veo.” Tgurneu se llevó una mano a su delgada mandíbula y reflexionó un tiempo. “¿Y cuándo es este plazo?”

“Veintidós días después de que el Majin se haya despertado. Si estás vivo, te prometo que mataré a uno de los Héroes de las Seis Flores para esa fecha.”

Con la mano aún en su mandíbula, Tgurneu continuó reflexionando. “Eso suena razonable. Bien. Acepto tu condición.” Finalmente se habían decidido por algo. Ahora Mora había encontrado una manera de salvar a Shenira. “Veintidós días después del despertar del Majin. Matarás a uno de los Héroes para entonces. Pero si muero antes de la fecha límite, el contrato será anulado y sin valor, y liberaré a tu hija. ¿Estás bien con eso?”

Mora asintió. “Y agregaré una condición más. No toques a mi hija antes de eso.”

“Por supuesto. Lo prometo. Y los Kyomas bajo mi mando no tocarán a tu hija hasta que hayan pasado veintidós días después del despertar del Majin. Tampoco permitiré que ningún otro Kyoma que no esté bajo mi mando la toque.” De alguna manera, lograron llegar a un acuerdo, y Mora había establecido una manera de salvar a Shenira sin matar a ninguno de los Héroes de las Seis Flores. Todo lo que tenía que hacer era matar a Tgurneu antes del vigésimo segundo día después del renacimiento del Majin.

“Me gustaría agregar dos condiciones más por mi cuenta,” dijo Tgurneu, “En el caso de que ya no seas capaz de cumplir tu promesa, quitaré la vida de tu hija. En otras palabras, si mueres antes de matar a un héroe. Mi otra condición es que si te matas después de ser elegida, no lo aceptaré como un cumplimiento de tu promesa.”

La primera condición tenía sentido para Mora, pero la segunda mitad le parecía una propuesta extraña. Si el objetivo de Tgurneu era matar a un Héroe, ¿por qué le importaría que Mora se suicidara? Su intención había sido matar a Tgurneu antes de que se cumpliera el límite de tiempo definido en su acuerdo, y si no podía matarlo para entonces, poner fin a su propia vida para proteger a Shenira. Pero ahora eso no era una opción. Ella podría intentar apoderarse de sus armas, pero si Tgurneu terminaba la negociación, su hija moriría. “Acepto tus condiciones,” dijo Mora.

“Entonces supongo que el contrato está hecho,” dijo Tgurneu.

“Déjame confirmar una cosa más. ¿Qué pasará si nos matamos unos a otros?”

“En ese caso, tú ganas. Tu hija será liberada.”

“Entonces está bien.” Mora le pregunto a Marmanna. El contrato no podría estar completo sin que la Santa de las Palabras lo garantizara. El pequeño orbe de luz de Marmanna desapareció en el cuerpo de Tgurneu.



“Tgurneu jura así: Si muero, forzaré al parásito en el pecho de Shenira a morir conmigo, incluso en el caso de que Mora y yo nos matemos. Si rompo este juramento, pueden morir todos los Kyomas que me sirven.”

“Tgurneu,” dijo Marmanna, “cuando la compensación que estás ofreciendo es la vida de otra persona, también necesitas su consentimiento.”

“¿Oh? ¿Entonces qué hacemos?”

“A través del Espíritu de las Palabras, ahora determinaré los deseos de tus seguidores. Les preguntaré si están dispuestos a entregar sus vidas a tus órdenes.” Marmanna cerró los ojos y se quedó en silencio por un tiempo. Luego los abrió y dijo: “Todos tus seguidores han declarado que morirían si lo ordenaras. El contrato es válido.” El cuerpo de Tgurneu brillaba. El primer acuerdo se había hecho.

“Tgurneu jura así: Si Mora mata a un Héroe de las Seis Flores, haré morir el parásito en el pecho de Shenira. Puedo morir si rompo este juramento. Pero si Mora se suicida, entonces este contrato quedará nulo y sin efecto.”

“¿Estás de acuerdo con este contrato, Mora?” preguntó Marmanna.

“Estoy de acuerdo con el contrato,” Mora cumplió, y se hizo otro trato.

“Tgurneu jura así: Hasta veintidós días después del resurgimiento del Majin, ningún Kyoma causará daño a Shenira. Puedo morir si rompo este juramento. Sin embargo, si Mora muere antes de que pasen veintidós días de la resurrección del Majin, esto quedará nulo y sin efecto.”

“... Estoy de acuerdo.”

El cuerpo de Tgurneu brilló. Ahora todos los contratos fueron concluidos. La discusión había terminado. Mora necesitaba matar a Tgurneu hasta los veintidós días desde la resurrección del Majin. Si no pudiera hacerlo para entonces, se vería obligada a asesinar a uno de los Héroes de las Seis Flores. Si ella no podía hacer nada, entonces Shenira moriría.

“Ahora, vuelvo a la Tierra de los Lamentos. Adiós, y podemos encontrarnos de nuevo.” Tgurneu se levantó y caminó hacia la puerta del antiguo bastión. Mora al instante quitó la silla, se levantó y lanzó un puñetazo al Kyoma. “Whoa.” Tgurneu atrapó lo que normalmente hubiera sido un golpe fatal. Antes de que pudiera desatar un segundo golpe, su objetivo se dio la vuelta y saltó por la ventana. Mora intentó perseguirlo, pero el Kyoma inmediatamente se desvaneció en el negro de la noche y desapareció.

“Esto es totalmente loco, Mora. ¿En serio vas a matar a uno de los Héroes de las Seis Flores?”

“Difícilmente. Mataré a ese Kyoma y salvaré a mi hija. Eso es todo.” Mirando a la oscuridad del poder, pensó Mora, ***supongo que podría decir que las negociaciones terminaron bien***. Ella había sido capaz de garantizar la seguridad de Shenira. Si pudiera derrotar a Tgurneu, podría ir sin matar a ninguno de los Héroes. Como beneficio adicional, incluso había logrado evitar que Tgurneu le mintiera. ***¿Pero fue realmente una buena idea?*** Ella se preguntó. Tenía la sensación de que su enemigo tenía otros trucos planeados para ella.





Mientras Mora subía a la montaña con Fremy, reflexionó sobre las palabras de Tgurneu. Estaba segura de que eso significaba que solo tenía dos días más para salvar a Shenira. Pero, ¿cómo podría ser eso? Ese día, Tgurneu había acordado que la fecha límite era veintidós días después de la resurrección del Majin, y solo habían pasado trece. Todavía debería haber nueve días. Un juramento ante la Santa de las Palabras no podía ser reescrito, pasara lo que pasara. Incluso si Marmanna hubiera estado conspirando con Tgurneu, eso no cambiaría el contrato. Aún quedaban nueve días. Eso era una cosa segura.

“Ese Kyoma...” Tgurneu le había jurado a Mora que moriría si le mentía. Debería ser absolutamente incapaz de intentar engañarla. Entonces, ¿qué significaba solo dos días más? ¿Y cómo debería matar a Tgurneu?





Capítulo 3

En el  
Brote de la  
Eternidad



El Barranco de la Sangre Escupida estaba situado en el extremo este de la Tierra de los Lamentos. Hacia el oeste, había una pequeña montaña—escuálida, empinada y salpicada de numerosas cuevas y acantilados. No tenía un nombre particular.

A la entrada de una cueva a mitad de la cuesta floreció una extraña flor. La flor de seis pétalos era lo suficientemente pequeña como para caber en la palma de una mano. A primera vista, parecía una flor normal, pero no había ninguna igual en el mundo natural. El capullo se veía como si se estuviera abriendo o cerrando, pero nunca uno u otro. A medio camino entre abierto y cerrado, esta flor había estado floreciendo durante mil años. Esto era lo que la Santa de la Flor Única había utilizado una vez como su arma.

Hace mil años, la Santa de la Flor Única y el Majin habían estado atrapados en una lucha mortal. La Santa había agotado su fuerza en esta misma montaña. Herida por todas partes y en la cima del agotamiento, finalmente se derrumbó. La Santa de la Flor Única no había sido todopoderosa e invencible. Ella había sido humana, y cuando estaba herida, sufría dolor, y cuando se agotaba, caía.

Antes de que la Santa de la Flor Única se derrumbara, había empujado su arma, su flor, hacia la tierra, erigiendo una barrera para alejarse del Majin y sus Kyomas mientras curaba sus heridas en el transcurso de tres días antes de volver una vez más para hacer batalla. Incluso una vez que terminó la lucha, su barrera permaneció en la tierra e impidió que los Kyomas se acercaran desde entonces.

Este era el origen de la barrera conocida como el Brote de la Eternidad.



Mora y Fremy se dirigieron a la zona segura a mitad de la montaña. La barrera circular se extendía por un radio de unos cincuenta metros alrededor de la cueva, generando una fuerza repulsiva que repelería a cualquier Kyoma o al Majin si se acercaban.

“¿Puedes entrar, Fremy?” Mora preguntó cuando entraron.

Fremy pudo entrar a la barrera sin ningún problema. “Parece que está bien. Creo que es porque ahora tengo la Cresta de las Seis Flores. Antes, ni siquiera podía acercarme a ella.”

“Eso es un poco de consuelo. Sería terrible si fueras forzada a quedarte aquí sola.” Mora se acercó al resto del grupo. La primera en llamar su atención fue Chamo. La niña estaba apoyada contra una roca cerca del borde de la barrera, gimiendo de dolor. “¿Estás bien, chamo?” preguntó ella, acercándosele.

Estaba agitada y vomitando con mocos y lágrimas corriendo por su cara. Su vómito blanco nublado estaba manchado con polvo plateado. Apparently, estaba lavando el polvo plateado que se aferraba a los Kyomas dentro de su estómago. “Las heridas... todas las heridas no curarán... ¿Qué debería hacer Chamo? Esta es la primera vez que sucede... Guh...” Chamo vomitó nuevamente. Mora se sintió mal por ella, pero no tenía manera de ayudar. Chamo era la única que podía curar a sus Kyomas esclavos.



“La Santa más fuerte viva es menos confiable de lo que pensé,” murmuró Fremy desde detrás de Mora.

“¿Qué dijiste?” Chamo preguntó, secándose las lágrimas.

“Es verdad. Si no haces algo con ese polvo plateado, no tienes una oportunidad con Tgurneu.”

**“¡Nghh!”** Llorando, Chamo golpeó la roca. “¡Cállate, cállate! ¡Chamo es la más fuerte! ¡Una vez que las heridas de los pequeños se curen, ese idiota no será nada! ¡Chamo desgarrará a ese Kyoma y se lo comerá! ¡Y luego seguirá vivo sin brazos ni piernas dentro de la barriga de Chamo!”

***Esto es justo lo que temía,*** pensó Mora. Chamo tenía un poder tremendo.

Pero su madurez emocional parecía inversamente proporcional a su fuerza. Era egoísta, arrogante y carecía por completo de la capacidad de colaborar. Cuando tuviera la ventaja, bajaría la guardia, y cuando fuera superada, perdería el control de sí misma. Mora debería haberle enseñado a Chamo cómo prepararse emocionalmente, cómo comportarse como un guerrero adulto. El fracaso de la Mayor fue culpa suya, pero en este punto, era demasiado tarde para arrepentirse.

**“Si** puedes hacer algo con ese polvo plateado,” dijo Fremy.

**“¡Nggahh!”**

“Estás siendo bastante cruel, Fremy,” dijo Mora.

Goldof estaba un poco alejado, dándole la espalda a Chamo mientras se quedaba quieto, mirando vagamente en la distancia. Parecía que todavía no se había recuperado. Todo este tiempo, Mora había estado convencida de que Goldof era el séptimo. Ella había pensado que su aturdimiento era un acto. Pero durante la batalla con Tgurneu, el caballero no había hecho nada más que ayudar a Hans y Chamo a contener a los refuerzos de Tgurneu, y durante el retiro, había corrido todo el camino con todo su equipaje. ¿Era realmente el séptimo? Mora ya no lo sabía.

“Goldof, ¿dónde está Adlet?” preguntó Fremy. Goldof apuntó silenciosamente a la cueva. De lado a lado, Mora y Fremy se dirigieron a la cueva.

“¿No sospechas de Goldof, Fremy?” Mora preguntó en voz baja.

“Por supuesto que sospecho. Sospecho de él, y de ti, y de Rolonia, y de Hans y Chamo también.”

“Hans y Chamo...”

“No confío en nadie aparte de Adlet,” afirmó Fremy en voz baja y plana.

“¿Adlet está bien?” Mora llamó a la cueva.



Hans y Rolonia estaban junto a Adlet, donde yacía en el suelo con un paño mojado en la frente. Rolonia estaba tratando sus heridas con su poder como la Santa de la Sangre Derramada. Más lejos en el recinto había una roca de aproximadamente la altura de la cintura, y encima de ella florecía una pequeña flor. Ese era el centro de la barrera, el Brote de la Eternidad. Afortunadamente, había un manantial dentro de la cueva, por lo que tendrían mucha agua.

“Así que están vivas. Iba a ir a buscarles,” dijo Hans.

“Estamos bien,” dijo Fremy. “¿Qué hay de Adlet?”

“Está vivo, pero hay una grieta en su cráneo y no se despertará. No puedo curarlo con mi poder,” dijo Rolonia. Su habilidad era controlar la sangre. Ella podía tratar heridas y sangrado interno, pero no huesos.

“Me encargaré. El poder de las montañas es el poder de la curación.” Mora se sentó junto a Adlet, absorbió la energía de la montaña y la canalizó hacia el cráneo del chico, estimulando las habilidades de curación naturales que todo ser humano tiene para reparar el daño.

“¿Está funcionando?” Preguntó Hans.

“Sí. No hay problemas,” dijo Mora.

Fremy se paró detrás de Mora, observándola atentamente. Ella había sospechado que podía fingir que trataba a Adlet mientras que, de hecho, lo mataba. Si Mora hacía algo sospechoso, Fremy de seguro que la derribarla antes de que ella pudiera reaccionar.

“Lo lastimaron bastante,” señaló Mora.

La atmósfera en la cueva de repente se hizo más pesada. Habían perdido una batalla frontal, y para empeorar las cosas, el enemigo ni siquiera tenía todo su ejército a su disposición. ¿Tuvieron la oportunidad de ganar en este lamentable estado?

“Si hubiéramos seis de nosotros, probablemente podríamos haber ganado,” dijo Hans. Mora lo miró. “Siempre nos desconfiamos el uno del otro cuando estamos peleando. No sabemos quién nos puede traicionar, ni cuándo, ni cuál será el ataque ni de dónde vendrá. No podemos luchar en fuerza completa de esta manera ahora. Estamos al sesenta por ciento, tal vez.”

“Tienes razón,” dijo Fremy.

***Eres parte de la razón por la que perdimos,*** quiso decir Mora.

Entonces, de repente Hans se echó a reír. “***¡Meow, hee, hee!*** Estamos en un gran problema. Esto es divertido. Esto es de lo que vine a la Tierra de los Lamentos para probarlo.”

Como era de esperar, la respuesta de Mora fue aguda. “¿Y qué te parece tan divertido, Hans?”

“***¿Meow?*** ¿No te estás divirtiendo? No te metes en un lío como este a menudo. Es un desperdicio si no lo disfrutas.”



Mora quiso enterrar su rostro en sus manos. Ella simplemente no podía entender a Hans. “Pero, ¿qué estaba tratando de hacer Adlet? Cargó imprudentemente, luego de repente, se quedó completamente expuesto mientras Tgurneu lo golpeaba. ¿Qué fue eso?”

Habiendo tratado a Adlet lo mejor que pudo, Rolonia dijo: “Um... Addy tenía esta expresión en su rostro como si estuviera seguro de que había ganado.”

“Pero Tgurneu estaba ileso.”

Hans le explicó a la perpleja Mora. “Parecía que estaba apuntando por algo grande. Es por eso que lo apoyé agarrando a Tgurneu. No esperaba que terminara así en absoluto.”

“En cualquier caso, le preguntaremos una vez que se despierte,” dijo Mora.

“¿Cuándo se despertará?” Fremy le preguntó.

Cuando Mora envió energía a Adlet, ella comprobó cómo estaba él. “Muy probablemente, en unas pocas horas. Es inhumanamente tenaz.”

“Estoy tan harta de él,” dijo Fremy de repente. Sin entender su significado, los demás la miraron. “Esta es la tercera vez que casi muere. ¿Cuánto tiene que preocuparnos antes de que esté satisfecho?” Ella suspiró.

“Él no va a descubrir que estás preocupada si no le dices,” dijo Hans.

“Incluso si le dijera, ese idiota no lo entendería. Además, no quiero hablar en este momento.”

Cuando Mora trató a Adlet, recordó que casi había matado al chico ella misma un día antes. En ese momento, ella había creído sinceramente que él era el séptimo. Ahora, en retrospectiva, había habido momentos en que ella había tenido motivos para dudar de ese veredicto. Pero aun así, en ese entonces, ella no había podido ver a Adlet como algo más que un enemigo— porque cuando él había corrido, había tomado a Fremy como su rehén. Mora se había enfurecido por su uso de ella como escudo. Sus convicciones acerca de hacer lo que se necesitaba para ganar no estaban equivocadas. Pero aun así, Mora creía que había algunas cosas que simplemente no podías hacer. En el momento en que Adlet presionó una espada en la garganta de Fremy, Mora vio a Tgurneu frente a ella.

Ahora, las cosas eran diferentes. Mora estaba convencida de que Adlet era el más confiable de todos. “Vamos a esperar a que se despierte. Podemos hablar después de eso. Está obligado a salir de esta situación. Estoy seguro de ello.”

Rolonia asintió firmemente. Hans se encogió de hombros. La expresión de Fremy era inescrutable ya que simplemente miraba a Adlet.



**¿Por qué?** Eso fue todo lo que pensó la mente inconsciente de Adlet. En un espacio que no era ni sueños ni realidad, Adlet luchó contra Tgurneu. Lanzó una bomba de humo en un intento de distraer al Kyoma, pero su enemigo no se desanimó. Adlet lanzó agujas de veneno, pero no



funcionaron en absoluto. Lanzó una bomba normal a la cara de la cosa. No funciona tampoco. Adlet saltó alto y golpeó al Kyoma con su espada, usando toda la fuerza de su cuerpo. Tgurneu envió sin esfuerzo a Adlet volando. Apuñaló a Tgurneu con la Espiga de la Santa, pero incluso el ataque final de Adlet no funcionó.

*¿Por qué?* él pensó. Ningún Kyoma podría soportar la Espiga de la Santa. No había manera. Si la Espiga de la Santa no funcionaba, entonces no le quedaban armas. No había manera de derrotar a Tgurneu.

**“Hey, Adlet,”** dijo Tgurneu, como si le hablara a un amigo. **“¿De verdad te estás tomando esto en serio?”**

Gritando, Adlet se despertó.

Estaba en una cueva. Al notar una flor ligeramente brillante a su lado, comprendió de inmediato que era el Brote de la Eternidad. Las vendas estaban envueltas alrededor de él por todo su cuerpo, y él juntó lo que había sucedido—estaba dentro de la montaña donde florecía el Brote de la Eternidad. Los otros se habían llevado a Adlet y corrieron.

“¿Addy? ¿Estás despierto?” Rolonia se acercó a él desde la parte trasera de la cueva con un paño húmedo.

“¿Están todos bien?”

“Sí. Los siete estamos aquí.”

Cuando Adlet escuchó eso, levantó su espada de donde estaba en el suelo y se puso de pie. Su caja de hierro con sus herramientas también estaba allí, aunque no sabía quién las había traído. Rellenó las bolsas en su cintura con su surtido de armas.

“¿Qué estás haciendo?” preguntó Rolonia.

“Voy a salir a pelear con Tgurneu una vez más.”

“¡Espera! ¡Estás herido!”

“Eso no es nada nuevo.” Ese sueño fue grabado en su mente. Su cuerpo ardía con la compulsión de luchar, de ganar. No podía quedarse quieto. Intentó salir de la cueva, pero Fremy le bloqueó el paso.

“¿A dónde vas, Adlet?” Ella lo miró con calma. Encontrando esa mirada, Adlet finalmente se recompuso. “Si eres lo suficientemente estúpido como para intentar ir a pelear ahora, entonces **deberías** morir,” dijo.

“Tienes razón. Eso estuvo mal de mí. Lo siento,” dijo Adlet, envainando su espada. Rolonia dejó escapar un suspiro de alivio, y él sonrió. Cuanto más dolorosos eran los tiempos, más tenía que sonreír.

“Todos estamos descansando, comiendo, tratando nuestras heridas y cuidando nuestras armas y herramientas,” dijo Fremy. “Deberías hacer lo mismo”.



“No puedo. Tengo que pensar en una forma de matar a Tgurneu.”

Exasperada, Fremy suspiró. “También deberías dejar las ideas para más tarde. Todavía no estás en tu sano juicio. Dudo que se te ocurra alguna idea decente así.”

“Urk.” Adlet no podía decir nada de eso.

“El hombre más fuerte del mundo es bastante molesto.” Fremy pasó junto a Adlet y entró en las profundidades de la cueva y luego se quitó la capa y la parte superior.

“¿Qué estás haciendo?”

“Me voy a bañar. No me he bañado en días,” dijo Fremy. Todavía con el rifle en la mano, se quitó la ropa. Inquieto, Adlet salió de la cueva.

Justo afuera, Hans estaba comiendo. Estaba empapando algo de carne ahumada y pan seco en agua mientras llenaba su cara de comida. “Así que estás despierto. ¿Cómo te sientes?”

“Me siento bien. Muy bien, quiero salir y matar a Tgurneu en este momento.”

“Deja los malos chistes. Sólo come algo.”

Adlet se sirvió una porción de la carne ahumada de Hans. Cuando la recogió, notó que era inusualmente suave. La carne grasa tenía buen color, y no olía. El papel engrasado que la envolvía tenía una marca familiar. “Hans, ¿no que esto era de Nashetania?”

“**Meow**. Cuando ella corrió, dejó sus pertenencias atrás. Esa mujer estaba cargando una buena comida.”

“Estoy impresionado de que estés comiendo la comida del enemigo.”

“Nadie por ahí es lo suficientemente tonto como para envenenar su propia comida,” dijo Hans, quien devoró de buena gana su comida.

Mientras Adlet dudaba sobre la comida, Rolonia emergió desde la cueva: “Si estás preocupado por el veneno, no tienes por qué estarlo. Torleau—la Santa de la Medicina—me dio un antídoto universal. Mis propios poderes también pueden contrarrestar los venenos un poco.”

“Lo siento, pero no me gusta. El hombre más fuerte del mundo es un tipo cuidadoso,” dijo Adlet, y sacó algunas raciones de viaje de una bolsa en su cinturón, un pequeño cubo de unos cuatro centímetros de ancho.

“¿Qué es eso? ¿Sabe bien?” preguntó Hans.

“Esto es algo que he llamado 'las raciones más fuertes del mundo'.”

“Debería saber que sería algo así.”



“Harina refinada, el extracto de un órgano de un determinado animal y un polvo de doce tipos de hierbas medicinales mezcladas con grasa de res endurecida. Ya que soy el hombre más fuerte del mundo, puedo durar todo el día solo con esto.”

“No estoy seguro de que la fuerza tenga algo que ver con eso,” Rolonia se quedó perpleja.

“Entonces, ¿es bueno?” preguntó Hans. Adlet miró sus raciones por un momento y respiró hondo para calmar su corazón.

“¿Qué estás haciendo?”

“Hay un truco para comer esto. Primero, borras de tu mente todo recuerdo de todas las cosas buenas que has comido.” Adlet presionó un dedo contra su frente para ayudar al poder de la sugerencia psicológica sobre sí mismo. “Y luego te haces creer. Esto es lo más delicioso del mundo. Si logras hacer un buen trabajo engañándote...”

Cerró los ojos, se metió todo el cubo en la boca, lo masticó tan rápido como pudo y se lo tragó de golpe. “Si disminuyes la velocidad por un segundo, el infierno te espera. Pero si puedes evitarlo, esta es la ración más fuerte del mundo.”

“¿Y esa es la única manera en que puedes comerlo, *meow*?” Hans estaba estupefacto.

“De todos modos, ¿todos los demás han comido?” Preguntó Adlet, ahora que había terminado con su comida. Él y Hans eran los únicos que comían. Fremy se estaba bañando, y Goldof y Mora estaban vigilando desde el borde de la barrera. Chamo estaba apoyada en una roca, con los ojos cerrados.

“Goldof se fue solo a comer algo. Todas las mujeres dijeron que no comían. No sé por qué,” dijo Hans.

“¿No?”

Rolonia les explicó a Hans y Adlet. “No necesito comida. Puedo manipular los nutrientes dentro de la sangre. Lady Mora puede absorber la energía de la montaña para sostenerse, por lo que tampoco necesita comida.”

***Eso es conveniente***, pensó Adlet. “¿Y chamo?”

“Chamo... Me pregunto por qué ella no necesita comida. Lo siento, no lo sé.” Desde un poco más lejos, la chica en cuestión se animó. “¿Crees que Chamo necesitaría comida normal?”

“Realmente no entiendo lo que quieres decir, pero ahora estoy convencido de que no,” dijo Adlet.

“Chamo está tratando a sus mascotas en este momento, así que vete,” dijo y volvió a cerrar los ojos. Adlet apenas podía escuchar los gemidos de sus Kyomas esclavos desde su estómago. Recordó cómo las criaturas se habían retorcido, cubiertas de polvo plateado. Probablemente era mejor hacer lo que ella decía y no molestarla.



“Y Fremy... Oh, sí. Porque es una mitad Kyoma.” Atreau le había enseñado a Adlet sobre la biología de los Kyomas—no comían todos los días como lo hacían los humanos. Para ellos, una comida grande aproximadamente una vez cada diez días como máximo era suficiente.

“...?”

Fue entonces cuando Adlet sintió algo extraño. Inclino la cabeza en contemplación.

“¿Ocurre algo, *meow*?” preguntó Hans.

Los Kyomas comían una vez cada diez días—pero si eso era cierto, ¿por qué Tgurneu había estado cargando ese higo? Pero al final, las preguntas de Adlet no lo llevaron a ninguna parte, por lo que desaparecieron de su mente.



Mora estaba de pie al borde de la barrera cuando vio a Adlet salir de la cueva y comenzar una comida pausada. Al ver que no tenía que preocuparse por él, se relajó. Ella escaneó toda la montaña, observando los movimientos de los Kyomas. Solo cuando estaba en una montaña podía usar sus poderes de clarividencia—aunque solo era capaz de observar la montaña que ocupaba. En la actualidad, había alrededor de doscientos Kyomas cerca del Brote de la Eternidad. Los que los habían seguido estaban dispersos por la montaña en grupos de unos cinco. Había una gran cantidad de Kyomas superiores entre ellos que ella supuso que tenían cierto grado de intelecto.

***Estamos atrapados como ratas***, pensó. Quizás el objetivo de Tgurneu era simplemente evitar que los Héroes de las Seis Flores abandonaran este lugar.

Entonces, Mora buscó trampas. El Brote de la Eternidad era una parada casi segura para los Héroes, por lo que había muchas posibilidades de que hubiera trampas allí. Mora buscó en la montaña e incluso bajo tierra por cualquier cosa fuera de lugar. Pero por lo que ella podía decir, no había trampas en la montaña.

Tgurneu no estaba en el área, y no había ninguna señal de que estuviera dándoles instrucciones a los otros Kyomas que acechaban en la montaña. Mora todavía no sabía lo que significaba por ***dos días más***.

“...” Ella estaba indecisa. ¿Correr realmente había sido la elección correcta? Tal vez debería haber hecho todo lo posible para matar a Tgurneu en ese momento, incluso si eso significaba su vida.

***No, eso habría sido imprudente***, pensó, reconsiderando. Explotarse y llevarse a Tgurneu con ella debería ser un último recurso, porque si se equivocaba, Shenira también moriría.

“¿Cuál es la situación, Mora?” Adlet, después de haber terminado su comida, había venido a hablar con ella.

“Estamos completamente rodeados pero sin peligro inmediato.” Ella suspendió su observación por el momento y le explicó a Adlet su poder de clarividencia.



“¿Por qué no te tomas un descanso por ahora también? Parece que pasará un tiempo antes de que tengamos otra oportunidad,” sugirió Hans.

“Tienes razón, descansaré un tiempo. También quiero bañarme,” dijo Mora, entrando a la cueva. Con sus poderes aún activos, ella continuó observando el área vigilante. Dentro de la caverna, encontró a Fremy desnuda y limpiando el hollín que se le pegaba al cabello. Cuando la mujer entró, Fremy recogió el arma que había tendido a su lado.

“No seas tan antagónica. No te haré nada,” dijo Mora, quitándose la armadura y las vestimentas antes de sumergirse en el manantial frío. De repente, el polvo empañó el manantial, pero ya habían asegurado suficiente agua potable, por lo que no fue un problema. Una frialdad comfortable se filtró en su cuerpo. Antes de que el frío pudiera alcanzar su centro, salió del manantial y comenzó a limpiar la tierra con las uñas y las palmas. “Es una bendición tener tanta agua. Como mínimo, es bueno no tener que preocuparse por el aseo personal.” Mora suspiró profundamente. Siempre era cómodo pasar el tiempo limpiando el cuerpo. Aunque incluso si quería relajarse, nunca dejaba de pensar en Shenira.

“Um, ¿puedo unirme a ustedes?” Rolonia entró en la cueva y pasó un tiempo quitándose la armadura.

“Es descuidado que las tres nos bañemos a la vez. ¿Qué si pasa algo?” dijo Fremy.

“No me preocupa. Todavía se puede luchar desnuda. Ser vista no debilita nada,” dijo Mora mientras recogía agua en sus manos para lavar la suciedad.” Debes estar sorprendida, Rolonia, de repente siendo empujada a una situación así.”

“S-sí. Realmente... no sé qué debería hacer. Todavía no puedo creer que haya un impostor entre los Héroes de las Seis Flores.”

“Siento lo mismo. Cuando llegaste, pensé que mi corazón se detendría,” dijo Mora con una sonrisa.

“Yo tampoco te entiendo, Rolonia,” dijo Fremy de repente.

Rolonia, quien todavía había estado trabajando en su armadura, saltó en respuesta. “¡Oh! Um! ¿Qué?”

“Al principio, incluso tenías miedo hasta de un ciervo, pero luego cuando nos topamos con el enemigo, estabas despotricando en una especie de alboroto. ¿Cuál es el verdadero tú?”

Mora respondió por Rolonia. “La tímida e indecisa Rolonia es la 'real'. Todo ese aullido es, bueno... una especie de ritual para ella.”

Fremy no parecía entender, inclinando su cabeza en desconcierto. “Déjame preguntarte algo, Rolonia. ¿De quién sospechas?”

Eso hizo que Rolonia se estremeciera. “No lo sé. No parece que ninguno de ustedes sea el enemigo.”



Fremy la fulminó con la mirada. “Si yo fuera tú, la primera persona que dudaría sería yo. Soy la hija de un Kyoma y el Asesino de Héroes. Incluso maté a alguien que conoces—Athlay. Y soy una guerrera criada por Tgurneu. ¿Cómo puedes **no** sospechar de mí, considerando todo eso?”

“Yo...”

“¿Qué estás tramando?” Fremy exigió.

Incapaz de soportarlo por más tiempo, Mora la interrumpió. “Suficiente, Fremy. Ella no tiene planes. Rolonia nunca ha tenido la disposición para la desconfianza.”

“Estoy segura.”

“Podrías intentar ser menos insensible. Tu actitud solo te aislará,” dijo Mora.

Fremy miró hacia otro lado. “Esta es la única manera en que puedo tratar con la gente.”

“Fremy, yo—” comenzó Rolonia. “Pensé que podrías ser el séptimo. Pero Addy y Lady Mora confían en ti, así que dejé de dudar de ti.”

“... Ya veo.”

“¿Eres cercana con Addy?”

Fremy no respondió; en cambio ella comenzó a vestirse. En unos momentos, su delgada figura estaba cubierta de cuero negro. “ ‘Addy,’ ¿hmm? Ustedes dos son bastante cercanos también,” comentó, y con su arma en la mano, salió de la cueva.

Mora pensó que Fremy era como un erizo: cautelosa de todo lo que se acercaba y siempre temía algo. La única forma en que podía interactuar con las personas era convirtiendo su debilidad en hostilidad. Tal vez no era Rolonia quien era verdaderamente cobarde y tímida, sino Fremy.

Aparentemente más nerviosa de lo que parecía, Rolonia suspiró aliviada y volvió a quitarse la armadura.

“Estás en una posición áspera, Rolonia. Parece que ella no te quiere en absoluto.”

“Sí, así parece.” La chica parecía avergonzada mientras sonreía. Pero también me siento aliviada. Parece ser una persona mucho mejor de lo que asumí al principio.”

***¿Qué sobre nuestra conversación en este momento podría haberla hecho pensar eso?*** Se preguntaba Mora. “Lo que dijiste me recuerda—no sabía que tú y Adlet se conocían. El mundo es realmente pequeño.”

“Oh, sí. Nunca tuve la oportunidad de hablar de eso.”

“Hmm. ¿Tienes sentimientos por él?”



Las manos de Rolonia se detuvieron una vez más en su tarea. “Um, bueno, uh, no lo sé.” Su respuesta fue tan graciosa que Mora no pudo evitar sonreír. “No lo creo. Probablemente no, supongo. No creo que sea que me guste.”

“Creo que eso es lo mejor. Adlet es un hombre confiable, pero también un tonto tremendo. Estoy segura de que sería un problema infinito si te enamoras de él.”

“¿Eso crees? Él realmente no me parece así, pero... hmm.”

***Estos jóvenes son tan despreocupados***, pensó Mora. Incluso en las situaciones más extremas, aún podrían pensar en el romance. Ella encontró eso encantador. En cuanto a ella, mientras hablaba de cosas tan triviales, Shenira nunca estuvo lejos de sus pensamientos—ni por un instante.



Se acercó la noche, y todos habían terminado de bañarse y hacer el mantenimiento de sus armas y herramientas. Los siete se sentaron en un círculo frente a la cueva—era hora de una discusión.

“¿Te has calmado, Adlet?” preguntó Mora.

Adlet, sentado en el centro del grupo, asintió. Mora estaba continuamente sorprendida de lo tenaz que era. Apenas podía creer que él fuera carne y sangre.

“Así que de todos modos, ¿cuál es la situación?” preguntó. “¿Está Tgurneu cerca?”

Con la ayuda del Espíritu de las Montañas, Mora determinó que había un cambio en la situación que los rodeaba. “No hay señales de Tgurneu,” dijo ella.

Adlet se detuvo a pensar. “Doscientos, ¿eh? Eso es extraño. No es realmente una multitud. Es muy poco para estar atrapándonos aquí.”

“Probablemente hay más justo afuera de la montaña. Probablemente perderíamos en un choque frontal.”

“Incluso si no pudiéramos ganar, todavía podríamos correr. Si Tgurneu no estuviera aquí, esos números no darían miedo en absoluto,” dijo Adlet.

“***Si*** Tgurneu no estuviera aquí,” enfatizó Fremy.

“Primero, quiero preguntarles algo. ¿Alguno de ustedes tiene alguna idea de quién podría ser el séptimo? No solo las sospechas hacia alguien o algo sospechoso—necesito una pista definitiva.” Mora no tenía nada. Ninguno de ellos respondió. “¿Podrían describirme en detalle cómo escaparon de Tgurneu? Estaba inconsciente, así que no sé nada sobre eso.”

Mora y Hans se turnaron para explicar cómo habían luchado para llegar aquí. Una vez que terminaron la historia, la expresión de Adlet se volvió sombría cuando se llevó una mano a la



frente. “No lo sé. Por lo que has descrito, cada uno de nosotros tuvo la oportunidad de matarnos unos a otros.” Mora asintió. Si Fremy fuera el traidor, Mora estaría muerta.

“Si Goldof o Rolonia nos hubieran atacado, podríamos haber estado en un aprieto,” dijo Hans. “Incluso si me hubiera escapado, no sé si podría haberte salvado a ti y a Chamo también. Y si la niña fuera el enemigo, me habrían matado.”

“Hmm... y si fuera el gatito, Chamo estaría muerta,” agregó Chamo.

“¿Por qué el séptimo no hace nada? ¿Cuál es su objetivo?” Adlet agonizó sobre el dilema. Mora se preguntó también. No importaba cómo lo abordaran, estaba claro que el séptimo había dejado pasar múltiples oportunidades.

Entonces Fremy habló. “Planeé matar al séptimo si descubriera quién era, incluso si eso significaba mi vida.”

“¿Eh?”

“He estado lista para esto todo este tiempo, y he estado tratando de descifrar quién es. Tal vez el séptimo lo sabía. Tal vez no es que no esté haciendo nada, sino que me tiene miedo y no puede hacer nada.”

“Pero sigo pensando que es raro que no haya hecho nada durante la pelea. Si hubiera jugado bien sus cartas, todos estaríamos muertos,” dijo Hans y Mora estuvo de acuerdo.

“Hay una posibilidad más,” dijo Fremy. “Tgurneu puede haberle ordenado que no actúe.”

“¿Por qué?” preguntó Adlet.

“Para meterse con nosotros.”

“¿Eh?”

“Tgurneu a menudo juega con la gente. Siempre dice cosas que no tienen sentido y no tiene problemas para hacer cosas que lo ponen en desventaja. No sé qué está pensando Tgurneu—quizás nada en absoluto.”

Ella tenía razón. Entre ese tono demasiado familiar, la actitud de payaso y la forma inconsistente de luchar, la única conclusión fue que Tgurneu simplemente estaba jugando.

“Entonces, en otras palabras, Tgurneu solo está jugando, ¿aquí?” dijo Adlet. “¿Estás diciendo que no está realmente tratando de matarnos?”

“No lo sé. Puede ser que pretenda hacer tonterías mientras está planeando algo, o podría estar haciendo tonterías de verdad.”

Así que eso significaba que incluso intentar conjeturar lo que estaba en la mente de Tgurneu era inútil. ***Qué oponente tan molesto***, reflexionó Mora. “En esa colina, fuimos emboscados. ¿Y si el séptimo nos llevó allí?” ella sugirió. Adlet se cruzó de brazos y reflexionó.



“Sin embargo, tú eres quien la encontró, Mora,” dijo Hans.

“Y yo soy la que sugirió tener una discusión allí,” dijo Fremy.

Entonces Rolonia tímidamente levantó la mano. “Um... yo... lo siento. ¿Puedo decir algo?” Cuando Adlet la impulsó, finalmente habló. “Tal vez... el séptimo no quiere ser descubierto.”

“¿Qué quieres decir?” preguntó.

“Quiero decir que el séptimo no quiere que se revele su identidad, ¿verdad? Entonces, si no hace nada, nunca lo averiguaremos. Estoy seguro de que no quiere ser sospechoso.”

“¿Pero entonces por qué está aquí? Si está sentado aquí para evitar ser descubierto, entonces no tiene sentido infiltrarse en los Héroes en primer lugar,” dijo Fremy, rechazando la sugerencia.

“No, Rolonia podría estar en lo cierto,” dijo Adlet. Todos los ojos se reunieron en él. “En última instancia, esta es solo mi propia deducción, pero... dudo que el séptimo haga algo. No nos llevó a esa colina, ni le dijo a Tgurneu que íbamos allí.”

“¿Qué te hace pensar eso?”

“Si los Héroes planeaban seguir la ruta más segura en un intento por evitar un ataque sorpresa, nos aseguraríamos de pasar esa colina, y Tgurneu lo predijo. El hecho de que nos detuviéramos en esa colina fue simplemente una coincidencia. No tendríamos que sólo habernos detenido allí para ser atrapados. Tgurneu solo esperaría el momento por el que pasáramos y nos atacaría por detrás.”

“Entonces, ¿por qué el séptimo no está haciendo nada?”

“Ese fue el plan todo el tiempo,” explicó Adlet. “Él se quedará con nosotros y seguirá fingiendo ser uno de nosotros. Esa es la única razón por la que está aquí.”

“¿Qué quieres decir?”

“El traidor está esperando por el momento donde esté seguro de que puede matarnos a todos. Podría habernos atacado durante la última pelea, pero algunos de nosotros probablemente nos habríamos escapado. Apuesto a que solo matar a uno o dos Héroes no es suficiente.” El grupo se quedó en silencio. “El séptimo probablemente no hará su movimiento hasta que surja la oportunidad perfecta, porque mientras no haga nada, no será descubierto. Bueno, eso es solo una hipótesis.”

“Si ese es el caso, ¿entonces cómo podemos exponer al impostor?” dijo Mora. “Mientras no haga nada, no tendremos pistas sobre su identidad. Pero cuando el séptimo actúe, será cuando nuestra situación sea más desesperada. ¿Qué demonios podemos hacer?”

Hans aplaudió como si estuviera divertido por todo esto. “¡*Ma-meow!* ¡Qué catástrofe! ¿Este es un jaque mate?”

“No es solo Tgurneu. También hay un intruso entre nosotros,” comentó Mora gruñona.



El asesino respondió con una expresión de profunda ofensa. “¡Lo digo en serio! Un juego no es divertido si no juegas por mucho tiempo, ¿verdad?”

***Qué dolor.***

Adlet continuó. “Por lo que Fremy nos dijo, no creo que sea posible saber qué podría hacer Tgurneu, porque no sigue la lógica para ganar. Y al igual que con Tgurneu, no podemos predecir qué hará el intruso.”

“Pero eres el hombre más fuerte del mundo, ¿no es así? ¿Te estás rindiendo tan fácil?”

“Estamos completamente rodeados, Adlet. ¿Cómo salimos de aquí?” Mora preguntó.

“Incluso si nos escapamos, solo empeoraría nuestra situación. Necesitamos un plan para resolver el problema de raíz,” insistió Fremy.

Cuando sus aliados lo presionaron para obtener respuestas, Adlet concluyó en voz baja: “Solo hay una manera de salir de esta situación.”

“¿Qué? Hans preguntó.

“Tenemos que resolver el misterio de Tgurneu.”

Todo el grupo quedó en silencio. Mora no tenía idea de lo que quería decir con ***el misterio de Tgurneu.***

“Chicos, miren esto,” dijo Adlet, sacando una punta de veinte centímetros por debajo de su chaqueta. Era idéntica a la que había usado en la batalla anterior.

“¿Que es esa cosa?” Hans se mostró burlón.

Adlet les explicó el arma que él llamaba la Espiga de la Santa, cómo estaba envenenada con un cristal hecho de la sangre de las Santas que se ajustaba a la punta, y cómo si un Kyoma fuera perforado con ella, el veneno circularía instantáneamente a través de todo su cuerpo.

Mientras Mora escuchaba su explicación, pensó en Atreau Spiker. Ella solo había sido consciente de que él era un guerrero conocedor de Kyomas, pero parecía que ella lo había subestimado increíblemente. Nunca había considerado usar la sangre de las Santas como un arma, y mucho menos extraer el veneno de esa sangre.

“Y... ¿perforaste a Tgurneu con eso? ¿Estás seguro?” Mora preguntó.

Adlet asintió vigorosamente. “Sé que apuñalé a Tgurneu con esa punta, e incluso vi que la toxina lo afectaba, pero aún está vivo.”

***Esto es difícil de creer,*** pensó Mora. Rolonia y Fremy se habían puesto pálidas.

“¿Por qué no funcionó?” dijo Adlet. “Si podemos resolverlo, deberíamos encontrar un gran avance y derrotar a Tgurneu.”



**“Meow.** ¿Aunque este es un problema tan importante?” preguntó Hans. Chamo tampoco parecía convencida. Los dos no entendían completamente lo imposible que era para que la sangre de una Santa no le hiciera daño a un Kyoma. “No lo sé todo sobre esto, pero hay muchos tipos diferentes de Kyomas, y todos tienen poderes diferentes, ¿verdad? Esto simplemente significa que Tgurneu es fuerte contra el veneno.”

“Supongo que no entiendes. Seré un poco más preciso.” Adlet suspiró. “Los Kyomas pueden elegir cómo se desarrollan—se basa en lo que quieren. Creo que has visto muchos en tu vida, pero ninguno se veía exactamente igual, ¿verdad?”

**“Meow.”**

“Si quieren cultivar colmillos, pueden crecer colmillos. Si quieren crecer, pueden crecer. Les lleva décadas o incluso siglos evolucionar. Y en ocasiones, el proceso falla. Pero fundamentalmente hablando, si los Kyomas tienen la Voluntad, pueden obtener cualquier poder que quieran.”

“Huh. Entonces, ¿no podría Tgurneu simplemente haber desarrollado el poder para anular el veneno en la sangre de las Santas?”

“Hay excepciones a la regla,” dijo Adlet. “Hay cosas que no pueden hacer sin importar cuánto lo quieran. No pueden desarrollar sus propios núcleos.”

“¿Qué es eso?”

Fremy explicó. El núcleo era como el cerebro del Kyoma. Siempre tenían uno en algún lugar de su cuerpo, y era su punto más débil. “El núcleo es el cuerpo principal del Kyoma. Incluso se podría decir que toda la carne aparte de él es simplemente auxiliar. Los Kyomas pueden cambiar sus cuerpos auxiliares, pero no el núcleo en sí. La sangre de una Santa es lo que destruye ese núcleo.”

Hans y Chamo todavía no lo entendían.

“El veneno dentro de la sangre de las santas se origina en el poder del Espíritu,” continuó. “Sus propiedades son completamente diferentes a las de otras toxinas. Una vez que ingresa al cuerpo, llega al núcleo de inmediato. Un Kyoma no puede mutar su cuerpo para evitarlo. Y una vez que el veneno ha penetrado, no hay forma de contrarrestarlo.”

“En otras palabras...”

“El veneno funciona en todos los Kyomas sin excepción. Eso es lo que hace la sangre de una Santa,” finalizó.

**“¿Meow?** ¿Es tan poderoso?” Hans dijo, solo que ahora se estaba poniendo al día.

“También tengo una técnica que puedo usar para convertir mi sangre en la de un Kyoma. El Maestro Atreau me dijo que esta técnica siempre funcionará con cualquier Kyoma,” dijo Rolonia.



“¿Quién es Atreau Spiker, Adlet?” preguntó Mora. “¿Cómo adquirió tales técnicas?”

Adlet inclinó la cabeza. “Lo siento, pero tampoco lo sé. Básicamente nunca habló de su pasado.”

“¿A quién le importa esa extraña arma? A Chamo no le importa ese tipo Atreau,” dijo ella, sonando aburrida. “Sí, se supone que esta arma es increíble o lo que sea, pero no funcionó en Tgurneu, ¿verdad? Así que ya no la necesitamos. Chamo matará a Tgurneu, lo cortará en pedazos y se lo comerá, y lo hará un juguete para las mascotas en la barriga de Chamo.”

“¿Entiendes lo que estamos diciendo, Chamo? Un ataque que se suponía que **siempre funcionaría**,” insistió Adlet.

“Si tus Kyomas esclavos arrancan las extremidades de Tgurneu, ¿morirá? ¿Si Rolonia drena toda su sangre, morirá? Si Goldof y Hans lo cortan, o Mora lo golpea hasta hacerlo pulpa o Fremy le dispara, ¿Morirá? No sabemos ninguna de esas cosas con seguridad.” Adlet martilleaba a Chamo con preguntas.

“¿A quién le importa? Chamo solo tiene que darle una paliza.”

“Necesitamos estar seguros de que podemos matar a Tgurneu. Para encontrar una manera de eliminarlo, tenemos que resolver este misterio.”

**Esto no es bueno**, se preocupó Mora. El humor de Chamo estaba empeorando. Ella podría descontrolarse.

“... Entonces, ¿qué hacemos?” En contra de las expectativas de la Mayor, Chamo retrocedió a regañadientes.

“Descubriré el rompecabezas y encontraré la manera de matar a ese monstruo,” dijo Adlet. “Piensen en cómo podrían matarlo—y cómo contrarrestar ese polvo plateado en particular.”

“Está bien. Chamo realmente tiene una idea para probar,” dijo.

Mora estaba más que un poco sorprendida de lo cooperativa que era Chamo. Ella estaba creciendo. Su progreso fue lento, pero seguro.

“Sin embargo, todavía no hemos resuelto nada”, dijo Fremy. “No hemos resuelto el misterio de Tgurneu, y todavía no sabemos quién es el séptimo.”

“Si podemos acorralar a Tgurneu, creo que el traidor se revelará,” respondió Adlet.

“¿Qué quieres decir?”

“Lo más probable es que el séptimo esté conectado con Tgurneu. Por lo menos es nuestro enemigo, por lo que no tenemos ninguna razón para dudar de que está aliado con los Kyomas. Si matamos a un comandante, el séptimo consideraría eso como un golpe masivo. Entonces, si Tgurneu está a punto de perder, el séptimo tratará de protegerlo. Eso es lo que pienso.”



“Ya veo. Entonces no esperamos que el traidor actúe, creamos una situación en la que se ve obligado a actuar,” dijo Mora.

“¿Qué pasa si tenemos a Tgurneu acorralado pero el séptimo no hace nada?” preguntó Fremy.

“Entonces matamos a Tgurneu,” dijo Adlet. “Esa es realmente la mejor opción, ya que matar a Tgurneu sería una victoria mucho más grande que averiguar quién es el séptimo.”

“**Meow**. Y si podemos hacer ambas cosas, mucho mejor.” Hans asintió.

“Siento que esto es demasiado peligroso. Ni siquiera sabemos lo que Tgurneu o el séptimo podrían hacer,” advirtió Rolonia.

“Mi maestro me enseñó que no hay nada peor que un plan sin riesgos que solo se deja a medias. A veces, saltar directamente al peligro es lo más seguro. Ahora mismo, la mejor opción es dedicar todo lo que tenemos para eliminar a Tgurneu.”

Rolonia parecía aún más ansiosa.

“Relájate. Soy el hombre más fuerte del mundo.”

“Oh, **meow**. Ahí va de nuevo,” dijo Hans, exasperado.

“Entiendo. Confiaré en ti. Eres el hombre más fuerte del mundo.” Rolonia asintió. Todos parecían estar de acuerdo con el plan de Adlet. Enfocarían todos sus recursos en matar a Tgurneu. Para Mora, la decisión de Adlet fue bienvenida. Derrotarlo era la única forma en que podía salvar a su hija.

No importa qué, ella tenía que matar a Tgurneu. “Tengo una sugerencia.” Mora levantó la mano.

“¿Qué es?” preguntó Adlet.

“Tengo un plan secreto. Una técnica que he pasado muchos años desarrollando en preparación para este día. Creo que ahora puede ser el momento de usarla.”

“¿Qué hace?”

“Encerraría toda esta montaña dentro de una barrera instantáneamente para atrapar a Tgurneu aquí. Cortaría los refuerzos y evitaría la fuga de Tgurneu. Solo puedo usar esta técnica una vez, pero creo que vale la pena intentarlo.”

Cuando Rolonia escuchó el plan, sus ojos se agrandaron. “¡Espera, por favor, lady Mora! Esa barrera es peligrosa.”

“Soy plenamente consciente de eso. Pero escuchaste lo que dijo Adlet.” Incapaz de contrarrestarla, la Santa de la Sangre Derramada se calló.

“¿La barrera durará mucho tiempo?” preguntó su líder.



“No. Seis horas, a lo sumo. Pero eso debería ser suficiente tiempo para matar a Tgurneu.”

“Entiendo. Entonces hazlo,” dijo sin dudar.

“Cuando aparezca Tgurneu, te lo haré saber de inmediato,” dijo Mora. “Tú decides si debo o no activar la barrera, Adlet.”

El chico asintió. “Todo bien. Entonces hemos decidido nuestro curso de acción. Me ocuparé de lo que está pasando con Tgurneu, empezando por el motivo por el que la Espiga de la Santa no funcionó y encontraré la manera de matarlo. Tú me ayudarás con eso, Fremy.”

“... Bien,” ella consintió.

“Hans y Goldof, limpien a los Kyomas en la montaña. Bajen sus números, al menos un poco. ¿Pueden hacer eso?”

“Por supuesto. Podría hacer eso por mí mismo.” Hans sonrió. Goldof no respondió, pero pareció aceptar el pedido al menos.

“Mora, usa tus poderes para vigilar la montaña. Si algo extraño sucede, dímelo de inmediato. Y dale a Hans y Goldof un apoyo también.”

“Entendido.”

“Chamo, descubre cómo lidiar con ese polvo plateado. Si no puedo resolver el misterio, serás nuestra principal fuerza. No arruines esto.”

“Duh. Preocúpate por ti. Tú también has lo mejor que puedas.”

“Um... ¿qué hay de mí?” Rolonia levantó la mano. Adlet vaciló por un momento.

“Rolonia es la Santa de la Sangre Derramada y una experta en el tema. Creo que te será de utilidad,” dijo Mora. El asintió.

Pensando que Adlet había concluido sus instrucciones, el grupo estaba a punto de moverse cuando los detuvo. “Quiero decir una última cosa—al séptimo entre nosotros.” Escudriñó a sus aliados y dijo, “Si quieres ganar, mejor averigua cómo matarme primero. Si no lo haces pronto, llegarás demasiado tarde.”

Nadie dijo una palabra. El silencio cayó a su alrededor.

“¿Se suponía que eso sonaría dramático o algo así? Porque fue bastante escaso,” dijo Chamo.

Ella estaba en lo cierto. Mora y Hans no pudieron contener su risa. Rolonia bajó los ojos, cubriéndose la boca, y Fremy también había evitado su mirada. Incluso Goldof tenía algo parecido a una leve sonrisa en su rostro. ***Esta es la primera vez que todos sonreímos juntos***, pensó Mora. Tal vez había un poco de solidaridad creciendo en el grupo, aunque solo sea muy gradualmente. Adlet era algo grande, dispuesto a jugar al payaso para calmar a sus aliados.





Cada uno de ellos se fue a sus tareas separadas. Adlet regresó a la cueva, sentado de espaldas a la pared. Su cara estaba roja. Chamo lo había humillado. ***¡Maldita sea, soy el hombre más fuerte del mundo!*** Maldijo en su cabeza.

Fremy y Rolonia entraron en la cueva y se sentaron un poco lejos. Ellas no se miraron. La primera seguía sin expresión, y la segunda parecía extremadamente incómoda.

“No puedo culparles por ser cautelosas, pero traten de llevarse bien. No podemos resolver el misterio de Tgurneu si no cooperamos,” dijo Adlet.

“Tienes razón,” dijo Rolonia. “Trabajemos juntas, Fremy.”

“Sí, podría ser así.” No había ninguna señal de que alguna de las dos se acercara a la otra. “Voy a colocar algunas luces.” Fremy colocó una pequeña gema en el suelo en la cueva oscura. Ella recitó un encantamiento, y comenzó a brillar.

“¿Qué es esto?” Preguntó Adlet. “¿Es este tu poder, Fremy?”

“No. Esto es algo que Mora trajo. Ella dijo que Pipi, Santa de la Luz, lo hizo. Y ella trajo muchos más, así que les daré algunos.” Adlet aceptó las gemas, y Fremy le dijo el encantamiento. Los tres se sentaron en círculo alrededor de la pequeña joya.

“Lo siento, Adlet, pero...” comenzó Fremy, “... francamente dudo que puedas resolver esto. Sabemos muy poco acerca de Tgurneu. Sólo peleamos durante media hora.”

“¿Qué te hace decir eso? Deberías conocer mejor a Tgurneu, Fremy,” dijo.

“Lo siento, pero no debes contar conmigo.” Ella sacudió su cabeza. “No conozco ninguna de las debilidades de Tgurneu, y no tengo ni idea de por qué la Espiga de la Santa tampoco funcionó. Tgurneu planeaba que me mataran todo el tiempo—obviamente no me iba a confiar información.”

***Ella no lo entiende***, pensó. “¿Sentiste que Tgurneu estaba escondiendo algo?”

“... No.”

“Eso es crítico. Tgurneu planeó matarte, y no te permitió aprender nada importante. Esa es la clave.”

“¿Qué quieres decir?” preguntó Fremy.

“Es bastante difícil ocultarle algo a alguien que está familiarizado contigo—e incluso más difícil evitar que se dé cuenta de que estás ocultando algo. Tienes que mentir, mantenerlo alejado de la verdad y actuar de forma natural al respecto. . Eso siempre deja algún tipo de rastro detrás.” Adlet miró a Fremy a los ojos y continuó. “Si podemos averiguar sobre qué mintió Tgurneu, debería ser fácil descubrir la verdad.”



“Sin embargo, todavía no tenemos suficiente información,” insistió.

Entonces, Rolonia se unió vacilante a la conversación. “Um, Addy... ¿puedes prestarme tu espada?” Adlet no sabía para qué la quería, pero él se la entregó, con funda y todo. La sacó y miró la hoja. “Oh, así que ya la has limpiado. ¿Tienes el paño con el que la has limpiado?” Adlet fue a la pila de basura junto a la entrada de la cueva para sacar el trapo que había tirado allí. Ella lo tomó de él y se lo puso en la boca.

“¡Hey!” Adlet gritó.

“Eso es asqueroso,” dijo Fremy.

Los dos hicieron una mueca. Aunque claramente avergonzada, Rolonia siguió chupando el trapo empapado de sangre. “Cortaste seis Kyomas con esta espada.” Se quitó el trapo de la boca y sacó el látigo, y luego lo lamió tal como el trapo. “Y golpeé a diecinueve Kyomas con éste látigo Solo hay un tipo de sangre entre todos aquellos que saben igual que la sangre en tu espada, Addy—me las he arreglado para identificar a Tgurneu. Si me das un momento, lo analizaré en detalle.” Rolonia lamió el látigo y la tela a su vez. Aparentemente, ella estaba examinando los restos de sangre de Tgurneu que se aferraban a ambos.

“¿Puedes aprender cosas haciendo eso?” preguntó Fremy.

“La sangre contiene una amplia variedad de información, desde lo que la criatura comió hasta sus atributos físicos y su historia personal. Puedo aprender la mayoría de las cosas sobre ellos lamiendo su sangre.” Rolonia alternó entre el látigo y la tela por un tiempo y luego cerró los ojos y reflexionó. “Ahora entiendo.”

“¿Entender qué?”

“En primer lugar, Tgurneu es un Kyoma de tipo mixto—uno que absorbe a otros Kyomas para hacerse más fuerte. La base de su cuerpo es un demonio lagarto, pero eso es solo la base. Parece que toda su fuerza se origina en los otros Kyomas.”

“Eso es bastante impresionante”, dijo Fremy. “Pero yo también lo sabía.”

“La base está fusionada con otros siete Kyomas,” continuó Rolonia. “Primero, ganó su fuerza física al fusionarse con un gigante simio. También se fusionó con un Kyoma pulpo para adquirir el poder de estirar y contraer los brazos. Un cuervo le dio una vista aguda, y un perro Kyoma le dio una audición y un sentido del olfato poderosos. Y luego un Kyoma cisne le dio agilidad...” Rolonia cerró los ojos mientras continuaba analizando la sangre de Tgurneu. “Esto es asombroso. Tgurneu ha absorbido a un primitivo anfibio para obtener increíbles poderes de regeneración. También hay una serpiente que contribuyó con más resistencia y fortaleció sus habilidades regenerativas. Esos son todos los diferentes Kyomas en Tgurneu.”

Adlet y Fremy se encontraron con el flujo de información que salía de Rolonia con un gran asombro. “No sabía tanto—ni con qué tipo de Kyomas se había fusionado Tgurneu,” admitió Fremy.

“¿De dónde sacaste la habilidad de hacer eso?” preguntó Adlet, asombrado.



Rolonia dirigió su mirada hacia abajo tímidamente. “Um... Lady Mora me hizo practicar lamer sangre para analizarla. Ella dijo que era útil para muchas cosas, como curar o contrarrestar el veneno. El maestro Atreau también me enseñó acerca de los Kyomas, así que pensé que tal vez podría ponerlo en uso...”

Fremy le preguntó a Adlet: “¿Sabías que ella podía hacer eso?”

“No, esto es nuevo para mí. Rolonia no ha hecho más que sorprenderme últimamente,” dijo Adlet. Ella respondió con una sonrisa complacida.



Una vez que Adlet, Fremy y Rolonia entraron en la cueva, Hans y Goldof dejaron el Brote de la Eternidad para matar al enjambre de Kyomas. Mora observó la situación a través de la tierra. Los enjambres de Kyomas se apresuraron a atacar a Hans y Goldof, reaccionando a su presencia de inmediato.

“**Mya-meow.** Limpia a los comunes, Goldof. Mataré a los bichos más grandes,” escuchó Mora decir a Hans. Sus poderes le permitieron no solo ver desde la distancia sino también escuchar.

El sol se había puesto por completo, y el tinte rojo en el borde de la montaña ya se había ido. Era su primera noche en la Tierra de los Lamentos. La luz de la luna y las estrellas iluminaron a Mora y sus camaradas. ***Esta será una noche tumultuosa***, pensó. Había una gran cantidad de Kyomas en el área que ella podía observar. Una vez que los enemigos aprendieron que era hora de luchar, comenzaron a correr hacia Hans y Goldof.

“Hans, cinco se acercan desde el este, y diez desde el sur.” Mora moduló su capacidad de eco para que el sonido solo reverberara cerca de Hans. De esta manera, los Kyomas no la oirían.

“Goldof, una vez que hayamos terminado de limpiar las cosas aquí arriba, corre directamente hacia el norte. Será un dolor en el trasero si somos rodeados,” indicó Hans. Los dos terminaron rápidamente el grupo de Kyomas y se pusieron en movimiento. A este ritmo, parecía que no había nada de qué preocuparse mientras continuaba monitoreando la batalla desde lejos.

Luego su mirada pasó a un lado, donde vio a Chamo hundiendo su cola de zorro en su garganta, escupiendo a unos pocos Kyomas esclavos. “¿Y qué estás haciendo, chamo?”

“No necesitas ayudar, tía. Chamo puede hacer esto sola.” Los Kyomas esclavos abandonaron la barrera del Brote de la Eternidad.

Mora los observó con sus poderes. Por un momento, ella pensó que se dirigían a luchar contra los Kyomas, pero uno de ellos sacó una liebre de su agujero. Los otros siguieron capturando ardillas, ratones de campo y más, llevándolos de vuelta a su boca.

“Bien, bien. Todos ustedes son buenos muchachitos.” Cuando sus criaturas regresaron, Chamo acarició sus cabezas y luego hundió sus dientes en los animales salvajes que le habían traído. Uno tras otro los mató, salpicando sus labios de un rojo brillante.



“... Esa chica me desconcierta.” Mora no entendía lo que intentaba hacer la Santa de los Pantanos, pero seguramente tenía su propio plan en mente. Mora decidió dejarla estar.

\*(Pero que weona más rancia xd)

Mientras tanto, parecía que todos los Kyomas estaban al tanto del asalto de Hans y Goldof. La montaña era un aluvión de actividad, y ella podía escuchar a los Kyomas que podían hablar entre ellos.

“Ellos hicieron su movimiento.”

“¿Tratando de correr?”

“No, solo dos atacando.”

Tal vez escucharlos podría ayudarla a descubrir su plan. Mora se mantuvo alerta, escuchando atentamente. Había mucho que hacer. No podía dejar que su enfoque se debilitara durante toda la noche.

“¿Pero dónde está Tgurneu?” Escaneaba la montaña varias veces, pero no había ninguna señal del comandante en ninguna parte y ninguna señal de que algún Kyoma fuera a recibirla. ¿Qué estaba haciendo ese Kyoma, y dónde estaba?

“No les dejen escapar.”

“Solo dos enemigos. Solo Hans y Goldof.” Los Kyomas tampoco mencionaron a Tgurneu.

Tgurneu no podría continuar haciendo nada. Estaría **actuando**. Tal vez ya estaba listo preparando el escenario para un ataque.

Fue entonces cuando Rolonia apareció junto a Mora. “Perdóneme, lady Mora,” dijo. Agarró su guante, lamiéndolo una y otra vez.

“¿Qué es esto de repente?” preguntó la Mayor, sobresaltada.

“¡Ahora entiendo!” Rolonia gritó, y ella volvió a la cueva. Mora estaba desconcertada. “¿Qué están haciendo allí?”



“¿Cómo te fue?” Adlet saludó a Rolonia cuando regresó a la cueva.

“No había mucho, pero también había algo de sangre de Tgurneu en el guante de Lady Mora.”

“¿Aprendiste algo?” le preguntó a ella.

“Había una Sangre de Santa en ella. Lo suficiente como para saber de una sola lamida.”



“Ya veo.” Así que el veneno impregnó el cuerpo de Tgurneu, después de todo. Eso eliminó la posibilidad de que la Espiga de la Santa no hubiera alcanzado su objetivo. “Rolonia, ¿puedes determinar la composición del cuerpo de Tgurneu a partir de su sangre también?”

“Sí, en general.”

“¿Hay un núcleo dentro de su cuerpo?”

“Lo hay. Podría decirlo muy claramente por el sabor.”

“¿Cuántos?”

“Sólo uno,” respondió ella. Adlet hizo una mirada agria. “Desafortunadamente, no sé por qué la sangre de la Santa no funcionó. Lo siento, Addy. Quiero hacer un mejor trabajo, pero...” Rolonia dejó caer los hombros.

“¿De qué diablos estás hablando? Estamos muy cerca de resolver el rompecabezas. ¿Cómo podría el hombre más fuerte del mundo obtener tanta información y luego *no* resolverla?” Por supuesto, todo esto era aire caliente. Adlet estaba preocupado. Se alegró de tener el análisis de Rolonia—pero solo había profundizado el misterio.

Adlet había propuesto algunas soluciones posibles para el enigma de Tgurneu. Por ejemplo, había una especie de Kyoma conocido como tipo divisor, que podía dividir su propio cuerpo en pedazos para crear unidades secundarias. Podría ser que Tgurneu fuera un demonio de tipo división que había dividido su cuerpo en dos o más partes. Ocultaría la unidad principal—la que no contenía el núcleo—en otro lugar, y luego usaría la otra parte, que contenía el núcleo—para atacarlos. Esa hipótesis explicaría por qué el veneno de la Santa no había funcionado. Si no hubiera un núcleo dentro del cuerpo, entonces el veneno de la Santa no tendría efecto.

Pero el examen de Rolonia lo obligó a rechazar esa posibilidad. Había un núcleo dentro del cuerpo de Tgurneu, por lo que no era un Kyoma de tipo división. Para empezar, la teoría había sido inestable de todos modos. Las unidades secundarias que los Kyomas de tipo división podrían crear eran solo animales o parásitos de niveles inferiores. Un secundario no podría ser tan poderoso como Tgurneu.

Adlet tenía otra hipótesis: Tgurneu podría ser una serie de Kyomas fusionados en uno que pretendía ser un solo ser. La cabeza, el torso, los brazos y las piernas eran Kyomas diferentes e independientes. Solo uno había sido asesinado por la Espiga de la Santa, mientras que la cabeza y otras partes habían sobrevivido. Pero esto tampoco servía a la luz del análisis de Rolonia. Tgurneu era un único Kyoma de tipo mixto, con un solo núcleo dentro de su cuerpo. Adlet también se vio obligado a descartar esta idea.

Así que eso dejó una posibilidad final—que Rolonia estaba equivocada. Pero ella era una persona tan tímida y cautelosa, le parecía muy poco probable que ella diera algo si no estaba segura de ello. Él podía confiar en su análisis.

“Eso refuta tanto tu teoría de tipo división como tu teoría de Kyomas fusionados. ¿Puedes pensar en otra cosa, Adlet?” preguntó Fremy. Al parecer, ella había estado pensando lo mismo



que él. Adlet negó con la cabeza. “Ahora entendemos la situación aún menos. Si el análisis de Rolonia es correcto, eso significa que Tgurneu no tiene poderes ocultos.”

“Lo-lo siento.”

***No tienes por qué disculparte***, pensó.

“Rolonia, déjanos en paz por un minuto,” pidió Fremy.

“¿Eh?” La repentina demanda confundió a los otros dos.

“Ahora.”

“O-okay. Iré ahora mismo. Lo siento,” dijo Rolonia, saliendo corriendo de la cueva. Fremy miró hacia afuera, comprobando que no había nadie escuchando.

“¿Qué es esto de repente, Fremy?”

“¿Crees lo que ella dijo?” Ella lo fulminó con la mirada.

“Por supuesto. Ella tiene nuestra única pista para descubrir qué pasó con Tgurneu.”

“Tú eres el que dedujo que el séptimo trataría de proteger a Tgurneu, ¿verdad? Rolonia puede estar tratando de guiarte en la dirección equivocada.”

“No lo sabes.”

“Estoy diciendo que es una posibilidad.”

“Y lo he tenido en cuenta. Pero hasta que sepamos a ciencia cierta que ella es el enemigo, voy a confiar en ella.”

“¡No estás siendo lo suficientemente cuidadoso!” Su voz se elevó a un grito. Rolonia se asomó a la cueva desde afuera, y Fremy le ordenó que se fuera con un gesto. “Necesitas ser más cauteloso. Estar en guardia con los demás. A este ritmo, serás engañado y terminarás asesinado.”

“Si el séptimo viene por mí, solo está jugando en mis manos. Soy el hombre más fuerte del mundo.”

La expresión de Fremy traicionó la ira y el más leve indicio de tristeza, y Adlet no pudo decir lo que estaba pensando. “No eres el más fuerte del mundo.”

“¿Qué dijiste?”

“Eres más débil que yo. De hecho, eres el más débil de los siete. Deja el ego y conoce tus límites.”



Adlet creía que era el hombre más fuerte del mundo. Tenía convicción. Si dejara de creer en sí mismo, entonces ya no sería Adlet. “Soy el hombre más fuerte del mundo. Mataré al Majin. No tengo miedo del séptimo. Te protegeré a ti y al resto de nosotros. Todos.”

Fremy no dijo nada. Ella solo negó con la cabeza tristemente. “También tengo algo que decirte. Necesitas confiar más en tus aliados. Es como si vieras a todos menos a mí como tu enemigo.”

“Porque lo son. En lo que a mí respecta, lo son. Mientras no sepamos quién es el impostor, ¿qué otra cosa debería pensar?”

“Te estás equivocando. Si no confiamos en nuestros propios aliados y cooperamos unos con otros, entonces no podremos vencer al Majin. El que realmente se beneficiará de esa pérdida de solidaridad es el séptimo.”

Fremy no se movió. Ella se quedó mirando a Adlet. “No. Ya he tenido suficiente de tratar de confiar en estas personas.”

“Eres tan—”

“Si me lo permitieras, los mataría a todos menos a ti. Entonces ya no tendría que pensar en el séptimo.”

“¡Fremy!” Al final de su batalla con Nashetania, Adlet había pensado que habían llegado a un acuerdo. Pero tal vez todo eso había estado en su cabeza. Sintió una ruptura gigantesca entre los dos. La creencia y la confianza en el otro estaban más allá de ellos, y siempre había sido así. Un dolor se agitó en su pecho.

“Rolonia, puedes volver. Pensemos en Tgurneu.” Para distraerse de su irritación, Adlet llamó a la otra chica.

“¿Qué pasó?” preguntó Rolonia. “Ustedes dos parecían realmente serios.”

“No fue tan serio,” dijo Adlet. “Sólo una pérdida inútil de tiempo.”

Fremy no reveló ninguna reacción. Apartó la mirada de Adlet y miró al suelo.

Los tres reanudaron su discusión, comenzando con una pregunta de Adlet. “Rolonia, ¿Tgurneu no tiene poderes ocultos?”

“No es así. Puedo decir eso muy claramente. Tgurneu no esconde ninguna habilidad en absoluto. Si tuviera otros poderes, debería saberlo lamiendo su sangre.”

“Así que en otras palabras, los poderes de Tgurneu son...”

“Increíble fuerza física, vitalidad, habilidades regenerativas y un cuerpo flexible y resistente. Eso es todo,” dijo Rolonia.

Eso significaba que Tgurneu no tenía el poder de contrarrestar la sangre de las Santas.

“¿Entonces no fue el poder de Tgurneu lo que anuló el veneno de la Santa? ¿Debemos suponer que alguien más usó algún tipo de poder para protegerlo?” Sugirió Adlet.



“Pero Tgurneu era el único allí,” respondió Rolonia.

“No podemos saber eso,” dijo Fremy. “Podría haber habido alguien más escondido bajo tierra. Otro Kyoma... o una Santa.”

“¿Una Santa?” Rolonia se sorprendió.

“Eso es obviamente algo que deberíamos considerar,” dijo Adlet. “Nashetania nos traicionó, por lo que seguramente es plausible que otra Santa pueda ser un traidor.”

“Tal vez sea así, pero...”

Fremy suspiró. “¿No es el trabajo de Mora supervisar a las Santas? ¿Qué está pasando con su gestión?”

“L-Lady Mora no podría ser responsable por—”

“No estoy atacando a Mora. Solo estoy alegando,” dijo Fremy con frialdad.

Rolonia dejó caer los hombros. “Tal vez es mi culpa.”

“¿Por qué sería?” preguntó Adlet.

“Porque Lady Mora pasó todo su tiempo entrenándome. Y ella estaba poniendo mucho esfuerzo en su propio entrenamiento, también... así que mientras estaba ocupada enseñándome a pelear, dejó la administración de las Santas a otros. Si yo fuera mejor...”

“Realmente quieres hacer que todo sea tu culpa, ¿no?” Fremy se quejó. “Es desagradable. Ya basta.”

“Lo-lo siento.” Rolonia se marchitó aún más.

Después de eso, la discusión continuó durante bastante tiempo. Los tres Héroes compartieron opiniones sobre qué tipo de poder podría hacer que la sangre de las Santas fuera inefectiva. Adlet reunió todo el conocimiento que Atreau le había dado, Fremy mencionó los nombres y los poderes de los Kyomas que ella conocía, y Rolonia extrajo de su escaso conocimiento de las Santas para considerar sus poderes.

Pero no lograron llegar a una conclusión. Simplemente rechazaron una posibilidad tras otra, incapaces de descubrir por qué el veneno de la Santa había fallado.



La batalla de Hans y Goldof con los Kyomas continuó. Habían reducido la horda a una veintena de números bajo la remota observación de Mora.

“¡Goldof van hacia ti!”



“¡Apestoso Hans, muere, muere! ¡Te comeré!”

“Mientras los Kyomas intentaban rodear a Hans, Mora escuchó su conversación en voz alta y telegrafió sus instrucciones con el poder de las montañas.” Hans, a este ritmo, te tendrán rodeado. Dirígete a la cima por ahora y luego gira al lado oeste.”

“¡Sí, **meow**! ¡Corre, Goldof! ¡Sígueme!” Los dos salieron corriendo, eliminando monstruos a medida que avanzaban.

Hans era tan poderoso, simplemente verlo pelear era encantador. Tenía que ser el miembro más destacado del grupo, exceptuando a Chamo. Y aún más sorprendente que sus habilidades era la precisión de su análisis situacional. Incluso con el apoyo de Mora, debería haber sido casi imposible seguir luchando sin terminar rodeado. Además, estaba oscuro, y no podían usar luces.

Goldof también era fuerte. Estaba siguiendo las instrucciones de Hans, sin peligro mientras luchaba. Para esta batalla, al menos, parecía que Mora no tenía por qué preocuparse.

“Goldof, si te estás cansando, dime, **meow**. ¿Aún puedes pelear?”

El caballero ni siquiera negó con la cabeza. Todavía tan malhumorado como siempre.

“Hans, una vez que la situación se calme, ¿podrías investigar la situación más allá de la montaña? El alcance de mis poderes se limita solo a esta,” dijo Mora.

“**Meow**.” Hans y Goldof se dirigieron a la cima, y desde la cima, miraron hacia el pie de su fortaleza. “No veo luces, **meow**. No parece que venga una manada grande, tampoco.”

“Ya veo. Entendido. Continúa tu batalla.” Mora estaba impaciente. Todavía no había visto a Tgurneu. A este ritmo, ella no podría usar su barrera para atrapar al Kyoma. **¿Qué diablos estás haciendo?** Mora maldijo en silencio a Tgurneu, ¿Por qué el comandante y el séptimo no hacían su movimiento? ¿Y qué significaba cuando dijo que solo tenía dos días más? Las dudas seguían apareciendo en su mente una tras otra, y las respuestas se negaron a mostrarse.

“ ... ”

Mora tenía una preocupación que había estado en su mente desde que el grupo había quedado atrapado dentro de la Barrera Fantasmal—¿sabía el séptimo sobre el acuerdo secreto de Mora y Tgurneu? Tgurneu había dicho que no hablaría de su contrato con nadie, pero si alguien había estado escuchando esa conversación, esa era otra historia. Y aunque la promesa de Mora había sido condicional, sin embargo, ella había prometido matar a uno de sus aliados. Si esto fuera descubierto, los Héroes seguramente sospecharían de ella. Fremy podría intentar matarla en el acto. Incluso si Mora no fuera asesinada de inmediato, el resto del grupo ya no creería nada de lo que ella dijera. Para empeorar las cosas, ella había cometido graves errores durante su batalla dentro de la barrera fantasmal y perdió gran parte de la confianza de sus aliados. Esta era la oportunidad perfecta para el séptimo. Pero no había ninguna señal de que su contrato con Tgurneu fuera expuesto, y aparte de Fremy, ninguno del grupo sospechaba de Mora.

¿A qué apuntaba el impostor—y a qué apuntaba Tgurneu?



“Mora, ¿por dónde debemos ir? ¿Estás durmiendo?” Desde la cima, Hans le preguntó a Mora qué hacer.

Frustrada, dejó de reflexionar sobre su situación y exploró el área con sus poderes, dándoles instrucciones. “Desciende la montaña y gira en círculo hacia el lado sur. Las fuerzas de los Kyomas allí son escasas.”

“**Meow**, madam.”

Fue entonces cuando, en el fondo de la mente de Mora, nació una pequeña chispa de una idea—pero ella rápidamente descartó la posibilidad.

No podría ser. Mora **por sí misma** no podría ser el séptimo.



Debían haber estado discutiendo su situación por alrededor de dos horas, y el trío se estaba quedando sin cosas que decir. Habían pasado por todas las habilidades posibles que podrían haber detenido el veneno de la Santa después de que impregnara el cuerpo de Tgurneu. También pasaron mucho tiempo considerando lo que la criatura pudo haber estado escondiendo de Fremy, pero ella simplemente no había estado expuesta a suficiente información para precisar su secreto.

El aire entre ellos era pesado. Adlet, Rolonia y Fremy se miraron. “Tal vez deberíamos cambiar el rumbo,” dijo Adlet, incapaz de soportar qué tan circular se había convertido la conversación.

“¿Cómo?” Preguntó Fremy.

“En lugar de preguntar qué tipo de poder podría bloquear el veneno, preguntemos si había algo extraño en el comportamiento de Tgurneu. Pensemos en eso.”

Fremy y Rolonia no reaccionaron con entusiasmo. “Todo lo que hace Tgurneu es extraño,” dijo Rolonia. “Salió del subsuelo, habló de cómo los saludos son el primer paso de algo o de otro y se quejó de mi 'lenguaje grosero'...”

Ella tenía razón. “¿Tgurneu siempre ha sido así, Fremy?” Adlet cuestionó.

“Oh, sí, '¿Los saludos son el primer paso para vivir una vida brillante?' Eso es lo que siempre decía. Si sus sirvientes no lo saludaban correctamente, Tgurneu se enojaría,”

“¿**Qué demonios pasa con ese Kyoma?**” se preguntó Adlet, “¿Y qué era esa boca en su pecho? ¿Es como su armario de almacenamiento o algo así?”

“Así es. Tgurneu pondrá muchas cosas diferentes allí.”

“¿Qué hay dentro?” Preguntó Rolonia.



“Tgurneu a menudo tenía libros de notas y herramientas de escritura allí, y una brújula y un mapa... y dulces y juguetes hechos por humanos, también.”

“Parece que no son más que cosas mundanas allí,” dijo Rolonia.

Fue entonces cuando Adlet recordó—entre las muchas acciones extrañas de Tgurneu, había una cosa en particular que había sobresalido. “Hey... ¿por qué Tgurneu tiene un higo?”

“?”

“Los Kyomas no tienen que comer muy a menudo, ¿verdad? Entonces, ¿por qué estaba Tgurneu caminando con comida?”

“Comía inusualmente con frecuencia. Me decía que era innatamente hambriento con más frecuencia que los Kyomas normales.”

“¿Es eso cierto, Rolonia?”

“¿Que su cuerpo lo hacía comer más a menudo? Realmente no lo podría decir...”

Adlet recordó cuando Tgurneu había aparecido en la aldea de Adlet, hacía ocho años. En ese entonces, había tomado asiento en una mesa para hablar con los aldeanos—y por alguna razón, también había un gran volumen de comida en esa mesa. “Tal vez hay un secreto detrás de ese higo.”

“¿El higo?” Fremy hizo eco dubitativo.

“¿Qué comía Tgurneu normalmente?”

“Cualquier cosa. Humanos, animales, frutas y verduras, especialmente las frutas, con bastante frecuencia. Tgurneu haría crecer a los humanos capturados, que luego llevaba a la boca en su pecho.”

“Come fruta, ¿eh?”

“Pude ver eso por haber probado su sangre antes. Tgurneu realmente come cualquier cosa,” dijo Rolonia. “Como los higos, y la carne de animales, también, y la hierba y cosas así. Y...” A medio camino, Rolonia vaciló. “También se come a los Kyomas.”

Adlet se sorprendió, pero Fremy parecía impasible. “Sí, Tgurneu come Kyomas,” dijo ella. “Comería tipos inútiles, de bajo nivel, y también aquellos que sospechaba que eran leales a Dozzu. Tgurneu dijo que lo hacía más fuerte.”

“Incluso se come a su propia clase... enfermo.” Un Kyoma que comía vorazmente. Esa parte se quedó en la mente de Adlet. Pero, ¿qué implicaba eso? No podía decir si significaba algo. Pero la cosa había sacado un higo desde la boca en su pecho y se lo había comido. Eso simplemente no golpeó a Adlet como un acto intrascendente. “... Tgurneu no fue descrito como un gran comedor en los registros antiguos,” comentó Adlet distraídamente.

“¿Registros antiguos?” Fremy parecía curiosa.



“¿No conoces la **Crónica de la Guerra de Barnah**? Es un documento histórico escrito por un sobreviviente.”

“Nunca he oído hablar de eso. ¿Aparece Tgurneu en eso?”

Adlet asintió. Cualquiera que aspirara a ser un Héroe de las Seis Flores habría leído la **Crónica de la Guerra de Barnah**.

“También lo he leído.” Rolonia levantó la mano.

“El Rey Folmar heroico era genial, ¿no es así?” dijo Adlet. “Especialmente en esa escena en la que acepta el desafío de Zophrair para luchar uno contra uno.”

“Mi favorita era Pruka, Santa del Fuego. Aunque fue la primera de los seis en morir.” Adlet y Rolonia comenzaron a charlar.

Fremy interrumpió. “Tengo curiosidad. ¿Qué dice sobre Tgurneu?”

“El nombre de Tgurneu no se menciona directamente,” dijo Adlet. “Solo hay un Kyoma entre los subordinados del Archfiend Zophrair que fue descrito como Tgurneu.”

“¿Archfiend Zophrair?”

**¿Ella tampoco sabe sobre eso?** Adlet estaba sorprendido. “Zophrair estuvo en la primera Batalla de las Seis Flores. Dicen que solía dominar a todos los Kyomas, y que ocupaba el segundo lugar para el Majin. El autor de la Crónica, Barnah, le dio el nombre de Archfiend.”

“¿Tal Kyoma existió? No tenía idea,” dijo Fremy.

“¿Sabes cómo la primera generación de Héroes llegó a la Tierra de los Lamentos en barco, acercándose desde el lado occidental?” Adlet comenzó. “Ellos distrajeron a los Kyomas y desembarcaron en un punto vulnerable donde las defensas del enemigo eran delgadas. Luego se dirigieron directamente hacia el Corazón Sollozante, tomándolos por sorpresa. El Archfiend Zophrair y sus veintidós subordinados se interponían en su camino.”

“Aparentemente, Zophrair parecía bastante bizarro,” continuó, “tenía las alas de un pavo real, algo así como un cruce entre un pájaro y un gato. Barnah dijo que era la cosa más hermosa que había visto en toda su vida.”

“Parece que lo sabes todo,” dijo Fremy.

“He leído la **Crónica de la Guerra de Barnah** muchas veces, lo he memorizado. Déjame continuar. Zophrair tenía poderes únicos. Barnah lo describió como un tipo controlador.”

“¿Qué tipo de poderes tenía?”

“El poder de controlar a otros Kyomas. Cuando los sirvientes de Zophrair peleaban con los Héroes de las Seis Flores, estaban **perfectamente** coordinados. No se hablaban ni se miraban; estaban perfectamente sincronizados. Y la **Crónica** dice que no importa cuántas veces los



veintidós sirvientes de Zophrair fueron asesinados, revivieron de nuevo. Mientras Zophrair estuviera vivo, ninguno de ellos caería.”

“¿Qué es un tipo controlador?”

“Zophrair no daba órdenes. Aparentemente solo asumía el poder total sobre sus sirvientes. Ellos renunciaron a sus voluntades para convertirse en parte de su señor. Lo que sabemos es que Zophrair entregó una porción de su propia carne a sus sirvientes. Era que al darles de su carne podía controlarlos. Ese es el poder del 'tipo controlador'. Aunque esa última parte fue en realidad solo una hipótesis por parte de Barnah—el autor de la *Crónica*.”

“Aparentemente, Zophrair también tenía la capacidad de fortalecer a sus subordinados,” dijo Rolonia, complementando su explicación: “El momento en que Zophrair murió, sus sirvientes se debilitaron radicalmente.”

“Entonces, ¿qué pasó?”

Adlet continuó. “Tres de los Seis Héroes mantuvieron a Zophrair bajo control, mientras que el resto de ellos fueron directamente al Corazón Sollozante y derrotaron al Majin. Después de eso, Zophrair desafió al Rey Heroico Folmar, el líder de los Héroes, a un combate individual. Folmat aceptó el desafío, y después de una feroz lucha, ambos murieron.”

“...”

“Zophrair no aparece en los registros dejados por la segunda generación de los Héroes de las Seis Flores,” continuó, “y ninguno de los Kyomas con la misma habilidad. Zophrair era el único Kyoma de tipo controlador, uno digno de ser apodado el Archfiend.”

“¿Dónde entra Tgurneu en esto?” preguntó Fremy.

“Un Kyoma que se parecía a Tgurneu estaba entre los secuaces de Zophrair. Otros Héroes dejaron varios de sus propios registros aparte de la *Crónica de la Guerra de Barnah*, pero este es el único que menciona a Tgurneu.”

“¿Qué hizo en esta *Crónica*?”

“No mucho,” respondió Adlet. “Luchó con los Seis Héroes, perdió y se fue. Eso es todo.”

“No sabía nada de esto. Esto no se parece en nada a lo que me contaron sobre las antiguas Batallas de las Seis Flores. Nunca he oído hablar del Archfiend Zophrair.”

*Eso es extraño*, pensó Adlet. Zophrair fue, sin lugar a dudas, el Kyoma más poderoso que jamás haya vivido. A juzgar por su lucha anterior, Adlet no creía que Tgurneu fuera igualmente fuerte. ¿Las historias de una criatura tan poderosa no se habrían transmitido a generaciones posteriores de Kyomas? “¿No sabías de las viejas batallas?”

“He oído hablar de ellos, pero lo que escuché fue completamente diferente de lo que me acabas de decir. Escuché que en la primera Batalla de las Seis Flores, nadie dirigió a la horda. Tgurneu dijo que atacaron a los Héroes en desorden y fueron derrotados.”



“Eso es raro.” Tgurneu claramente había estado escondiendo de Fremy el hecho de que Zophrair había existido alguna vez. ¿Pero con qué fin? Había tantas cosas que sobresalían aquí. Los alimentos. Los saludos. Información oculta sobre Zophrair. Pero, ¿cómo se relacionaba eso con el enigma de Tgurneu? Era demasiado oscuro. Nada vino a él. “Parece que tenemos que volver allí.” Adlet se refería a la colina donde Tgurneu los había atacado. Si se apresuraban, podrían llegar en media hora.

“Eso sería difícil,” respondió Fremy. “Estamos rodeados. Y si hay algún tipo de pista allí, Tgurneu vendría a tratar de detenernos.”

Como todavía no podían resolver el misterio, Adlet quería evitar otro altercado con Tgurneu. Es posible que no pudieran escapar por segunda vez. Pero aún tenían que pensar en una manera de regresar a esa colina—si existían pistas, las encontrarían allí.

“Iré. Ustedes dos se quedarán aquí,” dijo Fremy mientras se ponía de pie.

“¿Planeas ir sola?” preguntó Adlet.

“Así es más fácil. No tendré ninguna distracción.”

“No puedes. Yo también iré. Tú vienes con nosotros, Rolonia.”

“Tus heridas aún no se han curado completamente,” argumentó Fremy. “Y Rolonia está fuera de discusión. No puedo ir con alguien que pueda ser un enemigo.”

Pero entonces—el grito de Mora los alcanzó desde afuera. “¡Tgurneu está aquí!”

Juntos, los tres salieron corriendo de la cueva.





Capítulo 4

Un Giro  
Repentino



Pasaron tres años antes del despertar del Majin, y el día después de que Mora hizo su acuerdo con Tgurneu.

“¡Esto es una mierda!” Un grito de enojo hizo eco a través de los aposentos de Mora en el Templo de Todos los Cielos. La Mayor estaba sentada en su mesa, frente a otra mujer. Su invitada se levantó y golpeó la mesa. Se dividió instantáneamente en dos, enviando las tazas de té y el jarrón de flores volando. Un momento después, las losas de la mesa se transformaron en losas de sal y se derrumbaron sobre la alfombra.

“Willone, no rompas mis muebles,” dijo Mora.

El nombre de la mujer era Willone Court, la Santa de la Sal. Tenía veinticinco años en ese momento, con la piel de color marrón claro; cabello largo y negro; y un cuerpo tenso y musculoso. Se había cortado las mangas y llevaba guantes de cuero en las manos.

La sal tenía el poder de purificar el mal. La anterior Santa de la Sal había sido una experta en la creación de barreras para mantener alejados a los Kyomas y anular la toxina que cubría la Tierra de los Lamentos, aunque temporalmente. Willone también tenía la capacidad de convertir a sus enemigos en terrones de sal, lo que la convertía en una luchadora capaz, rara para la Santa de la Sal.

Mora había revelado la totalidad de su contrato con Tgurneu a Willone. Cuando escuchó la historia, se sintió sorprendida y furiosa—no por Mora, quien había hecho este contrato imperdonable con un Kyoma, sino por Tgurneu, quien había tomado un rehén. “¿¡Cómo puedo estar tranquila, jefa!? ¿¡Por qué no mataste a ese imbécil!?”

“Se escapó. Además, no podría haberlo derrotado sola.”

“... ¡Que mierda!”

Las sirvientas limpiaron la montaña de sal y les llevaron en una mesa de reemplazo. Después de asegurarse de que se habían ido, Mora estaba a punto de continuar la conversación cuando Willone de repente trató de irse.

“¿A dónde vas?”

“¿¡A dónde más!? ¡Voy a ir a destruir a ese maldito Kyoma! ¡Tú vienes conmigo, jefa!”

“Cálmate. Ni siquiera tienes una idea de la ubicación de Tgurneu.”

“¡Obviamente va a estar en la Tierra de los Lamentos, y con mis poderes, puedo entrar! Tomaremos a Chamo y Athlay, y tal vez a la princesa y la abuela Leura o quien sea. ¡Será como una batalla previa a la de las Seis Flores!”

“Sería imprudente. Tus habilidades nos darían dos días en la Tierra de los Lamentos, a lo sumo—no lo suficiente.”

“¡Maldición!” Willone se retiró a regañadientes y volvió a sentarse en el sofá.



Mora confiaba profundamente en la otra Santa. Era una buena persona, el tipo de poner todo en la superficie. Ella era fiel y con los labios apretados, y una vez que hacpía una promesa, nunca la rompería. Su único defecto era que era simple e impulsiva. Pero aun así, ella era la única Santa con quien Mora podía hablar sobre su contrato con Tgurneu.

“¿Entonces Shenira está bien?”

“Acabas de verla. Es la imagen de la salud.”

“Sí, la sirvienta le estaba enseñando a leer. Es una buena niña. ¿Lo sabe?”

“No le he dicho nada. Ella cree que su dolencia ha sido curada.” El par suspiró miserablemente.

“¿No hay algo que podamos hacer por ella? Me puedes pedir cualquier cosa, jefa”, dijo enfáticamente Willone. Esto era lo que a Mora le gustaba de ella.

“Desde este punto en adelante, me concentraré en el entrenamiento. No puedo matar a Tgurneu como estoy ahora. Mientras entreno, protegerás el Templo de Todos los Cielos en mi lugar.”

“Déjame a mí. Si eso es todo lo que quieres, ni siquiera tienes que preguntar.” Flexionó un brazo y lo golpeó con la otra mano.

“Tgurneu también puede haber chantajeado a otras Santas. Afirma la seguridad del perímetro y pídele a Marmanna que te ayude a investigar para ver si a otras también se les tomó rehenes. Hay mucho que hacer.”

“Estará bien. No te preocupes—solo concéntrate en tu entrenamiento.”

Mora también le había pedido a Ganna que aconsejara a Willone por ella. Ahora no debería haber nada más por lo que preocuparse. Pero justo cuando ella comenzó a relajarse, Willone habló de nuevo, con un tono oscuro. “Hey, jefa. ¿Puedo preguntar solo una cosa?”

“¿Qué cosa?”

“Esto no es algo que realmente quiera decir, pero...” Willone estaba siendo inusualmente evasiva, eligiendo sus palabras con cuidado, como si le fuera difícil formular la pregunta. “Si no puedes matar a Tgurneu antes de la fecha límite, y tienes que matar a un Héroe de las Seis Flores, ¿qué harás entonces?”

“No pienses en eso. **Mataré** a Tgurneu.”

“P-por supuesto. Lo siento por hacer una pregunta tan rara.”

“No trates de dar marcha atrás. Pregunta lo que quieras preguntar. Nada de lo que puedas decir me enojaría,” dijo Mora.

Willone convocó su decisión y luego habló. “Jefa... si no puedes acabarlo a tiempo... ¿matarás a uno de los Héroes para proteger a Shenira?” Ella fijó a Mora con una mirada afilada. “Porque si



ese es tu plan, entonces tengo que derrotarte. Para proteger el mundo. También me preocupa Shenira, pero no puedo dar el mundo por ella.”

“No te preocupes. Esa no es mi intención,” dijo Mora.

Willone dejó escapar un suspiro de alivio. “Lo siento. No debería haber preguntado.”

“No es un problema. Es una pregunta obvia.”

“Por favor, jefa. Tú eres la única con la que podemos contar. Tienes que matar a Tgurneu y salvar a Shenira,” dijo Willone, sonriendo. “Me preocupo por ella—y por ti también, jefa.”

La Mayor del templo sonrió y le dio un pequeño asentimiento.



Mora pensó que habían pasado aproximadamente tres horas desde que Hans y Goldof se habían propuesto ir a la batalla. La noche se profundizaba, y la luna estaba alta en el cielo. “Hans, regresa a la barrera por ahora. Es posible que no te hayas dado cuenta, pero estás mostrando signos de cansancio. Te estás ralentizando.” Así que los Kyomas no lo oyeron, Mora envió sus indicaciones a Hans. Con el poder de las montañas.

“**Meow**, supongo que sí. Supuse que ya era hora.”

Hans y Goldof estaban a una buena distancia del Brote de la Eternidad. Mora llamó a su clarividencia para encontrar un camino para que los dos siguieran hasta la barrera. “Sube a la cima, y luego apresúrate hacia abajo. Llegan Kyomas, pero haré que Chamo te apoye.”

“**Mea-meow**. Roger. Goldof, vamos.” El par comenzó a regresar.

Para Chamo, quien intentaba meterse todo un relleno salvaje en la boca, Mora dijo: “¿Puedes despertar a tus Kyomas esclavos? Si puedes, deshazte de los enemigos que están por encima de nosotros.”

\*(Por si no entendieron con relleno salvaje, es por los animales que está comiendo, animales = vida salvaje)

“Claro,” dijo Chamo, y ella tosió a varios Kyomas esclavos para enviarlos a la cima de la montaña. Mora notó que sus cuerpos brillaban con un brillo extraño—se veían un poco diferentes a los de antes.

Huesos de animales salvajes estaban esparcidos alrededor de Chamo. Había metido en el estómago a casi todas las criaturas de la montaña. “Ergh. Esto está enfermando a Chamo,” dijo con un gran eructo.

“¿Qué demonios has estado haciendo?”

“Recolectando grasa animal.”



“¿Grasa?” Mora cuestionó.

“Ese polvo extraño parece calentarse cuando toca el agua, por lo que si todas las mascotas de Chamo están cubiertas de grasa, el polvo probablemente no funcionará tan bien.”

**Ya veo.** Parecía que la Santa más joven estaba resolviendo las cosas a su manera.

“Quién sabe si funcionará tan bien. No hay suficiente grasa. Pero probablemente nos las arreglaremos”.

“¿Vas a luchar contra Tgurneu?”

“No, esperaremos. Chamo no es una niña. Chamo puede esperar.”

Mora sonrió. Ella estaba creciendo lentamente, después de todo. “De hecho. Eres una buena chica por naturaleza. Algunas veces te desvías.”

“Chamo **no** es una niña.” Cuando Mora le dio una palmadita en la cabeza, Chamo se sacudió la mano gruñónamente.

Mientras conversaba, Mora examinó toda la montaña vigilante. Hans y Goldof se dirigían al Brote de la Eternidad, los Kyomas esclavos que los respaldaban a medida que avanzaban. Aunque sus enemigos eran menos ahora, no había ninguna señal de que vinieran refuerzos, ni siquiera una intención aparente de convocarlos.

Mora exploró el área para asegurarse de que no pasaba nada más—y ahí fue cuando encontró una anomalía. Su cuerpo entero se puso rígido por reflejo.

“¿Qué pasa, tía?”

Tgurneu caminaba a lo largo del lado oeste de la montaña a un ritmo pausado, como si simplemente fuera a dar un paseo. Otros cuatro Kyomas lo acompañaban, dos de ellos criaturas de gran tamaño de más de diez metros de longitud. Uno tenía la forma de un reptil con una boca gigantesca, y el otro parecía una medusa grande y monstruosa. También había un Kyoma mono con pelo arco iris y otro que parecía un humano hecho de piedra.

“Chamo Rosso fue increíble, ¿no crees? Escucharla y verla por ti mismo son cosas completamente diferentes,” dijo la voz de Tgurneu.

“¡En efecto! ¡Me pregunto cómo está estructurado su estómago!”

“Una sola mirada es suficiente para hacer que uno se eche a reír. Dios mío, ¿es realmente humana?” Tgurneu platicó plenteramente con el Kyoma mono. Nada de lo que había dicho sugería que estaba preocupado por la situación en el Brote de la Eternidad o sus compañeros en la montaña.

“Una vez que matemos a Chamo, ¿serán liberados los Kyomas que está controlando?”

“¿Quién sabe? Bueno, no tenemos que preocuparnos por eso. De todos modos, solo son los secuaces de Cargikk.” Tgurneu sonrió y continuó. “¿Mora ha matado a alguien por mí?”



“No hay teports de incidentes en el Brote de la Eternidad. Ella todavía debe estar indecisa.”

Tgurneu se encogió de hombros. “Sin embargo, por tonta que sea, creo que ella entiende que no tiene tiempo. ¿Cuánto tiempo planea hacerme esperar?”

Mientras Mora los escuchaba, la rabia convirtió su piel en piel de gallina. ¿Qué tan profundo era el desprecio de la criatura por ella?

“¿Realmente matará a uno?”

“Puede que necesite otro empujón o dos. Sin embargo, es solo una cuestión de tiempo. Vamos a esperar un poco más.” Después de eso, Tgurneu continuó su paseo.

Junto a Mora, Chamo dijo: “¿Qué pasa, tía?”

“El tiempo finalmente ha llegado.” Desde su mochila, Mora sacó una estaca. Era pequeña, aproximadamente del grosor de su pulgar y treinta centímetros de largo, y estaba llena de patrones jeroglíficos tan finos que eran invisibles hasta una inspección más cercana.

En los tres años desde que Mora había hecho ese contrato con Tgurneu, ella había hecho mucho para prepararse para matar al Kyoma. Ella había convocado a varias Santas al templo, y juntas, habían creado una variedad de armas. Esta estaca era una de esas. La había hecho con la ayuda de Willone, maestra de la creación de barreras. La Santa de la Sal había llamado a esta barrera la Barrera Saltpeak.

\*(Vendría siendo como Barrera Pico de Sal si se traduce)

“¡Tgurneu ha venido!” gritó Mora, y Adlet, Fremy y Rolonia salieron corriendo de la cueva.



“... Esa es la situación actual,” terminó Mora.

Hans y Goldof estaban de vuelta en el Brote de la Eternidad, y Mora acababa de informar a los demás sobre las actividades de Tgurneu. Cuando Adlet escuchó que su enemigo estaba deambulando en una charla informal, sus ojos se llenaron de ira.

El chico también llevaba un profundo resentimiento hacia Tgurneu.

“Soy capaz de atrapar a Tgurneu inmediatamente. ¿Estás listo para matarlo?” preguntó Mora.

Adlet miró a Rolonia y Fremy y luego negó con la cabeza, decepcionado.

“¿**Todavía?** Tuviste un montón de tiempo. Chamo está lista.” Chamo puso mala cara.

Mora también estaba decepcionada. Sabía que les faltaban pistas, pero también había esperado que Adlet pudiera lograrlo de todos modos.



“Entonces no tenemos otra opción. Atacaremos ahora, como grupo.” Levantó la estaca para arrojarla al suelo, pero Hans la detuvo.

“Hey. ¿Cómo podemos luchar ahora? Nada ha cambiado desde la última vez.”

Mora trató de apartar la mano de Hans. “No tendremos muchas oportunidades de matar a Tgurneu. ¿Pretendes dejar que esto se nos escape también?”

“Me encanta estar en problemas, pero odio ser imprudente y loco. Y creo que pelear ahora es simplemente imprudente.”

“¿Has perdido el valor, Hans?” Mora no pudo disimular su irritación.

Rolonia interrumpió. “Lady Mora, ¿qué pasa?”

“¿Por qué estás tan impaciente por esto?” Fremy se unió a ella.

Los aliados de Mora le daban miradas dudosas. Si ella continuaba presionando el asunto, solo la haría parecer sospechosa. “Lo siento. Pero esta es sin duda la mejor oportunidad que tendremos. No podemos dejar pasar esto.”

“No levantes mis sospechas—me hará querer matarte,” dijo Fremy con frialdad. Rolonia observaba su intercambio con miedo.

“Mora, si elevas la barrera ahora, ¿cuánto durará?” preguntó Adlet.

“Fue hecha para durar seis horas. Pero es un campo de fuerza instantáneo—no sé si su fuerza será la esperada.”

“Dame tres horas. Resolveremos el misterio de Tgurneu antes de que se acabe el tiempo. Y si no podemos hacerlo en tres horas, nos rendiremos y atacaremos a Tgurneu juntos.”

“¿Cuál es tu plan?”

“Estoy pensando en dejar la montaña y regresar a la colina donde Tgurneu nos atacó por primera vez. Lo más probable es que sea el único lugar donde podamos encontrar una pista sobre su debilidad.”

Lo que Mora realmente quería hacer era acabar con la vida de Tgurneu en ese momento. Había dicho que sólo tenía dos días más. Pero ella no podía objetar el plan de Adlet. “Entendido, Adlet. Asegúrate de encontrarnos una pista. Mientras tanto, no dejaré que Tgurneu escape.” Mora les mostró a los demás la estaca que tenía. “Esta barrera solo impedía el paso de los Kyomas. Podrás atravesarla libremente. Una vez que esté activa, dirígete directamente a la colina.”

“Espera—entonces no podré salir,” dijo Fremy.

“Lo siento, Fremy,” respondió Mora. “No nos conocíamos cuando hicimos esta barrera. Permanece aquí.”



“Eso no es bueno. Puede haber algunas pistas que no podamos encontrar sin Fremy allí”, dijo Adlet.

“¿No podrías activar la barrera una vez que Fremy la haya dejado?” sugirió Rolonia.

“Entonces ella no sería capaz de volver después. No tenemos otra opción—Fremy se quedará aquí.” Mientras Rolonia y Adlet hablaban, Tgurneu permanecía bajo la supervisión de la clarividencia de Mora. Seguía charlando, aparentemente sin precaución.

“Estoy a punto de crear la barrera. ¿Debo?” Mora dijo, y Adlet asintió. Por alguna razón, la expresión de Hans reveló sentimientos encontrados. Fremy también parecía vacilante.

“¿Qué ocurre?”

“**Meow**, tengo algunos malos recuerdos cuando se trata de barreras, ¿sabes?”

Mora estuvo completamente de acuerdo, pero este no era el momento de preocuparse por eso. Ella canalizó el poder del Espíritu de las Montañas, y la estaca en sus manos brilló.

Era fundamentalmente imposible erigir dos barreras en el mismo lugar. Pero el Brote de la Eternidad de la Santa de la Flor Única tenía propiedades diferentes. Las Santas de las generaciones pasadas ya habían confirmado que un segundo campo de fuerza no chocaría con ello.

Un instante antes de que Mora arrojara la estaca al suelo, comprobó su objetivo una vez más.

Tgurneu caminaba a lo largo de la montaña tal como había estado antes, todavía conversando con sus secuaces. “¿Cargikk sigue sin hacer nada?” le preguntó.

“Aparentemente. ¿Cargikk quiere ganar?”

“¿Qué pueden hacer? Lo que más pueden esperar lograr es encerrarse.” Parecía que solo estaban charlando, completamente inconscientes de la amenaza que se avecinaba.

**No puede ser—¿esta criatura no es más que un tonto?** Ese pensamiento cruzó la mente de Mora. “**¡Hnh!**” Ella tiró la estaca al suelo. Los jeroglíficos grabados brillaban, y la tierra tembló brevemente. “Oh montaña, libera el poder que escondes y entrégalo sobre Mora Chester.” Se dirigió a la montaña, y a su vez respondió.

La técnica de absorber energía de la naturaleza y hacerla tuya era avanzada; sólo unas pocas Santas habían sido capaces de hacerlo. Mora había llamado a la sal que estaba dentro de la tierra de la montaña mientras absorbía su poder de purificación y lo transformaba en una barrera para bloquear a los Kyomas.

Gran poder fluyó desde la tierra hasta Mora. Su cuerpo se llenó de intenso calor, derramando chispas a su alrededor. Ella empacó la energía en la estaca, y los patrones jeroglíficos en ella la convirtieron en una pared. “¡Barrera Saltpeak, activada!”



Hubo un estruendoso rugido. Ondas invisibles emanaban desde la estaca. Al instante, toda la montaña se envolvió en un velo de luz. “¿¡Funcionó!?” Adlet gritó. No se necesitó respuesta. Fue básicamente perfecto.

Esta barrera solo podría haberse hecho a través de la cooperación de la Santa de la Sal y la Santa de las Montañas. Además, hubiera sido imposible si ambas no hubieran sido particularmente poderosas. También existía el riesgo de que Mora no pudiera controlar los grandes volúmenes de energía que fluían hacia ella—en ese caso, habría sido destruida.

“... ¿Oh?”

Mientras Mora miraba desde lejos, el Kyoma miró el velo de luz extendido arriba, sonriendo. Aunque Tgurneu actuaba despreocupado, podía ver claramente que había sido sacudido.

“¡Han creado una barrera! ¡Concentren a los secuaces cerca del comandante! ¡Protegan al comandante Tgurneu!” gritó el Kyoma mono. Sus subordinados se dispersaron de inmediato por la montaña, convocando al resto a reunirse en este lugar. “Si se queda aquí, Comandante, puede ser atacado por los Héroes de las Seis Flores. Dejemos la montaña de inmediato.”

“Es cierto, pero aunque me gustaría ir, no creo que pueda.” Sonriendo rígidamente, Tgurneu descendió la montaña.

“Tengo a Tgurneu atrapado, Adlet,” dijo Mora. “Tú y Rolonia, vayan a la colina ahora.”

Adlet asintió. “Rolonia, vámonos. Y tú también vienes con nosotros, Hans. ¿De acuerdo?”

“**Meow**, por supuesto que está bien. Tú también vienes con nosotros, Goldof. No serías útil si te quedaras aquí, de todos modos,” bromeó Hans y golpeó al caballero en la espalda. Goldof no reaccionó, pero parecía no importarle.

“Entonces somos los cuatro. Todos apurémonos y prepárense,” dijo Adlet, y se precipitó hacia la cueva.

Mientras tanto, Tgurneu había llegado al pie de la montaña, el muro de la Barrera Saltpeak. Uno de los Kyomas golpeó la luz con el cuerpo, pero cuando hizo contacto, su cuerpo chisporroteó en una lluvia de chispas y humo. El Kyoma golpeó la barrera una y otra vez, pero no se rompió. En definitiva, murió con todo su cuerpo chamuscado negro.

“Oh, vaya. No esperaba tanto.” Tgurneu tocó el cadáver con una mano. “Probablemente sea Mora, aunque dudo que ella pueda hacer algo como esto por su cuenta. Tal vez ella tuvo la ayuda de Willone.” Los subordinados dispersados alrededor de la montaña vinieron a concentrarse alrededor de Tgurneu, y el Kyoma les dio sus órdenes. “Estar atrapado así es más bien una molestia. Rompan la barrera por mí.”

El gigantesco Kyoma reptil golpeó la barrera y la medusa también la roció con ácido. De repente, la gran masa de Kyomas comenzó a atacar.

Mora cayó de rodillas, apretando la estaca. Con cada impacto contra la barrera, la estaca se estremecía. Ella vertió el poder del Espíritu de las Montañas en la estaca, reforzando su hechizo.



Tgurneu miró la escena entera con desinterés.

***Qué completo idiota***, pensó Mora. Todo lo que tenía que hacer ahora era esperar a que Adlet le devolviera los resultados. Hasta entonces, tenía que seguir protegiendo la barrera. ***Por favor, Adlet***. La vida de su amada hija estaba en sus manos.



Adlet abrió su caja de hierro y empacó cada una de sus herramientas que posiblemente podrían ser útiles en la investigación en las bolsas de su cintura. “Estoy listo, Addy,” anunció Rolonia. Les había dicho a todos que se dieran prisa, pero resultó que Adlet fue el único que tuvo que prepararse. Rápidamente llenó su cinturón.

“Adlet, lleva esto contigo.” Fremy le entregó dos pequeños petardos—del tipo que usaban para comunicarse, como los que ella le había dado dentro de la barrera fantasmal. Si él disparaba esto, la alertaría de su ubicación. “Grabé números en ellos. El primero es una llamada de ayuda. Si lo detonas, derribaremos la barrera de inmediato y nos dirigiremos para ayudarte. El segundo es un mensaje. Si encuentras alguna pista, utiliza ese.”

“Lo tengo. Aunque no creo que vaya a usar el primero.” Adlet se levantó y salió de la cueva. Miró a Goldof, quien estaba esperando. Todavía tan malhumorado como siempre. “¿Qué pasa con los Kyomas?” le preguntó a Mora.

Ella todavía estaba apretando la estaca, protegiendo la barrera. “La mayoría está reunido alrededor de Tgurneu, en el lado sudoeste. Hay algunos enemigos de guardia, pero son pocos. Sus fuerzas son más delgadas en el lado norte.”

“Quiero evitar que los Kyomas se den cuenta de que nos hemos ido, si es posible. ¿Hay alguna manera de salir sin ser visto?” Adlet preguntó.

Detrás de él, Chamo intervino. “Eso es fácil. Puedes irte mientras las mascotas de Chamo distraen al enemigo.” Adlet estaba un poco sorprendido. Él no había pensado que ella se ofrecería voluntaria para cooperar.

Fremy sacó su arma y escudriñó sus alrededores cuando dijo: “Terminaré con los enemigos que nos están observando ahora. No hay problema.”

“Entonces comencemos,” dijo Mora. “Tenemos poco tiempo. Terminaremos esto antes de que Tgurneu haga un movimiento.”

Todos se pusieron en movimiento. Bajo la dirección de Mora, Fremy y Chamo limpiaron a los Kyomas en reconocimiento, mientras que el grupo de Adlet esperó hasta que todos los enemigos se fueron y luego se fueron corriendo en silencio hacia el norte. Procedieron a esconderse bajo la noche, con el cuerpo encorvado, hasta que recibieron instrucciones de Mora.

“Tres Kyomas ante ustedes. Dudo que puedan evadirlos al pasar. Deshaganse de ellos.” Adlet podía ver débilmente los contornos en la oscuridad—los Kyomas aún no los habían detectado.



Adlet lanzó agujas paralizantes, y en el momento en que el grupo escuchó sus silenciosos gemidos, Hans y Goldof se lanzaron y en silencio los terminaron.

“Ahora, corran en línea recta desde la barrera,” instruyó Mora. “Y manténganse en guardia.”

“Entendido,” dijo Adlet.

**No puedo ser descuidado**, pensó mientras corrían. Si se acercaba demasiado a las respuestas, el séptimo actuaría para proteger a Tgurneu. Si el séptimo era uno de los tres con él—Hans, Rolonia y Goldof—entonces seguramente tratarían de quitarle la vida a Adlet.

Llegaron al pie de la montaña, frente a ellos, el enorme y luminoso velo. Los cuatro intercambiaron una mirada antes de salir de la Barrera Saltpeak, corriendo hacia el este.



Mora los vio irse con su mirada clarividente. Una vez que dejaron la barrera, estaban más allá del alcance de sus poderes. “Se fueron de la montaña. Se dirigen a la colina sin problema.”

“Así que lo lograron, ¿eh? Aunque eso es algo que se esperaba,” dijo Chamo. La parte difícil era el siguiente paso. Todo esto no tendría sentido si el grupo de Adlet no supiera algunas pistas y regresara a salvo.

No había señales de ningún Kyoma alrededor, solo silencio. Fremy permaneció en silencio, todavía mirando en la dirección en que Adlet se había ido.

“¿Qué ocurre, Fremy?” Mora preguntó. Pero ella no respondió. Ella apartó los ojos y se movió para separarse de las otras dos. Aún agarrando la estaca, lo intentó de nuevo. “Fremy, ¿estás preocupada por Adlet?”

El silencio de Fremy continuó por un momento, y luego ella murmuró, “Ese idiota no entiende nada.”

“¿Cómo puedes decir eso? Es un hombre confiable.”

“En este momento, la única persona que sabemos con certeza es realmente un Héroe es Adlet. Es obvio a cuál de nosotros nos atacará el séptimo. Entonces, ¿cómo puede actuar tan despreocupado y descuidado?”

“Puede ser que quiera hacerse un objetivo. ¿No has considerado que está invitando **deliberadamente** al séptimo para que lo ataque?”

“Si eso es lo que está haciendo, entonces me gustaría nockearlo.” Fremy no ocultó su ira.

Pero Mora encontró eso encantador. “¿Te sientes atraída por él?”

“ ... ”

Fremy volvió a guardar silencio. La Mayor optó por no presionar para obtener una respuesta.



Chamo bostezó como para decir que no le importaba lo más mínimo.

“Lo odio. Me pone muy furiosa.”

“¿Por qué?” preguntó Mora.

Sin dejar de mirar al suelo, Fremy explicó, “Cuando nuestro preocupación, él me desespera. Ni siquiera intenta comprender mis sentimientos.”

\*(Aww, la waifu suprema)

“Ya veo.”

“Estar con él siempre es desagradable. Cuando él se lastima, me duele. Cuando hablamos, me enojo. Ese pelirrojo no me ha dado más que amargura, tristeza y desdicha. Nada bueno ha sucedido desde que nos conocimos.”

“Nunca va bien al principio.”

“Quiero deshacerme de estos sentimientos. Quiero olvidarme de él. Incluso consideré el deseo de que estuviera muerto—al menos eso sería más fácil.” Fremy miró hacia arriba, con los ojos en el cielo en el este, en la dirección de Adlet. Se había ido. “Estoy seguro de que Rolonia nunca se ha sentido de esta manera.” Seguramente no. Rolonia era sincera con sus sentimientos, a diferencia de Fremy. “Me pregunto qué es el amor. Tgurneu ocasionalmente me habló sobre el amor.”

“¿De verdad?”

“Dijo que el amor es un poder muy misterioso que tenían los humanos, que era lo más importante para ellos. Dijo que para derrotar a los humanos, primero había que entender el amor humano.”

“¿Tgurneu dijo eso?” preguntó Mora.

“No sabía qué significaba eso. Todavía no lo sé.” Fremy apretó su mano contra su corazón. “Si esto es lo que es el amor, entonces nunca podré entender a los humanos. No tengo idea de cómo pueden valorar algo que los haga sentir así.”

“Nunca se puede saber la respuesta de inmediato.”

“¿Qué debo hacer? ¿Y qué quiero de Adlet?” Después de eso, Fremy guardó silencio durante mucho tiempo. Mora no pudo decir nada. “... He hablado demasiado,” dijo y entró en la cueva.



Mora ya no estaba usando su clarividencia en ese punto. Ella estaba cansada. Sería una larga batalla, y ella quería descansar lo que pudiera. Por eso no se dio cuenta, no escuchó lo que dijo Tgurneu en la montaña.



“¡Holaaaa! ¡Buenas noches!” Tgurneu llamó en voz baja, colocando una mano alrededor de su boca. “¡Mora! Buenas noches. ¡Buenas noches!” El Kyoma repitió unas cuantas veces y luego inclinó la cabeza. “Eso es extraño. No estás durmiendo, ¿verdad? Me sentiré bastante solo si no respondes. Quería echarte una mano matando a uno de los Héroes.” Hizo un intento más. “¡Tienes que darte prisa y matar a uno de los Héroes de las Seis Flores! ¡A este paso, Willone de la Sal matará a Shenira!”

No hubo respuesta. Tgurneu contempló por un momento, luego dejó de intentar llamar a Mora.



“¿Estás bien con el equilibrio?” le preguntó Adlet a los tres que estaban detrás de él mientras se abrían paso a través de la noche de la Tierra de los Lamentos. En su mano estaba la gema que Fremy le había dado, todavía brillando levemente.

“Por supuesto que estoy bien. Además, así es un acantilado, así que ten cuidado,” dijo Hans.

“Um, ¿a dónde vamos?” preguntó Rolonia mientras caminaban. Ellos no se dirigieron al este directamente. Fueron hacia el sur, y luego, cuando llegaron a un lugar con una vista decente, Adlet se tendió en el suelo y miró hacia la montaña. Podía ver débilmente los contornos de los Kyomas iluminados por la luz de la Barrera Saltpeak. El viento llevó su charla hacia los Héroes.

“¿Qué piensas, Hans?” preguntó Adlet.

“No parece que Mora haya estado mintiendo. Creo que podemos confiar en ella por ahora.”

Mora les había informado de las actividades de los Kyomas, pero sin verlo por sí mismos, no habían podido confiar completamente en ella.

“¿Qué están haciendo?”

“Probablemente tratando de romper la barrera,” dijo Adlet. Los Kyomas atacaban el muro de luz, pero cada vez que lo tocaban, brotaban chispas y los gritos llegaban a sus oídos. Lo más probable es que algunos ya se habían muerto.

“No podemos detenernos. Vamos,” dijo Hans. El grupo se dirigió al este. Al parecer, la mayoría de los Kyomas de la zona estaban reunidos en la montaña. No había nada que bloqueara su camino.

Corriendo a toda velocidad, el grupo llegaría a la colina en menos de media hora. No pasaría mucho tiempo antes de que estuvieran allí, de vuelta en la pendiente, donde solo medio día antes habían tenido una lucha mortal con Tgurneu.

“¿Es esto?” En medio del olor a sangre fresca y carroña, Adlet arrojó la gema a un agujero abierto en el suelo.



Los monstruosos cadáveres yacían por todas partes. Hans y Goldof los examinaron cuidadosamente, pero no había Kyomas vivos para ser vistos. Tampoco había rastro de enemigos cerca de la colina—parecía que estaba completamente indefenso. ¿Se debió a que Tgurneu no lo sospechaba, o porque no se podía encontrar información aquí, y por lo tanto no era necesario protegerla?

“Lo encontré. Está por aquí.” Rolonia levantó la mano. A sus pies estaba el agujero que Tgurneu había hecho cuando había salido del suelo. Los cuatro se reunieron alrededor de la abertura, mirando hacia abajo. Incluso con la luz de las gemas, no podían ver lo que les esperaba en la parte inferior.

“Es bastante profundo,” comentó Adlet.

“Puedo sondear el interior.” Rolonia tomó su látigo en la mano, lo extendió y dejó caer el extremo en el agujero. Lo oyeron por un tiempo. “No hay nadie dentro.”

“Supongo que voy a entrar.” Adlet agarró su látigo y se deslizó hacia el pozo. Aterrizó en el fondo e iluminó sus alrededores con la gema luminosa.

El agujero era algo que podría llamarse una bodega de tierra, o tal vez sólo una madriguera. El espacio era de unos cinco metros cuadrados, tierra desnuda sin decoraciones en las paredes. Soportes de madera en el techo evitaban derrumbes. Era completamente sencillo. En el centro del espacio había una única mesa y una silla, y encima de la mesa había un libro encuadernado en tela. Adlet lo recogió tímidamente y lo miró. “¿Qué diablos es esto? ¿Ese Kyoma lee cosas como estas?” dijo sin pensar. Era una colección de obras teatrales. Ignorando las artes, el chico no era capaz de apreciar su valor.

Dejó el libro y miró a su alrededor. Túneles estrechos se extendían hacia el norte y el sur. Eran increíblemente estrechos, y no muy grandes como era Tgurneu, el Kyoma probablemente habría tenido que agacharse para pasar a través de ellos. Adlet brilló su gema en uno de los pasillos. Era profundo, no podía ver el final. “De acuerdo, investiguemos.” Tgurneu había estado allí apenas doce horas antes—y muy probablemente, el que había anulado el veneno de la Santa también había estado allí. Adlet tenía que averiguar quién era realmente esa persona. Sorprendentemente, sin embargo, no había nada más en el sótano, solo el libro, la mesa y la silla.

Entonces Hans llamó desde arriba. “¿Debo bajar yo también?”

“No, está bien. Vigila,” dijo Adlet. Quizás el túnel en sí era la trampa, y fue amañado para enterrarlo vivo. Con los otros tres en la superficie, podrían salvarlo. Le hubiera gustado tener a Chamo con su poder para buscar en la tierra.

Mientras Adlet reflexionaba, fue a buscar en el túnel del norte. Caminó por unos diez minutos. El túnel se bifurcó varias veces, y más abajo había aún más ramas. Adlet no tenía la menor idea de lo lejos que tenía que ir para llegar a la salida.

“Ya veo.”

Ahora entendía que los Kyomas se habían estado preparando para ese ataque sorpresa durante bastante tiempo. Tgurneu debió haber excavado túneles a lo largo de la colina y



moviéndose entre ellos. Luego, una vez que los Seis Héroes estuvieran arriba con la guardia baja, podía atacarlos inmediatamente. Ese había sido el plan.

“¿Y?” Hans lo llamó, una vez que regresó al agujero original.

“Hay demasiados pasajes para que podamos buscarlos todos. Tomaría hasta la mañana. ¿Cómo están las cosas afuera?”

“Todo tranquilo,” dijo Hans, y de repente, algo enorme cayó en el sótano desde arriba. Goldof había agachado su enorme cuerpo y ágilmente saltó al agujero.

Adlet cayó reflexivamente en una postura de guardia, pensando que Goldof venía a atacarlo. Pero el otro chico solo lo miró a los ojos, sin hacer nada. “¿Qu-qué ocurre?”

“¡Addy! ¿Estás bien?” Rolonia gritó, mirando en el agujero.

Después de un largo silencio, Goldof habló. “Es peligroso... estar solo.”

“¡Oh! ¡Habló!” Rolonia dijo desde arriba.

Adlet también estaba más que un poco sorprendido. “¿Qué, puedes hablar ahora? No hagas que todos nos preocupemos así.”

“... Lo siento.” Goldof todavía no había vuelto a la normalidad, después de todo. Le tomó un tiempo responder. “... He estado... pensando. Todavía no tengo las respuestas, pero... creo que lo haré pronto.”

“¿Pensando en qué? ¿Qué respuestas?”

“Te lo diré... eventualmente.” Goldof caminó hacia el otro túnel, el del sur. “Voy a mirar. Si yo... encuentro algo... te lo haré saber. Déjame a mí,” dijo y desapareció dentro. La tenue luz de su gema finalmente disminuyó de la vista.

Adlet apretó su pecho. ***Las cosas que hace este tipo son malas para mi corazón***, pensó.

“¿Qué haremos con él, Addy?” Rolonia llamó abajo.

“Por ahora, dejémoslo ser,” respondió. Goldof era fuerte. Incluso si se encontrara con el enemigo, probablemente podría resolverlo solo en los casos más extremos. En este punto, Adlet solo tenía que concentrarse en resolver el rompecabezas. “Rolonia, Hans, quédate donde estás. Si algo me pasa, ven a salvarme,” él dijo, entonces sacó desde debajo de su capa la sustancia embotellada para inspeccionar las huellas de los Kyomas. Era el mismo que había usado dentro de la barrera fantasmal. Cuando esta solución se rociaba sobre un objeto, cualquier parte que un Kyoma hubiera tocado cambiaría de color. Adlet lo roció sobre la mesa, la silla y luego el piso del túnel alternadamente. Tenía que darse prisa. La técnica de Mora no duraría para siempre.





En el Brote de la Eternidad, Mora se puso de pie, con los brazos cruzados y los ojos cerrados. Enfocó su mente, aun enviando poder a la barrera. El velo de luz que cubría la montaña temblaba continuamente. Los Kyomas estaban usando toda su fuerza en un intento de romper la barrera, y mantenerla era más difícil de lo que había anticipado. Pero este no era el momento para quejas. Si esta barrera se rompiera, perdería su mejor oportunidad de matar a Tgurneu. “¿Adlet no ha vuelto todavía?” ella preguntó.

Fremy respondió: “No, y él tampoco me ha enviado la noticia de que ha encontrado una pista. Espera una hora más.”

“Lo haré. Puedo manejarlo bastante bien,” dijo Mora, y envió más poder a la barrera. Con el fin de verter toda su energía para mantener la barrera, ya no estaba explorando la montaña. Ella solo miró a Tgurneu brevemente una vez cada cinco minutos.

Masas de Kyomas se amontonaban cerca de la Barrera Saltpeak desde dentro y desde fuera. Convocaron todo su esfuerzo para atacar la barrera. Los Kyomas esclavos de Chamo intentaron detener a los Kyomas que atacaban la barrera, pero aún no se habían recuperado por completo, por lo que sus ataques eran esporádicos. Tgurneu se sentó en una roca, protegido por sus sirvientes mientras miraba distraídamente la barrera. El Kyoma no dio ninguna orden ni realizó algún truco. Para Mora, parecía como si estuviera esperando algo.

De repente, Tgurneu levantó una mano, y todos los Kyomas detuvieron su ataque. “Está bien. He comprobado su fuerza ahora.” El velo de luz estaba inmóvil.

*¿Cuál es su plan?* se preguntó, mirando a Tgurneu.

De repente, miró hacia la montaña, directamente al Brote de la Eternidad. “¿Me responderás ahora, Mora? Te he estado llamando y llamando.”

Mora tragó.

“Puedes escuchar mi voz, ¿no? Sé que tienes la capacidad de hablar conmigo. ¿Por qué no dices nada? ¿Tienes miedo de conversar? Juré que no te mentaría.”

“Mora, ¿qué está pasando?” Preguntó Fremy, a su lado.

El corazón de la Mayor martilleaba. “No sé. Los Kyomas de repente dejaron de atacar la barrera. No me hables en este momento. Deseo concentrarme en observar a Tgurneu.”

La medio Kyoma observó a Mora con ojos agudos. Si Mora hacía algo para que Fremy sospechara, la Santa de la Pólvora la mataría. Pero aún así, Mora no podía ignorar la llamada de Tgurneu. “¿Qué quieres, Tgurneu?” Preguntó, usando su poder de ecos de la montaña. Lo hizo sin hablar en voz alta para evitar las sospechas de Fremy.

“Finalmente, una respuesta. Ahora, como he dicho una y otra vez—no tienes tiempo. Si no matas a uno de los Seis Héroes en los próximos dos días, Shenira probablemente morirá.” Mora se estremeció, con la piel de gallina sobresaliendo desde todo su cuerpo. “¿Tal vez ya mataste a uno? ¿Fue Adlet después de todo? ¿O tal vez a Rolonia? Esos dos parecen fáciles de matar. Si fuera Hans o Chamo, saltaría de alegría. Esos son los dos a los que *realmente* tengo miedo, después de todo.”



“No he matado a nadie.”

“Pensaba que no.” Tgurneu se encogió de hombros. “Realmente eres una madre cruel. Pensé que se suponía que el amor de una madre superaría todo. ¿Sabes cuántas oportunidades para salvarla has dejado escapar?”

“Guarda silencio. ¿Qué entendería un Kyoma? Eres un monstruo que no conoce el amor ni la justicia,” dijo Mora.

Por primera vez, una leve oleada de ira se filtró en la expresión de Tgurneu. “Voy a ignorar esa descortesía—soy un Kyoma generoso.”

“Quiero preguntarte algo. ¿Qué quieres decir con que ‘no tengo tiempo’?”

“Oh, me pregunto qué quise decir allí. ¿Realmente necesito decírtelo? Lo que debes saber es que solo tienes dos días más. Eso es todo,” dijo Tgurneu, y sonrió de forma desagradable. “Esta barrera me sorprendió, pero tus esfuerzos son inútiles. Tu grupo no puede matarme. Saldré de esta barrera y no volveré a aparecer en los próximos dos días. Esta es su advertencia. Si quieres salvar a tu hija, apúrate y mata a un Héroe.”

Mora se quedó sin habla.

“Si todos ustedes vinieran y me atacaran ahora mismo,” continuó Tgurneu, “entonces podrían derrotarme. Pero todavía no están listos para hacerlo, ¿verdad? Si lo estuvieran, vendrían directamente por mi.”

Entonces Fremy, de pie junto a Mora, se cansó de esperar y dijo: “¿Qué está pasando, Mora? Explícame.”

“No sé. No ha pasado nada, así que no tengo nada que decir.”

“Esto no está llegando a ninguna parte. Voy a ir a ver qué está pasando con Tgurneu.” Apretando su arma, Fremy salió corriendo. Chamo la siguió.

Mora no las persiguió, reanudando su intercambio con Tgurneu en su lugar. “¿Quién es el séptimo? Dime, y mataré a uno de los Seis Héroes a la vez.”

“¿Estás tratando de negociar conmigo? No puedo cumplir.” Tgurneu negó con la cabeza. “Si matas a Hans Humpty, Chamo Rosso, Fremy Speeddraw, Rolonia Manchetta, Goldof Auora o Adlet Mayer, liberaré a tu hija. Cuál de ellos es el séptimo no tiene nada que ver con eso.”

“¿Entonces no te importa si mato al séptimo?” Mora murmuró. ¿En qué estaba pensando Tgurneu? Usando su clarividencia, Mora verificó la situación en la mitad de la pendiente. Fremy y Chamo, en su camino para ver lo que estaba pasando con Tgurneu, estaban detenidas por una docena de extraños Kyomas.

“Vamos, Mora,” dijo Tgurneu, “hay alguien peleando allí arriba. Si vas y los golpeas por detrás, tu amada hija se salvará. ¿No la amas?”



“¿¡Por qué!? ¿¡Por qué solo son dos días más!? ¡Se suponía que la fecha límite era veintidós días después del despertar del Majin!” Mora estalló. Era algo bueno que Fremy se hubiera ido. En su arrebato, el Kyoma se llevó una mano a la boca y estalló en carcajadas.

“¿¡Que es tan gracioso!?”

“Oh, perdóname. Estaba recordando algo divertido. Cuando recuerdo cómo eras hace tres años, no puedo dejar de reír.” La boca de Tgurneu se torció en una extraña burla. Hasta ahora, no importaba lo extraña que hubiera sido la criatura, también había habido algo parecido a lo humano. Pero esta sonrisa era completamente monstruosa. “¿Veintidós días después del despertar del Majin? Realmente eres una tonta. Ese límite de tiempo no tiene ningún significado.”

“¿Qué dijiste?”

“Cometiste un error—si no fuera por eso, es posible que te hubieran faltado otros siete días.”

“¿De qué estás hablando?”

“Trajiste a Willone, Santa de la Sal, a esto. Ese fue tu error.”

Las piernas de Mora de repente se sintieron inestables debajo de ella. La cara de Willone y su sonrisa cordial vinieron a su mente. **No podría ser. Imposible. Willone nunca me traicionaría.** Ella nunca negó a los necesitados, nunca condonó ninguna maldad o injusticia. Era una amiga cercana, una que Mora conocía desde hacía mucho tiempo, y le había gustado Shenira. Mora la había elegido porque había confiado en ella sobre todo entre las Santas.

“Willone no ha hecho nada malo,” dijo Tgurneu. “Ella es una humana verdaderamente digna de elogio. Pero, ya sabes, es un poco débil.” De repente, sacó de la boca sobre su pecho una pluma de carbón y un trozo de madera. “Te mostré esto una vez, ¿no? Puedo falsificar cualquier muestra de escritura a mano, solo habiéndola visto una vez. Creo que merezco un cumplido por eso. Practiqué esa habilidad con diligencia todos los días a lo largo de cincuenta años.”

Mora recordó—tres años antes, Tgurneu le había enviado una carta escrita con la letra de Torleau, Santa de la Medicina.

“Le envié una carta a Willone con tu letra,” continuó Tgurneu. “La carta seguramente llegó a tu casa hace mucho tiempo. En pocas palabras, decía esto:

**Querida Willone,**

**No le muestres esta carta a nadie. Una vez que hayas leído esta carta, qué mala de inmediato. Ganna es un hombre de buen corazón. Si le mostraras esta carta, podría volverse loco.”**

Mientras el Kyoma hablaba, transcribía las palabras en el pedazo de madera. Era muy clara la letra de Mora. Mora por sí misma podría haberla confundido con la suya.



***“Tgurneu me ha engañado. Ya no es posible salvar a Shenira. Quince Días después del despertar del Majin, el parásito en su pecho excretará un veneno en particular. Cuando ese veneno surta efecto, Shenira se transformará, aún con vida, en un Kyoma. Una vez que eso suceda, cualquier intento de matarla será en vano, y será físicamente imposible que ella muera. Sería un infierno para ella. Tgurneu me juró que Shenira no sería atacada. Pero para Tgurneu, eso no es un ataque, sino un gran acto de benevolencia, que le otorga su renacimiento como un noble Kyoma.”***

Tgurneu tiró el trozo de madera, pero continuó hablando.

***“Incluso Torleau no puede salvarla. Ella sin duda, ni siquiera sería capaz de comprender que tal veneno ha entrado en su sistema. Juro que mataré a Tgurneu antes de que hayan transcurrido quince días desde el despertar. Pero si eso no puede ser...”***

“Tú... vil...” las piernas de Mora temblaron.

***“Una vez que haya pasado la medianoche del decimoquinto día, si aún queda la marca en el pecho de Shenira, máatala.”***

Tgurneu levantó ambas manos en alto como un actor melodramático. “¿Qué piensas de eso? No está mal, ¿eh? La carta continúa diciendo lo lamentable que eres y lo mucho que amas a Shenira, pero te ahorraré eso.” Con una sonrisa cruel, continuó, “Si tu esposo viera esta carta, podría darse cuenta de que es una falsificación. ¿Pero Willone ignoraría la primera línea? Lo siento, pero Willone Court es bastante simple, y ella es leal y Honesta. Dudo que ella se dé cuenta de que esta carta es falsa y creo que seguirá tus órdenes. Por supuesto, Willone o su esposo podrían descubrir que la carta es una falsificación, o incluso si no lo hacían, podrían dudar en matar a Shenira. Pero esto es suficiente para amenazarte, ¿no es así?

Tgurneu había prometido que no le mentiría a Mora. El Kyoma realmente había enviado esa carta. “Lo que te prometí es que no te mentiría,” enfatizó Tgurneu. “Puedo mentirle a Willone. Y prometí que ningún Kyoma tocaría a Shenira. Pero que un **humano** la matara no violaría mi juramento.”

Mora se quedó sin habla. Ella lo estaba viendo todo en su cabeza. Willone leyendo la carta y agonizando por ella. Shenira esperaba alegremente el regreso de Mora. La mano de Willone sobre su hija.

“Por cierto, te haré saber que el traidor es el empleado que contrataste hace cinco años, Kiannan. Fue comprado fácilmente y me dijo una variedad de cosas. Incluso me ayudó a implantar el parásito en tu hija. Él no se dio cuenta de que su empleador era un Kyoma hasta el momento antes de que me lo tragara. Bueno, no es que a nadie le importe eso.”

Mora ni siquiera podía escucharlo.

“Eres un poco simplona, pero debes haber comprendido lo que está pasando ahora,” continuó Tgurneu. “Solo tienes dos días más, y para salvar a tu hija, no tienes más remedio que matar a uno de los Héroes de las Seis Flores.”

“Tgurneu...”



“Lo diré una vez más. Tratar de matarme es inútil. Tengo un plan—un plan para escapar de tu barrera, y poco a poco me estoy acercando al éxito.”

Mora miró hacia el este por Adlet. ***Vuelve pronto***, suplicó en silencio.



“¿Cómo estuvo, Addy?” Rolonia llamó abajo.

Adlet no respondió, ya que se concentró en el suelo y las paredes. La bodega estaba roja por todas partes de la solución que reaccionaba ante la evidencia de Kyomas. Cuando esta sustancia entraba en contacto con un objeto, cualquier parte que hubiera sido tocada por un Kyoma cambiaría de color, y cada Kyoma haría que se volviera de un color diferente. Adlet roció la solución en su propia armadura para comparar. Los lugares que Tgurneu había tocado se volvieron de un rojo oscuro.

El chico cubrió la bodega con la solución. Aquí había más huellas de las que él podía contar, pero todas se volvieron del mismo color, del mismo rojo oscuro. No había otro Kyoma que no fuera Tgurneu en este agujero. Adlet investigó los túneles, también, pero obtuvo los mismos resultados. “El único Kyoma que estuvo aquí... fue Tgurneu.”

“Entonces, ¿eso significa que una Santa está cooperando con Tgurneu?” Rolonia supuso. Sin embargo, eso no podía ser correcto. Adlet había buscado meticulosamente el suelo del túnel. No había ninguna señal de que algún humano hubiera estado bajo tierra aquí, ni una sola huella en la tierra blanda. Tampoco había signos de que se hubieran borrado las huellas. ¿Dónde demonios podría haber estado el Kyoma—o Santa—que había bloqueado el veneno?

“...” En este punto, Adlet se vio obligado a considerar que sus suposiciones iniciales eran simplemente incorrectas. El análisis de Rolonia fue incorrecto o la suposición de que el veneno de la Santa funcionaría con todos los Kyomas era incorrecta. “No, eso no es.” Estaba pasando algo por alto. Examinó la bodega una vez más.

Fue entonces cuando la mesa llamó su atención—solo una pequeña parte de ella. La mesa estaba manchada de rojo oscuro por todo el rocío, pero había un pequeño punto, del tamaño de la punta de un dedo, que se había vuelto naranja.

Adlet inmediatamente roció más solución allí. Esa parte de la mesa se volvió naranja, un círculo de menos de tres centímetros de diámetro. Era tan pequeño que lo había dejado por alto. ¿Había estado en la mesa un Kyoma diferente? Eso no podría ser. El cambio de color estaba en la parte superior de la mesa, cerca del centro.

Otro Kyoma aparte de Tgurneu había estado allí—probablemente uno tan pequeño que Tgurneu podría tomarlo con los dedos. Adlet nunca había oído hablar de algún Kyoma de ese tamaño. ¿Qué era esta pequeña criatura? ¿Y qué había estado haciendo todo este tiempo? ¿Dónde había ido? Recordando su lucha con Tgurneu, Adlet llegó a una sola conclusión.

No podría ser. Si es así, ¿cómo diablos...?

“¡Addy. Addy!”



Adlet había estado tan perdido en sus pensamientos que no había notado que Rolonia lo llamaba. “¿Qué ocurre?”

“¿A dónde fue Goldof?”

Adlet miró a su alrededor. Consideró por un momento, y luego se precipitó en el túnel donde Goldof había desaparecido.



Un simple minuto se sintió como una hora—o un día. Mora vertió el poder en la barrera, esperando desesperadamente el regreso del grupo de Adlet. Ella miró a Tgurneu a través de su segunda vista. El Kyoma estaba sentado tranquilamente en una roca, mirando hacia el Brote de la Eternidad. Sus sirvientes habían cesado su asalto a la barrera.

Mora no sabía cuánto tiempo podría mantener a Tgurneu atrapado. La barrera se sostenía, pero no podía anticipar el próximo movimiento de Tgurneu. El Kyoma había declarado que ya había encontrado una manera de escapar.

Mora colocó gentilmente su mano sobre su estómago, pensando en la carta de triunfo que tenía dentro. Ella había tenido una gema roja implantada quirúrgicamente allí—su arma definitiva, una que ella y Liennril, la Santa de Fuego, habían trabajado juntas para crear. Almacenado en su interior estaba el poder de la erupción volcánica. Si Mora recitaba el encantamiento escrito en los jeroglíficos, la gema atraería el inmenso poder del magma dentro de la tierra. Ella no necesitaría controlar el poder que absorbería. Causaría una explosión masiva, destruyendo a Mora y todo lo que la rodeaba. Cuando Mora peleó por primera vez con Tgurneu, ella dudó en usar esta arma porque en ese momento, pensó que todavía tendría más oportunidades de matarla. Ahora ella estaba empezando a arrepentirse de eso.

Momentos después, Fremy y Chamo, quienes habían estado haciendo reconocimiento, regresaron al Brote de la Eternidad. “Tal como dijiste, Tgurneu no está haciendo nada,” dijo Fremy. “¿Qué está pasando aquí?”

“¿Adlet todavía no regresa, Fremy?” preguntó Mora.

La santa de la pólvora examinó la expresión de Mora, la consideró inusual y se volvió sospechosa. “Todavía no. Tampoco se ha contactado conmigo para decir que ha encontrado algo.”

Mora no se desesperó ante la noticia de su compañera. ¿Cuánto tiempo tenía que esperar para cumplir sus esperanzas? No tenía más tiempo. Cogió los guanteletes de hierro que estaban en el suelo, se los puso y luego salió del Brote de la Eternidad.

“¿A dónde vas?” preguntó Chamo.

“Voy a pelear con Tgurneu. No puedo esperar más a Adlet.”

“¿Qué pasa, tía? Cálmate. Tgurneu está atrapado aquí, ¿verdad?”



“Solo concéntrate en mantener la barrera,” dijo Fremy. “Vamos a esperar a Adlet.”

“No. Debo matar a Tgurneu ahora,” insistió Mora.

“No hay necesidad de apresurarse. Incluso si permitimos que Tgurneu se escape, no es tan importante. Esta no será nuestra única oportunidad de matarlo. Lucharemos contra Tgurneu una vez que nos aseguremos de que podamos ganar.”

“Así es,” estuvo de acuerdo Chamo. “¿Sobre qué quieres ir?”

De hecho, desde su posición, tal vez esa era la mejor opción. Pero Mora no tenía más tiempo. Ella los ignoró a ambas y siguió caminando.

“Mora, para.” Fue entonces cuando Fremy sacó su arma, empujándola hacia la oreja de Mora. “Estoy segura de eso ahora. Estás escondiendo algo. No voy a bajar mi arma a menos que me expliques por qué tienes tanta prisa.”

“¿Qué estás haciendo, Fremy?” Chamo exigió enojada. Ella vomitó algunos Kyomas, enviándolos a rodear a Fremy.

“Piénsalo, Chamo. Mora no está actuando normalmente.”

“Tampoco tú. Nunca has actuado de manera normal.”

Fremy y Chamo se miraron fijamente. Mora estaba frente a ellas, por lo que no podía verlas, pero podía percibir lo que estaba sucediendo detrás de ella con su visión clarividente. En el momento en que el rifle de Fremy se dirigió hacia Chamo, Mora se alejó en línea recta.

“¡Mora!” Gritó Fremy

La Mayor ya no podía confiar en Adlet, y tampoco podía esperar ayuda de Fremy o Chamo. No tenía más remedio que matar a Tgurneu con sus propias manos. Ella usaría la última arma implantada en su estómago para destruir a esa bestia y salvar a su hija. No le quedaban otras opciones. Tgurneu dijo que tenía un plan para escapar de la barrera. Ella no le daría al Kyoma el tiempo para poner su plan en movimiento.

A un minuto de distancia del Brote de la Eternidad, los Kyomas se lanzaron hacia ella. Ella no se detuvo, ni siquiera por un instante, golpeándose contra uno de sus atacantes. Ella no tenía tiempo que perder con pequeños simplones.

Tgurneu, tal vez notando el sonido distante, habló. “¿Hmm? Algo ha sucedido. ¿Holaaa, Mora? ¿Qué está pasando?”

Por supuesto que Mora no iba a contestar. Golpeó a un Kyoma que bloqueó su camino y lo pisoteó. Tgurneu aún no se habría dado cuenta de que tenía una gema de erupción. Si pudiera acercarse a él, podría derribar a Tgurneu. Esperaba que ella matara a uno de los Seis Héroes. Eso significaba que querría evitar matar a Mora. Ella estaría segura de encontrar una oportunidad para acercarse. No... ella tenía que **hacer** la oportunidad.



Fremy estaba detrás de ella en su persecución. “¡Mora! ¡Detente ahí!”

“¡Si vas a dispararme, entonces dispara!” Mora ignoró a Fremy, agarrando a un Kyoma. El cañón del rifle de Fremy arrojó fuego, y una bala rozó el brazo de Mora, con un trozo de su manga bailando en el aire.

“¡Fremy! ¡Si matas a la tía, te mataré!” Chamo gritó desde detrás de ellas. Ella los perseguía con sus Kyomas esclavos a cuestas.

“Parece que los Héroes están atacando. La mitad de ustedes, vayan por ellos,” ordenó Tgurneu. Sus subordinados dentro de la barrera obedecieron y se movieron. Mora los rastreó con sus poderes, y cuando dispersó a los Kyomas, los Kyomas esclavos de Chamo los terminaron. Más y más de ellos se interponían en su camino. La Santa de las Montañas derribó a un gigantesco Kyoma perro y luego forzó a un Kyoma león hasta que su cuello se rompió. Ella se lanzó hacia adelante—siempre hacia adelante.

“¡Mora! ¡Vuelve al Brote de la Eternidad!” La bala de Fremy rozó su hombro.

Mora la ignoró y siguió corriendo. Mientras Chamo estuviera allí, Fremy no podía matarla, y también había Kyomas atacando a la Santa.

“¡Tía! ¡Esto es tan repentino! ¿Que esta pasando!? ¡Chamo no lo entenderá si no lo explicas!” Los Kyomas también venían detrás de Chamo, aunque ella los rechazó mientras perseguía desesperadamente a Mora.

La situación era un caos. Mora siguió presionando hacia adelante, mientras que detrás de ella, Fremy intentaba detenerla. Chamo estaba impidiendo que Fremy matara a Mora al mismo tiempo que intentaba detener su carga. Los Kyomas atacaron a las tres indiscriminadamente. Desde el exterior, toda la escena debía parecer una comedia.

Mientras Mora luchaba, ella empleó sus habilidades para ver a Tgurneu y sus secuaces desde lejos. Ellos se estaban moviendo hacia la formación. El que parecía ser el de mayor rango entre los secuaces de Tgurneu, el Kyoma mono, estaba dando órdenes. El comandante estaba sentado en la cola de un Kyoma reptil, con la mano en la barbilla, observando. Ahora había ochenta o más Kyomas de pie en el camino de Mora. Estos no eran el tipo de números que ella podía manejar por sí sola—pero no podía detenerse. No podía dejar que Tgurneu se escapara.

“¡Vuelve, Mora! ¿Qué estás tratando de hacer!?” Fremy se adelantó para pararse frente a Mora, bloqueando su camino.

“¿Qué más? ¡Voy a matar a Tgurneu!” Gritó Mora.

Fremy vaciló. Si hubiera estado segura de que Mora era el séptimo, probablemente le habría disparado, sin prestarle atención a la presencia de Chamo. Pero Mora no estaba atacando a sus aliados, estaba intentando atacar a Tgurneu. “¿Eres el enemigo? ¿O solo eres una idiota sin esperanza?”

“¡Estás en mi camino! ¡Muévete!” Mora ordenó, y rápidamente se deslizó por Fremy, bloqueando el disparo que siguió con uno de sus guanteletes. Cuando su compañera le lanzó una bomba, Mora no se inmutó.



“¿**Qué** es lo que Mora intenta hacer!?” Fremy le preguntó a Chamo.

“¡Chamo tampoco lo sabe!”

Mora gritó: “¡Ustedes dos, ayúdenme! ¡Hagan un camino delante de mí!” Fremy y Chamo estaban confundidas. ***Pero no voy a dejar que eso me moleste***, pensó. Ella no confiaría en nadie más ahora. Siempre había sabido que ella era la única que podía salvar a Shenira.

Al pie de la montaña, junto a la barrera, Tgurneu se giró hacia el campo de batalla y sonrió. “Mora, puedo escuchar tu voz hasta aquí. Creo que deberías tratar de no estar tan nerviosa.” Solo la mitad de sus fuerzas estaban luchando. El resto estaba simplemente en formación, esperando pacientemente. A pesar de que Mora se acercaba, Tgurneu no parecía en absoluto ansioso.

“¡Tía! ¿Qué estás tratando de hacer cargando sola!? ¿Quieres morir!?” Chamo gritó.

Eso era exactamente lo que Mora pretendía hacer—moriría si eso significaba que la vida de su hija se salvaría. Mora se arrepintió. Sus propias ideas ingenuas—de que si todos trabajaban juntos, podrían matar a Tgurneu y que aún tenía tiempo antes de que Shenira muriera—había invitado a esta situación. Ella no dudaría más. Ella aceptaría la muerte, por el bien de su hija.



¿Cuánto tiempo había pasado? El sentido del tiempo de Mora fue disparado.

Un Kyoma masivo con forma de reptil se interponía en su camino, uno de los Kyomas de orden superior que antes acompañaba a Tgurneu. Ella había estado luchando durante mucho tiempo. Ella lo golpeó una y otra vez, pero nunca cayó. “¡Muévete!”

Ella mataría a Tgurneu. Ese pensamiento singular había consumido a Mora durante los últimos tres años. Entrenó su cuerpo, refinó sus técnicas y se enfrentó con los guerreros más fuertes del mundo para compensar su falta de experiencia en la batalla real. Junto con Willone, Santa de la Sal, ella había creado una barrera para atrapar a Tgurneu. Con Liennril, Santa del Fuego, ella había creado el arma final para derrotar a Tgurneu. Pero todo eso no disminuyó la ansiedad en su corazón.

Mora le había dicho a Willone que no planeaba matar a uno de los Héroes de las Seis Flores para salvar la vida de su hija. Sin embargo, Mora siempre había sabido que, sin importar lo que le pasara, ella no podía abandonar a su hija. Si Tgurneu escapaba ahora, ella **mataría** a uno de los Héroes.

“¡Chamo, retrocede! ¡Debemos renunciar a Mora!” Gritó fremy. Lanzó bombas a los Kyomas que se acercaban, huyendo de los ataques. “¡Mora se va a suicidar! ¡Si eso es lo que quiere, entonces déjala que lo haga!”

“¡No! ¡Chamo va a rescatar a la tía! ¡Escápate sola!”



Fremy ya había renunciado a intentar dispararle a Mora. Ella tenía sus manos llenas con los enemigos yendo hacia ella.

“¡Estás en mi camino! ¡Silencio! ¡No me detengas!” ¿Mora gritaba a los Kyomas o a Chamo?

Ella hundió su mano en la boca del Kyoma reptil que se alzaba ante ella, agarrando su lengua. Ella hundió los pies en el suelo y dejó escapar un grito desgarrador, lanzando al Kyoma sobre su hombro. Otros cien metros más hasta llegar a Tgurneu, tan cerca que si fuera de día, podría verlo directamente. Tgurneu estaba mirando hacia ella, custodiada por su formación de secuaces.

El Kyoma reptil que había arrojado se levantó de nuevo y saltó sobre ella. Mora recibió el golpe y en el instante antes de que fuera aplastada, apenas apartó a la criatura a un lado. El Kyoma inmediatamente se levantó de nuevo para atacarla.

Entonces Tgurneu gritó. Mora no tenía que usar sus poderes—podía oírlo directamente. “¡Pueden dejar a Fremy y Chamo solas! ¡No dejen que Mora se acerque a mí!”

Al instante, Mora entendió. Tgurneu había descubierto lo que estaba tratando de hacer. Probablemente no sabía sobre la gema de la erupción, pero se había dado cuenta de que Mora estaba en una misión suicida. “¡Tgurneu! ¿Has perdido el valor!? ¡Ven a mí!” gritó mientras luchaba contra el reptil.

“No, no puedo hacer eso. Puedo decir con bastante claridad lo que vas a hacer.”

“¡Te estoy diciendo que vengas a mí!”

Pero Tgurneu no se movió, y Adlet no regresó.



Mientras el chico pelirrojo corría por el túnel, escuchó un extraño sonido, como si alguien muy lejano estuviera gritando. Se hizo eco en el amplio túnel, y Adlet no podía decir de qué dirección venía el grito. “¿Qué está haciendo ese idiota?” Corrió como loco a través de la compleja red de túneles, aunque también se detuvo en el camino para tallar letreros en la pared para no olvidar de dónde venía. No sería una broma si uno de los Héroes de las Seis Flores terminara perdido. “Goldof no es más que una maldita molestia.” Murmuró su sincera opinión.

No había ninguna garantía de que Mora pudiera mantener a Tgurneu atrapado indefinidamente. Su enemigo podría haber hecho algo, y Fremy y el resto de ellos podrían estar en peligro. No había tiempo que perder. Probablemente habían sido alrededor de dos horas. A este ritmo, se verían obligados a regresar sin resultados para demostrarlo.

“¿Pero qué es eso gritando?” El ruido de las profundidades del túnel era un grito de agonía. No era Goldof, sino la voz de un Kyoma. Pronto, los gritos se debilitaron, y luego desaparecieron. Después de eso, el sonido de algo chasqueando resonó débilmente a través del túnel. “Por allí, ¿eh?”



Los sonidos finalmente se estaban acercando. Cuando Adlet llegó a una esquina, levantó su espada. No tenía idea de lo que podría saltar sobre él.

“¿Qué...?” Cuando Adlet dobló la esquina, estaba Goldof—y el cadáver de un Kyoma de tipo humano con piel de acero. Su estómago se revolvió. Había visto los cuerpos de muchos Kyomas, pero esta visión era particularmente cruel.

“¿Qué estás haciendo?”

Los dos brazos del Kyoma se habían roto, ambas piernas se aflojaron en la rodilla, y la parte que Adlet notó fue que la cara estaba manchada de sangre color óxido. Goldof tenía su mano en el cuello del Kyoma muerto, apretándolo tan fuerte como pudo. Cuando vio a Adlet, respondió en voz baja: “Estoy... luchando contra un Kyoma.”

“Puedo verlo.” La lanza del otro chico todavía estaba colgada en su espalda, y no había ni una sola gota de sangre en ella. ***De ninguna manera. ¿Demolió a ese Kyoma con sus propias manos?***

“Intenté... torturarlo, pero... no... salió bien. Fue mi primera vez... así que... realmente no sabía cómo.”

“Mira, Goldof—”

“Oh, sí... alguien dijo antes... la tortura... no funciona... en los Kyomas.”

Goldof murmuró mientras aplastaba la cara del Kyoma. Al ver el poder de su agarre, Adlet tragó saliva. Era tan superhumano como Hans.

“¿Qué tan tonto eres? ¿Pensaste que un Kyoma hablaría? Tenemos que regresar ahora.” Adlet se puso en camino por donde había venido, y Goldof obedientemente lo siguió.

“Los Kyomas... son... más ruidosos... de lo que pensé que eran.”

“Sí.”

“No tienen ningún problema... se sacrifican... bajo órdenes... pero... también... quieren seguir viviendo. Ese siempre decía... ***No moriré aquí... Te voy a matar...*** una y otra vez. Fue extraño.”

“¿Oh? Me alegra que haya sido una experiencia de aprendizaje para ti. Corre más rápido.” Tal vez fue la molestia de Adlet lo que hizo que su tono fuera grosero.

“Aparentemente... era... uno de los de Tgurneu. No decía... para qué estaba aquí. No dijo nada sobre... quién es el séptimo... ni tampoco a dónde se fue Su Alteza.”

Adlet no podía pensar en nada más que en el misterio en cuestión. ¿Quién era ese pequeño Kyoma? ¿Y por qué el veneno de la Santa no funcionó en Tgurneu?

“Ese Kyoma estaba tan... frustrado... que no podía matarme. Dijo... una y otra vez... que quería matarme.” Adlet estaba a punto de decirle a Goldof que le permitía callarse. “Dijo... ***Si tuviera el poder del comandante Tgurneu... tú basura, no serías nada.***”



Cuando Adlet escuchó eso, se detuvo en seco, y Goldof lo golpeó por detrás, derribándolo. Adlet chocó con el suelo con su cara primero.

“¿Estás bien?”

Goldof intentó ayudarlo a levantarse, pero Adlet no tomó la mano que le ofreció. Simplemente se recostó boca abajo. Su intuición le estaba hablando, diciéndole que lo que Goldof había dicho era importante. Tirado en el suelo, Adlet se mordió la rareza de esa afirmación. “Dí eso una vez más—esa cosa exacta.”

***“Si tuviera el poder del Comandante Tgurneu... tú basura, no serías nada.”***

“¿Eso fue exactamente lo que dijo? ¿Estás seguro?”

“Sí... eso es lo que dijo. ***Si tuviera... el poder del comandante Tgurneu.*** Vamos, levántate.”

Esa observación llevó a una sola deducción—que Tgurneu tenía la capacidad de otorgar poder a otros Kyomas. Pero Rolonia había dicho que Tgurneu no tenía poderes especiales. Todo lo que había sucedido giró en la cabeza de Adlet—su primera pelea con Tgurneu, el análisis de Rolonia, lo que habían discutido con Fremy, Archfiend Zophrair, el hecho de que Tgurneu había sido el subordinado de Zophrair, las extrañas huellas del Kyoma en el sótano. El comentario aparentemente común de ese Kyoma. Y finalmente, que el veneno de la Santa no había funcionado en Tgurneu. Adlet llegó a una conclusión. Todos los hechos apuntaban a ello.

“Goldof, es posible que hayas logrado más de lo que cualquiera de nosotros ha logrado hasta ahora,” dijo Adlet, poniéndose de pie. Corrieron con urgencia hacia el sótano, agarraron el látigo que colgaba de Rolonia y subieron a la superficie.

“Finalmente regresaste. Estaba bastante cansado de esperarte, ***meow.***”

“¿Encontraste algo?” preguntó Rolonia. “¿Qué debemos hacer ahora?”

“He encontrado una posibilidad—pero ninguna prueba positiva.”

“¿Estamos de regreso? Estoy preocupado por Mora,” dijo Hans.

Adlet negó con la cabeza, miró hacia la colina oscura y dijo: “No, vamos a buscar una prueba. Si la memoria me sirve, deberíamos encontrar algo en esta colina.”

“¿Prueba?”

Adlet les dijo qué iban a buscar, y Rolonia y Hans se quedaron boquiabiertos. Comprensible—esta idea era bastante maldita. Pero si él tenía razón, esto resolvería cada uno de los misterios.



El Kyoma reptil finalmente cayó, y Tgurneu todavía no había huido. Sólo cincuenta metros más. Mora se acercaría a Tgurneu y activaría la gema de erupción, y luego todo terminaría.



“Ustedes simplemente no pueden entenderlo, ¿verdad?” Tgurneu le dijo a sus secuaces mientras miraba a Mora acercarse. “Les di una orden: no dejen que Mora se me acerque. ¿Ni siquiera pueden hacer eso?”

Cerca de quince subordinados cargaron temerariamente hacia Mora. Ella clavó su puño en uno, tratando de cortar un camino, pero se aferró a ella con su cara destrozada, sujetándole el brazo.

“¡Bien, bien! ¡Pueden hacerlo si lo intentan!”

Los Kyomas agarraron a Mora uno tras otro, frenándola durante unos segundos cada uno a costa de sus propias vidas. Tgurneu observó con satisfacción.

“¡Tía! ¡Chamo ya no puede ver esto! ¡Tus brazos deben estar acabados por esto!” Los Kyomas esclavos de Chamo comenzaron a atacar tanto a los Kyomas como a Mora.

La Santa de las Montañas rugió y empujó a los Kyomas esclavos a un lado. Los Kyomas de Tgurneu se lanzaron hacia Mora, y Chamo trató de contenerla mientras mataba al enemigo. Ella los empujó a un lado mientras luchaba desesperadamente hacia adelante. Fremy tenía su arma fijada en Tgurneu mientras preparaba sus bombas.

La situación ahora estaba completamente fuera de control, solo Tgurneu riendo entre el caos. “**¡Ah-ja-ja-ja!** ¡Esto es muy divertido! Todo el espectáculo.”

Sin importar cuántos Kyomas esclavos Mora apartó y arrojó a un lado, rápidamente se lanzaron sobre ella una vez más. Una gigantesca bala se curvó alrededor de Mora y atrapó sus pies en su moco pegajoso, tirándola hacia atrás. “¡Déjame ir! ¡Suéltame, Chamo!” Mora trató de sacudirse la babosa, pero el Kyoma esclavo no podía ser retirado con solo fuerza. Ella cayó al suelo y luchó frenéticamente para arrastrarse hacia adelante con los brazos, pero otro Kyoma esclavo la presionó para sujetarla. Sin dejar de mirar a Tgurneu, donde estaba un poco más lejos, Mora ya no podía moverse más.

Fue entonces cuando se preguntó—¿por qué su objetivo no había intentado huir todavía? Había dicho que tenía un plan para romper la barrera, entonces, ¿por qué no lo había hecho todavía?

“Eso es lo mejor, Chamo. Sostén a Mora por mí,” dijo Tgurneu mientras se ponía de pie. Al instante, todo quedó en silencio. Los Kyomas supervivientes dejaron de luchar y se reunieron alrededor de su maestro.

Fue entonces cuando Mora descubrió el plan de Tgurneu y cuán terriblemente había caído por su engaño. Tgurneu no tenía ninguna manera de destruir la barrera—nada aparte de su plan de agotar a su creador, para drenarla de la fuerza que necesitaba para mantenerla. Tgurneu había jugado con ella y la había hecho venir para intentar matarla.

¿Cuánto poder quedaba en ella ahora? ¿Tenía suficiente para sostener la barrera?



“Mora, hace solo doscientos años que adquirí la séptima cresta,” dijo Tgurneu. “La séptima cresta no es, en cierto modo, una falsificación. La propia Santa de la Flor Única la creó, con un propósito diferente al de las crestas que llevan los Seis Héroes.”

“¿Por qué... de repente estás hablando de esto?” El arma de Fremy fue levantada mientras escuchaba.

“Busqué durante mucho tiempo una criatura digna de soportar la séptima cresta. Seguí pensando en esto durante mucho tiempo—¿qué tipo de persona sería apropiada para soportarlo? Cuando llegara el momento, se le daría la cresta al que fuera digno, sobre el cuerpo del séptimo que escogí.” Mora se arrastró desesperadamente, escuchando a Tgurneu.

“¡Tía! ¡Se supone que debes quedarte quieta!” Chamo gritó, pero Tgurneu la ignoró y continuó.

“Eres realmente magnífica, Mora. Un verdadero villano. Eres tan buena para pretender ser virtuosa, y aún así crees que no eres mala. Nadie sabe la verdad en tu corazón. Nadie más que yo. Estoy agradecido de que haya sido mi destino haber encontrado a un humano como tú. Tu amor seguramente destruirá el mundo por mí.” Un momento después, los cientos de Kyomas supervivientes se lanzaron a la barrera, y mientras lo hacían, los otros cincuenta Kyomas del otro lado la golpearon de golpe. Cuando la horda se estrelló contra la barrera, sus cuerpos se quemaron, convirtiéndose en barro inmundo. Pero a ellos no les importó, uno tras otro cargaron a sus muertes. Todos estaban dispuestos a renunciar a sus vidas.

Cuando Mora había creado la barrera, no había anticipado esto, que ciento cincuenta Kyomas elegirían la muerte para romper la barrera. El velo de la luz parpadeó salvajemente. Mora le envió el poder restante, pero la vacilación solo empeoró y no se detuvo. “¡Espera... espera, Tgurneu!” ella gritó.

Al final, quedó el gigantesco Kyoma parecido a una medusa. Tgurneu entregó su cuerpo al Kyoma, y la medusa se tragó al líder dentro de sí mismo. Te diré una última cosa, Mora. ¡El séptimo... eres tú!” El cuerpo de Tgurneu fue absorbido por todo el camino hasta la gelatina, completamente fuera de la vista. El Kyoma saltó hacia la barrera, y el sonido de su asado resonó junto con un grito agonizante. Pero tan chamuscado como pasó a través de la barrera. Goteando fluidos, arrastrando a lo largo su cuerpo quemado, corrió hacia el oeste.

“¡Tgurneu! ¡Espera! ¡Espera, tú!” Mora gritó. Ella gritó y gritó y gritó. Pero Tgurneu no le dio más respuestas. Dentro del Kyoma medusa, desapareció en la oscuridad.

Los pocos subordinados que quedaron siguieron a Tgurneu hacia el oeste. En un instante, la montaña estaba tranquila. Mora, habiendo gastado todos sus poderes, se desvaneció lentamente de su conciencia.



“... ¡Tía! ¡Vamos, tía!”

Cuánto tiempo había pasado Mora en los brazos de Chamo, y la niña pequeña llamaba su nombre repetidamente.



“¿Tgurneu?” Cuando Mora abrió los ojos, esa fue la primera palabra que salió de su boca.

“Se escapó. Es una pena, pero no hay nada que hacer. Tendremos muchas más oportunidades de matarlo.”

El rifle de Fremy estaba apuntando en Mora. Mora no tenía intención de resistir.

“Quiero matarte justo en este momento, pero por ahora, haré que te expliques.” El dedo de Fremy se movió hacia el gatillo.

Los Kyomas esclavos bloquearon su disparo. “Chamo no te dejará matarla.”

“Muévete.”

“La tía no es el séptimo. Está haciendo cosas que no tienen sentido, pero no nos ha atacado a nadie. Tú eres la sospechosa.” Las dos se miraron la una a la otra.

Mora murmuró: “Tgurneu dijo que yo soy el séptimo, ¿no?”

“Chamo es inteligente,” dijo Chamo, “así que tiene bastante sentido. Obviamente eso fue solo una mentira para tratar de engañar a todos. Fremy es estúpida, así que está dejando que Tgurneu la engañe.”

“Obviamente, todo lo que dice Tgurneu es una mentira de algún tipo. Tengo otras razones para sospechar de Mora.”

Pero Mora sabía que Tgurneu había estado diciendo la verdad, porque nunca podría mentirle. ***Ya veo... así que soy el séptimo.*** Eso explicaría las diversas inconsistencias, como la forma en que ninguno de ellos había cooperado con Nashetania dentro de la barrera fantasmal y por qué el séptimo no había hecho nada en su batalla inicial con Tgurneu. Ahora ambas cosas tenían sentido.

“Muévete, Chamo,” dijo Fremy.

“Entonces baja tu arma.”

Mora las interrumpió. “Haz que Adlet decida si viviré o moriré. Cumpliré con su decisión.”

“¿Estás de acuerdo con eso, tía? Adlet es un tonto.”

“Confío en Adlet. No dejaré de reconocer la verdad. ¿Aún no ha regresado?”

“Todavía no,” respondió Fremy. “Tampoco se ha contactado conmigo para decir que ha encontrado alguna prueba.”

“Ya veo.”

A Chamo, Fremy le dijo: “Ve y trae a Adlet. Tgurneu podría estar detrás de ellos. Tú los respaldarás.”



“¿Y no vas a matar a la tía aquí?”

“Lo haré, esta vez, escucharé lo que Adlet tiene que decir. No la mataré hasta entonces. Por supuesto, eso es solo si Mora no hace nada.”

“Ten cuidado, tía,” dijo Chamo antes de que saliera corriendo hacia el este. No parecía tener prisa, ya que no corría más rápido de lo habitual.

Fremy dio unos cinco pasos hacia atrás, poniendo cierta distancia entre ella y Mora. Ella mantuvo su punto de mira en la parte posterior de la cabeza de la Mayor del templo.

Sin mirar atrás, Mora dijo, “Fremy, permíteme tratar mis heridas.”

“No te muevas. Cúrate con la energía de la montaña o lo que sea.”

“La energía de la montaña no es tan poderosa. Sin cataplas y suturas, las heridas no sanarán.”

“... Bien entonces,” dijo Fremy, con el rifle aún en la mano.

Mora mantuvo algunas medicinas de primeros auxilios escondidas en sus botas. Adlet no era el único que colocaba herramientas en su equipo. Bajo la vigilancia de Fremy, se quitó las vestimentas y la armadura y trató sus heridas.

“...”

Durante tres años, Mora había sido atormentada por las pesadillas de lo que sucedería si ella no podía derrotar a Tgurneu, incapaz de salvar a Shenira. Cada vez que veía ese posible futuro en sus sueños, saltaba de la cama. Algunas noches, ella no podía dormir sin su esposo Ganna a su lado. Con cada pesadilla que la atormentaba, Mora pensó, ***nunca debería haberme convertido en una Santa. Nunca debí haberme convertido en una guerrera.*** Su querida Shenira había sido atacada porque su madre se había vuelto lo suficientemente poderosa como para ser elegida como una de los Héroes de las Seis Flores.

Esas pesadillas ahora se habían convertido en su realidad.



Mientras Mora trataba sus heridas, sus pensamientos viajaban hacia el pasado, debían haber sido unos dos años antes, cuando Mora y Ganna se habían encontrado cara a cara en su habitación. Le habían pedido a una sirvienta que se encargara de Shenira para que los dos pudieran hablar a solas sobre la administración del templo, que ella había dejado a Ganna; el liderazgo de las Santas, que ella le había confiado a Willone; y la batalla que se avecinaba.

Una vez que terminaron la discusión, Ganna había dicho de repente: “Mora... si resulta que Shenira ya no puede ser salvada...”

Mora se sobresaltó. Expresar esa posibilidad se había convertido en un tabú entre ellos. Ella salvaría a Shenira, salvaría al mundo y regresaría. Eso era lo que se habían prometido. “No hables de eso. ¿No dije que la salvaría?”



“No soy más entusiasta que tú para discutirlo. Ni siquiera quiero pensar en ello. Pero debemos hacerlo.”

Mora no quería escucharlo. “¿No confías en mí?”

“Es precisamente porque confío en ti que debemos hablar de ello.” Ganna fijó sus ojos en los de Mora. “Si no puedes vencer a Tgurneu el día prometido... si debes acabar con la vida de un Héroe de las Seis Flores contra la de Shenira...” vaciló, con expresión desconsolada. “Si eso llega a pasar, por favor deja ir a Shenira. No debes matar a uno de los Héroes de las Seis Flores.”

Su esposa no pudo responder.

“Sé lo mucho que amas a Shenira, y por eso me asusta que puedas invitar al desastre para protegerla.”

“Ellos no perderán. Los Héroes de las Seis Flores no perderán.” Mora desvió sus ojos.

Ganna la abrazó gentilmente y le dijo, “Incluso si fueras a matar a uno de los Seis Héroes, podrían ser capaces de derrotar al Majin. Pero, ¿qué pasaría con Shenira después de eso? Ella pasaría el resto de su vida con una deuda sobre sus hombros—la deuda de ser la hija de una asesina de Héroes.”

“...”

“Shenira es una buena chica. Sé que crecerá para ser una mujer maravillosa, como tú. Si descubriera que alguien a quien nunca conoció murió para que ella viviera, seguramente le causaría dolor como adulta. La heriría de una manera que nunca sanaría. No deseo eso para ella.”

“Basta, Ganna. No puedo soportarlo más.” Mora apartó a su esposo y enterró su cara en una almohada.

“Lo siento. Sé que esto te causa más dolor que a mi... lo siento.”

Suavemente le puso la mano en el hombro. “Soy un padre cruel.”

“No... no lo eres. No... nunca.” Mora hundió la cara en la almohada y sollozó.



Había pasado aproximadamente un mes antes, cuando Mora había terminado la cirugía para implantar la gema de erupción dentro de su cuerpo. Ni siquiera había esperado a que la incisión sanara para volver al entrenamiento de combate con Willone. Agotada, con el estómago vacío, cayó en la cama. Justo cuando estaba a punto de quedarse dormida en el lugar, Mora notó a su hija de pie junto a su cama. “¿Qué pasa, Shenira?”



La chica parecía diferente de lo habitual. Ella solía ser tan alegre e infantil, pero ahora sus labios estaban apretados, y contuvo las lágrimas.

“Mami... ¿vas a morir?” preguntó Shenira.

Sin dudarle, Mora abrazó a Shenira y al animal de peluche que la niña tenía en sus brazos. Shenira ya sabía sobre el Majin, y probablemente también sabía que Mora probablemente sería elegida como una de los Héroes de las Seis Flores. “No tienes nada de qué preocuparte. Mamá va a ganar. El Majin no es nada que temer.” Mora le acarició la espalda para calmarla.

Pero entonces Shenira dijo algo que su madre no podría haber esperado. “¿Vas a morir por mi culpa?”

“¿Eh?”

“¿Vas a morir porque estoy enferma? No... quiero eso...”

Mora había sido muy enfática con Ganna y Willone en que no debían decirle nada a Shenira. Debería haber creído que estaba curada. Pero esto significaba que Shenira había descubierto la verdad hacía bastante tiempo. A veces, los niños pueden ser misteriosamente intuitivos al saber cuando los adultos están mintiendo. Su hija sollozó y sollozó durante mucho tiempo. Por mucho que Mora intentara calmarla, ella no se detuvo. Ganna la tomó en sus brazos y cantó sus canciones hasta que finalmente se quedó dormida.

Después de eso, Mora se enteró, y desde hace unos meses, Shenira había estado orando todos los días ante una cierta estatua del Espíritu del Destino en el Templo de Todos los Cielos.

***Siempre me comeré mis verduras, así que por favor salva a Mamá. Nunca haré nada malo en toda mi vida, así que por favor, salva a Mamá,*** ella había orado ante la imagen del Espíritu. Moriré en su lugar, así que por favor, salva a mamá, Shenira le había dicho.



Mora lo había sabido todo el tiempo—por mucho que luchara, no podía abandonar a Shenira. Ella sabía que no era por amor sino por su propia debilidad. “Fremy,” dijo mientras trataba sus propias heridas. En su mano, apretó un tubo de metal del tamaño de su dedo índice. Lo aplastó en su puño y roció la medicina dentro de su cuerpo. “Si Tgurneu muere, ¿lo sabrás?”

“¿Por qué me preguntas eso?”

“Me preocupa que incluso si matamos a Tgurneu, otro podría asumir el mando en su lugar.”

Fremy observó a Mora constantemente mientras le daba al asunto una cuidadosa consideración. “Si Tgurneu muere, todos los Kyomas que lo siguen lo sabrán de inmediato. Todos llorarán y gemirán y comenzarán a sentir pánico.”

“Ya veo.” Entonces eso significaba que Tgurneu todavía estaba vivo, y todo lo que le había dicho a Mora era verdad. Si ese fuera el caso, entonces también debía ser cierto que Mora era el séptimo. Por extraño que parezca, descubrir que ella misma era el séptimo fue un alivio. El



misterio fue resuelto. Ahora ya no tiene que temer al séptimo. “¿Qué tipo de relación tiene Tgurneu con sus secuaces?” ella preguntó.

“Tgurneu manda lealtad absoluta. Su lealtad a Tgurneu es igual a su lealtad al Majin.” Su charla ociosa comenzaba a hacer sospechar a Fremy. “Mora, ¿qué estás escondiendo? ¿Cuál es tu plan aquí?”

“**Estoy** escondiendo algo. Pero no hay un plan.”

“Habla. ¿Cuál es tu plan? Si no me lo dices, te dispararé”.

“Te lo diré todo, y no dejaré nada—después de que Chamo regrese con Adlet.”

“Tú...” Fremy vaciló por un momento, y cuando lo hizo, Mora se giró y la atacó. No era el tipo de ataque que Fremy podía bloquear. Normalmente, ella probablemente habría disparado a Mora en la cabeza en su lugar. Pero cuando disparó, la bala solo pasó rozando su oreja.

“¡”

Mora no había esquivado. Fremy había fallado. Su puntería típicamente precisa había fallado, al no haber alcanzado un objetivo a solo cinco pasos. Mora no le dio tiempo para saltar y escapar. Agarró el dobladillo de la capa de Fremy, tiró tan fuerte como pudo, luego envolvió sus brazos alrededor del esbelto cuerpo de Fremy, rodeando sus manos alrededor del cuello de la chica.

“Mo—” Con la arteria en su cuello bloqueada, cayó inconsciente solo unos momentos después.

“...”

Mora soltó su agarre, y Fremy cayó al suelo.

Tgurneu había dicho que Mora era un verdadero villano. ¿Estaba bien? Mora dudaba que muchos en el mundo fueran tan malvados como ella. Ella le había jurado a su marido que no mataría a ninguno de los Héroes de las Seis Flores. Ella le había jurado a su hija que salvaría al mundo. Pero en las sombras, se había estado preparando para matar a uno de los Seis Héroes, meticulosamente, con destreza y en secreto.

Mora recogió sus guanteletes de hierro, levantó a Fremy sobre su hombro y corrió hacia el Brote de la Eternidad. “Lo siento, Shenira.” Ella se disculpó no con la Santa colgada de su hombro sino con su amada hija muy lejos. “Lo siento, este es el tipo de madre que soy.”

La inconsciente Fremy respiraba tranquilamente sobre su hombro. Sería fácil para Mora romperle el cuello. Pero ella no podía matar a Fremy—no aquí, todavía no. Ella había puesto mucho tiempo y esfuerzo en elaborar su plan, y aún no estaba lista para matar a uno de los Seis Héroes. El plan requería la ayuda de cierta persona, alguien que ella había criado y entrenado con el propósito de implementar su plan para matar a un Héroe.

Rolonia manchetta, santa de la sangre. Mora había mantenido a la niña prodigio al alcance de la mano, asumiendo el papel de su maestra y entrenándola personalmente.



La había criado con el propósito de matar a uno de los Héroes de las Seis Flores.





Capítulo 5

La  
Verdad del  
Traidor



Cuando Mora conoció a Rolonia, la chica no tenía nada.



Seis meses después de hacer su acuerdo con Tgurneu, Mora recibió noticias problemáticas. Supo que alguien indigno de ser una Santa recibió el poder del Espíritu en el Templo de la Sangre Derramada. La nueva santa aparentemente era una huérfana que había estado trabajando en el templo como sirvienta. Era estúpida, carecía de características redentoras y parecía totalmente inadecuada para la responsabilidad. Al parecer, la niña no quería ser una Santa. Mora hubiera preferido dejar esos asuntos misceláneos a Willone, si fuera posible, pero la costumbre dictaba que se requería la aprobación de la Mayor del Templo para que una Santa renunciara, por lo que Mora no tenía más remedio que dirigirse al Templo de la Sangre Derramada.

Cuando llegó, encontró a la nueva Santa lavando la ropa en la parte posterior del templo, junto al pozo. A Mora le habían dicho que ese era su único trabajo. El uniforme de sirvienta que llevaba estaba sucio y tenía las manos agrietadas por todas partes. La expresión miserable profundamente grabada en su rostro ilustró que estaba completamente acostumbrada a estar en el extremo receptor de la ira.

***No tengo tiempo para lidiar con esto***, pensó Mora antes de dirigirse a la niña. “¿Eres la recién elegida Santa de la Sangre Derramada?”

Cuando la niña se dio cuenta de que le estaban hablando, se levantó y se dio la vuelta. En el momento en que Mora vio los ojos de la niña, una débil corriente recorrió su cuerpo. Era una señal detectable solo por aquellos que sabían de la batalla, una señal de que esta chica era poderosa. Mora sintió que esta chica de aspecto tímido ya estaba en posesión de habilidades que no debían ser subestimadas.

“Lo-lo siento. Soy la que deshilachó tanto la ropa interior. ¡Lo siento!” La niña parecía equivocada sobre por qué había venido Mora cuando inclinó la cabeza una y otra vez.

“Quiero preguntarte algo.” Mora tomó suavemente sus manos. “¿Podrías manipular tu sangre para curar estas grietas?”

“¿Eh? ¿Qué? Um... Fui elegida como Santa por error, no puedo...”

“Te pregunté si puedes hacerlo o no. Solo inténtalo.”

“Sí, señora. Lo siento, um...” La niña miró fijamente sus dedos y luego envió su poder hacia ellos. Rojo envolvió sus manos mientras se calentaban. Ante sus ojos, la piel de las manos de la niña se volvió sana una vez más.

Los elegidos por los Espíritus generalmente no pueden usar sus poderes inmediatamente. Las Santas eran entrenadas para controlar su poder, en comunión muchas veces con su Espíritu para finalmente convertirse en una Santa de pleno derecho. Mora sabía que esta chica tenía talentos únicos. “Soy Mora, Santa de las Montañas. ¿Cómo te llamas?”

“Soy Rolonia Manchetta. Sólo soy una sirvienta.” La niña se inclinó una y otra vez.



Mientras Mora miraba, sus pensamientos estaban en otra parte. Hace un tiempo, se le había ocurrido una idea, pero ella la había tachado de imposible. Tal vez, con esta chica, ella podría ser capaz de hacerlo realidad. Era una idea desgraciada—y un plan vergonzoso.

Mora de inmediato tomó a Rolonia bajo la custodia del Templo de Todos los Cielos y determinó que recibiría una educación especial para las Santas. También anunció que entrenaría a la más nueva de ellas para ser uno de los Héroes de las Seis Flores en los próximos tres años. Muchas de las Santas estaban en contra de esto. Todas dijeron que, aunque Rolonia podría tener las cualidades necesarias para ser una Santa, ella no tenía lo que se necesitaba para ser una guerrera. Y tenían razón—claro, Rolonia no era adecuada para pelear. Pero Mora se enfrentó a la oposición y la llevó al Templo de Todos los Cielos.

Rolonia estaba constantemente nerviosa, asustada, en pánico y llorando.

Primero, Mora le enseñó las habilidades que la Santa de la Sangre Derramada necesitaría: cómo curar las heridas, cómo manipular su látigo mediante el control de la sangre que contiene, cómo analizar la sangre por gusto y cómo controlar la sangre de su oponente para poder herirlos fatalmente. Justo como Mora había esperado, Rolonia tenía un talento increíble. No le costó prácticamente ningún esfuerzo absorber estas habilidades.

Entonces, Mora le dio instrucciones a Rolonia para que aprendiera de guerreros poderosos de todo el mundo. Ella había hecho que el viejo héroe Stradd Camus le enseñara la mentalidad del guerrero y el estratega legendario Tomaso Halderoy le metiera los fundamentos de la estrategia en su cabeza. Había hecho que el especialista diabólico Atreau Spiker la instruyera sobre las criaturas con las que se encontraría.

Pero como Mora había predicho, Rolonia no era material de guerrero. Cuando se encontraba con un enemigo, se asustaba de inmediato. Pero peor aún, tenía miedo de lastimar a sus enemigos. No importaba cuántas técnicas de las Santas aprendiera, no había ninguna señal de que superara estas cosas. Un guerrero tenía que ser arrogante. Tenías que creer en tu propia fuerza antes de poder derrotar a tus enemigos. Pero Rolonia era completamente incapaz de hacer eso.

Ella había sido intimidada por los acólitos durante mucho tiempo. A lo largo de su infancia, le habían dicho que era torpe y olvidadiza y que siempre sería inútil. Estaba convencida de que no podía hacer nada. Alguien que no cree que puede fortalecerse nunca lo hará.

“Hey, jefa,” dijo Willone un día, ayudando a Mora a entrenar a Rolonia. “Necesitas rendirte ya. Esa niña no va a ser un Héroe. No está preparada para un papel de pelea. Es adecuada para ser una sanadora.”

“No, Willone. Puedo decirlo—será una gran guerrera,” dijo Mora, pero tampoco estaba segura de ello.

“Rolonia es una buena chica. Las técnicas de curación y recuperación son más su estilo. Sería mejor para ella ayudar a los enfermos y heridos, como Torleau. ¿Por qué no puedes entender eso?”



Willone tenía razón, y Mora lo sabía. Pero Mora necesitaba a Rolonia para su plan, sin importar qué. Su protegida tenía que crecer para convertirse en uno de los guerreros más fuertes del mundo y ser elegida como uno de los Héroes de las Seis Flores. Mora no podía contarle a Willone ni a Rolonia sobre su plan. No había manera de que pudiera decirle a nadie en el mundo que tenía la intención de usar a esta chica para matar a uno de los Seis Héroes. “Confía en mí, Willone. La convertiré en una buena guerrera.”



Cuando Rolonia había regresado de la montaña donde vivía el especialista diabólico Atreau Spiker, Mora la llamó a sus aposentos y le ofreció vino. Confundida, la niña trajo la tasa de alcohol, la primera que había tenido en su vida, a sus labios.

“Rolonia, ¿alguna vez has sentido el deseo de convertirte en un guerrero?”

Con los ojos en el suelo, Rolonia respondió: “Me sentí así... un poco, solo una vez.” Mora estaba sorprendida. “Yo... hice un amigo. En la casa del Maestro Atreau. Estaba entrenando para ser uno de los Héroes de las Seis Flores... y se estaba esforzando mucho.”

***¿Qué pasó mientras ella estaba con Atreau?*** Mora se preguntó.

“Pensé que si podía convertirme en un guerrero y ser elegida como uno de los Héroes de las Seis Flores, tal vez podría serle útil.” Rolonia flaqueó. “A-alguien como yo no debería estar pensando en ese tipo de cosas, ¿no? Como ser uno de los Héroes de las Seis Flores, eso sería una locura. Quiero decir, hay muchos otros guerreros poderosos ahí fuera, como tú y willone—”

“Rolonia.” Mora se levantó de la silla, tomó la mano de su invitado y agachó la cabeza.

“¿Lady Mora... po... po-po-por qué está...?”

“Me arrepiento de lo que te estoy haciendo.”

“Um...”

“Por favor. Sé un guerrero, por mí. Lucha contra los Kyomas a mi lado. Te necesito, cueste lo que cueste.”

“¿Yo? Pero... pero...”

“¡Debes ser tú!” Mora gritó. Rolonia tembló.

“No puedo decir por qué. Todo lo que puedo hacer es inclinar mi cabeza y rogarte. Dime que serás mi guerrero sin quejas. Te necesito.”

Rolonia negó con la cabeza, con su voz asustada mientras hablaba. “Me temo, Lady Mora. Que no sé qué debo hacer. Quiero decir... esta es la primera vez... que alguien me ha necesitado.”

“Todo el mundo tiene una primera vez.”



“... Pero...”

Mora sabía que en Rolonia existía una virtud más poderosa que la de cualquier otra persona. Más de lo que Mora sabía, Rolonia se alegraba de ser útil para los demás.

“¿Qué debo hacer si no puedo? No va a funcionar, de todos modos.”

“... Haz tu mejor esfuerzo. Eso es suficiente. No pido nada más.”

“... Entiendo. Haré todo lo que pueda. Si tengo que esforzarme al máximo, creo que puedo manejarlo.” Entonces Rolonia le dirigió una leve sonrisa. En su sonrisa estaba la alegría de tener a alguien que confiara en ella por primera vez, la alegría de ser útil por primera vez. Esa fue la primera vez que Mora vio a Rolonia sonreír.



Después de eso, su estudiante cambió—solo un poco. Ella se asustaba menos. Ella se disculpó sin ninguna razón menos a menudo. Y ella se había vuelto seria acerca de ganar fuerza.

Debía haber pasado alrededor de un año antes de que Mora encontrara a Rolonia en la arena del Templo de Todos los Cielos haciendo algo extraño. En el centro de la arena, había una muñeca hecha de paja. Las palabras **¡Kyoma! ¡Chico realmente malo!** Fueron entintadas en su pecho. Rolonia estaba de pie frente al muñeco, gritando: “¡Tú idiota! ¡Te odio! ¡Eres mi enemigo! ¡Un chico malo!”

Willone se paró detrás de ella. “¡No, no! ¡Más ira! ¡Una vez más!”

“¡T-te... daré una paliza! ¡Te voy a aporrear!” Al parecer no soliendo gritar, Rolonia ocasionalmente confundía sus palabras.

“Eso está un poco mejor. Hazlo así.”

“¡T-te... mataré! ¡Monstruo putrefacto! ¡Vete al infierno! ¡Me aseguraré de que tu corazón nunca vuelva a latir!”

Willone le dio unas palmaditas a Rolonia en el hombro. “¡Eso es! ¡Lo tienes, Rolonia!”

“¡Lo hice, Willone!” El par se abrazó en medio de la arena.

Impaciente, Mora interrumpió. “Ahora, ¿puedo preguntar qué es lo que estás haciendo?”

Rascándose la cabeza, Willone explicó. “Bueno... Rolonia simplemente no quiere pelear lo suficiente. Como ella carece de ese espíritu agresivo, ya sabes. Así que he estado pensando que tal vez ella podría compensarlo practicando al sacar su ira contra un enemigo de esta manera.” Eso no disminuyó la exasperación de Mora en absoluto.

“Um, Lady Mora, creo que esto es realmente bueno. Creo que hacer esto podría hacerme más fuerte.”



“Si funciona, entonces supongo que está bien.” Mora estaba desconcertada.

“Parece que no sabes mucho de insultos, Rolonia,” dijo Willone. “También tienes que ampliar tu vocabulario.”

“Sí, señora. Lo siento.”

“Está bien, te enseñaré. Escucha, Rolonia. Probablemente hay más de cien maneras diferentes para decirle a alguien que se vaya al infierno.”

\*(Me agrada esta Santa)

“¿En serio? ¡Por favor enséñame, Willone!”

Cuando las dos estaban a punto de abandonar la arena juntas, Mora las llamó. “¿Te has olvidado, Rolonia? Hoy vas a estudiar técnicas de curación conmigo y con Torleau.”

“Oh... eso es cierto. Lo siento, Willone.”

“Oh, está bien,” respondió Willone. “Te veo mañana.”

Mora se llevó a Rolonia con ella y se dirigieron a la enfermería, donde Torleau las estaba esperando. “La clase de hoy será dura,” dijo Mora. “Participarás en la cirugía de Torleau. Mientras se extirpa la parte afectada, mantén la sangre circulando y el corazón en movimiento. Reduce el sangrado para evitar la muerte del paciente debido a la pérdida de sangre. También utilizarás técnicas para aumentar el volumen de la sangre. Está atenta.”

“¡Sí, señora!”

El progreso de Rolonia había sido notable. Ella había aprendido las artes curativas y había estudiado con entusiasmo la anatomía humana. Sus habilidades curativas no eran menos que las de Mora. Y aunque el progreso fue lento, ella también estaba aprendiendo combate. Mora sabía que Rolonia también poseía otra virtud—cuando lo intentaba en serio, lo hacía en un grado impresionante. Ella era extremadamente dedicada.

Justo como Mora había planeado, Rolonia mejoró. Un año más tarde, ella avanzó al nivel en el que no sería inesperado que fuera elegida como un Héroe de las Seis Flores.

Mora no podía decirle a Rolonia de sus verdaderas intenciones—que la verdadera razón por la que la había criado hasta ahora era por matar a uno de los Héroes. Sería una mentira decir que Mora no tenía ningún dolor de conciencia. Pero no tenía más remedio que hacerlo—por su amada hija y por ella misma.



“Ha llegado el momento de que me seas útil, Rolonia,” murmuró Mora mientras corría hacia el Brote de la Eternidad, con los ojos hacia el este, hacia la chica.





El grupo de cuatro de Adlet se arrastró sobre sus manos y rodillas a lo largo de la colina en la oscuridad. Iluminaban el suelo con sus gemas ligeras, buscando la evidencia que su líder les había ordenado que encontraran.

Había muchos restos de su batalla en esta colina. Los cuerpos de una serie de Kyomas. Las agujas venenosas que Adlet había arrojado. Las balas que Fremy había disparado. Las huellas donde los pies de Mora se habían hundido profundamente en el suelo. Las marcas del látigo de Rolonia. Adlet los examinó mientras buscaba en su memoria, saliendo para tratar de localizar el lugar donde debería estar esta evidencia. Apartó la hierba que crecía escasamente y alisó la arena seca, buscando cuidadosamente. También tenía que vigilar dónde pisaba. Lo que buscaban era muy pequeño. Si uno de ellos lo pateara por accidente, probablemente saldría volando hacia algún lugar, y si lo pisaban, podría ser aplastado.

Era casi el momento en que le habían prometido a Mora y a los demás que regresarían. Adlet levantó la cabeza y miró hacia el oeste. ¿Estaban a salvo? ¿Y estaba Tgurneu todavía dentro de la barrera?

“¡**Meow!**” Después de unos diez minutos de observación, Hans ya había admitido la derrota.

“No vayas tan fuerte,” dijo Adlet. “Vas a atraer enemigos.”

“No puedo soportar más de esto. No hay nada de lo que me odie más que revolver a través de un pajar para encontrar una aguja,” se quejó Hans, tendido en el suelo.

Adlet no le prestó atención y continuó su búsqueda.

“¿Qué estás pensando, Adlet? ¿Cómo encontrar algo como eso prueba algo?”

“No tengo tiempo para explicarlo.”

“Lo has descubierto, ¿verdad? ¿La respuesta al misterio de Tgurneu? Eso es todo lo que necesitas.”

No funcionaba así. La idea de Adlet era demasiado fantástica. Él mismo no lo creería hasta que viera la prueba con sus propios ojos.

“Dejemos de mirar lejos esta cosa y regresemos apresuradamente. Estoy preocupado por los demás,” dijo Hans.

“Estarán bien,” dijo Rolonia. “Lady Mora está en el Brote de la Eternidad. Si pasa algo, debería poder manejar las cosas, de alguna manera.”

“Rolonia, ¿por qué confías tanto en Mora?” preguntó Hans. “Ella es bien sospechosa.”

“Ella es una gran mujer. Ni siquiera puedo imaginar que ella podría ser nuestro enemigo.” Hans no respondió. Aún tendido en el suelo, se rascó el cuello.





La clarividencia de Mora la alertó de algo inusual. Siete Kyomas se acercaban al Brote de la Eternidad. Se detuvieron justo en el borde de la barrera, donde la fuerza de repulsión no llegaba.

“¿Qué desean?” ella preguntó.

“El comandante Tgurneu nos ha ordenado que te ayudemos a matar a uno de los Héroes de las Seis Flores.” El que habló fue uno de los compañeros del comandante de antes, el hombre de piedra.

***¿Qué tan bien preparado está Tgurneu?*** El pensamiento hizo que Mora se estremeciera.

“Parece que no hay necesidad de que viniéramos. Eres el tipo de persona que el Comandante Tgurneu sabía que eras. Hace un momento te vimos con Fremy sobre tu hombro.”

Mora levantó los puños y respondió fríamente: “Abandonen este lugar. Ahora. Vayan al extremo sur de la montaña y finjan su muerte... Quédense allí y esperen mi orden.”

“¿Aún no la has matado? ¿Por qué no?”

“No tengo necesidad de decírtelo.”

“¿No quieres salvar a tu hija?”

“Si haces algo que sea contrario a mis órdenes, entonces este plan para matar a un Héroe se detendrá de inmediato. Revelaré que soy el séptimo y me rendiré. Esto no es un engaño.”

El Kyoma miró a Mora a los ojos por un momento, reflexionando. En el nivel de inteligencia de este Kyoma, no debería captar lo que ella estaba tratando de hacer. “Nos han dicho que sigamos tus órdenes,” dijo el Kyoma.

“Entonces ve ahora. ¿O morirías aquí?”

Los Kyomas se movieron de inmediato.

Ahora Chamo volvería pronto, después de haber oído el disparo. Mora tenía que darse prisa y prepararse. Faltaban dos días más hasta la fecha límite de Tgurneu. Su única oportunidad era esta noche. El grupo de Adlet estaba ocupado en descubrir el misterio de Tgurneu, y Chamo aún no sospechaba de ella. Esa noche sería su única oportunidad. Había mucho que hacer. Tenía que incapacitar a Fremy y Chamo, luego atraer a los otros cuatro y dividirlos en dos grupos. Entonces ella crearía una situación donde ella; su objetivo, y Rolonia fueran los únicos presentes. Entonces ella lucharía contra el objetivo y ganaría. Cada paso de este plan tenía que funcionar, o fallaría.

Mora divisó a Chamo con su mirada clarividente. Ella estaba a horcajadas en un gigantesco Kyoma babosa, acompañada por otros cinco Kyomas esclavos. “¡Fremy! Mataste a la tía, ¿verdad?” Ella estaba yendo en una línea recta hacia la ubicación donde Tgurneu había estado



hace unos momentos. Cuando descubrió que no había nadie allí, estaba confundida. “¡Tía! ¿¡Dónde fuiste!? ¿¡Estás muerta!?” Escabullándose sobre la babosa gigante, ordenó a sus Kyomas que buscaran en el área.

Mientras tanto, Mora entró en la cueva, echó a Fremy sobre su hombro. Una vez dentro, sacó un tubo de metal de su mochila y lo pisó. El líquido del interior salpicó, y Mora lo pateó para dispersarlo con sus pies.

“¡Tía! ¿¡Estás realmente muerta!? ¡Tú idiota! ¿¡Por qué tuviste que morir!?” Cuando Mora comprobó con sus poderes, descubrió que Chamo todavía la estaba buscando. “¡Tú, idiota! ¡Trozo de caca! ¡Débil! ¡Bulto inútil! ¡Eres tan estúpida, tía!” Mora no podía decir si Chamo la estaba maldiciendo o si estaba preocupada por ella. A pesar de la gravedad de la situación, ella se rió entre dientes.

Entonces Chamo pareció darse cuenta de algo y se subió el dobladillo de la falda para mirar la Cresta de las Seis Flores en su muslo. “¡Oh! Ella todavía está viva.” Al parecer, Chamo finalmente había recordado que cada vez que un Héroe moría, un pétalo desaparecía de la cresta.

Mora comenzó a gotear con sudor frío. Ahora, tenía que incapacitar a la Santa más poderosa viva. Si su suerte fuera pobre, estaría muerta en poco tiempo. Con sus ecos de montaña, gritó: “**¡ADLET! ¡CHAMO! ¡VUELVAN! ¡ES UNA TRAMPA!**”

“¿Tía?”

Mora había modulado su grito para que solo llegara a Chamo. Adlet y los otros, en la colina distante, no podrían oír.

“¿Dónde estás? ¿¡Dónde estás, tía!?”

“**EL BROTE—**” Mora se interrumpió antes de terminar la oración. Eso sería suficiente para que Chamo lo consiguiera.

Como Mora había esperado, Chamo regresó al Brote de la Eternidad, con todos sus Kyomas esclavos detrás de ella. La santa cubrió la flor que brillaba dentro de la cueva con un paño y recitó un conjuro para apagar la gema luminosa.

“¡Tía! ¿¡Qué pasó!?” Chamo irrumpió en la barrera del Brote de la Eternidad. Cuando no encontró a nadie allí, se dirigió a la cueva.

“¡Mantente alejada, Chamo!” Mora gritó.

Chamo se detuvo en la entrada de la cueva. “¿Qué pasa, tía? ¿Por qué está todo oscuro allí?”

“No entres. Y no luces. **No** luces.”

“¿Qué pasó?”

Mora no respondió. En este momento, ella estaba jugando por el tiempo. Chamo no se había dado cuenta de que Mora había esparcido cierta droga por la cueva oscura, una droga que ella



había hecho que Torleau, la Santa de la Medicina, hiciera para ella. Aparentemente, el medicamento era para el dolor y para prevenir infecciones. Técnicamente, podría ser utilizado como medicina; Mora lo había usado antes para tratar las heridas de Adlet después de que Nashetania lo había cortado. Cuando Mora le ordenó a Torleau que produjera grandes cantidades de este medicamento, la médica quedó desconcertada. Esta medicina era potente—demasiado potente, de hecho. Una solución de media gota disuelta en agua era suficiente. La solución no diluida, cuando se aplicaba directamente, sería inevitablemente dañina. La droga relajaba el cuerpo, haciendo que la persona afectada se sintiera intoxicada, como si estuviera ebria. Era tan potente que una simple inhalación causaría que una persona se tambaleara. Mora le había dicho a Torleau que, si bien la medicina era buena, no era algo que pudiera llevar consigo a la Tierra de los Lamentos—pero en verdad, ella había llenado secretamente un tubo de metal con la peligrosa solución no diluida y lo había llevado con ella.

“¿Qué quieres decir con que no luces?” preguntó Chamo.

“No entres. No puedes hacer nada por mí”.

“¡Es por eso que pregunto! ¿¡Qué pasó!?”

Mora estaba siendo deliberadamente vaga para que Chamo se quedara dónde estaba e inhalara la poderosa droga. Mora había usado la medicina muchas veces, aumentando su resistencia a ella para evitar intoxicarse—todo para este momento. Lo había hecho en preparación para matar a un Héroe de las Seis Flores.

“Lo mantendré bajo control, así que mantente alejada.”

“Lo siento, tía, pero Chamo no puede simplemente no hacer nada,” dijo Chamo, entrando lentamente en la cueva. Mora estaba agazapada en el fondo de la cueva, observando a la otra Santa desde la oscuridad. “¿Mantenerlo bajo control? ¿A dónde fue Fremy?”

“Fremy... se escapó.”

Entonces Chamo se detuvo. Ella miró a Mora. “Hey... estás actuando un poco raro, tía.” Ella lo había descubierto, pero era demasiado tarde. Mora se puso de pie y salvajemente se apresuró hacia Chamo. La joven Héroe trató de esquivar, pero ella tropezó y se cayó.

“¡” Los Kyomas esclavos descendieron sobre Mora. La babosa escupió ácido, mientras el protozoo le disparó un tentáculo. Con el cuerpo ardiendo y un brazo atado, Mora agarró a Chamo por el cuello.

Había dos razones por las que Mora había estado esperando dentro de esta cueva. Primero, para asegurar que la droga fuera lo más efectiva posible, y segundo, para evitar que los Kyomas esclavos atacaran todos al mismo tiempo.

Mora envolvió sus dedos sobre la arteria carótida de Chamo y apretó, lo suficiente para evitar aplastarla. Solo fue momentos antes de que la drogada niña se desmayó. Cuando ella perdió el conocimiento, los Kyomas fueron devueltos a su boca.



“Ugh...” Mora gimió. Ella también había sido bastante afectada por la droga. Pero esto era solo la etapa intermedia de la batalla, y la lucha real—el plan para matar a uno de los Héroes de las Seis Flores—aún estaba por llegar.



Todavía buscando la colina, Rolonia levantó la cabeza. Su cuello y sus ojos debían de estar cansados. Los cuatro habían estado buscando la evidencia por mucho tiempo. “Simplemente no puedo encontrarlo, Addy,” dijo con cansancio.

Adlet se puso una mano en la mano, en la frente, pensando. Quizás Tgurneu ya había destruido lo que estaban buscando. Tal vez sería mejor renunciar a tratar de encontrarlo y retirarse. La mayor parte de su tiempo asignado se había ido.

“¿Puedo volver ahora?” Hans estaba tendido en una postura extendida, rascándose el trasero.

“Por favor,” dijo Rolonia, “um... por favor pon un poco más de esfuerzo.”

“Podría hacer un pequeño esfuerzo—si me pagas por ello, *meow*. De antemano.”

“Lo siento. Yo... no tengo dinero en absoluto.”

Adlet miró hacia la montaña, donde yacía el Brote de la Eternidad. No había habido contacto de Mora. En este caso, ¿no era una noticia una buena noticia o significaba que se había producido un desastre?

Fue entonces cuando Goldof se acercó a los pies de Hans. Cogió algo atascado en el suelo y se lo mostró al líder del grupo. “¿Es esto?”

Adlet examinó la cosa cubierta de suciedad, luego sacó la solución que reaccionaba a las huellas de los Kyomas y roció el artículo. Lo vio volverse naranja y tragó saliva.

“¿Esta cosa... te dice... algo?” preguntó Goldof.

“¿*Meow*? ¿Encontraste algo?” Hans finalmente se sentó.

Adlet ni siquiera oyó hablar a los dos hombres. La euforia brotó desde lo profundo de su estómago, haciéndolo temblar. “Lo he atrapado,” dijo. “Finalmente he atrapado a Tgurneu.” Adlet se guardó la cosa en la cintura y le pidió a Hans que se pusiera de pie. “Vamos a volver,” dijo antes de irse corriendo. Los otros tres, nerviosos, lo siguieron.

“He descubierto lo que realmente es Tgurneu. Ahora solo tenemos que encontrar una manera de matarlo,” dijo Adlet, regocijándose. “Escuchen. Tgurneu es en realidad—”

“Espera.” Rolonia cortó su explicación mientras corrían.

“... GUIDA...”



Adlet había estado tan emocionado que no había notado la voz. Desde la dirección de la montaña, pudo escuchar algo—el eco de la montaña de Mora. Cuando Adlet escuchó su voz, en un instante, la alegría en su corazón se convirtió en hielo.

“Creo que vamos a tener que esperar para escuchar lo que realmente es Tgurneu, *meow*,” dijo Hans, y sacó sus espadas.



Mora obligó a Fremy y Chamo, ambos aún inconscientes, a tragar el sedante. No se despertarían por un tiempo ahora.

Salió de la cueva y se sentó en una roca, cubriéndose la cara mientras se acurrucaba. Lo hizo no por agotamiento o por mareos. “¿Todavía dudas?” se dijo a sí misma. *Patético*, llegó su auto susurro. Mora había pensado que ya había tomado la decisión de hacer algo por su hija, pero aun así, todavía estaba indecisa. Los rostros de sus aliados pasaron por su mente uno tras otro. A veces, la habían puesto ansiosa, y ella los había considerado poco confiables. También la habían enojado a veces. Pero todos eran buenos jóvenes. Seguramente derrotarían al Majin y protegerían al mundo.

Una vez que todo hubiera terminado, no había ninguna duda en la mente de Mora de que la matarían. Sabiendo que nunca los volvería a ver, los rostros de su esposo e hija se elevaron en su mente. *Olvidalo*, se dijo a sí misma. Ella no merecía verlos nunca más. A partir de este punto, Mora caería a las profundidades de la villanía. No—ella ya había sido una villana desde hacía bastante tiempo.

La Santa Mayor se puso de pie. Luego utilizó su poder de ecos de la montaña y gritó: “**¡ADLET! ¡LA BARRERA DE SALTPEAK HA SIDO EXTINGUIDA!**” Se detuvo un momento y luego volvió a llamar, “**¡VUELVE! ¡LA BARRERA SE HA EXTINGUIDO!**”



Sus cuatro luces se balancearon cuando el grupo se abrió camino a través del Barranco de la Sangre Escupida. Adlet, Rolonia, Goldof, y Hans estaba corriendo a toda velocidad hacia el Brote de la Eternidad.

La Barrera de Saltpeak se había extinguido. Mora había dicho solo una cosa, y después, no hubo más contacto. El corazón de Adlet latía con ansiedad cuando se preguntaba por qué ella no se había estado comunicando.

Cuando emergieron del barranco, la forma negra de la montaña se elevó en la distancia. Adlet notó que la Barrera Saltpeak, que había estado cubriendo toda la montaña, había desaparecido.

“*Meow*. Ella no dijo que fue rota. Ella dijo que se había *extinguido*. ¿Qué significa eso?” preguntó Hans.



La barrera no se había roto ni atravesado—sino que se había extinguido. Adlet no podía imaginar lo que había sucedido. La montaña estaba tranquila. No podía escuchar voces de Kyomas, ni sonidos de batalla, nada de nada.



Mora estaba de pie en la montaña, un poco más arriba del Brote de la Eternidad, mientras observaba el este. Ella podía ver débilmente cuatro luces. Parecía que pasarían unos minutos antes de que llegaran a la montaña. Ella gritó una vez más, “¡ADLET! ¿¡NO ESTÁS AQUÍ AÚN!?” Las cuatro luces se detuvieron por un momento y luego comenzaron a correr de nuevo. Habían oído el eco de la montaña de Mora. **“TGURNEU CORRIÓ, Y LOS OTROS KYOMAS LO SIGUIERON ¡PERO... AGHH!”** Ella cortó su mensaje allí y se detuvo de nuevo. Probablemente parecería antinatural si sonara demasiado calmada sobre lo que estaba sucediendo. **“¡PERO UN KYOMA QUE NUNCA HE VISTO ANTES... HA ATACADO AL BROTE DE LA ETERNIDAD! ¡MALDICIÓN!”** Mora fingió estar reuniendo sus palabras una vez más. **“¡PRONTO! ¡EL KYOMA ESTÁ INTENTANDO ROMPER EL BROTE DE LA ETERNIDAD!”** gritó, y luego hizo mucho ruido, rompiendo una roca y golpeando el suelo. El ruido sugeriría una pelea allí. Era una noche tranquila y oscura. El silencio los haría sospechar.

Después de golpear el suelo unas cuantas veces más, Mora se giró para mirar hacia atrás. Dos de los siete Kyomas que Tgurneu había enviado todavía estaban allí, esperando. Ambos parecían ser bestias superiores e inteligentes.

“Ustedes dos pretendan pelear aquí. Griten como si estuvieran atacando. ¿Entendido?” Los Kyomas asintieron. “Después de unos cinco minutos de lucha, mátense. Si rompen su palabra, sepan que sus esfuerzos se habrán convertido en nada.” Cuando Mora volvió a golpear el suelo, pensó con ansiedad. **¿Funcionará realmente este engaño?**

Las cuatro luces se acercaron a la montaña. Un poco más cerca, y estarían al alcance de su ojo clarividente. Mora respiró profundamente y calmó su corazón. Luego comenzó la etapa final de su estrategia para dividir al grupo de Adlet. “¡FREMY! ¿¡A dónde vas!? ella gritó. Por supuesto, Fremy no había ido a ninguna parte. Estaba durmiendo dentro de la barrera del Brote de la Eternidad. **“¡FREMY! ¿¡A DÓNDE VAS!?... ¡ADLET! ¡VUELVE! ¡FREMY HA HUIDO!”**



“¿A dónde desapareció Tgurneu?” Hans murmuró mientras subían la pendiente. Adlet se preguntaba lo mismo. La desaparición de la Barrera Saltpeak no era lo único peculiar aquí. Había habido muchos Kyomas, pero ahora todos se habían ido. Adlet pudo escuchar débilmente el sonido de una pelea—pero solo sonaba como si hubiera unos pocos. ¿Por qué el enemigo había hecho su movimiento de repente? En tan solo treinta minutos, durante el tiempo en que los cuatro habían corrido de la colina a la montaña, la situación había cambiado vertiginosamente rápido. Inesperadamente rápido.

**Antinatural.** La palabra corrió por la mente de Adlet. No podría ser que todo esto fuera una mentira, ¿verdad? Pero ahora no era el momento de pensar en eso. Si esto era real o falso, todavía tenían que regresar lo más rápido posible.



**“¡FREMY! ¿¡A DONDE VAS!?”**

Algo había vuelto a pasar. Adlet quería decir, *¿qué es esta vez?* Cuando la llamada de Mora a Fremy reverberó a través de las montañas.

**“¡ADLET! ¡VUELVE! ¡FREMY HA HUIDO!”**

Cuando Adlet escuchó ese grito, se detuvo automáticamente. “¿Qué?” *Fremy ha huido*. Por un momento, ni siquiera entendió lo que significaban esas palabras.

“Addy, no puedes parar. Tenemos que darnos prisa.” Rolonia tiró de la mano de Adlet. Pero él no se movió. Hans y Goldof también fueron obligados a detenerse.

**“¡FREMY SE HA IDO AL SUROESTE, A LA DIRECCIÓN QUE HUYÓ TGURNEU! ¡NO SÉ POR QUÉ!”**

*“¡Meow! ¿Qué diablos está haciendo?”* Hans dijo descuidadamente. Goldof no dijo nada. Parecía que estaba pensando en algo, pero entonces de nuevo, tal vez no.

**“¡HANS! GOLDOF! ¡VAYAN AL SUROESTE Y SIGAN A FREMY! ¡ROLONIA Y ADLET, VENGAN A MI AYUDA AHORA!”**

“Fremy... no podría ser,” murmuró Rolonia mientras miraba hacia el Brote de la Eternidad.

*“Meow... entonces, ¿es ella el séptimo después de todo? Esa respuesta simplemente no me parece limpia.”*

“No hay forma de que ella sea el séptimo,” le respondió Adlet. Fremy debe haber tenido algún tipo de idea, o si no lo hizo, tal vez Tgurneu la estaba controlando. “Hans, Goldof. ¿Puedo pedirles que se encarguen de Fremy?”

Goldof asintió. Pero Hans negó con la cabeza. “No, Fremy me odia. Creo que sería mejor para ti ir.” Adlet tuvo la sensación de que Hans estaba tratando de insinuar algo más, pero antes de que pudiera preguntar, Hans agarró la mano de Rolonia y salió corriendo. *¡Mya-meow!* ¡Vamos, Rolonia!”

“¡E-espera, por favor!” Rolonia tartamudeó. En un instante, Hans se había ido.

“Vámonos, Adlet,” dijo Goldof, y Adlet recobró el sentido. Se dirigió al suroeste, según las instrucciones de Mora.



Las cuatro luces se dividieron en dos grupos, una en dirección suroeste y la otra corriendo hacia el Brote de la Eternidad. *Ahora viene la parte más difícil*, pensó Mora. Dividir al grupo de Adlet en dos pares separados había sido el mayor obstáculo. Si los cuatro actuaran de acuerdo, o si se hubieran dividido en un grupo de tres y una sola persona, entonces el plan habría fracasado por completo.



“Kyomas, Adlet y Goldof se dirigen directamente a su ubicación.” A través de sus ecos, Mora transmitió órdenes a los cómplices restantes que Tgurneu le había enviado. “Manténgalos en posición todo el tiempo que vivan. Una vez hecho esto—todos ustedes, mueran.”

Los Kyomas se pusieron de pie. Adlet y Goldof no notaron nada mientras corrían.

“Es hora de ir.” Mora se apresuró por la montaña a toda velocidad hacia Rolonia.

Ella había cometido un error de cálculo. El que vino con Rolonia era Hans. El plan original era matar a Adlet. Él era más débil que ella—uno a uno, ella podía vencerlo fácilmente. Y el joven Héroe era un tipo de confianza. Si ella pudiera atraparlo con la guardia baja, probablemente podría matarlo. Incluso si se viera obligada a luchar contra Goldof, tendría una oportunidad de ganar. Era más fuerte que Adlet, pero todavía tenía sus debilidades. Pero su oponente era Hans. Él era cauteloso y estaba alerta, por lo que ella probablemente no sería capaz de atraparlo por sorpresa. Además, no había duda de que era superior a Mora en términos de habilidades de combate.

Curiosamente, Mora no tenía miedo. Ahora que había tirado todo, no tenía nada más que temer. Tenía solo dos opciones: salvar a Shenira y morir, o dejar de salvarla y morir.

Con los puños apretados, corrió cuesta abajo. Ya no tenía que usar su clarividencia, podía ver sus dos luces. ***Esta lucha se decidirá en el momento en que nos encontremos***, pensó Mora. ***Tengo que matarlo antes de que él saque sus espadas.***

“¿Lady Mora?” oyó decir a Rolonia.

Pero justo cuando Mora apretó los puños, a punto de golpear a Hans, le lanzó su gema de luz. La pequeña linterna se encendió en su vista por un instante, quemando sus ojos. “***¡Ungh!***”

La luz concentrada era especialmente brillante para sus ojos, acostumbrada a la oscuridad. Se llevó una mano a la cara y tropezó hacia atrás.

“¡Hans! ¿Qué estás haciendo?” Rolonia gritó, y en ese instante, Mora rodó hacia un lado. Escuchó las puntas de su cabello siendo cortado, informándole que la muerte la había fallado por unos centímetros.

“Meow, hee, hee. Me equivoqué con eso.”

Mora se las arregló para solo abrir sus ojos en un estrabismo. Hans estaba girando sus espadas en sus manos.

“¡Hans! ¿¡Qué demonios estás haciendo!? Y Lady Mora, tus heridas...” Roloma sacó su látigo y lo preparó. Cuando vio a Mora cubierta de sangre, perdió la voz. La repentina situación le hizo temblar las piernas, sus ojos se movían a su alrededor. No había captado lo que estaba pasando.

“Adlet habría sido engañado, ***meow***. Es un tonto de primera. ***Agh***, tratar con un corazón tan sangrante es una prueba, te lo aseguro.”



Mientras Mora reprimía el dolor en sus ojos, levantó los puños. “Finalmente he logrado seducirte. Ríndete. Tu verdadera identidad ya ha salido a la luz.” Esto fue todo para engañar a Rolonia. Si ella pudiera poner a su protegida a su lado, podría convertir esta batalla en una batalla dos contra uno.

“*¿Mya-meow?* Por el impulso del momento, es una buena mentira. Pensé que te habrían criado como una dama, pero no estás del todo mal.” Hans no estaba molesto.

“¿De qué estás hablando? ¿Qué está pasando!?” Rolonia exigió, sonando como si estuviera a punto de llorar.

“El séptimo es Mora, y ella intentará matarme.”

“¡El séptimo es Hans! ¡Estaba planeando matarte!”

Hans y Mora exclamaron al mismo tiempo.

Rolonia solo miró hacia atrás y adelante entre los dos, incapaz de moverse. Ella debía haber comprendido que también había algo malo en la situación, y puede que incluso hubiera notado que Mora había estado mintiendo. Pero solo había conocido a Hans esa misma mañana, y había pasado los últimos dos años y medio juntos con Mora. Incluso si ella sospechara de su mentora, Rolonia no podría luchar contra ella.

“*Meow*. Sólo siéntate y mira, Rolonia. Si te entrometes, terminaré cortándoles a las dos.” Hans entró lentamente en acción. Se acercó, moviéndose de una manera enigmática que incluía un montón de bailes aparentemente inútiles. Rolonia retrocedió un paso, y Mora juzgó que no podría ganársela.

“Rolonia, no interfieras,” dijo Mora, con los ojos fijos en la niña. “Cree en mí.”

Hans se lanzó inmediatamente hacia ella con una velocidad deslumbrante. Mora bloqueó el trozo dirigido a sus pies con la placa de hierro de su bota. El único golpe le adormeció la pierna hasta el muslo.

“*¡Hrmya-mya-mya-mya-meow!*” Implacable, Hans atacó a Mora. Se movió como un gato persiguiendo un juguete en una cuerda y sonrió como un gatito juguetón.



“¿Escuchaste eso, Goldof?” Mientras corrían, Adlet miró hacia atrás detrás de ellos. Apenas podía escuchar el sonido de algo parecido a una discusión, muy lejos. Las voces humanas recorrieron un largo camino en la montaña tranquila.

Goldof miraba en la misma dirección. También había notado que algo estaba mal. No habían escuchado el eco de Mora por un tiempo, y sin importar cómo Adlet llamara a Fremy, no obtuvieron una respuesta de vuelta. No habían visto ningún rastro de Tgurneu u otros Kyomas, tampoco.



Corriendo a lo largo, se encontraron con el cuerpo de un Kyoma leopardo, la bala de Fremy se alojó en su cabeza. Cuando Adlet tocó el cuerpo, descubrió que estaba frío.

“Esto es realmente extraño. Lo que Mora ha estado diciendo no tiene sentido.” El chico se decidió. Él capturaría a Mora y la interrogaría. Probablemente había estado mintiendo acerca de Fremy huyendo. “Me pregunto si Fremy y Chamo están a salvo.” Cuando revisó el dorso de su mano derecha, todos los pétalos estaban presentes en la cresta. Ambas estaban definitivamente vivas.

Entonces Goldof sacó su lanza. “Kyomas,” dijo. Cinco enemigos los habían rodeado, desprevenidos. Los dos Héroes se colocaron espalda con espalda, y Adlet preparó sus agujas venenosas y su espada.

Los Kyomas no atacaron. Solo se quedaron en un círculo, acercándose poco a poco. Adlet aprovechó una apertura momentánea para disparar una aguja. El Kyoma lobo se estremeció cuando el dardo venenoso golpeó su cuerpo, pero cuando Adlet siguió con una espada, el puño de un Kyoma de piedra lo golpeó desde un costado. Después de que los dos intercambiaron tres golpes, el hombre de piedra se retiró, poniendo cierta distancia entre ellos para mantener a Adlet bajo control.

Cuando los Kyomas no los persiguieron, Adlet se dio cuenta de que intentaban frenarlos, y descubrió el objetivo de Mora en todo esto también. Estaba en connivencia con estas criaturas, atrayendo a los Héroes de las Seis Flores y tratando de separarlos.



Una bestia corría silenciosamente por la oscuridad. Sin una luz, Mora no podía verla claramente. La bestia solo estaba levemente iluminada por la gema de Rolonia.

**“¡Hrmeow!”** Gritó Hans. Agachado lo suficiente como para rozar el suelo, corrió hacia Mora con una velocidad temible. Sus espadas se juntaron y se deslizaron hacia la pierna de Mora.

Incapaz de bloquear el ataque, ella saltó para esquivar sus espadas. Hans arrojó un arma al suelo para detener bruscamente su movimiento y apuñaló a Mora mientras ella aún estaba en el aire. El cuerpo del asesino era terriblemente flexible, pasando de una postura increíble a un golpe increíble.

**“¡Gah!”** En el aire, Mora cruzó los brazos, bloqueando la espada con sus guanteletes de hierro. Ella pudo haber sido una mujer, pero de ninguna manera era ligera en su armadura de hierro. Sin embargo, el empuje sin esfuerzo la envió volando hacia atrás.

Hans correteaba como un gato, posicionándose sin piedad para una ofensiva de seguimiento. Todavía en el aire, Mora golpeó sus guanteletes de hierro tan fuerte como pudo. El sonido de onda de choque hizo que Hans se estremeciera ligeramente. Rolonia, observando desde un lado, se cubrió los oídos reflexivamente. Y el siguiente ataque de Hans fue un poco más lento.  
**“¡Mya-ha!”**

Cuando Mora aterrizó, ella se apartó de su oponente y corrió. Ella tenía que poner cierta distancia entre ellos y obtener una mejor posición de alguna manera. Estaba atrapada en la



defensa. Los fieros ataques de Hans no le dieron tiempo para contraatacar. Ella no había anticipado que él sería mucho más fuerte que ella. A pesar de sus defectos, todavía era una Santa, una que invocaba el poder de un Espíritu para la batalla. Su velocidad física y su fuerza superaban con creces las de un humano normal. Hans, por otro lado, no era más que su propia carne y sangre.

“¡No te vas a ir!”

Mora de alguna manera logró bloquear el golpe con su guante de metal. Hans ni siquiera iba a dejarla retirarse.

**“¡Hrmeow!”**

“Ah... oh... ¿qu-qué debería...?” Rolonia persiguió al par mientras corrían salvajemente hacia el oeste y hacia el este.

Mora tampoco podía usar la droga con la que había noqueado a Fremy y Chamo. Si ella la usara aquí, Rolonia también se vería afectada, y la chica necesitaba mantenerse a salvo hasta que la pelea terminara.

Cuando Mora bloqueó la espada de Hans, ella desató una patada desesperada. Hans bloqueó su pierna con una espada y saltó hacia atrás. Una vez que hubo algún espacio para ellos, Rolonia levantó su látigo e interrumpió entre el par. “¡Esperen, por favor, Lady Mora, Hans!”

**“Meow.** Te dije que te mantuvieras alejada. ¿No me escuchaste?” Hans le dedicó una sonrisa felina e indiferente. Un aura sedienta de sangre emanaba desde su cuerpo, como para decir que él también la mataría.

“Hablemos. Esperemos hasta que Addy esté aquí, y luego hablemos.”

**Una idea muy de Rolonia,** pensó Mora. Se sentía mal por ella, pero no podía permitir que Adlet viniera. La única forma de salvar a Shenira era matar a Hans allí mismo, en ese momento.

“Estás bastante tranquila,” le dijo Hans a Rolonia. “¿No vendrás por mí con tus locos gritos como esta tarde?”

“Yo-yo...”

Sin embargo, Mora sabía que todos esos gritos eran solo un ritual que ella solía hacer para luchar. Rolonia era, por naturaleza, cobarde. Fue solo a través de un hábito tan extremo que era capaz de luchar en absoluto.

“Pero a quién le importa eso. Ahora la diversión está empezando. No estorbes.”

“¿Diversión...?” Rolonia repitió.

“Cuando veo a un guerrero poderoso, simplemente siento este impulso natural de matarlo. Ser todo amigos no es malo tampoco, pero asesinar es lo que me encanta, después de todo.”



Rolonia dio un paso atrás. Ella le tenía miedo.

“Retrocede, Rolonia. Este es solo un pequeño monstruo.” Mora levantó los puños. Rolonia no dijo nada. No había confianza en sus ojos, sino sospecha. “¡Ven, Hans!”

“**¡Meow-ja-ja-ja!** ¡No me detendría aunque me lo pidieras!” Hans saltó alto. Mora se agachó, se atrajo hacia sus brazos y se protegió la cara. Manteniendo su cuerpo rígido, se concentró en soportar el asalto.



Los cinco Kyomas eran enemigos poderosos. Adlet mató a uno, mientras que Goldof mató a cuatro, incluido el hombre de piedra. Cuando estuvieron seguros de que todos sus enemigos estaban quietos, Goldof preguntó, “¿Qué hacemos, Adlet?”

Desde el lado este de la montaña, apenas podía escuchar el choque del metal. Ese no era el sonido de luchar con Kyomas. Mora y Hans estaban luchando entre sí. Ahora le quedó claro que la Mayor los había engañado. **¿Debemos ir a salvar a Hans y Rolonia?** Adlet lo consideró, pero rápidamente cambió de opinión. “Estarán bien. Hans seguramente lo logrará. No es tan poderoso como el hombre más fuerte del mundo, pero sigue siendo bastante bueno.”

“Entonces...”

Sin tiempo para responder, Adlet emprendió una carrera. Lo que le preocupaba en ese momento era Fremy y Chamo, de quienes no habían visto ningún rastro. Miró la cresta en su mano. Todavía no faltaban pétalos. Los seis Héroes estaban vivos.

Su destino era el Brote de la Eternidad. No sabía lo que había sucedido, pero cualquier pista sobre lo que fuera probablemente estaría allí.

“... El séptimo es... Mora. Pero, ¿por qué hacer su movimiento ahora?”

Mientras Adlet corría, recordó el comportamiento de Mora. Había habido algunas cosas sospechosas sobre ella. Pero si ella realmente era el enemigo, entonces sus acciones hasta este punto no tenían sentido.

Se abrieron paso a un ritmo constante, y no pasó mucho tiempo antes de que alcanzaran el Brote de la Eternidad. Cuando Adlet entró en la cueva, descubrió de inmediato a Fremy y Chamo. “¿¡Están bien!?” gritó, colocando a Fremy en una posición sentada.

Ella gimió en voz baja, con sus ojos abriéndose un poco. Al parecer, la habían puesto a dormir. “No te preocupes. Estoy bien.” Una vez que estuvo de pie, levantó su arma.

“¿Qué pasó?” preguntó Adlet.

“Mora me atacó. Me desmayé, y cuando me desperté, estaba aquí. Aparte de eso, no tengo ni idea—ni por qué me atacó ni por qué no me mató.”



“... Chamo también... está bien,” comentó Goldof mientras miraba a la niña. Parecía que ella también había estado durmiendo, y no parecía estar herida de gravedad.

“¡Goldof, vamos a preocuparnos por el tratamiento más tarde!” dijo Adlet. “¡Vamos a ir a capturar a Mora!” Adlet y Fremy salieron corriendo, y el caballero los siguió, con Chamo en sus brazos.



En solo tres minutos de batalla, a Mora le resultó dolorosamente claro que ella no tenía ninguna posibilidad de ganar. Antes de haber sido elegida como una de los Héroes de las Seis Flores, había estudiado varias técnicas y había trabajado junto con otras Santas para desarrollar nuevas armas. Pero ella nunca había anticipado un enemigo como este, uno que se moviera tan rápido de una manera tan extraña.

El cuerpo de Mora había sido cortado en tiras. La sangre brotaba desde la arteria en la parte superior de su brazo. La habían pateado en el costado y tenía una costilla rota. También había heridas profundas en ambas piernas, y ni siquiera estaba segura de si sería capaz de correr. La sangre corría por su frente, oscureciendo su visión, y era difícil ver a Hans correctamente.

“¡Lady Mora, por favor detén esta lucha! No puedes ganar,” suplicó Rolonia. Hans le impidió acercarse. “**Meow-hee**. ¿Aún estás de su lado?”

“¿Eres el séptimo, lady Mora? No lo eres, ¿verdad? Esto es algún tipo de error, ¿verdad? ¡Por favor, detén esto!”

“No va a pasar. La voy a matar.”

“Hans...”

Con la visión borrosa, Mora miró a Rolonia. Y luego, en tono asesino, dijo: “Retrocede. Nuestra batalla aún no ha terminado.”

“Ahí tienes,” dijo Hans. “Hagámoslo.” Él se lanzó.

Mora levantó sus dos guanteletes ante su cara, pegó ambos codos a los costados y luego curvó su cuerpo con las rodillas frente a ella. En ese extremo, y una postura arrugada, saltó hacia atrás. Ella sostuvo su cuerpo como una tortuga para protegerse.

“¡No te voy a dejar escapar!” Hans cortó las grietas en su defensa, desatando un golpe tras otro.

Mora resistió sus ataques con solo los movimientos más pequeños posibles. Solo tenía que bloquear las heridas fatales, lo que fuera necesario. “**¡Ngh!**” Mientras luchaba contra el dolor, saltó hacia atrás un poco más, maniobrando frenéticamente para que él no se moviera detrás de ella. Ya estaba herida por todas partes. No le quedaban fuerzas para luchar.

“**Ngh... ah...**” Incapaz de actuar, Rolonia se quedó quieta, sollozando mientras los veía pelear.



Hans fue cauteloso y paciente. No se apresuró; él solo esperó a que Mora se agotara. Él estaba completamente consciente de lo que ella estaba tratando de hacer. Ella esperaría a que él atacara y se abriera, y luego le devolvería el golpe. Esa era la única forma en que Mora podría ganar en este punto.

**“Hmeow.** ¿Aún no renuncias?” Hans giró sus espadas. “Lo siento, **meow**, es demasiado tarde. Estoy teniendo un descontrol aquí. Esto no va a terminar hasta que estés muerta,” dijo, y luego recommenzó su ataque. Mora volvió a meter su cuerpo hacia adentro, haciendo todo lo que pudo para resistir el asalto.

Ella estaba impaciente. Adlet y Goldof estarían allí pronto, y seguramente ya se habían dado cuenta de que ella les había mentado. Capturarían a Mora y la matarían. Pero si ella atacaba ahora, perdería. Si hiciera algún movimiento, mostraría una apertura, y Hans nunca lo perdería. No había nada que pudiera hacer más que seguir vigilando. Ella no se había rendido. Ella iba a salvar a Shenira. Mora lo había perdido todo, y todo lo que quedaba era este único deseo. Si ella también renunciara a eso, entonces todo lo que tenía se habría ido.

“Las Santas son duras, **meow**. Si no te apuras y mueres pronto, perderé la confianza en mí mismo.” Los ataques de Hans se hicieron aún más poderosos. Mora estaba segura de que tenía la intención de acabar con esto. Su espada pasó rozando su cabeza, y una parte de su cuero cabelludo se fue volando, con el cabello atado. Él le cortó las piernas, y ella se desplomó sobre sus rodillas. Dio vueltas alrededor de ella.

Los ojos de Mora estaban cerrados, pero con su poder de clarividencia, observaba todo a su alrededor para que no se perdiera el momento en que Hans venía a atacarla por detrás. **“¡Urmia-meow!”** Hans apuntó a su espalda, justo debajo de sus costillas. Era uno de los puntos vitales del cuerpo humano—el riñón. Cuando un asesino quería hacer una muerte segura por detrás, siempre apuntaban al riñón.

Un instante antes de que la punta de la hoja se clavara en su espalda, Mora se torció un poco y la hoja perdió su objetivo ligeramente. Reuniendo su fuerza restante, ella tensó su espalda. **“¡AAAAARGH!”**, Rugió, y golpeó su propio cuerpo contra la espada de Hans.

La espada empaló su torso. La fría sensación de la hoja cortando sus órganos se precipitó a través de ella. Tensando los músculos de su espalda con toda su fuerza, la sostuvo rápido dentro de su cuerpo. Mientras lo hacía, estiró las piernas y empujó la hoja hacia atrás tan fuerte como pudo, con la misma fuerza que la de correr a toda velocidad. Cualquier humano normal simplemente sería ensartado y moriría.

**“¡Meowgh!”**

Mora pudo escuchar un sonido de estallido detrás de ella. Usando sus poderes para ver, podía ver que era el sonido de la muñeca izquierda de Hans dislocándose. La espada se había hundido hasta su empuñadura dentro de ella. Se le escapó del agarre de Hans, y mientras lo hacía, Mora se giró para darle una patada en la cara. Lanzó la parte superior de su cuerpo hacia atrás, y su patada apenas rozó su frente. Al instante, se tropezó. Solo por rozarlo, la patada de poder de Mora lo había desequilibrado. Hans se alejó y corrió, e inmediatamente se quitó los guantes de hierro y fue tras él. Ella agarró el dobladillo de su ropa con sus dedos y tiró de él hacia ella tan fuerte como pudo.



“¡Lady Mora!” Gritó Rolonia.

Mora golpeó a Hans en el pecho con la palma de la mano abierta y escuchó cómo se rompían sus costillas. Ella tiró su cuerpo al suelo lo suficientemente fuerte como para que rebotara. Ella había golpeado el lado izquierdo de su pecho, lo que haría que el corazón de una persona se detuviera por un momento y lo derribara. Ninguna cantidad de entrenamiento podría permitir a un humano prevenir eso.

Mora sacó la espada de su torso y se inclinó sobre Hans. Entonces ella presionó la hoja contra su arteria carótida y empujó.



“¡Hans! ¡Rolonia! ¿¡Dónde están!?” Adlet corrió por la noche a través de la montaña. Fremy, Goldof y la ahora consciente Chamo lo seguían. El anterior sonido de metal chocando contra metal ya se había ido. Hans había estado luchando hasta hace un momento. Entonces se acabó.

Corrieron sobre la montaña, sus gemas de luz se mantuvieron en alto mientras buscaban a Hans. Entonces Fremy gritó: “¡Adlet! ¡Mira la palma de tu mano!”

“!” Fue entonces cuando Adlet notó la Cresta de las Seis Flores que marcaba su mano—uno de los pétalos se había ido. Sus piernas se debilitaron de miedo. Uno de los Héroes de las Seis Flores había perdido su vida. Alguien había muerto—Hans, Rolonia o Mora. “¡Hans! ¡Rolonia! ¿¡Están muertos!?” Gritó, incluso más fuerte.



Su victoria había sido por un estrecho margen. Si Mora no hubiera logrado evadir su golpe en el punto vital de su espalda, ella habría sido la única en caer. Si hubieran peleado diez peleas, Hans probablemente habría ganado nueve de ellas. Él era mucho más poderoso que ella.

La batalla había terminado. La sangre brotó del cuello de Hans. Luego su flujo se redujo rápidamente hasta que cesó por completo. Mora le puso la mano en el pecho. Ella no sintió ningún latido.

**“Ahh... ahhhh...”** Rolonia estaba gimiendo.

Mora se puso de pie. Sus órganos perforados gritaban mientras la sangre goteaba de sus labios.

Rolonia se acercó a Hans. Con las manos temblando, ella le tocó el cuello.

“Escucha, Rolonia. Haz lo que te enseñé,” dijo Mora, tambaleándose y alejándose de ellos dos. Tenía la intención de dejarlos, pero sus pies se enredaron y cayó. Podía oír los gritos de Adlet acercándose. “¡Escúchame, Rolonia! ¡Haz lo que te he enseñado!” repitió, levantándose de nuevo.

Entonces apareció Adlet, habiendo subido el acantilado. Mora, de espaldas a él, dijo en voz baja, “llegas demasiado tarde, Adlet.” Ahora todo había acabado. La lucha de Mora había



terminado. El parásito ahora debería estar fuera del pecho de Shenira. Tgurneu no rompería su promesa, porque había una razón para hacerlo.



Mora les contó a todos que ella había matado a Hans. Ella también les dijo que era el séptimo. Mientras hablaba, mantuvo los ojos fijos en Rolonia mientras la chica trataba a Hans. Rolonia estaba tan concentrada en curarlo, era como si ella ni siquiera viera lo que estaba pasando a su alrededor.

“¿Qué significa esto, Rolonia?” Adlet exigió. “Hans está muerto, y ni siquiera estás arañada.”

“Estabas con él. ¿Qué estabas haciendo?” Fremy exigió inmediatamente después.

Rolonia no respondió a ninguno de ellos.

**Bien**, pensó Mora. Ella y Torleau, santa de la medicina, le habían dicho a Rolonia una y otra vez que se concentrara solo en su trabajo al usar técnicas de curación.

Chamo se acercó a Mora, donde se arrodilló y la golpeó con sus pequeños puños, gritando y golpeando, con lágrimas en sus ojos. Mora se sorprendió de que Chamo se enojara tanto por Hans. Ella no se había dado cuenta de que la joven santa le tenía cariño.

**Me mataran.** Todo delante de ella parecía muy lejano. ¿Era esto lo que se sentía estar en la puerta de la muerte? “Este no era mi deseo. No quería matar a Hans. Ni a él, ni a nadie,” dijo. Ella quería que fuera su testamento final.

“¿Qué dijiste?”

“No tenía nada que hacer sino matarlo. Todos los caminos, aparte de su asesinato, fueron cerrados para mí.” Una sola lágrima cayó desde su ojo. “Quería proteger al mundo. Quería derrotar a los Kyomas junto con ustedes, para detener la resurrección del Majin.”

“¿Quién podría creer eso?” espetó Chamo.

“Hasta ayer—no, hasta hace una hora—tenía toda la intención de hacer eso,” dijo Mora, e instantáneamente, Chamo la agarró por el cuello.

“¡No mientas!” gritó ella, sus ojos estaban ardiendo.

Pero Mora no la estaba mirando. Estaba enfocada solo en que Rolonia tratara a Hans. “No puedes simplemente hacer circular su sangre, Rolonia. Se volverá impuro rápidamente. Devuelve la sangre que se drena de él.”

“¿De qué estás hablando? ¡Mírame, tía! Chamo golpeó la cara de Mora, pero los ojos de la mujer no dejaron a Rolonia.

“¿Qué estás haciendo, Rolonia? No hay suficiente sangre. ¿No entiendes? ¡Pensé que te había enseñado esto!”



La tímida Santa finalmente reaccionó. “S-sí, Lady. La sangre... la sangre de Hans...” Rolonia puso una mano en el suelo, y luego concentró sus nervios.

“Es difícil usar dos técnicas a la vez. ¡Pero tú, Rolonia—debes ser capaz de hacerlo ahora!”

Con su mano en la tierra empapada de sangre, la curandera respiró hondo varias veces.

“¿Qué estás haciendo, Rolonia? Mírame. También tengo preguntas para ti,” exigió Chamo.

Fremy, mirando a su lado, también habló. “No sirve de nada. Su corazón se ha detenido y ha perdido la mayor parte de su sangre.”

“... No puedo... hacer la muñeca...” murmuró Rolonia. Mientras enfocaba toda su preocupación en las técnicas, las palabras murmuradas sonaban como balbuceos delirantes.

“¿Su muñeca?” dijo Fremy. “¿De qué estás hablando?”

“Su muñeca está dislocada... y sus costillas están rotas... No puedo curar eso.”

“¿Qué?”

Con los ojos todavía en el suelo, Rolonia gritó: “¡Pero el resto, lo puedo curar!”

“¿Curarlo? No seas ridícula.”

“¡Puedo! ¡Sé que puedo! ¡Quiero decir, es solo que su corazón se ha detenido y ha sangrado demasiado!” Mientras la chica hablaba, sus manos brillaban, chupando la sangre que se había filtrado en la tierra. Se agrupó en una esfera roja que envolvía la mano de Rolonia.

“¡No la devuelvas así! Mora ordenó.” ¡Quita todo el material extraño!”

“¡Sí, Lady!” La esfera onduló y escupió una sucia mezcla de arena húmeda y barro. “¡Hans! ¡Por favor, vuelve con nosotros!” Gritó Rolonia. A medida que la sangre desaparecía en la herida del cuello de Hans, su cuerpo, pálido como la muerte, comenzó a teñirse de color. Mientras tanto, Rolonia estaba manipulando la pequeña cantidad de sangre que quedaba dentro del cuerpo de Hans. Ella lo hizo circular entre sus pulmones y su cerebro mientras también manejaba el trabajo de las células para que, incluso con su corazón detenido, su cerebro no muriera.

Rolonia había asistido a Torleau, Santa de la Medicina muchas veces con sus cirugías. A través de mucha práctica, ella había aprendido y perfeccionado la técnica de devolver sangre drenada al cuerpo. Mora había ayudado a Rolonia con esto al presentarse como un sujeto para el experimento.

“Siguiente... si su corazón puede comenzar a latir de nuevo...” Mientras Rolonia presionaba su mano izquierda en su cuello herido, ella puso su mano derecha en su corazón. Ella estaba tratando de mover su corazón detenido controlando su sangre. Para entrenar esta habilidad, Mora había solicitado la ayuda de personas mayores con solo unos pocos días más que les quedaban para vivir, trabajando en ellos en los momentos previos a la muerte.



“No puede ser... ¿Volverá?” Fremy se quedó sin aliento.

Una vez que el corazón de Hans se detuvo, el Espíritu de las Palabras le habría ordenado a Tgurneu que hiciera morir al parásito dentro de Shenira, y también podrían darse cuenta de cómo había desaparecido el pétalo en la cresta. El Espíritu había determinado que Hans estaba muerto, y Tgurneu probablemente ya había liberado a su rehén, tal como había prometido.

De hecho, Mora había prometido que mataría a uno de los Héroes de las Seis Flores—pero no que no le devolvería a la vida.

En el momento en que Mora conoció a Rolonia, pensó que esta chica, con su raro talento, tal vez sería capaz incluso de técnicas para revivir a los muertos. La parte más difícil de este plan había sido matar a Hans de tal manera que aunque pudiera ser revivido después. El poder de Rolonia era solo para controlar la sangre. Si se le hubiera roto el cuello o algún hueso en la cabeza, o si se hubieran dañado sus órganos, no habría sido posible revivirlo.

“¿Hay alguna manera en que pueda ayudar, Rolonia?” Adlet entendió ahora lo que estaba haciendo. Se sentó junto a Hans.

“Su respiración... tengo que hacerlo respirar de nuevo...”

“Déjame a mí. Respiración artificial, ¿verdad? Sé algo de medicina.” Sentándose al lado de Hans, Adlet sopló aire en su boca. Rolonia mantuvo una circulación regular cuando ella detuvo la hemorragia en su cuello.

“De ninguna manera,” dijo Chamo. “¿Está volviendo a la vida?” No era de extrañar que ella no pudiera creerlo. Rolonia quedaría marcada como la primera Santa en la historia que ha logrado devolver a la vida a los muertos. Incluso Torleau no era capaz de esto.

“**¡Guhhaaaa!**” Hans se quedó sin aliento. La sangre brotó desde su boca. Se agarró el pecho y tosió una y otra vez. Adlet le limpió la sangre de los labios mientras Rolonia le frotaba la espalda. Cuando cesó la tos, Hans se llevó las manos al cuello y soltó un gemido. “**¡Meeeeow! ¡Meeeeeeooooow! ¡Hrmeooooow!**” Estaba entrando en pánico. No era de extrañar—había estado muerto hasta hace un momento.

“Adlet, muéstrame tu cresta,” dijo Mora.

Primero lo comprobó él mismo, luego se la mostró a Mora. Había muy claramente seis pétalos en la flor.

**Así que fue un éxito.** Mora se sintió aliviada. Había caminado una larga cuerda floja de una batalla. Ella no podría haber matado a Fremy o Chamo. Fremy era mitad Kyoma, por lo que se diferenciaría biológicamente de un humano normal. Una resurrección casi seguramente no funcionaría en ella. Morir y luego volver también supondría una gran tensión para el cuerpo, y el pequeño cuerpo de Chamo probablemente no habría podido resistirlo. Mora se había visto obligada a matar a Adlet, Hans o Goldof.



“Planeaste hacer esto todo el tiempo, ¿verdad?” Dijo Adlet. “Necesitabas matar a Hans por alguna razón, pero al mismo tiempo, no podías dejar que muriera. ¿No es así?”

Ella asintió.

“¿Qué diablos te pasó?” preguntó.



Mora les informó que sería una larga historia, por lo que todo el grupo regresó al Brote de la Eternidad. Hans se apoyó en el hombro de Adlet, mientras que Goldof mantuvo a Mora restringida.

“Esto no tiene sentido,” murmuró Chamo mientras se arrastraba detrás del grupo. Adlet sentía lo mismo.

Una vez que estuvieron en el Brote de la Eternidad, atendieron a Hans primero. Adlet volvió a apretar su muñeca dislocada y colocó sus costillas rotas, y Rolonia alentó su circulación para evitar cualquier efecto secundario. Siguiendo las instrucciones del chico, Fremy trató a Mora, aunque parecía tener sentimientos encontrados mientras cosía sus heridas y le ponía medicina.

“¿Estás bien, Hans?” Preguntó Adlet.

Con expresión amarga, Hans respondió: “Todo mi cuerpo se siente adormecido, y no puedo moverme bien meow.”

Una vez que las heridas de Mora habían sido tratadas, se arrodilló en el suelo, con las manos juntas detrás de la espalda.

Adlet dijo: “Entonces, habla.”

“Por supuesto. No hay necesidad de esconder la cosa ahora.” Rodeada por todo el grupo, Mora les contó desapasionadamente la verdad—sobre su contrato secreto con Tgurneu, la razón por la que había entrenado a Rolonia y cómo había llegado el momento de que tenía que matar a uno de los Héroes de las Seis Flores dentro de los próximos dos días—y finalmente, que ella era el séptimo.

Adlet escuchó en silencio la historia de Mora, y luego sacó de una bolsa que llevaba en la cintura lo que había descubierto en la colina, mirándolo atentamente. ***Ya veo... así que eso fue,*** se dijo a sí mismo en silencio.

“... y eso es todo lo que sé. Estoy preparada. Acábalo rápidamente.” Y con eso, Mora concluyó su larga confesión. Por un tiempo, nadie dijo nada.

Goldof fue el primero en hablar. “¿Tú... no sabes nada sobre... la princesa?”

Mora negó con la cabeza. “Tgurneu no me dijo nada de Nashetania, por mi parte, tenía otras preocupaciones.”



“Ya veo. Entonces, Su Alteza...” Goldof comenzó a decir algo y luego se detuvo. Luego volvió a guardar silencio.

“No sé sobre esto ahora. Te iba a matar, pero ahora siento un poco de pena por ti,” dijo Chamo.

“¿Vas a matar a Lady Mora?” Preguntó Rolonia. “Pero ella no tenía otra opción. Su hija fue tomada como rehén, y Hans fue revivido adecuadamente.”

“**Meow**... tengo un poco de sentimientos encontrados sobre esto.” Hans, inusualmente para él, parecía enojado.

“Tomaste tu propia decisión de luchar solo y perdiste. Cosechas lo que siembras,” dijo Fremy con frialdad.

Entonces Mora dijo, “Rolonia. Sería ingenuo no matarme.”

“Lady Mora...”

“No había ninguna garantía de que regresaría después de su muerte. E incluso si la resurrección fue un éxito, podría haber estado gravemente incapacitado. Maté a Hans, incluso sabiendo eso.”

Rolonia se quedó en silencio.

“No importa el resultado, te he traicionado. Debo asumir la responsabilidad. Además... No tengo ningún deseo de vivir tan descaradamente como la traidora del mundo.”

“Bueno, supongo que tenemos que hacerlo, entonces. Aunque es muy malo.” Chamo se rascó la cabeza.

“No podemos confiar en todo lo que dijo Mora,” dijo Fremy. “Realmente deberíamos matarla.”

“Pero...” protestó Rolonia.

Mientras la discusión persistía, Adlet abrió la boca. “Hmm... ¿me pregunto por dónde debería empezar?”

“¿Qué pasa? En realidad, apenas has hecho algo esta noche, ¿verdad?” Chamo se burló.

Adlet la ignoró. “Supongo que empezaré por llegar al punto. Chicos, cálmense y escuchen.”

“...” La multitud presente parecía desconcertada.

En silencio, pero también con convicción, Adlet dijo: “Mora no es el séptimo.”



Tal como había esperado, los seis se quedaron boquiabiertos de asombro sin palabras.



El primero en contrarrestarlo fue Mora. “¿De qué estás hablando, Adlet? La evidencia de que soy el séptimo es todo lo que hay. Tgurneu me amenazó con matar a uno de tus aliados.”

“¿No estabas escuchando?” dijo Fremy. “Mora admitió que ella es el séptimo.”

“Addy... lo siento, pero eso es ridículo.” Incluso Rolonia estuvo de acuerdo. Los otros no le creyeron en absoluto.

***Explicar esto va a ser difícil***, pensó. “Primero que nada, Mora no nos ha traicionado, ¿verdad? Ella hizo todo lo posible para asegurarse de que ninguno de nosotros tendría que morir. Ella hizo todo lo que pudo para intentar matar a Tgurneu. Ella quiere derrotar al Majin y salvar al mundo. No hay manera de que ella pueda ser una traidora.”

“Es cierto,” dijo Fremy. “Ella no es una traidora—pero es el séptimo.”

“No tienes pruebas,” insistió Adlet. Los ojos de Fremy se ensancharon. “¿Cómo se creó la séptima cresta? ¿Cómo se eligió al séptimo? No tenemos ninguno de los hechos. Cálmate y piensa al respecto. Al final, la única evidencia que tenemos de que Mora es el séptimo es que Tgurneu lo dijo. Eso es todo.”

“Pero esa evidencia lo es todo,” dijo Mora. “Tgurneu nunca me mentiría.”

Adlet dijo: “La idea de que Tgurneu no te mentiría es la trampa.”

“¿Qué quieres decir?” preguntó Mora.

“El objetivo de Tgurneu era hacer que mataras a un Héroe. Era positivo que nunca abandonarías a tu hija. Pero debajo de eso, había otra trampa—una para hacerte creer que eras el séptimo.”

Lo que estaba diciendo hizo que Mora contuviera el aliento.

“Todos nosotros ya consideramos la idea de acusar falsamente a un verdadero Héroe para hacer que todos los demás piensen que es el séptimo. Pero lo que ni siquiera pensamos en considerar era que podías engañar a un verdadero Héroe para que pensara que ***él mismo*** tenía la cresta falsa. Nadie dudaría que alguien se hiciera llamar el séptimo, ¿verdad? Tgurneu hizo un verdadero trabajo. Casi quiero felicitar a ese Kyoma por ello. Buen trabajo.” Adlet sonrió. “Mora, por lo que has dicho, aunque Tgurneu le juró a la Santa de las Palabras, no es como que ya no pueda mentir, ¿verdad? Y todo lo que puede hacer la Santa de las Palabras es hacer que cualquier mentiroso pague el precio predeterminado.”

Mora asintió.

“Es tan simple, es ridículo. Hace tres años, Tgurneu le juró a la Santa de las Palabras que no mentiría. En la superficie, eso era para que estuvieras dispuesta a sentarte y negociar. Pero el otro objetivo era hacerte pensar que no podía mentir.”

“...”



“Creías que Tgurneu no mentiría bajo ninguna circunstancia. Y luego te dijo, falsamente, que eras el séptimo. Así que, por error, lo creíste—tal como lo quería Tgurneu. Simple, ¿eh?”

“Espera. ¿Crees que no dudaba de Tgurneu? También consideré que Tgurneu podría estar mintiendo. Pero el poder de la Santa de las Palabras es absoluto. Nadie puede escapar de él. Incluso la Santa de las Palabras no puede anular el contrato.”

“¿Estás diciendo que incluso el poder de la Santa de las Palabras no funciona en Tgurneu?” dijo Fremy. “Eso es imposible. Si eso fuera cierto, significaría que Tgurneu realmente es inmortal.”

“No hay tal cosa como la inmortalidad,” respondió Adlet, “y si la hay, entonces es solo el Majin. No sé mucho sobre el poder de la Santa, pero probablemente sea imposible cancelar a la Santa de las Palabras.”

“Entonces, ¿qué es eso? ¿No puedes decir que Tgurneu murió para decir esa mentira?”

“...” Adlet consideró un poco, pensando en cómo debería explicar las cosas. “Dijiste que después de que Tgurneu declarara que Mora era el séptimo, un Kyoma medusa lo absorbió. Eso no fue para escapar—fue para ocultar que Tgurneu había muerto. Murió a cambio de esa mentira, tal como lo había prometido a la Santa de las Palabras.”

“Eso es imposible,” dijo Mora. “Tgurneu es uno de los comandantes de los Kyomas. Si muriera, entonces todos sus secuaces perderían su cadena de mando y se convertirían en una multitud desordenada. Una criatura así no moriría por una sola mentira.”

“Tgurneu no está muerto,” coincidió Fremy. “Su muerte causaría el caos entre sus subordinados. Sé que está vivo,”

“Cálmate. Te lo explicaré por completo,” dijo Adlet, y luego se detuvo. Organizó todo en su cabeza, preguntándose por dónde empezar. “El Kyoma lagarto de tres alas con el que luchamos, el Kyoma que reconocimos ser Tgurneu—no era Tgurneu.”

“¿Qué quieres decir?” preguntó Fremy.

“Cuando estábamos en esa colina, descubrí lo que realmente es Tgurneu. Déjame explicarte. Nosotros—yo, tú y Rolonia—pasamos todo el día hablando sobre el misterio de Tgurneu.”

“Lo hicimos.”

“Utilizamos todos los cerebros y poderes que teníamos a nuestra disposición para tratar de averiguar por qué no funcionó la Espiga de la Santa. La conclusión a la que llegamos fue que Tgurneu no pudo haber bloqueado el veneno de la Santa con su propio poder.” Adlet describió el análisis de Rolonia y cómo Tgurneu no tenía nada que lo hiciera inmune. “Eso significa que otro Kyoma, o una Santa, estaba ayudando a Tgurneu. Pero entonces, ¿qué tipo de poder podría anular el veneno de la Santa? ¿Algún poder de desintoxicación? ¿El poder de morir en su lugar? A pesar de que he heredado todo el conocimiento de Atreau Spiker, y Fremy era uno de los Kyomas por sí misma, no importaba cuánto nos hiciéramos daño, no podíamos encontrar ningún Kyoma que tuviera poderes como ese.”



“¿Por lo que entonces...?”

“¿Entonces una Santa? Tampoco podría ser eso. Fuimos a la colina donde Tgurneu nos atacó por primera vez y busqué bajo tierra, pero no había rastro de ningún humano. Ninguna Santa ayudó. En este punto, estaba al final de mi cuerda. Por un minuto, estaba a punto de rendirme.”

“No necesitamos escuchar a los fanfarrones sobre lo difícil que fue *meow*. Simplemente llegué al punto,” dijo Hans.

“Fue lo que Goldof hizo, solo por casualidad, lo que me dio la gran pista.” Adlet les contó cómo Goldof había torturado al Kyoma en el túnel. “Hubo una cosa que dijo que me molestó: ***Si tuviera el poder del Comandante Tgurneu, tú basura, no serías nada.***”

“¿Qué hay de extraño en eso?” preguntó Fremy.

“¿No crees que es una forma extraña de decirlo? ¿No debería ser, 'Si el Comandante Tgurneu estuviera aquí'? ¿Por qué ese Kyoma eligió decir ¿'Si yo tuviera'? Lo que dijo me llevó a una hipótesis—que Tgurneu tiene la capacidad de dar poder a otros Kyomas.”

“Nunca he oído hablar de una habilidad como esa,” respondió Fremy.

“Sabemos de otro Kyoma que tenía la capacidad de otorgar poder a otros Kyomas—el Kyoma más fuerte que hubiera existido, el que estuvo allí en la Batalla de las Seis Flores hace setecientos años: Archfiend Zophrair. Todos oyeron hablar de eso, al menos.” Todos ellos, excepto Fremy, asintieron. “Zophrair se llamaba un Kyoma de tipo controlador. Su capacidad era amplificar los poderes de otros Kyomas al darles una parte de su carne. Al hacer eso, podía tomar el control completo del Kyoma y hacer que su cuerpo hiciera lo que Zophrair quisiera.”

“Sí, parece que recuerdo haber leído algo así, pero...” dijo Mora.

“Fue entonces cuando me di cuenta de que el poder de tipo controlador podría negar la sangre de las Santas.”

“¿A-a qué te refieres?” preguntó Rolonia.

“Recuerda cómo el veneno de la Santa afecta el cuerpo de un Kyoma. Primero, se vuelve desquiciado y vencido por el dolor. Un Kyoma que ha sido afectado se retorcería en agonía, sin poder pensar con claridad. Luego, perdería su sentido del equilibrio. Luego no podría moverse. Finalmente, comienza a experimentar alucinaciones visuales y auditivas, y luego pérdida de memoria, y en un plazo de cinco a diez días, está muerto. En otras palabras, los efectos son como la toxina nerviosa en un humano. El veneno destruye el cerebro y el núcleo.”

Fremy levantó la cabeza como si acabara de darse cuenta de algo.

Adlet continuó. “¿Pero qué pasaría si el Kyoma envenenado estuviera bajo un Kyoma de tipo controlador? ¿Qué pasaría si no se moviera bajo su propia voluntad, sino que de hecho fuera un títere? En la superficie, se vería como si el veneno de la Santa no hubiera funcionado, ¿cierto?”



“No querrás decir...” Fremy se calló.

“Tgurneu—o el Kyoma de tres alas que pensábamos que era Tgurneu—estaba siendo usado por un Kyoma de tipo controlador. Tgurneu es el que manipula el cuerpo del Kyoma de tres alas.”

“Sin embargo, esto es tan repentino que es difícil de creer, *meow*” Hans inclinó la cabeza.

“Espera,” dijo Fremy. “¿Tienes alguna prueba de eso? Si ese Kyoma de tres alas no es realmente Tgurneu, entonces ¿dónde está el verdadero? He creído que fue Tgurneu todo este tiempo. Y cuando pienso en eso, simplemente no puedo creer que había otro Kyoma detrás de ese.”

“Por supuesto que no te habrías dado cuenta,” dijo Adlet. “Tgurneu siempre planeaba deshacerse de ti, por lo que se aseguró de que no supieras lo que realmente era.”

“¿Qué es, entonces? ¿Cuál es el verdadero Tgurneu?” ella presionó.

Adlet escaneó las caras a su alrededor. Parecía que los tres que habían ido a la colina con él—Hans, Rolonia y Goldof, ya entendían. “Miren esto.” Sacó un objeto pequeño cubierto de arena de una bolsa que llevaba en la cintura. Esto era lo que los cuatro habían estado buscando en la colina donde habían sido atacados, en lo que Goldof se había topado.

“¿Qué es ese pedazo de basura?” preguntó Fremy.

“*Meow*, eso es lo que era. No puedo creerlo. Cuando nos dijiste que buscáramos por esto, pensé que te habías vuelto loco,” dijo Hans.

“Este es un pedazo de higo que Tgurneu estaba comiendo.” Adlet recordó cuando habían estado luchando contra Tgurneu, y de repente, el Kyoma sacó este higo y se lo comió. En ese momento, había visto caer una pequeña pieza desde la comisura de su boca. “Fremy, ¿recuerdas cuando explicamos lo que hace el controlador para apoderarse de otros Kyomas?”

“Lo recuerdo.”

“Este tipo de Kyoma ejerce su poder al dar una parte de su carne a otro. Básicamente, hace que el otro coma parte de su cuerpo.”

“No...”

“Esto no es solo un higo. Es un Kyoma,” dijo Adlet, y de una bolsa en su cintura, sacó la solución que reacciona a las excreciones de los Kyomas. Cuando roció el fragmento, se volvió naranja “El higo que el Kyoma de tres alas tenía—*ese* era el verdadero Tgurneu.”

“Esto es increíble,” dijo Mora.

“¿Te acuerdas, Mora,” dijo Adlet, “cuando estabas negociando con Tgurneu, ¿estaba comiendo un higo como este?”

“Lo siento. Realmente no puedo recordar. Aunque tengo la sensación de que lo estaba.”



“Fremy,” dijo Adlet, dirigiéndose a ella a continuación, “las veces que hablaste con Tgurneu, ¿alguna vez comió higos de esta manera?”

“Recuerdo claramente que a menudo los comía, pero nunca me había dado cuenta.”

Satisfecho por su respuesta, él asintió. “Tgurneu se aseguró de ocultarte su verdadera naturaleza. Pretendía simplemente tener un gran apetito para evitar llamar la atención sobre todos esos higos. Y Tgurneu no te habló del Archfiend Zophrair para que no supieras que tal habilidad existía.”

“... Eso lo explicaría, pero...” Fremy se calló.

“Aquellos de ustedes que lucharon contra Tgurneu conmigo deben recordar,” dijo Adlet. “Sacó al azar un higo desde la boca de su pecho y se lo comió, ¿verdad? Luego, después de eso, de repente se volvió más poderoso. Eso no se debió a que dejara de ir fácil con nosotros. Eso se debió al poder del tipo controlador para fortalecer a otros Kyomas.” Examinó el pedazo de higo cubierto de arena en su mano. “También me sorprendió. Pensé que todos los Kyomas eran grandes—al menos tan grandes como los humanos—y que daban miedo. Pero hablando fundamentalmente, pueden tomar cualquier forma. No debería sorprender en absoluto que haya tal cosa como un higo-Kyoma.”

“¿Entonces, esa es realmente la respuesta?” preguntó Fremy.

“No puedo garantizar que estoy seguro. Y no puedo negar la posibilidad de que haya algún Kyoma por ahí que no conocemos con poderes de los que nunca hemos oído hablar. Pero basándonos en todas las pistas que se han reunido hasta ahora, esta conclusión parece encajar.” Adlet dirigió su atención a Mora. “Ahora que he explicado todo esto, ¿entiendes cómo te engañó Tgurneu?”

“Lo entiendo.” Hace tres años, Tgurneu le había jurado a Mora, ***Si yo miento, entonces este núcleo puede romperse***. Pero ese núcleo no había sido de Tgurneu—había sido el núcleo del Kyoma de tres alas.

“El lagarto era solo una herramienta controlada por el verdadero Tgurneu, que lo veía como un peón desechable. Desde el momento en que le juró a la Santa de las Palabras, planeaba romper su promesa.”

Mora quedó estupefacta. Al parecer, apenas podía mantenerse al día con el veloz giro de los acontecimientos.

Adlet dijo al grupo: “¿Tengo que explicar el resto de por qué Mora no es el séptimo? Tgurneu le mintió a Mora para hacerle creer que ella es el séptimo. Trató de engañarla. Así que no hay manera de que ella pueda ser el séptimo.”

“Está bien, está bien, lo entendemos, no tienes que explicar cada pequeña cosa,” hizo un mohín Chamo.

“¿Yo... no soy el séptimo?” Mora todavía estaba de rodillas, aturdida. “Yo... soy... soy un verdadero Héroe de las Seis Flores. ¿No fue una mentira? No puedo creerlo.”



“Lo creas o no, estoy seguro de ello”, dijo Adlet, y él extendió una mano hacia ella. “Vamos, recupérate. No es solo tu hija la que tienes que salvar—tienes que salvar al mundo.”

Mora tomó su mano.

La mitad de la coincidencia le había permitido a Adlet resolver la trampa de Tgurneu. Si no hubiera notado que el cuerpo de Tgurneu ocultaba un secreto, o si hubiera renunciado a intentar resolver el misterio, entonces probablemente no habría descubierto la verdad. No se habría dado cuenta de que Mora era un verdadero Héroe, y probablemente la habría dejado morir. Pero incluso si fue solo por pura coincidencia, una victoria era una victoria.



Mientras tanto, una multitud se reunía en la enfermería del Templo de Todos los Cielos. Incluía al marido de Mora, Ganna Chester; la madre y padre ancianos de Mora; Willone, Santa de la Sal; Marmanna, Santa de las Palabras; Liennril, Santa de Fuego; administradores que trabajaban en el Templo de Todos los Cielos; acólitos que habían corrido allí desde el Templo de las Montañas; y las sirvientas personales de Mora. La pequeña sala de espera de la enfermería no podía contenerlos, y también llenaban el pasillo.

“¿Todavía no? ¡Maldición!” Willone, Santa de la Sal, murmuró irritada.

“Mora... yo creo en ti.” En una esquina de la habitación, Ganna miraba hacia abajo, con los brazos cruzados.

Unos treinta minutos antes, Shenira se había quejado de un ligero dolor en el pecho. Cuando su padre echó un vistazo, descubrió que la marca con forma de ciempiés había desaparecido de su piel. ¿Había muerto el parásito, o era este un augurio de cosas extrañas por venir? Como Ganna no sabía, había convocado inmediatamente a Torleau. Willone y la gente del Templo de Todos los Cielos habían corrido a la vez.

Torleau salió de la sala de examen. Todos los ojos se reunieron en ella. Ella se dirigió directamente hacia Ganna, luego tomó su mano y le dio una firme sacudida. “El parásito se ha ido. Shenira se ha salvado.”

“¡Lo hiciste, jefa!” Willone gritó, y ella levantó un puño en alto. Corrió hacia Torleau y la apretó con fuerza.

La multitud de personas se apiñó a su alrededor aplaudiendo, todos estrechando las manos y abrazándose. Algunos de ellos incluso saltaron a las mesas, se sacaron las chaquetas y las giraron.

“¿¡Qué tal eso, Kyoma apestoso!? ¡De esto está hecha nuestra jefa!” Willone se apartó de Torleau para abrazar a cualquiera y a todos los disponibles, su fuerza inhumana provocaba algunos gritos por aquí y por allá.

“¿Están las cosas realmente bien? No podría haber matado a uno de los Héroes, estoy segura,” dijo Marmanna en un tono indiferente.



“¡De ninguna manera!” Replicó Willone. “¡El jefe obviamente mató a ese gran bastardo estúpido!”

La asistente de Torleau salió de la sala de examen y sacó a Shenira. La pequeña niña estaba asustada por el alboroto en la sala de espera, pero Ganna se acercó a ella y la tomó en sus brazos, y luego, como si todo lo que había estado conteniendo ahora se desbordara, lloró.

“¡De acuerdo, es hora de un poco de alcohol! ¡Si esta no es una noche digna de beber, ¿qué es? ¡Voy a sacar mi escondite secreto!” Willone envolvió un brazo alrededor de los hombros de Marmanna.

“Estás bastante exaltada,” respondió la Santa de las Palabras. “No es como si hubieran derrotado al Majin todavía.”

“¡Solo estamos teniendo una celebración anticipada, vamos! ¡Que la fortuna esté con los Héroes de las Seis Flores! ¡La fortuna en la batalla para todos ellos! Jefa, Rolonia, Chamo, Princesa, Goldof y... um... ¿qué? ¿Cómo se llamaba? ¡Oh, sí, el guerrero cobarde Adlet!”

No había forma de que alguno de ellos supiera que Shenira se había salvado, no porque Tgurneu había sido asesinado. Sino que porque Tgurneu había prometido liberarla si moría.

Tampoco sabían acerca de la batalla que se libraba en la Tierra de los Lamentos. Hans solo les había dicho a unos pocos limitados que había sido elegido como un Héroe de las Seis Flores, y Fremy era un nombre totalmente desconocido para todos ellos.



El cielo oriental lentamente se tiñó de rojo. Era su primera mañana en la Tierra de los Lamentos. Adlet, de guardia, se perdió por un momento en el resplandor del amanecer. Habían decidido quedarse en el Brote de la Eternidad hasta que Hans y Mora se hubieran curado. Los dos probablemente podrían moverse de nuevo por la noche. Era bueno que tuvieran dos Santas con habilidades curativas en su grupo—no tendrían que preocuparse por la mayoría de las heridas.

El Brote de la Eternidad y la montaña a su alrededor estaban en silencio. No se veía a ningún Kyoma ni a Tgurneu. Aparte de la vigilancia, todos ellos estaban descansando en sus formas preferidas.

“Escucha, Adlet...” comenzó Mora. “¿Debería realmente continuar este viaje con ustedes?”

Él no respondió.

Mora meditó. No estaba particularmente contenta de haber sobrevivido, y ahora se olvidó su felicidad por haber salvado la vida de su hija. El enemigo la había engañado para que matara a uno de sus aliados, con pleno conocimiento de la posibilidad de que no pudiera ser salvado después.



“Tía, pensé que esta vez no podría perdonarte.” La que respondió, en cambio, fue Chamo.  
“¿Cuántas veces tienes que ser engañada? ¿Lo dices en serio? ¿Te **gusta** que te engañen?”

**Ella realmente está dejando que Mora lo comprenda**, pensó el chico.

Mora miró al suelo, abatida.

“Hans, quiero escuchar lo que piensas,” dijo Adlet. Él era a quien debían priorizar, dado que era la víctima más grande.

“Bueno... entiendo que ella todavía tiene que venir con nosotros... pero no estoy tan feliz por eso.”

**No hay sorpresa allí**, pensó Adlet.

“Una vez que esta batalla haya terminado,” dijo Mora, “mátame. Puedes estar seguro de que pagaré por lo que he hecho.”

“¿Qué bien me hace eso?” Hans se llevó una mano a la boca y le dirigió una sonrisa desagradable. “¿Qué más podría querer? Dinero en efectivo. El Templo de Todos los Cielos es rico, ¿verdad? Limpiaré su tesoro hasta el fondo. **¡Meow-hee-hee-hee-hee!**”

“¿Y eso es todo lo que quieres?” Adlet le preguntó, sin pensarlo.

“El dinero es importante **meow**. Nací para tener una vida divertida y emocionante. Nada de eso sucede si no tienes dinero.”

Mora asintió. **Bueno, si eso es todo para él.**

Luego, la expresión de Hans se volvió de repente seria y dijo, “Mora, no voy a dejar que vuelvas a arruinar esto otra vez. Tienes que eliminar al Majin—incluso si eso significa tu vida. Mejor que entiendas que esa es solo la razón por la que tu cabeza aún está sobre tus hombros.”

“Entendido,” dijo Mora. “Ganaremos. Protegeré el mundo, incluso si eso significa mi vida.”

Hans parecía haber terminado de decir lo que quería decir.

Adlet miró a Rolonia. En cierto modo, ella también había sido una víctima.

“Lady Mora...” vaciló. Rolonia seguramente había confiado en Mora. Adlet no podía imaginar cómo se había sentido al descubrir la verdadera razón por la que Mora la había criado, simplemente por el bien de su conspiración para matar a uno de los Seis Héroes. “No siento que pueda perdonarte, pero también siento que no tuviste otra opción por el bien de Shenira... no sé qué hacer.”

Mora no respondió. Ella solo mantuvo su cabeza baja.

“Solo una cosa...” dijo finalmente Rolonia. “Muchas gracias por entrenarme.”



“Lo siento, Rolonia. Y gracias. En verdad, gracias.” Sus ojos nunca se encontraron. Todavía no habían resuelto sus sentimientos.

“Este es un cambio repentino de tema, pero no te importa, ¿verdad, *meow*?”

“¿Qué pasa, Hans?” preguntó Adlet.

Ignorando completamente la pesada atmósfera, el asesino preguntó alegremente: “Cuando morí, ¿qué pasó con las crestas?”

“¡Oh!” La más joven dijo. “Chamo lo vio. Un pétalo desapareció de la cresta de Adlet.”

“¿No es esa la prueba de que yo soy verdadero?” dijo Hans. “Quiero decir, si un Héroe de las Seis Flores muere, entonces uno de los pétalos desaparece, ¿verdad?”

“Supongo que sí. Entonces, ¿podemos decir que tú eres verdadero, chico gato?” Chamo inclinó la cabeza.

“Eso no prueba nada,” dijo Fremy. “Un pétalo puede desaparecer cuando muere el séptimo, tal como lo hace con un verdadero Héroe. No sabemos nada sobre la cresta extra.”

“*Meow...*”

“Si uno de nosotros muere y no desaparece el pétalo,” continuó Fremy, “entonces podemos estar seguros de que esa persona era el séptimo. Pero la desaparición de un pétalo cuando alguien muere no prueba que esa persona sea el verdadero. Lo siento, pero podemos decir con certeza que eres un verdadero Héroe.”

“*Meow*. Esto es difícil. Me está picando la cabeza.”

“El séptimo, ¿eh?” Adlet murmuró. Les dio a sus aliados, que conversaban entre ellos, una mirada dura. En su cabeza, se formaba una duda.

Tgurneu había hecho de Mora, un verdadero Héroe, creer que ella era el séptimo. Quizás también era posible lo contrario—hacer creer al séptimo que era un Héroe. Eso podría ser una parte de las maquinaciones de Tgurneu. El impostor no había hecho nada ni en la batalla de la barrera fantasmal ni en su batalla en el Barranco de la Sangre Escupida a pesar de las numerosas posibilidades de matar a los Héroes de las Seis Flores. Tal vez ni siquiera sabía que eran el impostor.

Entonces, ¿qué diablos era el séptimo? La batalla había terminado, pero todavía no habían encontrado pistas sobre el mayor enigma: la cuestión de la identidad del falso Héroe. La situación se había vuelto aún más caótica, mientras que el misterio se había profundizado aún más.



En el oeste, más allá de la montaña, había una extensión de bosque profundo. Esta era la tierra donde la Santa de la Flor Única había perdido un dedo en su mano izquierda, dando a esta



área el nombre del Bosque del Dedo Cortado. Había unos treinta Kyomas reunidos allí, y en el centro del grupo un Kyoma leía un libro. Tenía un cuerpo masivo de yeti y un cuello de cuervo.

“Este cuerpo es difícil de mover. Buscaré algo mejor pronto,” murmuró. En el regazo de la criatura, había un higo. “Hey. Buenos días,” llamó el yeti al cielo.

Un Kyoma con forma de pájaro voló desde el cielo, aterrizó en el hombro del yeti y le dijo algo. El yeti cerró su libro y pareció pensar un rato. “Tu informe es difícil de creer. ¿Los siete siguen vivos?” dijo, recogiendo el higo en su regazo y mordiéndolo. “Entonces, ¿Mora falló? ¿Ella no mató a nadie?”

“No, comandante Tgurneu. Mora mató a Hans. Pero luego, Rolonia lo devolvió a la vida.”

“¡Ella me engañó!” El yeti-Kyoma—el nuevo cuerpo de Tgurneu—golpeó su rodilla. “Ya veo. Así que esta fue la razón por la que tomó a Rolonia. Para matarlo una vez y luego revivirlo... qué idea. En el último momento, Mora me atrapó.” Tgurneu se puso de pie y comenzó a caminar.

“Parece que también se han dado cuenta de que Mora no es el séptimo.”

“Me pregunto quién lo descubrió. ¿Fremy? No... probablemente Adlet.” El Kyoma Tgurneu miró profundamente en el bosque. Algunos de sus subordinados estaban enterrando algo profundamente en el suelo—el cuerpo del Kyoma de tres alas con el que había luchado el grupo de Adlet. “Fracaso total,” dijo. “Tal derrota total en ambas etapas de mi esquema no podría llamarse otra cosa. Elogiaré gentilmente sus esfuerzos.” El Kyoma no parecía ansioso en lo más mínimo, ni tampoco estaba enfadado ni se comportaba con urgencia ahora que su plan había sido frustrado. Por el contrario, parecía como si estuviera complacido por la victoria de los Héroes. “Oh, bueno. Comencemos el siguiente juego. Es mejor olvidar lo que se hizo.”

“¿Sus órdenes, Comandante Tgurneu?” preguntó el Kyoma de las aves.

Sonriendo, Tgurneu dijo, “Dile al séptimo que no haga nada en este momento. La identidad de nuestro impostor debe permanecer oculta.” El Kyoma ave extendió sus alas y desapareció en el este. Mientras el perverso comandante observaba al pájaro irse, murmuró, “Entonces ahora, ¿cómo jugaré con ellos? Los Héroes de las Seis Flores todavía me entretendrán.”





Epílogo  
Los que  
Lideran



A lo largo de la franja noroccidental de la Tierra de los Lamentos, había un fuerte. El edificio era tosco y primitivo, una simple pila de roca no excavada. Pero era tan grande y resistente como cualquiera de los fuertes en el continente. En lo alto de la muralla había un león. Este Kyoma caminaba sobre dos piernas, llevaba una armadura plateada y lucía una melena plateada. Se apoyaba en una espada cruda, una simple losa de obsidiana, clavada en la roca debajo de ella.

"Comandante Cargikk." Un Kyoma mariposa de tamaño humano descendió a tierra, hablando con el león—Cargikk, uno de los tres comandantes y el Kyoma famoso como el más poderoso vivo. "Los Héroes de las Seis Flores tuvieron un encuentro con Tgurneu. Esta primera batalla fue una victoria para los Héroes. Tgurneu perdió a más de doscientos seguidores y huyó."

"Tu informe es innecesario," dijo Cargikk. "Solo infórmame si Tgurneu muere o logra matar a cualquiera de los Héroes."

"Entendido." A falta de un cuello, el mensajero inclinó su antena.

Cargikk miró hacia el cielo del este, donde el sol de la mañana estaba saliendo, con una expresión de disgusto. "No espero nada de Tgurneu. El fracaso es inevitable."

"... De hecho es así."

"La batalla es un choque de almas. Malgastas tu vida, llevas la muerte a tu lado como algo natural y desafías a tus enemigos con una mente desprovista de cualquier otro pensamiento. **Así** es como se gana la victoria." Cuando Cargikk miró hacia el cielo del este, había ira en sus ojos. Vapor rojo negro salió desde su boca, y una leve neblina surgió desde todo su cuerpo. "Los planes de Tgurneu son para asegurar solo su propia supervivencia cuando intenta reunir las más pequeñas victorias. ¡Sus actos no son diferentes de los de un furtivo común!" Las chispas dispersas chamuscaron las escamas del Kyoma mariposa. Aun mirando hacia el este, Cargikk continuó. "No—Tgurneu tiene su propia vida muy querida, pero él tranquilamente arroja las vidas de sus hermanos. ¡Es un tipo innoble incluso más bajo que un furtivo! ¡Debería haberlo matado ese día hace doscientos años!" La ira del comandante no estaba dirigida a los Héroes de las Seis Flores—sino a Tgurneu, que luchaba del mismo lado que Cargikk.

"Nosotros somos los que mataremos a los Héroes de las Seis Flores, yo y mis amados hijos. No será Tgurneu," dijo Cargikk y continuó observando el cielo oriental.



En el extremo norte de la Tierra de los Lamentos, unos pocos Kyomas observaban el mar.

Rocas tan afiladas como lanzas sobresalían de los cardúmenes, arrojando vapor a temperaturas de varios cientos de grados. Este era el baluarte protector que los Kyomas habían construido a lo largo de los siglos. Sería imposible que incluso un humano nadador se acercara, sin importar un barco completo.

Los Kyomas estaban buscando algo en ese mar a través del velo de vapor caliente.



"¡Por ahí!" Uno de los Kyomas vio algo que parecía un humano flotando en el agua. La criatura era extremadamente pequeña, del tamaño de un perro pequeño. Tenía un abrigo suave, ojos redondos, orejas grandes y una cola grande. Era una criatura curiosa, ni ardilla ni rata ni perro. El cuerno que crecía de su cabeza era menos aterrador que adorable.

Esta pequeña criatura llamó a la forma en el agua. "¡Nashetania! ¡Aquí! ¡Por favor, sigue unos quince metros a la derecha, y luego ven directamente a tierra!"

La forma—Nashetania—movió lentamente sus brazos y piernas y comenzó a nadar. Había tirado su armadura, su espada y sus zapatos, y estaba nadando lentamente en su ropa interior. Una parte de una de las columnas de piedra no descargaba vapor, sino que solo vapor caliente. La chica se abrió paso a través de esa brecha y llegó a la orilla.

"¿Estás bien, Nashetania?" El adorable Kyoma corrió hacia la medio desnuda Nashetania, y sus compañeros la envolvieron en una manta.

"Dozzu." Nashetania llamó el nombre del Kyoma. Ese Kyoma adorable era, de hecho, uno de los tres comandantes: el rebelde, Dozzu. "Lo siento, perdí. Olvídate de matarlos a todos, ni siquiera pude matar a uno."

"Lo sé," dijo Dozzu. "Pero dejemos eso a un lado. Por favor, sécate ahora. Una vez que estés lista, nos dirigiremos a mi escondite. Esta área es peligrosa—los seguidores de Cargikk tienen sus ojos aquí."

Los Kyomas levantaron a Nashetania en sus brazos y se alejaron de la costa y fueron hacia el bosque. Dozzu tomó la iniciativa, alerta a sus alrededores a medida que avanzaban.

Tosió violentamente, y su cuerpo helado temblaba. "¿Cómo te fue con las cosas?"

"Las negociaciones fracasaron. Cargikk ni siquiera escuchó lo que tenía que decir."

"..." Nashetania miró hacia abajo. "¿Es este el fin para nosotros?"

Cuando Dozzu escuchó eso, se detuvo. Plantó sus piernas cortas firmemente frente a Nashetania. "¿De qué estás hablando? ¿Dime eso una vez más, por favor?"

"Pero Dozzu—"

Las chispas pálidas volaron desde todo el cuerpo de Dozzu. La descarga eléctrica frió la hierba alrededor del Kyoma. "¿Te vas a rendir ahora? ¿Estás olvidando las esperanzas de todos nuestros compañeros que se han sacrificado por nuestros ideales? ¿Cuáles son tus excusas para nuestros compañeros caídos del otro lado!?"

"... Lo siento. Tienes razón. No hemos terminado todavía."

Dozzu cerró los ojos y luego, como diciendo, **Bien**, asintió. "Ya lo entiendes. Vamos a mi escondite. He preparado una comida caliente y ropa para ti."

El grupo se abrió paso a través del bosque con cuidado, para no hacer un sonido.



"Tgurneu de seguro que está tramando algo," dijo Nashetania. "Y dudo que los Seis Héroes también serán derrotados fácilmente. Si podemos aprovechar sus peleas y encontrar la oportunidad adecuada, el camino se abrirá."

"Ese es el espíritu. Vamos, ten algo de esperanza," dijo Dozzu con determinación a medida que avanzaban. "La facción de Cargikk no será la ganadora—y por supuesto, tampoco lo serán los Seis Héroes. Ganaremos nosotros. El mundo está deseando nuestra victoria," dijo Dozzu, y Nashetania asintió en voz baja. "Nuestras manos serán las que rehacerán este mundo."

Dozzu, Nashetania y los Kyomas que los escoltaban desaparecieron en el bosque.



Good night.







Ha pasado mucho tiempo desde el último libro. Ishio Yamagata hablando. ¿Cómo fue el Volumen 2 de **Rokka: Braves of the Six Flowers**? Espero que lo hayan disfrutado.

En este momento, la adaptación del manga de Rokka se está serializando en la recién lanzada revista bimestral, **Super Dash & Go!** El artista es Kei Toru-san. Su trabajo de arte es tan hermoso, y siempre espero ver sus borradores. Espero que todos lo disfruten también. Toru-san, espero seguir trabajando contigo en el futuro también.

Supongo que informaré sobre mi estado actual de cosas. Aunque no tengo nada en particular sobre lo que escribir.

He notado algo recientemente. Tengo la costumbre de apretar los dientes cada vez que escribo escenas de lucha, por lo que cuando me acerco a la segunda parte de la historia, mi mandíbula siempre empieza a doler. Cuando estaba escribiendo el último volumen de mi serie anterior, **Tatakau Shisho** ("Bibliotecarios Luchadores"), se puso muy mal. Sin embargo, el dentista me enseñó algunos ejercicios de mandíbula, así que ha mejorado un poco. Creo que, avanzando, Adlet y el equipo lucharán bastante, así que me preocupa que me quede estancado con esto. He estado considerando comprar un protector bucal o algo así, ¿pero eso funcionaría?

Fui a visitar las tumbas de mis abuelos. Me sorprendió ver que los cementerios de estos días son tan brillantes y lindos. También había una considerable variedad de lápidas únicas. El lugar no se sentía extraño en absoluto—era desconcertante. Yo estaba como, **¿Este es un verdadero cementerio?** Tenerlo tan elegante debe dificultar que los fantasmas se conviertan en inquietantes y se transformen. Si vieras un orbe fantasma, se vería como una parte de la imagen de luz. Tal vez deberíamos ser un poco más considerados con aquellos que tienen que usar el cementerio.

El otro día, compré un frasco en línea para calentar sake en el microondas. Fue una gran compra. Todo está redondeado, y hay un escudo en la parte superior del frasco que bloquea la radiación del microondas. Esto hace que la convección ocurra cuando estás calentando, por lo que no obtienes sake que está caliente en la parte superior mientras que la parte inferior aún



está fría. Y no solo hace que el proceso sea fácil, el sabor del sake caliente de este excepcional artículo es casi indistinguible del sake calentado en un frasco en agua caliente.

En el invierno, no hay nada más que ganas de mezclar un daikon rallado con ciruelas japonesas ralladas, espolvoreando algunas algas ralladas y trozos de atún, y luego rociar un poco de salsa de soja encima para un bocadillo mientras sorbo lentamente mi sake caliente.

Con esto concluye mi informe sobre mi estado actual de cosas.

Y por último, los agradecimientos.

A mi ilustrador, Miyagi-san, gracias también por tus maravillosas ilustraciones en este volumen. También fue muy útil de tu parte señalar esos elementos poco claros.

A mi editor, T-san, muchas gracias por todas las formas en que has cooperado conmigo. A todos en el departamento de la editorial, gracias por todo su apoyo.

Y finalmente, a todos mis lectores, espero verles de nuevo.

Saludos,

**ISHIO YAMAGATA**